

LAS LIMADURAS DE HEPHÆSTOS

Prometeo

(UN PROSCRIPTO DEL SOL)

POR

LEOPOLDO LUGONES

II

BUENOS AIRES

1910

126-4-8

LAS LIMADURAS DE HEPHÆSTOS

Hephaestos ó Vulcano, era á la vez metalúrgico y arquitecto, como casi todos los númenes solares. Los palacios de los dioses, según Homero, habíalos él construido. Según Hesiodo, él hizo el escudo de Hércules. Así queda explicado el título genérico de las dos obras que pongo bajo su advocación de supremo artífice.

ADVERTENCIA

ESTE LIBRO FORMA PARTE DE MI HOMENAGE
AL CENTENARIO DE LA PATRIA.

À ALEJANDRO SORONDO

CENTRO ESTUDIANTES
DE
FILOSOFÍA Y LETRAS

Buenos Aires, Junio 17 de 1907.

Señor LEOPOLDO LUGONES

Distinguido señor:

La comisión directiva que presido, en el deseo de extender su acción y con el propósito de hacer escuchar desde la cátedra universitaria la palabra autorizada de las personas que considera exponentes de la cultura nacional, ha resuelto solicitar de Vd. un curso libre sobre estética, en el cual exponga Vd., con la libertad que la cátedra misma confiere, sus ideas sobre tan vasto argumento.

Largo sería fundar esta solicitud, á la vez que inoficioso, pues las razones que han decidido á la comisión directiva de este centro, no escapan á su ilustrado y justo criterio. Ella espera, pues, del distinguido literato, una contestación afirmativa, para solicitar de las autoridades de la casa la autorización debida, á fin de que las futuras conferencias puedan celebrarse en las aulas mismas de la Facultad.

Saludan á Vd. con su mayor consideración

ROBERTO F. GIUSTI
Secretario

FRANCISCO D'ANDREA
Presidente

Buenos Aires, Julio 12 de 1907

Al Señor Presidente del "Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras".

Don FRANCISCO D' ANDREA.

Estimado señor:

Tengo el agrado de contestar á su atenta nota de Junio 17, por la cual me pide en nombre de la comisión directiva de ese Centro un curso libre de estética en la Facultad del ramo.

Circunstancias ajenas á mi voluntad, me impidieron contestar acto continuo tan honrosa comunicación, por lo cual ha de servírse perdonarme; pero aproveché, en cambio, los días transcurridos,

para pensar detenidamente la respuesta, que desde el primer momento me resultó sobremanera embarazosa.

A no ponerme sino bajo el imperio de mi deber, ella hubiera sido inmediatamente negativa, por no considerarme desde luego con la preparación bastante para profesar en la enseñanza superior; existiendo además la circunstancia de no ser yo universitario, lo cual quizá me vedara el acceso de las cátedras facultativas. Debo á este mismo ingrato motivo, una consiguiente falta de sistematización en mis estudios; vale decir, la carencia del método necesario para comunicar enseñanzas; y como al noble desinterés del pedido que se me hace, debo corresponder siquiera con mi franqueza, declaro que no poseo sino conocimientos empíricos de ramos tan fundamentales en la filosofía y en las letras, como las lenguas clásicas por ejemplo.

Pero el honor que se me dispensa, obliga mi gratitud; y he pensado al mismo tiempo, que los estudiantes podrían sacar algún provecho de mi ejercicio personal en las letras, si conseguía yo imprimir á la estética de mi supuesta cátedra, ese carácter por decirlo así experimental.

Mas para ello, necesitaría examinar el estado de mis propios conocimientos, redactar un programa, ratificar definitivamente la capacidad de que hoy dudo; y entretanto, ya ha corrido más de la mitad del año escolar. Faltaría, pues, el tiempo necesario para empezar un curso con provecho

Sin acojerme á la socorrida fórmula de que estudiaré junto con mis alumnos, pues ella implica á mi ver, en su agradable llaneza, nada menos que someterlos al azar de una perpetua improvisación, prometo á usted emprender desde hoy mismo la tarea preparatoria; y si de ella resulta, como deseo, que pueda afrontar la cátedra con dignidad, me apresuraré á comunicárselo.

De tal modo, el curso empezaría normalmente, sin la inoportunidad de una improvisación á deshora; y en caso contrario, habré evitado á ustedes pérdida de tiempo, eximiéndome de la responsabilidad tan temible que comporta el desempeño de la enseñanza.

Creo dar, con esto, la prueba más alta de respeto y de lealtad á esa asociación, por cuya suerte hago calurosos votos, saludando á usted con las seguridades de mi consideración distinguida.

L. LUGONES.

Prólogo

En las notas que he reproducido está el origen inmediato de esta obra, pues tanto su proyecto, como la debida acumulación de materiales, cuentan algunos años más.

Trátase de un ensayo sobre las ideas griegas, que constituyen el fundamento de la civilización á la cual pertenecemos; revistiendo, entonces, su estudio, la doble utilidad de un examen de conciencia histórica, tanto como de un estímulo para readquirir el método de vida á cuya práctica debió la Grecia su felicidad y su gloria.

Desde que aquello fué principalmente una educación espiritual, no existe razón que impida intentarlo ahora. Todo país nuevo es tierra de labor propicia al ensayo de toda simiente. Y la idea de una aclimatación helénica no me pertenece, por otra parte. Es una vieja ocurrencia de los románticos que llamaron á Buenos Aires "la Atenas del Plata".

Inútil añadir que no existe ni la intención de un

trasplante. en cuanto se refiere á las costumbres y á las cosas. Trátase solamente de propagar el ideal de civilización de los griegos concreto en esta fórmula de todos los pueblos sanos: para qué sirve vivir.

Si la vida tiene un objeto más elevado que el de prolongarse como fenómeno natural, deja de ser un mero trabajo de adaptación al medio, para convertirse en un arte. He ahí la diferencia entre el hombre y el bruto, entre la fatalidad y el destino. El trabajo de la vida en el bruto, es un mero caso de adaptación al medio. En el hombre también, pero además persigue un fin. Que éste sea una ilusión, no importa. Como elemento diferenciador vale lo mismo, pues las bestias no tienen ilusiones. El bruto vive para vivir; el hombre para alcanzar, ó creyendo que alcanzará, algo mejor que la vida misma.

Y en este concepto del *arte de vivir*, como decían los griegos, está la vinculación entre el libro y la cátedra de estética, que se me brindaba. Estas páginas tienen la intención de proponer un método de belleza y de verdad como objeto superior de la vida.

En ello estriba por otra parte el desinterés personal inherente á los trabajos más nobles, entre los cuales destaca el estudio que no produce compensaciones materiales. Dedicando este libro á los estudiantes que me honraron con la solicitud antes inserta, pretendo robustecer sus convicciones al respecto.

La verdad es que tenemos muy descuidado el espíritu. Confundimos la grandeza nacional con el dinero que es uno de sus agentes. Hemos puesto nuestra honra en el comercio, olvidando que, por su propia naturaleza, el comercio puede llegar á traficar con nuestra honra. El comercio trafica con todo, porque ésta es su tendencia; como el fuego todo lo quema, porque ésta es la tendencia del fuego. Ni el fuego entiende de no quemar, ni el comercio de no traficar.

Ante este grave peligro de la patria, es necesario pensar con claridad y con entereza, proponiendo ideas prácticas á la gente que vive sin objeto. Urge sobre todas las cosas, la espiritualización del país.

Por esto he creído que la celebración del Centenario era momento propicio para formular un ideal generoso, tomando como fundamento la leyenda del pensador por excelencia, de Prometeo, el titán amigo de los hombres á quienes dotó de mente, para que pudieran vivir como él: con un objeto superior á la vida. Pues de tal modo consiste en esto la dignidad humana, que aún á costa del martirio es envidiable prenda para los redentores; y por esto ellos la conquistan así, dando á los hombres su dolor como ejemplo. El titán que hizo á la humanidad ese don, no conoció otro premio. Semejante negación heroica del egoísmo, tiene una solemne oportunidad. Hé aquí que en la glorificación de nuestros padres, celebramos un acto de la misma naturaleza.

La veneración de la antigüedad helénica, es, asimismo, el fundamento más sólido de la cultura desinteresada; y este libro pretende fomentarla aquí, estudiando las ideas griegas en la opinión *directa* de los mismos griegos sobre la mitología que las resume. No habiendo encontrado en la filosofía moderna pensamiento más alto que el de Platón, por ejemplo, he decidido quedarme con Platón. Entre el espiritualismo de los teogonistas griegos y el naturalismo materialista de los sabios actuales, aquél me ha parecido más sólido.

Sin la cosmogonía y la palingenesia que constituían esencialmente la enseñanza de los misterios, el sistema moral, filosófico y estético de los griegos, carece de fundamento racional. Sin embargo, aquello representa hasta hoy la honra de la razón humana. ¿Cómo suponer tal consecuencia, del miserable naturalismo que la ciencia actual imputa á los mitos griegos?

Así, este libro puede presentar el interés de una expresión directa de las ideas griegas (1), respetadas hasta la adopción de las explicaciones más extrañas en apariencia; lo cual quiere decir, libertadas de la lógica moderna y de las conclusiones científicas actuales, que con frecuente soberbia afirman superioridad sobre los sabios helenos. Mas cualquiera que

(1) Proyecto semejante en apariencia al del estudio eskiliano de "Las Dos Máscaras" efectuado por P. de Saint Victor. Solo que el insigne literato cumplió mal los propósitos de su prefacio. Su interpretación de los mitos no es helénica, sino moderna. Un elocuente poema en prosa de las fantasías científicas que constituyen la mitología comparada.

sea el mérito de los nuestros, hay un hecho concluyente: la actual civilización es todavía inferior á aquella en conjunto. Tiene más industria, si se quiere; pero menos moral, menos estética y menos filosofía. Su pensamiento está formado por los residuos de aquéllo. Somos todavía bárbaros respecto á la cultura helénica. La civilización cristiana es un fracaso en todo lo que no representa una prolongación del paganismo.

El texto procura demostrar estas afirmaciones. En cuanto á la manera como llegué á convencerme de que la verdad estaba en el misterio antiguo, no en la sistemática superficialidad de nuestra ciencia, es asunto que no concierne al lector. En todo caso, hé aquí la fórmula inicial: leer con humildad y sin prejuicios los textos antiguos. Buscar la verdad en ellos, como se busca el agua: no por deleite, sino por necesidad.

Con este objeto, recomiendo al lector que, antes de iniciar el texto, repase su mitología. La exposición cuenta con ese bagaje elemental, si bien no exige más tampoco.

Este libro, como ya dije, está dedicado á los estudiantes.

No fué posible al fin aceptar la cátedra propuesta, devorado mi tiempo, como una ración de fierro, por la brega de la vida hermosa y dura.

Mas las pocas horas con que pude contar, dediquélas al pago de aquella honrosa deuda. Sólo con que este libro facilite algunas lecturas, aproxime al-

gún texto difícil, sugiera alguna idea superior, ó suscite alguna opinión propia, su objeto está conseguido.

Sea, pues, de los estudiantes el resultado, en compañía, que espero no ha de resultarles ingrata, del noble amigo con cuyo nombre complazco mis afectos encabezando estas páginas.

A todos ellos debo la delicia platónica de sentirme amado como un espíritu libre, en la sinceridad de mi desinterés, en la entereza de mi verdad.

L. LUGONES.

Hacia la luz antigua

El conocido poema de Andrade, *Prometeo*, ha incorporado á la poesía argentina la leyenda del titán redentor, que en la noche de las edades, Grecia había tomado de la India, donde era un alto personaje celeste y un mito del fuego á la vez, como todos los "cristos" cuyo apelativo genérico particularizó el cristianismo occidental en Jesús el Nazareno.

Prometeo es la mejor y la peor obra poética de nuestro gran lírico; pues á su mayor inspiración y riqueza verbal—cualidad ésta muy débil en aquél,—apareja la imitación estrecha del poema de Edgar Quinet, que no es ya sino un recuerdo bibliográfico.

Andrade, poeta de raza, bien que condenado á dependencia perpetua por esta brillante ignorancia argentina, en la cual la inocencia proviene del desenfado con que presume lo absoluto de su imperio, estribando su prestigio en la intrepidez de la aventura—Andrade fué, desde luego, muy superior á su modelo en arrebató lírico. El sermón rimado del

otro, transformóse á su soplo inspirador en oda magnífica; no habiendo ciertamente parangón posible entre aquellos alejandrinos de sensatez paralela, cuya discreción se parece mucho á la neutralidad de lo insípido, y el flameante endecasílabo del poeta nacional, con sus ímpetus de instinto que la gala retórica de prontuario rebajaba infaustamente al efectismo miserable, como una angaripola entre las crines de un corcel. Pero la concepción filosófica de ambos, el objeto del poema, fué idéntico: exaltar en Prometeo la figura de un libertador revolucionario, con muchos ribetes de libre pensador en “campana” demagógica contra la clerigalla del Olimpo...

En el pensador francés, ello era natural. Su poema, concebido como la *Historia* de Luis Blanc, como los evangelios liberales de Pelletan y de Michelet, perseguía el ideal democrático que la revolución de 1848 alcanzó en éxito breve; y tan es así, que el drama *Los Esclavos* publicado junto con el *Prometeo* en la primera edición completa de las obras imaginativas de Quinet—la de 1857—fué concebido en 1846 con espíritu y propósito decididamente revolucionarios. Forma con el *Ahasverus* una especie de gran trilogía democrática, en poemas simbólicos cuyos protagonistas son los grandes rebeldes de la historia y de la leyenda: el titán que robó la chispa sagrada, el judío errante y Espartaco (1).

(1) Calderón, Goethe, Byron, Lamartine, Schiller, Beethoven, han tratado asimismo la interesante leyenda. Voltaire en su “ópera” *Pandora* hizo de ella una parodia desgraciada y vil,

Para nuestro poeta, fallaba el plan tanto como el propósito. Así, su composición fué más descriptiva que filosófica, limitándose en cuanto se relaciona con este último carácter, á vagas declamaciones de ritual masónico, sin importancia y sin belleza. Su genio plástico, de metáforas objetivas y concretas, pudo limitarse á la descripción del drama cósmico seguramente más seductor para él como cuadro que como alegoría. Así hubiésemos tenido un gran poema propio, y es de sentir que el poeta se limitara á rozar su verdadero argumento; mas para eso habría necesitado dominar la leyenda, no hallarse limitado al reflejo de Quinet.

Con todo, el caso es que Prometeo figura en la poesía argentina como protagonista de su más inspirado poema; mereciendo, entonces, el estudio que pienso consagrarle, aunque no bajo el punto de vista estético.

Por otra parte, el titán fué como va á verse, un habitante del sol, ahora desterrado en nuestro pequeño mundo; y siendo dicho astro el emblema central de la República, este es otro importante detalle que le vincula al pensamiento argentino, dando, en vísperas del Centenario, una especie de actualidad oportuna á su siempre interesante mito.

Respecto á la obra griega que tomaré por clave de la disertación, no es el caso de renovar su elogio. Aquella dedicatoria "Al Tiempo" que tanto exal-

antecedente sin duda del futuro *Orphée* de Offenbach. Y ya he citado en el Prólogo á P. de Saint Víctor.

tó los entusiasmos de Hugo con su audacia lapidaria, hállase justificada por los siglos. Eskilo fué el padre de la tragedia, género griego único en su inmortalidad como el Partenón contemporáneo; de manera que ello bastaría para autorizar un nuevo estudio, si éste no comportara también, como va á verse, la dilucidación de problemas trascendentales. A título de obra única en la historia de la civilización blanca, el drama eskiliano merece toda la preocupación del estudioso.

En virtud de las mencionadas consideraciones, llegué por mi parte á estudiarlo con detención; constituyendo el producto de mis afanes este trabajo de crítica mitológica cuyo resultado pretende ser un rayo de nueva luz en problema tan misterioso.

Como miembros de la civilización cristiana, provenimos por las ideas del tronco greco-latino, en el cual brotaron como flores supremas estos mitos cuya belleza inmarcesible demuestra una conformidad profunda con el espíritu humano, al haber subsistido entre tantas vicisitudes.

Estudiarlos, equivale, pues, á desentrañar las raíces mismas de nuestra civilización, comprendiéndola y por lo tanto adquiriendo la facultad de desarrollarla racionalmente, á la vez que proporcionándonos el supremo goce espiritual de vivir una hora de inmortalidad en la resurrección consciente de ese pasado.

Revive, efectivamente, todo un mundo en la mente que sabe comprenderlo desde sus orígenes; y bien

merece el nombre de inmortalidad esa perspectiva inmensa que el espíritu se forma, realizando el más noble de sus esfuerzos, cuando reintegra en sí la continuidad intelectual de una cadena de civilizaciones animadas por un mismo pensamiento.

Si este pensamiento está en él, constituye la evocación consciente, es decir, una forma de creación mental; y yo no sé que exista actividad más noble en el ser humano. Este es realmente el concepto superior de la historia, si ella ha de resultar enseñanza provechosa para los hombres, no estéril y pedantesca satisfacción de curiosidad.

Vivir con la vida superior que es la inmortalidad intelectual de una cadena de civilizaciones, á la vez que con la existencia material en una de ellas, realizando conscientemente su parte de labor, equivale á vivir dos veces.

Sólo así adquiere dignidad y valía la menguada actividad presente; pues cuanto ella comporta de miseria y de impotencia, resulta compensado y absorbido por aquella inmensidad, que exaltara á eterna luz la purificación de la muerte.

Los hombres superiores son útiles y buenos, porque tienen la conciencia de esta doble vida; así como el no tenerla, rebaja el objeto de todos los esfuerzos humanos á la satisfacción bestial del instinto. También así la solidaridad adquiere una significación positiva, que no pueden darle la inmotivada moral del pacifismo ó la contradictoria hostilidad del *lock out* y de la huelga.

Tales resultados efectivos, pues apenas existirá uno más alto que la moralización de los hombres, unidos á aquellos altos recreos intelectuales; es decir, el pan de que vive el hombre, y lo demás que también necesita, pues como es sabido, no sólo vive de pan, convierten estos estudios en algo más que un lujo de labor erudita, imprimiéndoles el carácter comunicativo, ó sea fecundo de la enseñanza.

Aquí está, por otra parte, la utilidad suprema de la obra intelectual sobre los espíritus: enseñarles ó recrearlos. La enseñanza es enriquecimiento y esto basta para explicarla. El recreo intelectual es un estado superior de la vitalidad, vale decir una adquisición de salud moral y física.

El estudio así realizado para comprender nuestra civilización en sus orígenes, dominando su conjunto y percibiendo la continuidad de las ideas fundamentales que la han determinado (1), viene á ser, pues, el fundamento racional de una pedagogía, de una política, de una estética, de una moral que hartamente necesitamos ciertamente en esta actualidad tan perturbada; utilidad en cuya evidencia insisto, no á título de disculpa, sino como enseñanza necesaria para que se vea cuánta aplicación tienen en la actividad social estas materias tan desdeñadas por superfluas.

Y no es que yo me proclame maestro; pero todo hombre enseña cuando comunica á los demás lo que ha aprendido.

(1) Más adelante estudiaré esta afirmación que contradice al determinismo materialista dominante hoy entre los mitólogos.

Con estas ideas de ética racional, y por lo tanto griegas, como que resumen en la conocida síntesis platónica la triple norma espiritual de verdad, bien y belleza, abordaré el estudio de la vieja leyenda.

La mitología es el germen de todas nuestras ideas, no existiendo, entonces, estudio psicológico de mayor importancia. Y el mito de Prometeo es en ella una verdadera clave áurea, para quien sepa interpretarlo con la debida claridad.

Las tumbas de los Titanes

La mitología comparada pretende haber descubierto que los mitos griegos tienen su clave en los fenómenos naturales cuyas personificaciones alegóricas forman con sus aventuras los mencionados mitos, describiendo á la vez las fases de los citados fenómenos. La mitología es, conforme á esta interpretación, la religión de la naturaleza á cuyas fuerzas rinde culto por medio de personificaciones alegóricas.

Coincide así la ciencia con las afirmaciones polémicas de los Padres de la Iglesia, que habían afirmado lo propio para desprestigiar de los cultos paganos, si bien concediendo alguna realidad á las tales personificaciones al atribuirles carácter demoníaco; pues para salvar la originalidad del cristianismo, atribuían á falsificación satánica todas las ceremonias y creencias paganas que le incorporaron, imputando esta evidente anticipación á per-

versidad del diablo para estorbar el advenimiento del nuevo culto.

No entra en mi plan el estudio de esta explicación con la cual, dicho sea de paso, no se remedia gran cosa, puesto que el diablo resulta por derecho de primacía el verdadero revelador; pero he mencionado el hecho para establecer esa identidad, por cierto curiosa, entre las explicaciones de los sabios y las de los Padres, ó sea entre los resultados de la investigación racionalista y los argumentos de la polémica sectaria (1).

Conciliación tan extraña de cosas tan opuestas, da desde luego qué pensar; y estudiada fríamente, muy pronto se adquiere la convicción de su falacia.

La ciencia ha sufrido en esto un reato análogo al que experimentó con la antropología, artificialmente conformada por Darwin á la finalidad bíblica, por considerar al hombre el coronamiento de la escala de los seres.

Regida durante tantos siglos por las ideas cristianas, la mente occidental no se desprendió de la creencia en la inferioridad de la mitología con respecto á la religión de Jesús, así como de las explicaciones consuetudinarias que ella le había decretado; y como estas venían de acuerdo con las tendencias materialistas de la época, el marbete cien-

(1) El fanatismo es implacable. Así San Agustín, no pudiendo negar la excelencia de ciertos espíritus paganos, llama á sus virtudes "pecados espléndidos". Con este criterio apreciábase la filosofía antigua.

tífico denominó perfectamente la vieja droga polémica de los Padres, supeditando el criterio racionalista á una incrustación mental de origen dogmático.

Agregaré para ser justo, que la razón de los primeros cristianos era más fuerte para proceder así. No sólo iba en ello el concepto dogmático, que asignando la verdad exclusiva al nuevo culto, debía considerar los mitos como creencias cuando menos baladíes. La predicación cristiana encontraba al paganismo en decadencia, lo cual explica, por lo demás, su difícil triunfo; pues sin duda éste no habría existido, á conservar la mitología la integridad de su moral. La lucha de cinco siglos que aquella sostuvo, decaída y todo, lo demuestra desde luego.

El mundo griego, no existía ya cuando empezó la propaganda cristiana. Su ruina era un hecho desde tres siglos atrás, al definirse el auge del imperialismo macedónico. La crisis moral que lo descompuso, afectó como es consiguiente á la mitología; pues una civilización tan enteramente religiosa, no podía decaer sin el rebajamiento fundamental de su culto.

La corrupción de las costumbres, unida á la pérdida de la libertad griega, convirtió la mitología en un instrumento de adulación palaciega y justificación de los peores vicios, falseando radicalmente su primitivo concepto de igualdad ante el mérito y de justicia distributiva, que constituía el principio fundamental de la palingenesia. El materialismo consiguiente, quitó á los mitos su carácter religioso, para

convertirlos en caprichosas fantasías poéticas con frecuencia destinadas á justificar horribles perversiones.

Débase á los poetas cortesanos, tanto como á los rebajadísimos cronistas alejandrinos y sirios, las primeras interpretaciones naturalistas que tan bien casaban con el materialismo reinante; del propio modo que los mitos creados *ex profeso* para justificar la corrupción palaciega. En aquellas cortes donde la deificación del monarca era una regalía inherente, y donde el incesto imperaba como un derecho real, la mitología sufrió las más profundas degradaciones. El culto de Baco cuyo espíritu y situación ante la Grecia de la expansión civilizadora y de la libertad, expondré más adelante, imperó corrompiéndolo todo. Más de un seleucida adoptó, al divinizarse, el sobrenombre de Dionisos.

El cristianismo, que venía á substituir esa religión, discutió lo que para él era actual, apreciando la mitología como la encontraba. Su conducta resultaba justa y lógica. Pero esto no puede constituir el fundamento de nuestra ciencia. La verdad y la lealtad, indican un camino muy diverso. La mitología de la Grecia libre, es cosa bien distinta del culto deformado en países extranjeros, cuando dejó de existir la libertad helena. Confundirlos, equivale á tomar por la misma cosa el sujeto sano de una época y la enfermedad que lo destruye. Puede ésta, sí, definir en él ciertas predisposiciones orgánicas, y tal lo considero en el caso; mas nadie sabría confundir en

el estudio del sujeto, sin evidente error, el estado de salud con el de enfermedad.

Así es como entiendo que debe abordarse el asunto.

Hace al rededor de setenta años, Max Müller y Adalberto Kuhn sentaron los principios de la mitología comparada, considerándola como una rama de la filología del mismo sistema, en el cual causara el sanscrito una revolución eficaz, durante los últimos años del siglo XVIII.

Dicho sistema no era nuevo, pues habíaselo ya ensayado con el hebreo á título de lengua madre ó divina, por estar la Biblia escrita en ella; de tal modo que mientras Humboldt y Burnouf especulaban con el sanscrito recién descubierto, Fabre d'Olivet insistía en restaurar la lengua hebrea por medio de un asombroso trabajo de exégesis filológica, si se permite la expresión, en el cual formaban heterogéneo grupo las radicales de la lengua estudiada, con las caldeas, las samaritanas, las etiofes, las griegas y latinas...

La vinculación de la mitología con la filología comparada, pertenece originariamente á un francés tan olvidado como el anterior: Court de Gebelin, quien en su *Monde Primitif* intentó llegar á la síntesis de las tradiciones antiguas, tomando por clave la filología comparada precisamente (1).

(1) Ella le debe la fórmula de algún principio esencial como el siguiente: "lo que hace el carácter especial de las lenguas, es el *genio* gramatical". En cambio, su sistema, como proveniente de la lógica exclusiva á la cual debieron los teólogos sus más estu-

Su falla consistió en que ese trabajo, enciclopédico desde luego, pues aquella fué una edad enciclopédica (1773), basábase como todos los congéneres en la lógica más que en los hechos; resultando así la consecuencia por él extraída ó demostrada, una afeción personal antepuesta á la verdad cuyo imperio abarca todo incluso la lógica (1).

No se veía entonces tan bien como hoy, que ésta es, en el fondo, un sistema de conformidad privada, susceptible, sin duda, de coincidir con la verdad á veces, pero de ningún modo equivalente; pues si la premisa, ó sea la base y razón misma de la lógica, tiene que ser una verdad demostrada para que no

pendas explicaciones, es el que sigue en vigor, no obstante el positivismo racionalista de nuestros mitólogos: la permutación de letras, ó en términos más categóricos, la perversión de los textos, hasta conseguir que *caballo* venga de *equus*, como decía Voltaire... Añadiré, sin embargo, para ser justo, que el sistema de C. de Gebelin, negaba al hebreo la maternidad originaria, pretendiendo haber descubierto la lengua inicial por el hallazgo de las radicales monosilábicas: la gran veta de M. Muller y su séquito.

(1) Estas primeras investigaciones de la filología comparada tienen, para nosotros los americanos, un antecedente de la mayor importancia.

Las primeras relaciones, después tan íntimas, del general venezolano Miranda con Catalina de Rusia, provinieron de las indicaciones que dicho americano pudo proporcionar á la emperatriz sobre estudios de filología americana, para la vasta obra de comparación universal que ella se proponía mandar hacer. Solicitadas esas obras á España por la corte de Rusia, el virrey de Buenos Aires recibió orden de contribuir á la adquisición de diez, enunciadas sin el más mínimo espíritu de crítica. El sabio Pallas realizó en cinco años la inmensa obra concebida por la emperatriz, y este fué el punto de partida realmente científico de las modernas investigaciones sobre filología comparada.

resulte sofisma, aquélla se convierte acto continuo en mero instrumento de la verdad.

El enciclopedismo con su premeditación anti-religiosa, no hizo sino invertir el instrumento escolástico demostrando así su falacia, pero incurriendo en el mismo vicio que se proponía extirpar; de suerte que la mitología comparada nació no sólo parcial en cuanto á su cristianismo involuntario, sino escolástica en su propio liberalismo. De aquí, entre otros defectos, el autoritarismo dogmático y la sistematización prematura, pues la lógica es sistema por el mero hecho de nacer, y nace imponiendo necesariamente sus premisas.

No habiendo quedado, pues, del enciclopedismo, otra cosa que su meritorio esfuerzo contra los dogmas divinos y humanos, y constituyendo los setenta años del sistema vigente en mitología comparada un lapso en el cual han evolucionado muchas otras ciencias, la tentativa de rever sus conclusiones, no es desatentada y puede resultar oportuna. Lo es siempre, por lo demás, todo esfuerzo desinteresado en el dominio de la investigación.

Lo primero que sorprende en los mitos considerados como alegorías de los fenómenos naturales, es su puerilidad.

Adorar la lluvia, la aurora, el sol, las nubes, el viento, el rocío, por muy poéticas que sean sus personificaciones, satisfará tal vez á un pueblo apático y crédulo, pero tiene que sublevar necesariamente la conciencia de los hombres superiores. Y no sólo el

pueblo griego nada tenía de crédulo ni de apático, pues fué por excelencia racionalista y vivaz, sino que sus hombres superiores cuentan entre los más eminentes con que se haya honrado la especie humana.

No discutamos, sin embargo, las creencias de la masa. Supongamos en el pueblo griego la aptitud necesaria para creer en los mitos tales como los quiere la ciencia actual; siempre resultará inadmisibles que los hombres superiores hubiéranse satisfecho con esa explicación de las alegorías míticas, cuyo significado real conocían en la iniciación de los misterios.

Cabe aquí, además, una observación de la mayor importancia. El pueblo griego no era imaginativo. Su arte eminentemente naturalista, desdeñaba el subjetivismo. Su filosofía era ante todo positivamente lógica; de racionalismo cerrado. En la reproducción artística como en el argumento, buscaba el detalle típico, desdeñando los secundarios, y de aquí su sobriedad. Sus poetas y filósofos, no fueron precursores sino más bien comentaristas de las ideas populares. Menospreció siempre la profusión asiática en el arte, en la filosofía, hasta en la moda; y sería sumamente curioso que con una psicología tan definida, aceptara sólo el mito oriental que exageraba todavía el enmarañamiento, si aquello no hubiera sido más que una creación imaginativa.

Se dirá que durante diez siglos las inteligencias más altas de Europa creyeron en los dogmas cristianos; pero estos, en primer lugar, no son alegorías;

después, se basan en hechos que los fieles creen históricos, no en fenómenos naturales; por último, sus misterios lo son para todos, sabios é ignorantes, comportando ante todo la fé en ellos una manifestación de obediencia, al paso que los mitológicos daban la clave del mito mediante las pruebas requeridas.

Un espíritu superior puede adorar en Jesús la divinidad encarnada y rendir culto á la mujer que le sirvió de vehículo para manifestarse así á los hombres. Todo depende de que ese espíritu crea que el amor de Dios por sus criaturas puede llevarlo á semejante sacrificio, siendo la operación de encarnar ún acto de omnipotencia. Tan pronto como se cree en una divinidad personal, y esto es compatible con toda elevación intelectual, así como con toda virtud, el resto nada tiene de violento.

Pero que un espíritu superior rinda culto á la personificación de un fenómeno como la lluvia, sabiendo que el misterio de ese culto es absolutamente la lluvia misma, parece, desde luego, inaceptable. No es posible que eso pueda durar doce ó quince siglos, respetado por los espíritus superiores. Abundarían, por el contrario, los que desenmascarasen indignados semejante explotación de la credulidad.

Alguien puede suponer que los iniciados en los misterios, guardaban el secreto para conservar la estabilidad social garantida por la fé pública en los mitos. Así se ha pretendido explicar la persistencia de la magia egipcia.

La religión es un instrumento de gobierno, y esa

argumentación puede valer para el Egipto, que era una teocracia; pero en Grecia hubieron fuertes oposiciones, predominando siempre los gobiernos laicos; y luego, habriase requerido en todos sus hombres superiores una perpetua confabulación ó mentira mística, que no era seguramente fruto indígena en la tierra de Platón y de Pitágoras (1).

El respeto que estos grandes hombres tuvieron y manifestaron por los misterios, constituye otra prueba de la trascendencia que les atribuían. Ello es sobre todo importante, tratándose de nuestras ideas, para las cuales los grandes pensadores de la Grecia representan como el nudo de un haz, disperso por el otro extremo en la multiplicidad de la actual civilización. Por esto es imposible que tratemos de las nociones fundamentales, sin dar con ellos, y de ahí que nos produzcan el efecto de haberlo ya dicho todo. Si el éxito de nuestra civilización, impone el respeto de la antigüedad su progenitora, en éste va implícito el crédito de sus hombres superiores.

Pausanias, siempre exacto y noticioso, calla con prudencia y hasta con timidez en su, por otra parte, nutridísima guía de la Grecia, cuando llega al punto de los misterios. Jamás, dice, me atrevería á hablar una palabra del asunto; pero Pausanias era griego al fin.

(1) Parece que Sócrates no fué iniciado en los misterios, y de aquí su omisión; pero en su alto apostolado de verdad, no se sabe que desenmascarara ningún mito. Platón atribúyelo, por el contrario, palabras de alta consideración hacia los misterios; y la palingenesia, fundamento de todas las enseñanzas misteriosas, hállase expresamente confesada en el *Phedon*.

El más alto testimonio de la Poma antigua, enemiga ó dominadora de la Grecia cuyo rebajamiento despreciaba, el espíritu más libre y más elocuente, conserva el secreto, al paso que encomia en términos entusiastas los misterios. En su *De Legibus*, Cicerón dice efectivamente, que de todas las instituciones divinas enseñadas por Atenas á los hombres, ninguna es tan eximia como los misterios eleusinos, á cuyo influjo se debe el progreso de la civilización y la esperanza consoladora de la inmortalidad (1). Marco Aurelio habíase hecho iniciar en los mismos misterios, y este es otro testimonio romano de la más alta dignidad. Veremos más adelante lo que aquellos revelaban, puesto que el mito de Prometeo formaba una de sus claves; así como su relación con la filosofía estóica; pero no debo pasar adelante sin mencionar que san Clemente de Alejandría, uno de los Padres más batalladores por cierto, habla en sus *Stromates* de los pequeños y grandes misterios como de una enseñanza muy elevada cuya percepción dependía de las meditaciones y contemplaciones del neófito; concluyendo su período en términos tan oscuros, que comportan un verdadero enigma. ¿Por qué respetaba san Clemente el secreto, desperdiçando tan excelente ocasión para develar las farsas del culto enemigo? ¿Cabe suponer que un arrepentido

(1) Y eso que dando la prueba, en el habitual, de su independencia de espíritu, mofábase sin piedad de los augures far-santes y de los oráculos para comercio religioso.

de ellas, un converso tan fogoso, las callara sino eran más que farsas? (1).

Conocido es, asimismo, el respeto de Juliano por los misterios; lo cual no obstaba para que diera batallas á despecho de los augurios funestos. Precisamente sucedió así con el combate en que encontró la muerte; probando ello lo racional de sus creencias.

Las apreciaciones de la mitología comparada, provienen de un doble error materialista y anticlerical, propalado por los enciclopedistas con Voltaire á la cabeza.

Siendo la naturaleza igual, dice este último en su tratado sobre los “usos y sentimientos comunes á casi todas las naciones antiguas”; siendo la naturaleza igual en todas partes, los hombres han debido necesariamente adoptar las mismas verdades y errores en las cosas que percibían y que más llamaban su atención; pensamiento que había también servido de base al discurso sobre la filosofía de la historia ó introducción de los “ensayos sobre las costumbres y espíritu de las naciones”, ratificado en las “Verités Eclaircies” y otros puntos de su vasta obra. Tal fundamento es precioso como clave del sistema, por cuanto en él se ve patente aquella lógica antes criticada por sus débiles premisas y su pretensión de verdad, aunque también sirve de base á la interpretación ma-

(1) Existe la opinión, sino hostil, por lo menos dubitativa de Aristóteles citada por Sinesio; pero el estagirista no fué iniciado, y es difícil que pudiera opinar por medio de suposiciones en asuntos tan secretos.

terialista de los mitos. En esto se halla aún la mitología comparada (1).

Semejante sistema, niega, entre tanto, la influencia del medio que debió suscitar explicaciones distintas en las diversas comarcas donde el fenómeno natural produjo impresiones de carácter mítico. Es ésta una consecuencia *naturalista* inevitable. Ni siquiera puede suponerse que los mismos fenómenos asuman una importancia igual en la Noruega de los vikings que en la India de los arios. La comunidad de mitos en esas regiones, comporta, por la referida causa, una conclusión anti-naturalista.

El otro error consiste en atribuir al equívoco y á la deformación verbal una importancia originaria para el nacimiento de los mitos.

Voltaire, en su tratado "de la paz perpetua", dice textualmente: "Jesús debe su divinidad á una pura logomaquia"; afirmando más adelante esta idea con el recuerdo de las querellas teológicas que en tiempo

(1) He aquí una muestra de la tiranía lógica que informaba el sectarismo de Voltaire: Trátase de las narraciones de Herodoto. Los monumentos que ha visto en Egipto y en Babilonia son cosas incontestables. Por grandes que sean las magnificencias halladas, por superiores que resulten á todo cuanto conocemos, no hay derecho para ponerlas en duda. Este criterio de veracidad, parece que debería asegurar todo el texto del padre de la historia. Nada de eso. Según Voltaire, el mismo Herodoto no creía en las leyendas religiosas que contaba. "Todo lo que en él proviene de los sacerdotes egipcios, es falso; todo lo que vió, ha sido confirmado". O en otros términos: todo cuanto no está conforme con el criterio de Voltaire, es falso. Los papas laicos son la cosa más parecida que existe á los pontífices religiosos.

del concilio de Nicea dividieron á los cristianos por el famoso diptongo de la transubstanciación (1).

Ésa excesiva importancia atribuida á la filología, proviene de los sistemas retóricos que infestaron las decadencias griega y romana, entronizando en los claustros medioevales el culto de la lógica, hasta producir una verdadera depravación cuyo resultado práctico fué la moral atroz del casuismo.

Quisose explicar todo por medio de palabras, incurriendo en una verdadera hechicería que todo lo remediaba por medio de fórmulas, con el detrimento conocido de la rectitud y de la verdad. Aquí es donde la incrustación escolástica de la mitología moderna, resulta más palpable al espíritu desinteresado. La teología recibió el contragolpe de su propio abuso, sin que esto comporte una justificación para él

Siguiendo la misma idea, Max Müller ha llegado á decir que la mitología es una verdadera enfermedad del lenguaje; pero todo dimana de que la creen fenómeno de imaginación exclusivamente: invención de símbolos para expresar fenómenos naturales.

Olvidan estos sabios, que la religión es, ante todo, un fenómeno sentimental como la fé que la inspira; dependiendo de esto su popularidad.

Fué la compasión por los padecimientos de Jesús lo que atrajo las masas al cristianismo; y la anécdota de la conversión de Clovis, es, á este respecto,

(1) *Omoysios*, los arrianos y *Omusios* los alejandrinos: consustancial, ó sustancial. La querella costó una sangrienta guerra civil.

profundamente filosófica. Como le narraran los tormentos de la pasión, llegó un momento en que el rey bárbaro no pudo contenerse, y arrebatando su lanza exclamó enfurecido: "Si yo estoy allá con mis galos, vive Dios que habría sabido defenderle".

Así también los númenes simpáticos del paganismo, son casi todos desgraciados. A la mitología no se le ha ocurrido explicar por qué, pero ya lo veremos luego. El efecto causado sobre la multitud era el mismo y en esto estriba su importancia (1).

Antes de proseguir, debo una mención, que por cierto empieza reconociendo el mérito de trabajos importantes y la gratitud del estudioso para sus autores, á otros sistemas más modernos, bien que no los considere tales, sino meras ampliaciones de ciertos detalles, dentro del concepto naturalista. Para cumplida honra de Max Müller y de Kuhn, debe hacerse constar que todos fueron más ó menos profundizados por ellos y por su escuela, aunque subordinados, co-

(1) Una copa del siglo v antes de Cristo, firmada por Doris, famoso ceramista griego, y que el Louvre cuenta entre sus joyas de cerámica antigua, tiene su parte exterior decorada por la escena homérica en que la Aurora levanta del suelo á su hijo Memnón muerto por Aquiles. Los rasgos del difunto, son los mismos que la iconografía cristiana ha consagrado para Jesús muerto; lo que prueba la identidad del sentimiento religioso á tan larga distancia. Por lo demás, la iconografía del cristianismo es originariamente griega. Son, asimismo, prototipos notables, pues la verdad es que uno sólo poco demostraría, la estatua de Mausolo, del Museo Británico, que parece exactamente uno de nuestros Cristos con manto, en actitud de bendecir al mundo; y la Demeter de Cnido, del mismo museo, enteramente parecida á la Virgen Madre de nuestra escultura hierática.

mo era lógico, al principio central de la filología comparada.

Considero como el más acabado al antropológico de Lang, para quien los mitos provienen de un período salvaje, en el cual la mente primitiva encontraba racional lo que para nosotros es absurdo. Esta explicación sobre el origen de la creencia, tiene el mismo fundamento psicológico en cuya virtud los vocablos vienen á convertirse en divinidades, por la personificación de sus conceptos.

Suponiendo siempre una humanidad inferior á la nuestra, aunque de psicología menos opuesta, Regnaud atribuye la invención de los mitos á mentes como las actuales, aunque desembarazadas en su estado primitivo, de las presentes asociaciones de ideas. De esta suerte, la personificación de las metáforas, inspiradas por los fenómenos naturales, habría poseído una unidad eminente, germen del correlativo concepto de divinidad.

Clermont-Ganneau, sin abandonar enteramente la idea fundamental de que el mito representa ante todo una adoración de las fuerzas naturales, cree que muchos de los cultos griegos provinieron de una necesidad, por decirlo así, supletoria. La primitiva teología helénica, habría explicado, así, figuras y escenas plásticas cuyo significado no conocía bien, y que decoraban diversos artículos de la exportación asiática.

R. Smith y Frazer, atribuyen á la mitología un origen zoolátrico que sus discípulos han procurado dis-

cernir en los restos prehistóricos recogidos sobre el terreno. De ahí se ha pasado á la fitolatría y hasta á un cierto culto de las columnas, que extrema la hipótesis en el dominio de la conjetura fantástica.

Por último, Bérard, si bien asigna á los mitos un carácter religioso, no sale, para explicarlo, de la habitual suposición de error en los griegos. Para él todo se refiere á una explicación de cultos arcaicos, por teólogos más modernos.

Aunque esto roza superficialmente lo que yo creo verdad, los cuatro sistemas en cuestión, puesto que así hemos de llamarlos, no son, como se verá, sino explicaciones complementarias del filológico. Todos poseen de común la explicación naturalista, y sólo tienen de "sistemas" el deslinde correspondiente al mérito científico de sus autores. Todos suponen también como verdadero origen del mito, la inferioridad antropológica, psicológica, histórica ó informativa de la humanidad en la cual tomó aquél su origen. Concurren, por lo tanto, al mismo fin, y cábeles la misma refutación.

Por lo demás, ninguno ha alcanzado la boga del filológico; de manera que á éste corresponden principalmente los honores de la crítica fundamental, sobre todo cuando ella ataca la base común, ó sea la interpretación naturalista.

Bajo este concepto, mi trabajo abarcará el conjunto refiriéndose indirectamente á sus conclusiones.

Sostengo, pues, que la mitología interpretada como fenómeno puramente imaginativo y con la clave

naturalista en vigencia, no da sino explicaciones infantiles. ¡Siquiera fuesen ellas concordes! Ni este mérito posee el afortunado sistema.

Tomando un caso entre mil y contando solamente autoridades de primer orden, mientras Preller ve en la Medusa decapitada por Perseo á la luna con sus fases, Dilthey y Decharme consideran que es la nube de tempestad, y Lolling cree que es el sol. Los tres, como es natural, dan excelentes razones para demostrarlo; pero si algo claro sale de todo ello, es la insensatez esencial del sistema. Lo que sirve para probarlo todo, es sencillamente porque no prueba nada⁽¹⁾.

Pero el pontífice del mencionado sistema, va á su ministrarnos al respecto una demostración concluyente y que sería inútil multiplicar, desde que resulta típica. Se trata de la interpretación naturalista de un fenómeno cotidiano: la aurora.

Apenas debió interesar desde luego á los hombres rudos y primitivos, autores de la mitología según nuestros sabios; pues no tiene ningún carácter utilitario ni terrorífico; es bastante fugaz, y la circunstancia de ser cotidiano, pronto disminuiría su interés.

Según las explicaciones de Max Müller, pocos habría habido, sin embargo, más interesantes para aquellas tribus; y de semejante mitología resulta que los

(1) Abundemos todavía. Niobe, es para Cox un personaje del fuego, la alegoría de la nube que parece el humo de una fogata celeste. Para M. Muller es una diosa del invierno y de la nieve.

contempladores de auroras, tan escasos hoy en la ciudad y en el campo, abundaban por esos bosques primitivos (1).

He protestado más de una vez contra estos abusos de la psicología del salvaje. Las ideas que le atribuímos, son las nuestras, no las suyas; siendo obvio que no podamos crearnos *ad hoc* un criterio de salvajes. Esto sería violentar la civilización y la naturaleza. Equivaldría á ir eliminando y simplificando las ideas que nos parecen sencillas, aunque son resultantes de

(1) Cabe análoga observación para los restos de obras de arte pertenecientes al período cuaternario, cuando según la ciencia, el hombre era casi mono todavía. La aguja de crochet en asta de reno de la Laugerie Basse; el hueso labrado de la gruta del Chaffaud; el famoso reno pastando de Thaingen; los dos renos de Bruniquel; el marfil de la gruta del Papa en Brassempourg, el busto labrado en un incisivo de caballo y recogido en Mas-d'Azil; los renos dibujados en una pizarra de la Laugerie Basse, indican la existencia de artistas que ni siquiera ignoraban las leyes de la perspectiva. Para Laing, el reno de Thaingen "honraría á un animalista moderno". Según Mortillet, el marfil de Brassempourg "nada tiene que envidiar al arte griego". La escultura en piedra, más antigua que la de hueso, presenta admirables ejemplares como el cévido de Solutré. Para sostener á su "salvaje primitivo", la ciencia sigue afirmando, no obstante, que desconocía el uso del metal. Sin embargo, el bronce, compuesto artificial, domina toda la prehistoria, certificando la existencia de una industria adelantada. Sin metal, es imposible conseguir las perforaciones regulares que ostentan materias tan duras como los dientes, el asta de reno y los cristales minerales del prehistórico. Menos aún aquellas agujas de hueso de los magdalenianos, superiores, según se afirma, á las que usaron los europeos hasta los días del Renacimiento. Por lo demás, se ha intentado labrar huesos con sílice. Imposible. La piedra se rompía. La ciencia continúa, no obstante, con su "salvaje primitivo" y con sus dogmas, como si fuera posible que la industria y el arte no correspondieran á la civilización, ó no la constituyeran, mejor dicho.

complicados procesos. Pero es imposible, entre otras cosas, eliminar voluntariamente las ideas. Falta al salvaje la observación sintética, no sabe relacionar sus observaciones, y de aquí, como lo ha notado Spencer, su indiferencia ante los grandes espectáculos de la civilización.

Procurando confrontar con la experiencia el origen del sabeísmo, que desde Dupuis y Volney para acá, la mitología comparada atribuye á las tribus de las grandes llanuras, *naturalmente* incitadas á contemplar el cielo por la vacía soledad de los desiertos anochecidos—propúseme observar si tal acontecía con nuestros gauchos colocados en análogas condiciones de topografía y hasta de raza. Los gauchos no son salvajes, lo cual aumentaría su sensibilidad y sus facultades de generalización. Por otra parte, su sangre beduina heredada directamente del español arabizado, preponderó al mezclarse con la del indio pampeano, otro nómada de llanura. Así se nota en su tipo y en sus tendencias.

A pesar de tan excelentes condiciones, mi experimento no dió resultado. En vano el indio del Sur poseía un sistema mitológico, creyendo que las estrellas eran los antepasados y la vía láctea el campo donde iban á cazar avestruces cuyas plumas formaban las nubes magallánicas. Salvo el nombre de avestruz dado al largo “saco de carbón” que las divide, el gaucho no conserva sino las denominaciones españolas: las tres Marías; las siete cabrillas... No tiene ideas sobre el firmamento, la naturaleza de la

luna, etc. Estimulado por mis preguntas, uno dió al fin con cierta idea ya conocida en la edad media: que las estrellas son agujeritos llenos de luz.

La experiencia no confirma, pues, síntesis ni generalizaciones míticas. Todo ello es fantasía, á causa de que para especular sobre el salvaje nos metemos dentro de él, substituyendo así á su personalidad la de un hombre civilizado.

Cuadra en este caso la crítica que Balmes hace á la famosa estatua de Condillac: "Condillac está adentro, y es él quien habla, no la estatua que va animándose". Sabido es que el ejemplo en cuestión perteneció á la misma edad enciclopédica cuyo espíritu informa nuestra mitología comparada. Su personalismo exclusivo y su brillante trivialidad, imprímeme un carácter femenil, nada extraño después de todo, si como lo aseguraba la chismografía de la época, fué una mujer, madame Ferrand, quien dió á Condillac la idea de la estatua animada...

La experiencia y el raciocinio, conducen, por el contrario, á la conclusión inversa. Son las ideas sobre el cielo, lo que produce su contemplación filosófica ó sentimental; pero absorto en sus conclusiones sectarias, el enciclopedismo no lo veía, á pesar de que su lógica pronunciaba con Volney este exacto aforismo: "No es Dios quien ha hecho el hombre á su imagen; es el hombre quien ha figurado á Dios por la suya".

Esto reduce la lógica á su verdadero papel; mas veamos cómo el fenómeno de la aurora debía impre-

sionar al salvaje de Max Müller y qué consecuencias intelectuales experimentaría con ello.

Para el ilustre sabio, Palas Atenea, la Minerva romana, era una personificación de la aurora. Fúndase para afirmarlo, en que *Atena* es, según él, una forma ligeramente modificada del vocablo sanscrito *ahana* (la ardiente) aunque hace notar que esta palabra sólo se encuentra en el Veda ;*una sola vez!* Y el Veda es la cosa más controvertida, lo que quiere decir más ignorada por nuestros sabios.

Hermes ó Mercurio, deriva de *sarameya*; aunque para esto haya que forzar dicho vocablo á la forma épica *Hermeias*, que es un vocativo. *Sarameya*, viene de *sarama*, nombre sanscrito de la aurora, según Max Müller, que lo convierte, así, en numen crepuscular. Pero Kuhn sostiene que *sarama* significa tempestad, y hace de Hermes un numen del sueño...

Hay, sin embargo, algo más curioso en esta interpretación; pues para el mismo Max Müller, el hallazgo de las vacas divinas robadas por el citado Hermes, debe atribuirse á la aurora, lanzada detrás de ellas "como el perro sobre la pista". He ahí á la pobre Aurora en funciones bien contradictorias, ó sea persiguiéndose á sí misma, lo que prueba que el mito en cuestión fué para su intérprete tan *hermético* por definición como por clave.

Venus Afrodita, diosa de la belleza, es naturalmente una personificación de la aurora "el más hermoso de todos los espectáculos de la naturaleza".

Las Erinias ó Furias, personifican también la au-

rora, porque derivan de la voz sanscrita *saranyu*; si bien Kuhn, con la misma raíz, encuentra que significan la nube tempestuosa; pues así como el primero de los mitólogos citados, halla la aurora en todo, el segundo encuentra en todo la tempestad. (1) Aquel sostiene, además, que la frase “la *Erinia* descubrirá el crimen”, era proverbial entre los griegos; lo que prueba el concepto luminoso del mito. Mas la mitología contradice su aserción con un hecho concluyentes: las *Erinias* eran hijas de la noche, y habitaban el Erebo, ó infierno *subterráneo* de los antiguos.

La leyenda de Orfeo y de Eurídice, es otro mito de la aurora personificada por la esposa del cantor. Helena es también una personificación de la Aurora. Finalmente, Europa raptada por el toro, es la aurora también. En estos dos últimos mitos, el sabio está al menos acompañado, sea dicho en verdad, por Cox; caso raro entre mitólogos.

¿A qué se debe esta evidente arbitrariedad?

Sencillamente á que los mitólogos tienen resuelto saber más que los griegos sobre mitología griega. Los misterios donde se daba su clave, nunca fueron develados y la antigüedad respetó, como hemos visto, su secreto. La mitología moderna ha decidido, para cortar por lo sano, que los griegos ignoraban el sen-

(1) Esta misma oposición que, sea dicho de paso, es lo único sistemático en las doctrinas naturalistas, encuéntrase años después en dos mitólogos más modernos: Regnaud y Ploix. Para el primero, todos los mitos deben referirse al fuego; para el segundo, á la luz. Una discordia semejante, era para Ovidio la definición del caos.

tido original de muchos de sus mitos. Así las interpretaciones modernas resultan de una gran facilidad, al propio tiempo que de un imponente dogmatismo.

Menester es empezar suponiendo una lengua primitiva muy simple y sintética, "cuyos epítetos se convirtieron en dioses" para emplear los términos de un eminente mitólogo, por la multiplicidad de atributos que en la personificación resultan componiendo un ser poderoso; (1) pero conviene advertir á este respecto, que las lenguas son más sabias cuanto más antiguas, representando sus palabras, como sucede con el hebreo y con el sanscrito, símbolos ideográficos generales, términos concretos, cantidades numéricas, etc. (2). Lo cual supone una fuerza de expresión que los idiomas modernos han perdido enteramente.

Ello si coincidían en la oración ó el vocablo todas esas representaciones. Si no, un texto vulgar podía encubrir secretos para los que ignorasen todos los sentidos del idioma; y tal parece que fué la escritura de los más importantes libros sagrados antiguos.

Cuando se reflexiona sobre esto, ocurre la idea de que esas lenguas son los últimos restos vivos de civilizaciones superiores á la nuestra, si ha de dar-

(1) Una palabra que "se convierte en Dios", comunicará al ser así formadoq todas las significaciones que ella posea, bajo la forma de atributos personales.

(2) Las letras griegas son también números y en los nombres sagrados teníase en cuenta su valor. Sabido es que lo propio sucedía con las romanas cuyos valores numéricos son todavía de uso corriente. El valor de los vocablos, podía, pues, constituir una clave.

se á las creaciones de la mente la atribución indicadora sobre el estado de cultura de una raza ó de un país. Una lengua sabia no puede pertenecer á salvajes.

Lo mismo puede decirse de las religiones, sea que dichas lenguas las sirven de vehículo como me parece obvio, sea que las engendren por logomaquia como lo quiere la mitología comparada, pues para el caso esencial da lo mismo. Son más elevadas y filosóficas, cuanto más antiguas.

Por otra parte, el origen filológico de la mitología comporta un contrasentido evidente. La idea ó la cosa, preceden siempre á la palabra, sobre todo si se trata de una humanidad primitiva é infantil; pues para ella como para el niño, todo debía de ser objetivo. Por la misma razón hay idioma antes de haber gramática; nombre y cosa nombrada, antes de existir metáfora.

En realidad, el sistema supone la percepción de una verdad evidente. Esta es la unidad mítica, por correspondencia de todas las alegorías con un objeto cualquiera. La mitología comparada, sostiene que se trata de describir la naturaleza; pero acaba de verse cómo le sale el propósito. Sigamos examinando su filología.

Para realizar su difícil tarea, los mitólogos modernos empiezan por sentar una serie de afirmaciones.

Trátase en primer lugar de los Vedas, pues ya se sabe que consideran á los mitos griegos derivados de los hindúes; cosa que han conseguido demostrar.

Afirmase, desde luego, que en dichos poemas no existe rastro de símbolo religioso ni de alegoría consciente; pero basta leerlos, para convencerse de lo contrario. Los Vedas tienen una clave en los populares poemas llamados los *Puranas*, que para mejor los mismos mitólogos han interpretado alegóricamente hasta el cansancio; y los bramanes sostienen que los Vedas son enteramente alegóricos. Existen en la India varias escuelas filosóficas, fundadas en la interpretación de esas alegorías.

Verdad es que se nos advierte sobre la extrema dificultad de determinar esas homonimias á través de miles de años, y cuando tanto los hindúes como los griegos habían perdido, según los mitólogos, sus huellas: pero entonces, faltando la clave, no queda más recurso que la analogía. Ahora bien, la analogía supone el carácter alegórico del Veda, así como la requiere la misma homonimia de la ciencia.

No paran aquí las singularidades. Sostiénese asimismo que la primitiva lengua de los griegos—hoy desconocida, sea dicho de paso—carecía de términos abstractos; debiendo ser, entonces, sus expresiones un conjunto de imágenes. Si ello fué así, mal pudieron los mitos tener su origen en una serie de logomaquias, y los dioses ser primitivamente epítetos. Por otra parte, todo término abstracto, es un término concreto generalizado; lo cual da carácter metafórico á todas las palabras (1), invirtiendo entonces el

(1) Y ayer como hoy, la metáfora fué el elemento más activo en la evolución de las lenguas. Carlyle vé una creación poética en cada palabra, por insignificante que hoy sea.

procedimiento que la mitología atribuye á la evolución del lenguaje en la generación de los mitos.

Después considerar infantil á la India védica, parece una broma pesada. No producen los pueblos primitivos esa literatura, ni levantan esas construcciones que aun hoy son el asombro del mundo.

El sistema naturalista, exige, desde luego, al salvaje primitivo; y á nuestra vista tenemos ahora los adoradores de fenómenos naturales. Son, efectivamente, salvajes y de los más rudos; pero hace cuatro siglos que se los observa en América, sin notar una variación en su culto. Por el contrario, al civilizarse, adoptan las ideas del civilizador. El griego altamente culto, adorando lluvias y truenos como un salvaje, representa un contrasentido. Habría conservado salvaje la conciencia, es decir, el elemento fundamental de la cultura misma. Y ello, no en la persona del pueblo, que al fin adoraría símbolos equivalentes con el tiempo á entidades de vida propia: sino en la persona de los más inteligentes, de los espíritus superiores, puestos por la iniciación ante el fenómeno natural directo.

¿Pero no se afirma al mismo tiempo, que la primitiva religión de Grecia, la de los pelagos prehistóricos, consistía en la adoración sin templos y sin imágenes, *hasta sin nombres* que profanasen la alta abstracción de la divinidad? ¿Dónde queda, entonces, el salvaje primitivo con sus epítetos transformados en dioses por logomaquia, y sus tormentas ó auroras divinizadas?...

Vimos ya el significado contradictorio atribuido á una misma palabra por Müller y por Kuhn. Este es otro escollo de los más arduos, ante la imposibilidad de que cada vocablo exprese una sola cosa; única circunstancia que daría seguridad al sistema.

Por el contrario, una sola palabra puede tener significados opuestos, y esto es la antífrasis, figura que cometemos á cada momento en el lenguaje común; ó desemejantes, como en la catacresis: *la hoja de la espada*, perteneciendo este tropo igualmente, al fondo común del idioma. Las interpretaciones pueden ser en este sentido, casi tan numerosas como los intérpretes. Sábese, además, que las escrituras sagradas atribuían á las palabras acepciones opuestas según el sentido del párrafo; y aquí ya no quedaría al lector otro recurso que la clave, cuya necesidad para la interpretación del lenguaje figurado acaba también la ciencia por reconocer.

Para apreciar las dificultades de toda conclusión al respecto, basta saber lo poco que ha adelantado, por ejemplo, la *semasiología homérica*, no obstante su bibliografía colosal. Ella, tanto como el *folk-lore* interpretativo, están en crisis. Cuanto más se los trabaja, más se demuestra su ineficacia.

Admitiendo, sin embargo, tantas contradicciones y arbitrariedades, queda todavía una pregunta, por hacer: ¿A cuál de las teorías en boga habremos de atenernos? ¿A la astronómica de Max Müller, quien considera el retorno regular de los fenómenos, como una condición casi indispensable para que la fraseo-

logía mitológica los convirtiera en dioses inmortales; ó á la meteorológica de Kuhn, quien atribuye la mayor importancia á los fenómenos bruscos é irregulares por la mayor impresión que debieron causar? Max Müller considera que esos caracteres, daríanles más bien aspecto diabólico; nunca la serena magestad de los númenes superiores sugerida por un retorno seguro y regular. Kuhn imagina que esto los volvería, á poco, indiferentes por exceso de familiaridad.

La crítica del sistema naturalista, queda así hecha por dos de sus corifeos; para no hablar de las interpretaciones botánicas muy interesantes de Mr. Mannhardt sobre los mitos de Dionisos y de Perséfone. (1)

Quizá exista en un plano superior la conciliación de todo esto, y muy luego la intentaré; mas siendo tan grave el asunto y tan radical mi emancipación

(1) Strindberg, el sueco genial tanto en el arte como en la ciencia, especie de Goethe loco, y si menos elevado, incomparablemente más audaz, ha escrito en el Capítulo IV de su *Sylva Sylvarum*: el "*Delphinium Ajacis*", que Ovidio, el más avanzado de los transformistas, pretende que germinó del suelo empapado por la sangre de Ajax. ¡El cianuro de la delfinela azul producido por la sangre y el hierro de Ajax!: *ferrocianuro*. Dijérase que Ovidio conocía la química". Con sorprendente acierto á su vez, Virgilio en las *Geórgicas* habla del "ferruginoso jacinto": una flor brotada de la sangre del amigo de Apolo que llevaba ese nombre y á quien el dios mató hiriéndole con un disco. El jacinto es, en efecto, muy ferruginoso.

Las explicaciones botánicas de Mannhardt, tienen, por otra parte, un antecedente en Court de Gebelin cuya filología comparada produce un sistema de interpretaciones agrícolas.

de la ortodoxía científica, ha de permitírseme que la abone todavía con algunos ejemplos relativos á los griegos. (1)

Asegúrasenos que si bien para éstos, Apolo y Febo, Hiperión y Helios, eran los nombres de un sólo dios, *habían olvidado* que éste, el sol, era igualmente Hércules, Perseo, Edipo y otros aún. Parece que los misterios donde se iniciaba sobre estas cosas, debieron de haber conservado tales recuerdos; pero la mitología moderna cree lo contrario, aunque por una infeliz casualidad se olvida de dar la prueba.

Max Müller sostiene que el mito tiene á los fenómenos por “acontecimientos caprichosos” de una historia que realizaron voluntades semejantes á la del hombre; y esto á pesar de su teoría sobre la regularidad perfecta, é inviolable periodicidad de los tales fenómenos convertidos en dioses. Llamáronlos dioses, dice; palabra en la cual los filósofos antiguos creyeron descubrir *erróncamente* la idea de las leyes que rigen al mundo. No obstante, él cree á su vez que los dioses son personificaciones directrices de los fenómenos naturales...

Se nos dice que Hesiodo cuya teogonía reposa sobre un evidente “fondo de verdad científica”, no percibió esta verdad, sino que la presintió solamente;

(1) Un último detalle sobre los hindúes. La mitología comparada asegura en sostén de sus teorías, que antes de su dispersión los arios no conocían el mar. El mar figura á cada momento en los Vedas, poema compuesto antes de esa dispersión, más famosa que demostrable.

como si el mero presentimiento pudiera llegar á la verdad científica. Que su mérito consiste en haber *supuesto* la era de cataclismos que antecedió al equilibrio de las fuerzas cósmicas; aunque la tal suposición no sea una vaga generalidad, sino una descripción circunstanciada.

La misma significación del nombre de *Tritogeneia* aplicado á Palas Atenea, no obstante la importancia de este numen (basta recordar su patronazgo de Atenas) y su clara etimología, resulta que estaba perdida para los griegos. (1)

Entretanto, otro calificativo de Atena en la Iliada, *ageleia*, recibió durante mucho tiempo la traducción de “diosa de los ganados”. Sólo ahora último, se ha vuelto á la etimología antigua, traduciendo “diosa del botín”, como es en efecto.

Ni el contrasentido detiene el remonte de este dogmatismo despótico. Ares ó Marte es para la mitología moderna el dios de la tempestad. Formulado esto, se añade que “tiene sobre todo por enemiga á Atena, la diosa del relámpago, quien se halla *naturalmente* en lucha con los dioses ó demonios de la tormenta”. (Decharme). Pero si Atena es “diosa del relámpago”, es por de contado uno de los númenes de la tem-

(1) Los griegos decían que *Tritogeneia* significa nacida de la cabeza (*trito* en el dialecto eolio arcaico que domina toda la literatura sagrada) porque Atena nació del cráneo de Zeus. Esta sencilla explicación no satisface á Max Muller, quien deriva la palabra de cierto dios indo, Trita, numen del agua, haciendo de Atena una diosa acuática. Era, por el contrario, como veremos más adelante, adversa á tal elemento.

pestad; y entonces, ¿cómo ha de resultar *naturalmente* su enemiga? (1)

Ixión, por haber quemado un hombre vivo, es precipitado al infierno donde su castigo consiste en girar por toda la eternidad, atado á una rueda ardiente. “Esta rueda es el sol” pontifican nuestros mitólogos: pero el infierno de los castigos, el Tártaro donde fué precipitado Ixión, estaba, se afirma, en las entrañas de la tierra. ¿Cómo podía ser, entonces, el sol la famosa rueda?

Gea y Rea, las dos misteriosas divinidades primitivas, serían ambas personificaciones de la tierra; pero la *Teogonía* de Hesiodo dice que apenas nacido Zeus, su madre Rea le transportó á Creta, donde escondido en una caverna, *la Tierra le alimentó y educó*. Gea y Rea serían, entonces, personas distintas como no es difícil probar.

Los griegos “no comprendían” el significado originario de la frase: “las Erinias persiguen al criminal”, no obstante ser estos númenes agentes de la justicia divina. Dicha significación, encontrada en cambio por Max Müller, es, naturalmente, la aurora que descubrirá los crímenes de la noche.

Semele, encinta de Júpiter, quiere ver al dios en toda su gloria; pero el fuego de ésta la consume. Entonces Júpiter retira el fruto de aquellas entrañas y lo encierra en uno de sus muslos, hasta que concluida la gestación, puede nacer á término.

(1) Más adelante veremos la causa efectiva de su enemistad con Marte.

Esta leyenda del nacimiento de Baco, cuya explicación daré más adelante, tiene según la mitología moderna, la siguiente filiación:

Apenas la tierra sale del sueño del invierno, cuando experimenta la acción del cielo: unión fecundante en la cual concibe los gérmenes de la vida. La savia invade los sarmientos que ya empiezan á brotar y el dios comienza á formarse. Pero muy luego Júpiter fulmina á Semele: es el ardor solar que consume la tierra, y el joven fruto perecería, sino se ocultara bajo las hojas de la planta que lo produce. Entonces el cielo completa la obra de la tierra. Proteje á Baco cubriéndose de nubes que producen rocíos bienhechores cuya humedad alimenta al racimo naciente y apresura su madurez. (Preller; y con ligeras variantes, Kuhn). (1)

Como maestría teológica, la explicación no tiene precio según se vé. Así, no hay cosa que no pueda explicarse: y por el mismo procedimiento, los teólogos cristianos han llegado á descubrir que los senos de la esposa en el *Cantar de los Cantares*, son los dos testamentos de la Biblia. El sectarismo produce siempre iguales efectos.

(1) El sistema tiene su antecedente antiguo. Es una explicación que Diodoro atribuye á ciertos mitólogos de su tiempo sobre la historia de Dionisos. El dios destrozado en su juventud, conforme á una de sus innumerables leyendas, y echado después en un caldero, representaría la vendimia y el vino cocido que muchos pueblos usan. Su retorno á la vida por obra de Demeter, era el brote de la viña después de haber sido podada. Nace dos veces, porque el diluvio mató las viñas que después se reprodujeron de semilla por la acción de las aguas, etc.

Entretanto, preséntase aquí una conjetura. Las interpretaciones naturalistas de la mitología comparada, refiérense casi enteramente á la astronomía, la meteorología y la botánica. La zoología, solo por excepción figura en ellas.

Cabe suponer, sin embargo, que los fenómenos de la animalidad impresionarían tanto como los celestes y los vegetales al hombre primitivo; y si bien se mira, más que estos últimos por la mayor vinculación humana con el reino animal.

Sabido es que los dioses tenían uno ó varios animales á ellos consagrados, como símbolos de sus más característicos atributos. ¿Por qué no suponerlos representaciones de dichos animales? Algún mitólogo moderno (S. Reinach) pretende que el *totemismo*, ó adoración de fetiches vivos, concierne á todos los salvajes; y aunque otros, como Toutain, su más caracterizado contradictor en esta parte, consideran inaceptable semejante generalización, lo cierto es que cabría perfectamente suponer un *totem* en cada uno de los animales consagrados á los dioses. Ello parece obvio en el sistema naturalista.

Existía al respecto alguna hipótesis formulada primeramente por Schliemann, sobre el culto de la vaca en Micenas; algunas consideraciones por cierto muy débiles de Evans á propósito de una pretendida adoración de los árboles y las columnas; la nutrida obra de Cook (A. B.) sobre los cultos animales propiamente dichos, y el sistema—el inevitable sistema—de Smith (R) y de Frazer, que á la verdad

no sale del terreno hipotético. Lo cierto es que los textos antiguos no mencionan semejante cosa. Puede afirmarse sobre ellos, que la zoolatría fué desconocida en Grecia. Su teoría tampoco ha hecho camino entre los mitólogos modernos.

Y es que, sin duda, á provenir del animal el culto originario, algún rastro habría dejado; sobre todo, cuando su figuración continuaba al lado de la deidad correspondiente.

Por lo demás, los animales de cada numen son generalmente varios; lo cual si se explica como representación de diversos atributos, resultaría imposible á tenérselos por orígenes del mito. ¿Qué coincidencia de culto zoolátrico puede haber entre el águila y las moscas de Zeus, el buho y la araña de Atena, la vaca y el pavo real de Hera, la tortuga y el carnero de Hermes, el cuervo y el delfin de Apolo, el perro y el ciervo de Artemis? Sería un poco fuerte suponer que estos animales formaban el rudimento residual de un culto zoolátrico. (1)

Es que tanto las bestias en cuestión, como los fenómenos naturales, componían el cuadro alegórico del mito, según se verá por la explicación subsiguiente. Esta es, al mismo tiempo, la razón de que un mismo animal y una misma planta, pertenecieran á nú-

(1) La sana lógica impone, sin embargo, una consideración favorable á la hipótesis zoolátrica, entre la leche de Amaltea y la miel del Himeto, que alimentaron á Zeus; el buitres y los perros de Ares; el chivo y el carnero de Hermes; el cuervo y el gavián de Apolo, etc. Pero falta siempre en los textos antiguos el rastro que habría persistido, siendo tan profusa la zoología simbólica.

menes antagónicos. Así el caballo para Atena y Poseidón; así la encina para la misma Atena y Dionisos. Tales bestias y plantas, simbolizan los atributos de los dioses; siendo, entonces, el total de estos atributos, ó sea la entidad misma del numen, lo que determinaba la relación. El caballo, como bestia indócil y hasta feroz, era de Poseidón; como animal doméstico y útil, de Atena. La encina, como mástil ó como instrumento oracular, era de la misma diosa; por sus frutos ó balanos, que hasta hoy designan metafóricamente el miembro viril, estaba consagrada á Dionisos; por su eminencia entre todos los árboles, á Zeus. Y así para las restantes atribuciones.

Con el otro sistema, ó sea el que pretendiera determinar el carácter de los dióses por medio de las plantas y animales atributivos, llegaríase á identidades absurdas. Zeus, Dionisos y Atena, resultarían tres númenes engendrados por el culto de la encina, á pesar de sus oposiciones inconciliables.

Faltando, por lo demás, enteramente la atribución zoolátrica en los textos antiguos, considerarla como fundamento de la mitología es un evidente abuso. Con el mismo criterio podría suponérsela en el buey de San Marcos, el águila de San Juan y los cisnes de Santa Brígida; pero sabemos que no es así. Esta simbología cristiana, nos da, por el contrario, una clave preciosa para deducir el recto sentido de la mitológica. Y los primeros polemistas cristianos, nunca sostuvieron que los paganos de Grecia adorasen aquellos animales de los dioses; aunque el argumento hu-

biera sido de primer orden para refutar la idolatría. Continuemos, entretanto, el análisis.

La mitología antigua consideraba á Cadmo como héroe fenicio. No hay tal, dice la moderna. Es el sol oriental, ó sol purpúreo (*foinix*): un epíteto mal comprendido. Los antiguos decían, sin embargo, que los primeros civilizadores fueron de Fenicia á la Grecia. Pero todavía existe un detalle más significativo. Los oplitas espartanos llevaban una túnica roja, la misma de la danza pirriquia que propiamente era un paso militar, y esa túnica llamábase también *foinix*. El vocablo indicaba la procedencia de la púrpura en los mares fenicios: la púrpura de Tiro. Y añadiré que los fragmentos de Sanchoniaton conservados por Eusebio, parecen no dejar duda sobre la relación fenicia con los helenos. Estrabón la menciona expresamente, y sobre su afirmación, para mí de una veracidad indiscutible, ha edificado Helbig gran parte de su *Epopéya*, como Bérard su monumental trabajo *Les Phéniciens et l'Odyssée*. El detalle tiene, pues, una importancia visible.

Argos, el de los ojos innumerables, es, se afirma, el cielo estrellado; pero esto de los muchos ojos, es un aumento relativamente moderno, que se encuentra en Moskos, de quien lo tomó Ovidio: el pavo real habría nacido de su sangre, llevando los tales ojos en la cola. Pero la leyenda de *AEgimios*, fuente la más arcaica del mito, describe á Argos como un ser potente y misterioso con solo cuatro ojos dirigidos á los cuatro puntos cardinales. Pherecides dice que Ju-

no le puso un ojo en la nuca; y Eurípides, que resume la leyenda, cita que de sus muchos ojos, unos se abren al salir los astros, mientras otros se cierran con su ocaso. (1) Ojos y estrellas eran, entonces, cosas distintas para Eurípides, que sabría tanto, por lo menos, como nuestros mitólogos.

Otra interpretación supone que Argos personifica los crepúsculos de la mañana y de la noche, porque á causa de sus cuatro ojos, algunas pinturas le representaban con doble faz; pero en este caso no tendría explicación la leyenda de su asesinato por Hermes ó Mercurio, á quien los mitólogos declaran personificación del viento de la mañana. Entonces viene el recurso característico: todo proviene de una falsa interpretación antigua del epíteto ordinario de Hermes, *argeifontes*, mencionado desde los poemas homéricos. Debía de ser el vocablo eolio *argeifantes*, ó sea dador de luz: el viento que limpia el cielo de nubes, dice la mitología moderna. Sólo que el otro epíteto, más directo ciertamente, se refiere por definición á la muerte de Argos: *argeifontes*.

La locura de las Prétidas, es para Preller imagen de las *carreras errantes* (sic) de la luna; fantasía científica que no merece refutación.

Por último, ¿qué nos dice la mitología moderna de

(1) En el segundo fragmento de Sanchoniaton, conservado por Eusebio,—una alegoría primordial de la Fenicia—el mismo detalle pertenece á *Cronos* ó Saturno, personificación del tiempo; y con toda evidencia, refiérese á la periodicidad cronológica. Esos cuatro ojos, corresponden á cuatro alas, dos cerradas y dos abiertas.

ese magnífico mito de Hércules, realizado por la veneración de toda la Grecia cuya poesía acumuló en él á porfía sus primores?

Su acción múltiple y vasta; su heroísmo que exaltaba la emulación de toda la Grecia caballeresca, pues lo cierto es que ese numen fué el dechado del paladín; sus penas y sus virtudes, su múltiple significado alusivo que á simple vista se nota, no son para la ciencia sino una alegoría del sol y de las nubes, generalizada cuando más en las estaciones zodiacales del sol.

El genio griego menospreciaba los discursos largos y redundantes, la estéril abundancia de las narraciones: (1) y sería verdaderamente singular, que tan luego en el más querido de sus mitos, abdicara estas cualidades esenciales y típicas, para arrastrar á través de un episodio repetido quince ó veinte veces, una alegoría infantil. Esto no es sino una presuntuosa interpretación moderna. Ya veremos que el mito es mucho más profundo, representando una triple alegoría astronómica, histórica y psicológica, en la cual lo único que falta son las nubes precisamente.

Y el caso es que la antigüedad no ha visto en el numen tal personificación del sol, que á ser tan evidente como la han descubierto nuestros mitólogos, alguna huella habría dejado.

(1) Así en *Las Suplicantes* de Eskilo: "No uséis de largos discursos, dice Danaos á sus hijas; esto es odioso aquí" (en Grecia). Y más adelante el rey Pelasgos: "Nuestra ciudad (Tebas) no gusta de largos discursos".

Hesiodo no menciona una palabra de ella en el *Escudo*. Por el contrario, en dicho trabajo especial sobre Hércules, éste resulta protegido por Apolo el numen del sol. Homero, en los pocos pasajes de la *Odisea* donde la cita, como ser el viaje de Ulises al país de los cimerianos, nada dice tampoco; y lo mismo acontece con la *Iliada*. La oración órfica, nada á su vez; como no sea llamarla “resplandeciente con las llamas primitivas”; pero deducirlo de aquí, sería forzar el texto. Muchos más atributos luminosos y ardientes atribuye su himno á Hefaeostos, sin que los mitólogos crean que es el sol. No quedan sino los doce trabajos, asimilados á los signos zodiacales; como si al ser la docena un número místico, no estuviese lleno de correspondencias.

La antigüedad, pues, contraría tamañas pretensiones. Hércules era no sólo un paladín libertador; era también médico y amado de las musas. La genealogía de Apolodoro, nos lo presenta padre de la nobleza legendaria que civilizó el Peloponeso. El apólogo de Prodicos de Ceos (1) conservado en los *Memorables* de Jenofonte, nos indica que su mito constituía una leyenda de iniciación. Máximo de Tiro hace en altos términos el elogio de su sabiduría. Los estoicos encuentran en él, el ideal de la cordura. Entonces el mitólogo moderno, decide sencillamente

(1) Aunque se trate de un sofista, la mención vale la pena, pues Prodicos fué un investigador del fondo arcaico del idioma que se hablaba en la Atenas de Pericles. Habíase hecho notar, además, como gobernante, lo cual singulariza favorablemente su fisonomía.

que se trata de interpolaciones filosóficas. Así entiende salvar al mismo tiempo la tolerancia y la buena fe; ¿pero la iniciación no era, acaso, la clave filosófica de los mitos? Y entonces ¿dónde queda la interpretación meteorológica?

Es, sin embargo, evidente que los mitos son susceptibles de varias interpretaciones, como síntesis de un sistema filosófico que pretende explicar el origen de los seres y de las cosas; pero son estos, entonces, lo que sirve para dar aquellas, no al revés como lo quieren nuestros mitólogos. Por otra parte, una misma alegoría fundamental se adaptaba á diferentes regiones, explicándose así la existencia en Europa de diversos cultos paganos y politeistas. La prueba de que esencialmente eran la misma cosa, está en la tolerancia griega y romana para con todos. El cristianismo no la siguió, porque se proclamaba dominador excluyente, sosteniendo que esos cultos habían sido artificios de Satanás, para retardar y confundir en lo posible la revelación.

Formado en la alta filosofía de los misterios, el espíritu antiguo no reconocía cultos enemigos, sino que veía en todos la expresión de una verdad común: concepto altísimo de neutralidad en el ideal, que excluía los odios religiosos.

No conozco al respecto institución más bella que el altar elevado por Atenas "al dios desconocido". Consistía en un ara donde sólo había fuego, es decir el elemento purificador para todos los cultos y el vehículo para la ofrenda, también universal, de los per-

fumes. El objeto de dicho altar, era que si algún extranjero no encontraba en Atenas sus dioses familiares ó el templo de sus creencias, tuviese allá un terreno neutral de adoración. Semejante hospitalidad del espíritu, constituye el rasgo más noble de la civilización griega. La teología ha intentado presentarlo como una prueba de superstición politeísta; pero san Jerónimo ha expresado sin ambages, que según el testimonio de autoridades ya antiguas para él, dicho altar estaba propiamente dedicado á todos los dioses extranjeros. Carecían de sentido, entonces, para el espíritu pagano, las guerras de religión con que el cristianismo ensangrentaría luego al mundo. No habían existido ni entre las razas más enemigas.

La historia ha dado buena cuenta de las famosas “persecuciones” romanas al cristianismo. Lo cierto es que durante los tres primeros siglos, los cristianos reunieron pública y libremente cincuenta y seis concilios, sin que nadie los estorbara. Ninguno de los primeros papas fué sacrificado, aunque todos figuran en el martirologio; pero es dando á la palabra martirio su recto significado de testimonio. Si el culto primitivo celebrábase en las catacumbas, ello provenía de una imitación pagana, más que de un ardid de perseguidos. Es que la iniciación misteriosa, copiada por el cristianismo como se verá más adelante, efectúabase en templos subterráneos: ceremonia común á todos los cultos del mundo antiguo. Por otra parte, tratábase de cementerios disidentes; pero dada la inmensa extensión de las catacumbas,

habría sido imposible mantenerlas por muchos años, como se pretende, desconocidas de la policía romana. La ocultación debió de tener parte mínima entre las razones para construirlas.

A pesar de la ardiente propaganda y de los escritos abiertamente sediciosos de los Padres, los más ardientes de entre ellos no fueron perseguidos: *verbi gratia* Tertuliano, Orígenes, San Gregorio el Taurmaturgo. Los suplicios como el de San Cipriano y el de San Ignacio, son raros á la verdad; y deben de haber tenido otra causa que la religiosa, cuando se efectuaron bajo emperadores tan tolerantes como el indiferente Galo y el filósofo Trajano: probablemente la sedición abierta ó la incitación contra las leyes, temas favoritos de la primitiva predicación. Los cristianos tuvieron altos puestos en el imperio y hasta hubo emperadores casados con mujeres de su religión. (1) La libertad de que disfrutaron, no digamos bajo emperadores filósofos como Adriano y Marco Aurelio, sino bajo tiranos como Heliogáballo, Cómodo y Caracalla, es prueba evidente de la tolerancia que mencioné. Constantino, antes de hacerse cristiano, dió de acuerdo con Licinio, en Milán, el año 313, el célebre edicto sobre libertad de conciencia, que atañía ante todo al cristianismo. El preámbulo es un dechado de filosofía pagana: "Damos á todos la libertad de seguir la religión que cada

(1) Dioclesiano nada menos; el emperador filósofo que abolió la ley en cuya virtud los padres podían vender á sus hijos. Ley restablecida, dicho sea de paso, por Constantino.

cual desee, á fin de atraer sobre nosotros y nuestros súbditos las bendiciones del cielo.” Esto demuestra que se atribuía poder bienhechor á todos los dioses. Por ello, cuando se tomaba una ciudad enemiga, sacrificábase á sus dioses para tenerlos propicios; de manera que la religión nunca era un pretexto de guerra, como sucedió bajo el cristianismo triunfante.

Ta...poco el estado reconocía el delito de la ofensa á los dioses. “Las ofensas hechas á los dioses, sólo á ellos corresponden”: *decorum offensa, diies curae*, era un principio del senado.

Por lo demás, en Grecia no hubo, proplamente hablando, culto oficial ni clero organizado como el que el cristianismo introdujo del Oriente, propagando con ello la intolerancia del monopolio cultural. Los sacrificios públicos, las oraciones y fiestas solemnes, efectuábanse por lo común fuera de los templos y en nombre del pueblo, siendo los reyes sus celebrantes. Así, las más importantes ceremonias, como las eleusinas y las délficas, eran ante todo políticas, teniendo por objeto robustecer la difícil solidaridad griega. Los sacrificios privados, corrían por cuenta del padre de familia, sin intervención sacerdotal. Sólo algunos templos tenían sacerdotes consagrados á su servicio. Así, para las misterios eleusinos, era hereditario el cargo en la familia de los eumólpides; para *Atena Polias* en la de los eteobulades; en la comarca dórica era también sacerdotal la familia de los egidios. Ello tenía por objeto la conservación de ciertas cualidades por reencarna-

ción de los sacerdotes fallecidos, en un mismo linaje, como los *lamas* del Tibet y los príncipes fatimitas del Egipto musulmán. Los mitos no tenían, pues, un carácter propiamente dogmático. Eran más bien expresiones sintéticas de moral, de estética y de filosofía.

La potestad laica predominaba de tal modo, que hubo destituciones sacerdotales por decisión popular; y consiguientes designaciones del mismo origen, como sucede ahora en algunos cantones de la Engadina.

Pero debo de hacer otra reflexión fundamental, respecto al significado múltiple de los mitos.

Si la explicación científica falla, su creencia en la unidad de aquellos y en su correspondencia sistemática, es exacta. Los mitólogos modernos han percibido el hecho, pero refiriéndolo á fenómenos naturales, y aqui es donde estriba su error. Lo que se les escapa, es la causa de la unidad mítica.

En su forma más elevada, el mito alegoriza una de las ideas madres que determinan el proceso de la mente humana, generalizando su acción. Esta idea que se desdobra y particulariza en una multitud de principios científicos, sociales, políticos, artísticos, siendo la misma en el fondo, adopta el mito bajo nuevos aspectos. Así el cuadro psicológico se reduce á unas cuantas de esas ideas principios cuya progenie es, á veces, muy distinta. De aquí las contradicciones aparentes.

Tomando por ejemplo el bien conocido suplicio de Sísifo, este mito puede representar el ciclo de

existencias del alma en la palingenesia, fundamento de los misterios; la expiación por medio del remordimiento; la evolución social con sus progresos y retrocesos sucesivos; el terror del tirano que teme incesantemente; el sol que asciende hasta el cénit y cae en la noche, etc., etc. Siendo en el fondo y primordialmente, una alegoría de la ley de causalidad que engendra la periodicidad eterna de todos los fenómenos. Así puede repetirse y se repite el mito en una serie de fenómenos análogos; pero no en el mismo fenómeno como lo quiere la ciencia actual; pues si aquéllo supone desde luego un sistema (1), esto comporta la redundancia imbécil ó infantil.

Me atrevo á sostener que, por el contrario, los fenómenos, á causa de su permanencia y su importancia, sirvieron de alegorías á las ideas religiosas y filosóficas. La adoración de un fenómeno queda excluída, en cuanto se tiene su explicación; y es evidente que los griegos tenían la de muchos fenómenos como la aurora y la lluvia, adorados, sin embargo, según nuestros mitólogos.

La adoración supone fé; pero ésta es incompatible con la convicción racional sobre la misma cosa

(1) Este sistema de la analogía, no ha variado desde Aristóteles hasta Spencer, siendo lo curioso que concilia el positivismo de estos con el espiritualismo palingenésico de Pitágoras y con el panteísmo estoico: lo cual demuestra que satisface plenamente al espíritu humano, siendo al respecto único en su género, así como respetable entre todos. En la *Política* del estaquirita, está la analogía biológica que Spencer desarrolló con la sociología: lo más sólido de su obra. Pero el concepto original es platónico, hallándose formulado en la *República*, lo cual robustece todavía mi anterior consideración sobre su importancia.

ó idea. Cuando ellas tienen explicación racional, ya no hay fé, sino convencimiento .

En este sentido, el *credo quia absurdum* de Tertuliano, es perfectamente racional. Creo, porque es absurdo; pues si no fuera absurdo, la razón lo explicaría, desapareciendo la fé (1).

Volviendo al tema central, conviene advertir que la creencia en la realidad de una sabiduría secreta simbolizada por los mitos, no es ya moderna. Coincidiendo con los primeros ensayos de mitología comparada é interpretación naturalista de los mitos, Creuzer en su *Simbólica y Mitología de los Pueblos Antiguos*, formuló aquella creencia á principios del siglo pasado. Sostenía que en una época muy remota, un vasto sistema religioso dominó el Asia, proviniendo de él los cultos existentes hasta el cristianismo. Ahora bien, como parece averiguada la grande antigüedad de los mitos, no obstante alguna tentativa en contrario (Lobeck); como está admitida en gran parte su procedencia asiática, y como las ideas fundamentales de la religión griega coinciden con las vedantinas, precisamente en mitos como el Prometeo, la idea de Creuzer há recibido otras tan-

(1) Pero este no era el sistema pagano como equivocadamente se ha podido suponer bajo el imperio de las ideas cristianas. Así Voltaire comentando el mito de la cadena de oro con que Júpiter suspende á los dioses: "era una imagen admirable de la unidad de un ser soberano. El pueblo se engañaba; ¿pero qué nos importa el pueblo?" Esta es la voz del teísmo cristiano, pero no de la antigüedad filosófica. Las múltiples y admirablemente combinadas alegorías del mito, poníanlo al alcance de todas las inteligencias con benéfico resultado.

tas confirmaciones. Con todos los defectos de su exposición, ella resulta al fin más filosófica y más respetuosa de la antigüedad que las conclusiones de la mitología comparada. Ya hemos visto que esa antigüedad, origen de nuestra civilización, merece como tal todo el respeto inherente al éxito de ésta en el mundo.

El mito tenía además otra relación con los fenómenos fuera de la alegórica; y aquella era directa, puesto que consideraba á dichos fenómenos como los actos de seres inteligentes y si se quiere maravillosos, bien que nunca sobrenaturales.

Con nuestras ideas cristianas del dios único, excluyente y personal, ello parece absurdo á primera vista; pero la apreciación cambia, en cuanto se reflexiona que las fuerzas en acción son seres evidentes como lo demuestra la acción misma; y puesto que “ser” es una existencia individual y aninrada, con substancia propia. ¿Pero son seres inteligentes? También la posición central asignada al hombre por el cristianismo, nos lleva á considerarlo como el único sér inteligente, ó al menos como el más inteligente de todos; pero esto es verdad, sólo cuando se le compara con las bestias.

En *Las Fuerzas Extrañas* (1) dije, tratando un asunto análogo:

“Si el pensamiento es un producto de las combinaciones físico-químicas del organismo humano,

(1) Ensayo de una cosmogonía en diez lecciones. *Novena Lección*, pág. 253.

donde quiera que haya análogas combinaciones existirán efectos análogos. A iguales causas, idénticos efectos.”

“Ahora, cuando se piensa que la vida obedece á leyes muy simples en su comienzo, y que no hay realmente diferencia entre la materia orgánica y la inorgánica, siéndoles común la sensibilidad, parece que no es ya tan absurdo buscar pensamiento en toda manifestación de la vida. Atribuirlo solamente al hombre, es caer ya en el antropocentrismo del sér singular creado exprofeso por los dioses de las religiones positivas; decir que es una actividad peculiar á su organismo, es negar la perfecta analogía é identidad substancial de éste con los del resto del mundo animal, sin excluir á los insectos cuya inteligencia es tan notable; limitarlo á los seres vivos, es volver á la separación de materias que no existe en realidad.”

“¿Qué derecho tendría el hombre para considerarse el único sér inteligente del universo, si apenas es superior en su pequeño mundo?” (1).

“¿Superior en absoluto? De ningún modo. Superior á él es el mineral en estabilidad; el vegetal

(1) Cicerón se expresa así en el preámbulo de su sistema legislativo: “¿Cómo podría llevarse la ignorancia y la estulticia, hasta imaginar que el hombre está provisto de espíritu y de razón, y creer no obstante que el cielo y el mundo carecen de todo principio de conocimiento, ó que ninguna inteligencia preside la dirección de cosas que los mayores esfuerzos del entendimiento humano apenas pueden hacernos concebir?” Y más abajo: “debe reconocerse y confesarse necesariamente, que la naturaleza se halla dotada de razón”.

en duración como sér vivo; el animal en muchas facultades.”

Y más adelante:

“¿Quién duda, por otra parte, que cada pensamiento es una individualidad? Cuando leemos un pensamiento, no necesitamos recordar á su autor, ni se ve que aquél tenga ninguna identidad con éste, pues de ninguna manera es necesario conocer al autor de un pensamiento, ni saber nada sobre él para entenderlo. Una vez creado, el pensamiento es una individualidad con vida propia.” (g.)

“Por lo demás, las fuerzas están demostrándonos á cada momento su inteligencia. Todos los fenómenos naturales nos revelan operaciones complicadísimas, ejecutadas con una precisión, con una economía tal de esfuerzo, con una adaptación tan perfecta á su objeto, que revelan direcciones muy superiores á nuestra razón. Compárese el trabajo que ésta ha debido ejecutar para repetir el más insignificante de esos fenómenos, y se tendrá la relación entre ella y las fuerzas directoras de éstos.”

“La ley del menor esfuerzo, la tendencia á la regularidad de las formas, que la ciencia llama “inclinación natural” de la materia, ¿qué son sino deliberaciones inteligentes? ¿No implican, acaso, com-

(g) Corroborando lo anterior, agregaba *loc. cit.* pág. 278: “nuestras ideas son también espíritus que aspiran á realizar como los astros en el cielo y las flores sobre la tierra, no la sombría *struggle for life* de la ciencia, sino la divina *struggle for light* de los seres superiores”.

paración entre dos términos? Todavía si el universo fuera de una estabilidad perfecta, se explicaría esa precisión como un equilibrio resultante de largas oscilaciones; pero cuando todo cambia incesantemente, las fuerzas ciegas son inexplicables.”

“Al no asignar inteligencia sino al hombre, la ciencia cae en el error antropocéntrico de las religiones, ó está obligada á suponerla en toda manifestación físico-química, en todo fenómeno cuya dirección tenga analogía con un raciocinio, una comparación, una modalidad intelectual, en una palabra; mucho más cuando esa modalidad resulte, como hemos visto, superior á las suyas. Efectos análogos, suponen causas semejantes.”

“¿Qué será, finalmente, si parangonamos al hombre con el planeta que habita, y cuyas manifestaciones físico-químicas mucho más poderosas y complicadas que la suya (como que él es una en el planeta) suponen una inteligencia mucho más vasta, así sea ella la causa (espiritualismo) ó el efecto (materialismo) de esas manifestaciones?”

“¿O será osado el hombre á suponerse más perfecto como sér que el planeta — el sér enorme — en el cual aquél no es sino una célula?...”

Así creía también la Grecia antigua, y por esto consideraba dioses ó seres superiores á los planetas; sosteniendo por medio del mismo sistema de analogía en cuya virtud había llegado á considerarlos tales, que la comunicación con dichos seres era po-

sible sino probable: de aquí los oráculos y la astrología (1).

De aquí también la importancia trascendental de los mitos cuya iniciación estudiaré muy luego, así como la veneración que les rendían los hombres superiores y los pueblos.

La fábula que sirve de tema á la Iliada y el mito de Prometeo, por ejemplo, eran conocidos igualmente en la India, en la Escandinavia, y hasta en las riberas del Rhin y en la Rusia semisalvaje. La mitología concluye de aquí que eran la herencia común de toda la raza aria, y ello es evidente á todas luces; ¿pero, es creíble que interesara por igual á pueblos tan distintos como el sueco y el hindú, el griego y el alemán, aunque provengan del mismo tronco en el seno de las edades, si no hubiera existido en el fondo de esa poesía legendaria alguna cosa á la cual debía su interés general y permanente?

Se ha observado á este respecto, que si el pueblo altera fácilmente la historia para convertirla en leyenda, conserva por el contrario fielmente esas ficciones poéticas de los antepasados; pero ello sólo se explica, admitiendo que existe en dichas ficciones alguna verdad general cuya importancia supere á la de los hechos históricos, ó un instinto humano de

(1) En la visión de Ezequiel las ígneas ruedas aladas, que animaba el espíritu y que giraban en la extensión, llámase *galgal*, lo cual significa revolución. Dichas ruedas, eran, dice, *animales* inteligentes; autorizando todo á creer que se trataba de los planetas en estado ígneo. Así Platón llamaba al mundo terrestre un animal; es decir, un ser animado.

lo espiritual, superior á la misma evidencia de los hechos. De otro modo sería necesario suponer un invencible amor á la falsedad, que acto continuo desmentiría la permanencia misma de la leyenda.

Los mitólogos cuyo sistema discuto, han sentido, por otra parte, su debilidad, al no poder menos de convenir en la existencia de mitos creados para llevar á los espíritus por medio de una fábula ingeniosa, la convicción de altas verdades filosóficas ó morales, ó el esquema verbal de un sistema cosmogónico, ó una concepción elevada de la divinidad; pero firmes en su primitiva suposición, han dividido los mitos en antiguos y modernos, asignando este último carácter á los filosóficos, y considerando los antiguos, según estaba ya decretado, como caprichos imaginativos ó deformaciones verbales. Con este motivo, la clasificación inherente á ese doble carácter del mito, engendró las mismas contradicciones y arbitrariedades que puse de manifiesto al tratar de su interpretación por medio de los fenómenos. Fuera cargoso repetir la lista; pero el lector puede estar seguro de que la ciencia no ha probado el tal doble carácter: visible recurso, ante la evidencia incómoda del mito filosófico cuya existencia es imposible negar.

Paréceme, asimismo, más ingeniosa que sólida la hipótesis sobre las analogías tan estrechas de diversos mitos nacionales; hipótesis que los atribuye á la identidad de las leyes de la imaginación popular, que ante los mismos fenómenos recibía las mismas

impresiones y las narraba de la misma manera concibiendo alegorías semejantes. Tanto valdría sostener que todas las músicas se parecen, por no ser más que siete las notas musicales; ¡y cuánto mayor no resultará el absurdo tratándose de las ideas, que aun siendo escasas en el vulgo, siempre saldrán más de siete!

Es de observación vulgar, que los testigos de un mismo suceso, nunca lo cuentan del mismo modo, aunque la ciencia fuerce su lógica para decretar lo contrario. ¡Pero si la analogía de los mitos sólo correspondiese á la raza aria!...

Corresponde también, como se ha demostrado, sobre todo para las leyendas del Génesis, á los chinos, á los hebreos, á los quiches del antiguo Yucatán y hasta á algunas de las tribus hoy dispersas en la gran selva americana. Los mitos son los mismos, muchas veces con iguales palabras (1).

¿A qué debe atribuirse este fenómeno singular?

No cabe, en mi sentir, sino una hipótesis.

El mundo estuvo dominado en edades cuyo recuerdo histórico se ha perdido, por una raza poderosa y culta que propagó é impuso por doquier sus creencias fundamentales. El hecho es perfectamente posible, pues basta observar lo que va sucediendo ahora con la raza blanca. Su influencia ha dado ya

(1) Recomiendo con este motivo un libro muy erudito del malogrado Adán Quiroga: *La Cruz en América*, aunque mi disentimiento con su idea fundamental es completo; pero ella abona la sinceridad de mi recomendación,

carácter universal á la filosofía de la evolución y del transformismo, así como á las instituciones representativas originariamente europeas (1). Si la hegemonía dura un siglo más, lo que es muy probable, no habrá en el mundo una producción intelectual que no refleje esas ideas; resultando, entonces, tan universales para el hombre de los siglos futuros, como para nosotros las alegorías cosmogénicas del pasado. Obsérvese, por otra parte, que en uno y otro caso, la propagación universal se refiere á la explicación filosófica de los orígenes.

Lo que está aconteciendo ahora, bien puede haber sucedido ayer, sin que sea argumento en contra lo diverso de la explicación antigua; pues sobre provenir de otras razas y otros conocimientos, veremos que como sistema filosófico, nada desmerece ante el evolucionista.

Queda tan sólo la objeción de que se trataba de

(1) Y para mejor de origen inglés, como el darvinismo y la filosofía de Spencer. Las condiciones y el derecho de la raza inglesa al imperialismo universal, hállanse formulados á manera de alta profecía en el *Pasado y Presente* de Carlyle, que Seeley en su *Expansión de Inglaterra* torna ya entidad geográfica, describiendo el imperio planetario de su país cuyas bases constituyen el esquema de la futura realidad, en cuadrilátero formidable: Islas Británicas, Australia, Canadá y Africa del Sur. Lord Roseberry en su famoso discurso de la universidad de Glasgow, proclama el imperialismo inglés bajo el mismo concepto de Carlyle: una expansión de civilización y de justicia. Para Chamberlain el imperialismo resulta del concepto darviniano de la lucha por la vida: una supervivencia de los más aptos; pero todos sueñan en la unificación británica del mundo y á eso marchan con inflexible seguridad. (Véase también el libro de Dilke, *Gran Bretaña*).

tribus salvajes; mas fuera de que ni los idiomas ni los mitos autorizan, como queda dicho, tal suposición, el residuo monumental de las civilizaciones pasadas, está ahí para desvanecerla totalmente.

Cuéntase ya entre estas civilizaciones, y sólo para la Grecia, la de los aqueos ó miceniana que arranca probablemente del siglo XIII A. C. La dórica del XI, superpuesta á la anterior que destruyó por conquista. La eólica y después la jónica, producida por la emigración aquea resultante de aquel suceso, á las islas y al Asia Menor.

Por lo demás, los propios mitos suministran con su aparición, dijérase que repentina, en sistemas ó teogonias, otro argumento poderoso; pues, ó ello se debió á la herencia, lo que supone una civilización anterior para formarlos y legarlos, ó fueron creados de golpe, lo cual exige autores versadísimos en las letras, la política y la filosofía; dado que, como religión nacional, constituían á la vez que una ética y una estética, un instrumento de gobierno.

Insisto en que si no hubiesen tenido una base racional, clara y satisfactoria, no habrían sido aceptados por los sabios de toda la antigüedad, y hasta por el cristianismo que al fin no es sino un derivado de antiguos cultos, ni habrían persistido tanto sin deformarse. Hijos de la imaginación caprichosa, ó del miedo, ó de pueriles concepciones inherentes á una humanidad salvaje, habrían sido tan deleznable como ellos. La observación superficial de los fenómenos, tampoco hubiera podido ordenarlos en siste-

ma tan considerable, existiendo, por último, la convicción de que, en Grecia á lo menos, fueron comunicados por sacerdotes extranjeros.

Oigamos lo que nos dice al respecto el juicioso y veraz Herodoto cuyas afirmaciones, aun las tenidas por más quiméricas, confirma diariamente la ciencia.

“¿De dónde han nacido los dioses? ¿Si todos existieron siempre, cuáles son las figuras que los caracterizan? Los griegos lo han ignorado largo tiempo; *puede decirse que lo saben de ayer.* En efecto, *Homero y Hesiodo, deben de ser mis primogénitos en cuatrocientos años á lo sumo. Ellos han compuesto la teogonía de los helenos, han dado á los dioses sus sobrenombres, les han asignado funciones y honores distintos y han descrito sus figuras. Los poetas que se pretende existieron antes de esos dos hombres, han venido, en mi sentir por lo menos, después de ellos. Lo que se refiere á Hesiodo y á Homero, va por mi cuenta.*”

Homero y Hesiodo son, pues, para Herodoto, los padres de la teogonía helénica; pero si al mismo tiempo, el saber de los griegos sobre los dioses le parece sumamente moderno, ello equivale á decir que aquellos dos poetas fueron sus importadores, no sus inventores en realidad. Su teogonía fué una adaptación; el hecho de haber puesto sobrenombres á los dioses, prueba que éstos tenían nombres, es decir, que existían con anterioridad; y la ciencia concuerda en esto con tal deducción, al haber establecido la

identidad substancial de los mitos griegos con los hindúes. Quedaba sólo por averiguar le precedencia; pero los modernos mitólogos la han asignado á los númenes védicos, desde que los griegos son para dichos sabios, derivados filológicos de aquéllos.

Puede afirmarse, entonces, que las ideas fundamentales de los griegos, ó sea aquellas que han determinado nuestra civilización, fueron heredadas de las sociedades más antiguas, indias, egipcias y fenicias. Los griegos recibieron constituido su cuerpo de doctrinas fundamentales, y esto explica su perfección filosófica en una civilización materialmente rudimentaria. Este problema histórico, de la mayor trascendencia, tiene, así, una lógica solución (1).

Debo advertir, aunque digresivamente, algo de mucha importancia cuando se trata de los escritores antiguos.

Es seguro que para el estudio de la mitología, los más arcaicos son regularmente los mejores. Ellos conocieron y comentaron el sistema en su sencillez primordial, cuando no se había complicado aún con las perversiones muchas veces caprichosas del comentario meramente poético y de la teología estéril que constituyó su decadencia. La falta de selección cronológica en los textos, es inagotable fuente de errores para nuestros mitólogos. Y lo propio sucede con

(1) Homero y Hesiodo fueron, pues, los regularizadores y adaptadores del sistema en Grecia. Herodoto dice significativamente que los pelasgos habían sacrificado por mucho tiempo á los dioses, sin conocer sus nombres.

el olvido de la nacionalidad de los autores. No podía escribir lo mismo sobre la materia, un teogonista como Hesiodo que un escoliasta alejandrino; ni un iniciado griego que un poeta romano.

Puede notarse con sorpresa que así se procede, sin embargo. Tómase, por ejemplo, como una descripción exacta de los misterios, la sátira de Apuleyo contra los ridículos abusos clericales de los sacerdotes de Isis; aunque el mismo nombre de la pieza (*El Asno de Oro*) sea un indicio elocuente sobre su carácter. La literatura de la época estaba plagada de protestas semejantes; y tomarlas á lo serio, es tan baladí como estudiar el cristianismo en los panfletos anticlericales de ahora. Así sucede también con las demasiado famosas *Dionisiacas* de Nonnus, un egipcio helenizante del siglo IV; á lo sumo pueden servir como antecedente lejano de los libros de caballería y sus desemejadas aventuras (1). Y así también con el *Himno al Sol*, de Marciano Capella, escoliasta del siglo V. La decadencia del paganismo contó muchos escritores de esa especie: Melanthius, Menandro, Hircesus, cuyas obras no han llegado hasta nosotros, sino por citas sin importancia mayor. Las letras clásicas, no escapan por cierto á la confrontación de las fuentes que demanda toda investigación prolija.

Las letras alejandrinas consumaron el desprestigio de la mitología, ya decadente en Grecia cuando

(1) Su objeto es narrar la conquista de la India por Baco entre aventuras extraordinarias.

se inauguró el reinado de los Tolomeos en Egipto; es decir, susceptible de interpolaciones destructoras, al mezclarse con las teogonías extranjeras. De eso dimana su carácter escandaloso, su esterilidad teológica, su adaptación á los incestos y otras demasías reales. Pero semejante degeneración fué obra de los poetas palaciegos, que buscaban en su inagotable tesoro, las leyendas galantes propicias á la refinada depravación de una corte bajo muchos aspectos parecida á la de Versailles. Esa literatura, no puede, entonces, constituir una fuente original.

El cristianismo se aprovechó de ella para sus primeras polémicas, introduciendo la confusión que hasta hoy perdura. Mas fuera poco avisado continuar con semejante método. Razón tuvieron los Padres en levantarse contra esas perversiones; mas los alexandrinos como san Clemente, ó sea los que estaban enterados del asunto, supieron distinguir entre Platón, por ejemplo, y los poetas galantes, que aquél previendo el caso, consideraba inadmisibles en su República.

Realizado ese trabajo, he tomado como autores fundamentales á Hesiodo y á Homero para la teogonía, prefiriendo al primero como más genuino, desde que aquella está en el otro subordinada á la poesía; para la filosofía á Platón, reconocido como el más alto intérprete de los misterios; para el drama prometeano, á Eskilo naturalmente; para las confrotaciones fenicias, á Sanchoniaton en los dos fragmentos conservados por el tra-

tado de la *Preparación Evangélica*, de Eusebio; para los orígenes cristianos, á San Dionisio Areopagita, San Clemente alejandrino, San Agustín y los escritos gnósticos. Por último, para las letras latinas á Cicerón, Virgilio y Ovidio. En la narrativa, llevo por guía á Herodoto, Plutarco y Pausanias, cuya veracidad está reconocida. Algún otro antecedente como el de Evemero, constituye una mera relación, al no habernos llegado sino bajo la forma de citas. Aristóteles poco se ocupó del asunto, de manera que sólo me ha servido para confrontar.

Plutarco, tan noticioso é interesante, fué un platónico estricto, así es que sus referencias tienen para mi asunto innegable importancia, considerándolo yo una fuente.

Debo, asimismo, decir una palabra sobre los himnos ú oraciones órficas cuya discutida procedencia es lo menos, estribando el valor que les asigno en su remota antigüedad. Eran las invocaciones á los dioses, cantadas en los pequeños misterios bajo la exhalación de perfumes rituales.

Pero las propias fuentes arcaicas no tienen, como es natural, el mismo valor.

Tratándose, por ejemplo, de Homero y de Hesiodo, debe tenerse en cuenta un hecho importante. Los poemas del primero tienen muchas interpolaciones y lagunas. Citas que de ellas han hecho antiguos escritores, no existen en los textos actuales. Los críticos han puesto en duda la autenticidad de cantos enteros como el X. Además, la teogonía no

es el objeto de los poemas homéricos; si bien creo que la guerra troyana constituye por sí misma un mito, procedente quizá de la India como el de Prometeo, y adoptado á un episodio local para su mejor comprensión. Los poemas deben de haber sido compuestos por Homero, un poeta civilizado por cierto, como lo prueba la estructura bien literaria de aquéllos, y deformados después por la vulgarización del ciclo legendario que crearon. El rastro está en sus contradicciones y en la multiformidad dialectal de su texto, resultante sin duda de las diversas traducciones, que no por ser escritas, como ciertamente lo fueron muchas, dejan de comportar deformaciones inevitables.

Con todo, el sistema de los *plus-homéricos*, ó sea la atribución de una realidad literal á la geografía de los poemas, ha tenido con mucho éxito un explorador en Schliemann y un comentarista admirable en Bérard con su monumental obra sobre la Odissea; bien que este último, perturbado por el materialismo vigente y el inmenso orgullo de la ciencia actual, no amplie su sistema á la interpretación mitológica. Ahí no se atiende ya el pensamiento heleno, sino á las fantasías modernas, exactamente como Renan, Curtius y S. Reinach cuyas sugerencias al respecto menciona. Ello prueba, sin embargo, que mi método no es fantástico y que se halla dentro de las tendencias más modernas. Sólo que me parece un poco socorrido interpretar directamente la geografía homérica y no la mitología del mismo ori-

gen. Interpolaciones aparte, el texto homérico merece la integridad del respeto ó la aplicación de una clave alegórica en masa. Sus mismas interpolaciones, son preciosas por otra parte, al provenir de un fondo común de creencias.

En tanto, la teogonía hesiódica, parece habernos llegado íntegra, siendo además una fuente directa por su propia naturaleza.

Sábese que fué una obra délfica, ó sea proveniente del templo más sabio y venerado de la Grecia, en la cual se sistematizó, quizás por vez primera, la teogonía de los misterios. Su lenguaje épico, aunque es sin duda un arcaísmo circunstancial, conservado por razones de tradición religiosa, acércale á Homero en la forma. En el fondo, existen muchas disparidades, que hasta fueron consideradas por los griegos como una típica oposición; pero creo que ello es una mera consecuencia superficial del carácter de unos y otros poemas. Piénsese en lo que resultaría de comparar *La Jerusalén Libertada* con el Apocalipsis. Sin embargo, ambas obras pertenecen al ciclo cristiano.

Tampoco sabemos si Homero se refería á los mitos de su tiempo, ó á los venerados por los héroes que celebraba; y aunque es de suponer lo primero, pues la cronología y el color local son preocupaciones modernas, dominando el anacronismo en todo el grande arte de la antigüedad, carecemos de pruebas en uno ú otro sentido.

Volvamos, ahora, al tema originario.

En virtud de razones desconocidas, las misiones indias, egipcias y fenicias, eligieron la Grecia para fundar un culto correspondiente, adaptándole por medio de una teogonía especial los principios comunes; pero es seguro que en ello influyó no poco la situación geográfica, constituyendo ésta la única explicación satisfactoria en el estado de nuestros conocimientos.

Ante el sublime abismo

Demostrado, pues, que las conclusiones de la mitología comparada no son admisibles, y que el culto á los dioses se basaba en algo superior á los fenómenos naturales, queda por dilucidar lo que ese “algo” era, si no ha de resultar este trabajo una crítica puramente negativa: tarea estéril y odiosa cuyo móvil será siempre egoísta.

La mitología comparada ha demostrado tres cosas fundamentales:

1.º La vinculación de los mitos griegos con los hindúes, de los cuales provienen en gran parte.

2.º El reconocimiento de la palingenesia ó reencarnaciones del espíritu.

3.º La oposición simétrica del mal y del bien en los númenes, como en las estaciones los fenómenos característicos de lluvia y sequía, de frío y calor, etc.; como en el espíritu las afecciones del amor y el odio, el vicio y la virtud: en una palabra, la universal ley de la periodicidad en todo.

Si á esto se agrega el politeísmo, la identidad substancial entre los sistemas griego é hindú (ó más propiamente vedantino), resalta sin duda alguna. Puede, pues, explicarse el uno por el otro, y es lo que haré en parte, sin olvidar los antecedentes griegos y romanos: Hesiodo, Pausanias, Apolodoro, Èskilo, Platón, Cicerón, etc., hasta el famoso evangelio *Pistis Sofía* de los neoplatónicos alejandrinos.

La enseñanza fundamental de los misterios, proclamaba la sujeción de todo en el cosmos, y el cosmos mismo, á la ley de periodicidad, deduciendo en seguida la vinculación esencial de todos los fenómenos, y la posibilidad de dilucidar su causa por medio de la analogía. Todo era, pues, racional en dicho sistema, incluso la moral y la estética, sin acomodo aceptable en nuestras filosofías. De aquí especulaciones admirables como la de Platón, sobre la cual me explayaré más adelante, y creaciones maravillosas como la de Èskilo.

Salta desde luego al tapete la objeción moderna: eso es metafísica. Sin duda, pero es menester no desdenar con exceso á esta Cenicientilla del positivismo.

Las matemáticas, es decir, las únicas ciencias exactas (1), son metafísica en el fondo; y ésta ha anticipado casi siempre las conclusiones de la ciencia experimental.

(1) O sea completamente satisfactorias para la razón humana, puesto que le dan la certidumbre absoluta. Tal es el verdadero concepto de esa exactitud que conviene no confundir con la absoluta verdad.

Así, para resumirlo todo en una prueba decisiva, el sistema de Spinoza, tan famoso cuanto mal conocido en realidad, formuló mucho antes de Darwin de Haeckel y de Spencer la filosofía del transformismo.

Su negación de todo designio de finalidad en el universo, sustituida por los efectos de una necesidad inconsciente; su declaración de que todo es necesario y eterno; de que la creación como acto voluntario es imposible; de que ni la estructura del universo ni el papel de los órganos en nuestro cuerpo, son otra cosa que acomodados sin determinación previa de ninguna voluntad superior—plantean ya en forma terminante las conclusiones filosóficas de los conceptos científicos dominantes ahora: la selección natural; la conservación de la energía (“nada se pierde, todo se transforma”); la impersonalidad de los fenómenos; la adaptación al medio...

Y como la metafísica es vecina de la poesía, ésta tiene aún como antecedente más lejano, el viejo poema de Lucrecio, todavía antecedido por las enseñanzas casi legendarias de Empédocles (1).

Mi punto de partida serán los libros platónicos, principalmente el *Timeo*, confrontados y ampliados con las especulaciones vedantinas del libro del *Dzyan*

(1) Vale la pena señalarlo con precisión: En el libro V del *De Natura Rerum*, los trozos comprendidos entre los versos 1188 hasta 1251, señalan el primer trabajo de la tierra con sus productos monstruosos que no pudieron subsistir por su fundamental desequilibrio; la lucha por la vida y el triunfo de los más aptos por la fuerza, la inteligencia ó la vinculación

que H. Petrona Blavatsky en la *Doctrina Secreta* ha tornado accesible á las mentes occidentales.

Habiendo establecido la ciencia el origen hindú de mitos como el prometeano, que es una clave como he dicho y se verá, asignándolo también á las principales deidades griegas, existe sin duda el derecho de atribuir igual relación al concepto fundamental del universo que inspiraba todos esos mitos. La teogonía griega, como la hindú, empezaba con una cosmogonía.

El *Timeo* presenta, además, la excelente coyuntura de haber sido aceptado y estudiado por aquellos primeros padres de la Iglesia á los cuales se debe la fórmula viable del cristianismo: Clemente de Alejandría, Justino Mártir, Orígenes y todos los cris-

con el hombre. No falta un sólo detalle de la teoría. Las enseñanzas de Empédocles á las que pueden añadirse las de Heráclito y Anaximandro, formulan las mismas conclusiones sobre la lucha por la vida y sus consecuencias. Recuérdese lo dicho en la pág. 25 sobre la originalidad de las ideas griegas y su influencia sobre toda la posterior civilización greco-romana, inclusive el cristianismo. Los pitagóricos enseñaban la teoría neptúcnica de nuestros geólogos, confirmada por Ovidio en datos concretos como el de los restos de naves incrustados entre las rocas del Cáucaso. Mucho más cercano, Voltaire llegó por puro esfuerzo filosófico á conclusiones perfectamente transformistas, especulando sobre el origen de las poblaciones americanas. Así en las *Mélanges Philosophiques*, "De la population de l'Amérique": "el mimo poder que hizo crecer la hierba en los campos de América, pudo también poner hombres allá"; y en las *Nouveaux Mélanges*, "De l'Amérique": "No habría que sorprenderse más de encontrar hombres que moscas en América". Empédocles era, á su vez, discípulo de un sabio más antiguo: Alcmeon de Crotona, médico pitagórico, y según se dice el primero que disecó animales.

tianos platónicos, que consideraban á su autor como un maestro de la sabiduría y un intérprete de la divinidad (1).

Si ello comporta una exageración de escuela, lo cierto es que Platón representa el más alto tipo de la civilización griega. Estudiar su doctrina, equivale á una resurrección del alma helénica en su máxima expansión humana; y hasta la empresa del filósofo, llevada á cabo como una reacción intelectual de filosofía, de ética, de belleza, cuando la decadencia de Atenas comenzaba en el rebajamiento del mercantilismo y de la corrupción materialista, realza con un tono de heroica serenidad el encanto de sus páginas inmortales. Los *Diálogos* crearon propiamente el estilo griego como cualidad de raza, del propio modo que los desconocidos arquitectos del primitivo templo dórico; y el *Timeo* formuló la más alta enseñanza de la mente griega, erigiendo al socrático de aquellos tratados, en un igual de los espíritus más altos que hayan honrado la especie.

Por lo demás, el famoso tratado comienza reconociendo la vinculación griega con el Egipto, pues se abre como es sabido con la narración que un sacerdote egipcio hace á Solón sobre la historia de una antigua Atenas cuya existencia databa entonces de nueve mil años; reconoce los cambios geológicos de la tierra en la famosa leyenda de la Atlántida, y corrobora con esta introducción, de otro modo inex-

(1) Así san Clemente en los *Stromates*: "Platón es el amigo de la verdad y está inspirado por Dios mismo".

plicable para su tema metafísico y cosmogónico, la existencia de antiguas civilizaciones, á las cuales debe su origen la filosofía en él desarrollada (1). Para Platón, el mundo es también un sér sensible, y por esto le llama "animal inmenso y eterno" (*animal* en el sentido de ser animado). Su concepto fundamental estriba en los números pitagóricos, dando por aquí, como va á verse, con el fondo de la antigua sabiduría, y empleando casi el mismo estilo de la literatura vedantina, basada también sobre certidumbres matemáticas. Es, pues, por su carácter equidistante de los principales focos de información mitológica, una obra central y un fundamento.

La filosofía de los misterios, ó sea la verdadera clave mitológica, seguía el procedimiento matemático, partiendo de lo general hacia lo particular y comentando su enseñanza por medio de descripciones geométricas.

Así, generalizando hasta el extremo límite de la razón humana la ley de periodicidad, enseñaba que después de un tiempo de actividad ó de vida, el universo entraba en un período negativo equivalente á

(1) Seis siglos antes de Cristo, el rey Psamético I (XXVIª dinastía) contaba en su ejército mercenarios griegos, y colonizaba el delta del Nilo con familias helenas. Las relaciones eran, pues, estables, sin contar el testimonio de Herodoto que un día quizá no lejano ratificarán los geroglíficos. El Egipto y sus principales ciudades sagradas están citados en *Las Suplicantes* de Eskilo. La derrota de los persas en Maratón, provocó una rebelión del Egipto subyugado por aquellos; y la Grecia del siglo V, apoyó con tropas los movimientos análogos. El dato arqueológico recula enormemente estas fechas. Sábese ahora que en el siglo XVI antes de Cristo, existían ya relaciones entre el Egipto y la Grecia.

aqué como duración, para renacer por otro lapso y así sucesivamente.

Cada uno de esos renacimientos, continuaba la actividad del anterior desde el punto en que quedó suspensa, al entrar el universo en su período negativo; de manera que si los períodos de actividad ó de vida eran análogos en general, sus caracteres resultaban distintos: un renacimiento no copiaba, sino que continuaba al anterior, determinado sin duda por él, pero no semejante; del propio modo que las especies de un período geológico engendran las del subsiguiente, bajo nuevas formas requeridas por las nuevas condiciones del medio.

El período negativo ó de inactividad, era la reducción del universo al estado de espíritu puro: la reabsorción en lo absoluto, como dice la filosofía vedantina; de donde resulta que lo inmortal en el universo es el espíritu, puesto que en él se reasumen todas las cosas y de él vuelven á nacer (1).

La evolución de todos los seres, obedece á la misma ley cuyo resultado es para el hombre la inmortalidad del alma y el renacimiento ó palingenesia como entidad espiritual, en distintas vidas y diversos mundos; pues ya advertí que la ley de analogía re-

(1) No es inoportuno advertir que cada uno de esos períodos recibía el nombre de *eternidad*, y su conjunto el de duración. La inversión del concepto pertenece al cristianismo que no reconoció aquellas divisiones al decretar el fin del mundo para la segunda venida de Jesucristo. De aquí muchos y graves errores en la interpretación de los textos antiguos. Donde dice "una eternidad", se infiere error y se lee "la eternidad", violentando el sentido del texto.

glaba todas aquellas especulaciones filosóficas (1).

Ahora bien, cuando terminaba el período pasivo, los primeros seres que renacían, eran los más poderosos del período anterior, ó sean las fuerzas cósmicas fundamentales, recomenzando el proceso de su evolución interrumpida. Esta consistía en ir llamando á la existencia los seres inferiores, reasumidos á su vez en aquellas grandes entidades durante el período pasivo: operación á la cual se llamaba “causar” la vida, por ser dichas entidades verdaderas causas como se ve. La ley de casualidad, era, pues, general para todo el universo renacido, cuya evolución y determinismo resultaban progresivos por igual razón; y la disparidad de dicho nuevo universo con su antecesor, provenía no sólo de las nuevas funciones adoptadas por los seres que volvían á vivir, puesto que su desarrollo era progresivo como queda dicho, sino de los nuevos seres engendrados por ellos para progresar: pues el espíritu sólo progresa creando, vale decir, suscitando nuevas actividades (2).

(1) De aquí el famoso precepto de la *Tabla de Esmeralda* de Hermes Trimegisto el revelador egipcio: “lo que está arriba es como lo que está abajo”, comentado luego en los *Versos Dorados* de Pitágoras. El determinismo en la vida universal era, pues, completo, si bien eternamente progresivo: una ventaja filosófica sobre el actual de la ciencia.

(2) Es curioso ver cómo las más altas inteligencias de todos los tiempos, han concebido en forma análoga estas ideas fundamentales del universo. Así Montesquieu, que positivamente no era un platónico, en el capítulo primero de su inmortal *Esprit des Loix*: “las inteligencias superiores al hombre, tienen sus leyes”. “Cada diversidad es *uniformidad*, cada cambio es *constancia*”.

Según dije ya, la filosofía mitológica consideraba á las fuerzas naturales seres inteligentes; y como hemos visto que eran también *causales*, su carácter de dioses queda explicado satisfactoriamente. Eran los creadores inteligentes del universo.

Pero este último carácter les asignaba responsabilidad al darles conciencia de sus actos; siendo ella tanto mayor cuanto más poderosos eran. Por otra parte, en dicha responsabilidad iba inclusa la de todos los seres por ellos suscitados y dirigidos en proporción á su menor poder, pues la filosofía antigua afirmaba que la consecuencia, inherente á todo acto, es inevitable; sólo que recae sobre el autor en proporción á la conciencia de éste. Si no la tiene, corresponde á su director (1).

De aquí una doble consecuencia, que daba á aquella moral un carácter racionalista muy superior por cierto al dogmatismo autoritario y con frecuencia absurdo de la nuestra. Los seres inteligentes estaban sujetos á la evolución general del universo, ó sea á la ley fatal é inevitable que producía la actividad del mismo durante el período positivo. Con arreglo á ella, tocábales un grado tal ó cual de evolución; pero podían acelerar esta última disminuyendo su responsabilidad, para lo cual, como es obvio, necesitaban activar el despertamiento de la conciencia en los seres que de ellos dependían. La dis-

(1) Así como el cazador es responsable de los daños cometidos por su perro, y el labrador de los que causan sus bueyes.

minución de responsabilidad aceleraba la evolución del sér, porque le daba mayor libertad, volviéndolo en consecuencia más activo y potente (1).

Dicha ampliación de conciencia en los seres dependientes de la entidad supuesta, comportaba para aquellos un progreso y una satisfacción; mas para la entidad era un sacrificio, no sólo por lo excepcional de su esfuerzo, sino porque ello suponía una lucha con la ley fatal, que violentada de tal modo, reaccionaba á cada desfallecimiento.

La reacción era un dolor, al poner de manifiesto la pérdida de un esfuerzo reanudando una cadena ya rota; del propio modo que el progreso de la conciencia reportaba una satisfacción, al amplificar la libertad. Ese dolor era el *mal* para la filosofía antigua, así como esta satisfacción era el *bien*. El problema del mal consistía en el imperio de la fatalidad, así como el bien consistía en las reacciones victoriosas contra ella.

Pero la consecuencia más general y más hermosa, estaba ya en la causa primordial que producía la evolución del universo. Si dicha causa era, en efecto, la suma de las acciones del universo anterior que

(1) Los progresos más recientes de nuestra física, estriban en la emancipación de las fuerzas, pasando á ser verdad esta aparente paradoja: á menos materia más fuerza, en los estados sutiles de aquella: y nadie ignora que en la vida, la virtud, ó sea la verdadera libertad moral, resultante del dominio de las pasiones materiales, es una fuerza efectiva. A mayor espiritualidad, mayor poder. He ahí á la ética y á la ciencia produciendo análogos efectos, en un como preludeo de posibles síntesis futuras.

producía al nuevo universo, la justicia venía á ser causa y razón de toda existencia; pues la justicia consiste esencialmente en asegurar á cada uno el resultado de sus propias acciones. Claro es que esto para ser *justicia*, es decir, fenómeno moral, y no la mera acción de una ley mecánica, requiere la intervención de la conciencia; pero el comienzo del universo así considerado, es precisamente un estado de conciencia. Los primeros seres que vuelven á iniciar la vida cósmica, son las inteligencias más altas del universo anterior; de manera que *saben* la causa de su existencia en el presente. Por esto en las antiguas mitologías, las deidades primordiales (*Nornas* escandinavas, *Lipikas* hindúes, *Elohines* hebreos, *Erinias* griegas) son principalmente númenes del destino.

Media, como se ve, todo un abismo entre el concepto mitológico del universo cuya causa y razón primordial es la justicia, y la creación arbitraria del dios cristiano, quien impone al mundo la justicia sin otra razón que su voluntad. De donde el insoluble contrasentido teológico: siendo omnipotente, *pudo* ser injusto. Este ideal tan elevado de la justicia, fué el secreto de la expansión helénica que tuvo por agentes naturales la tolerancia del filósofo y la equidad heroica del paladín. En ese concepto de la justicia, estribaba una ética racional, que satisfaciendo así al más noble atributo del espíritu, constituía una norma interior á la cual era un encanto obedecer. Exactamente lo contrario de la arbitrariedad moral,

que impone á los cristianos el deber, como *mandamiento* imperioso de un dios, haciendo de la desobediencia el encanto mismo del pecado. La justicia, para el antiguo, era la conciencia del universo.

Dentro de estos conceptos generales, la mitología narraba por medio de sus símbolos, la etapa del proceso cósmico correspondiente al origen del hombre y á su destino, con el fin de demostrar el bien, dando una base racionalista á la moral. Su programa, pues, no podía ser más bello.

Dije ya que la evolución del espíritu humano, efectuábase en varias existencias y en diversos globos. Este último proceso, requería explicaciones muy complicadas, pues contaba, además de las conocidas, con esferas invisibles (1), sosteniendo que cada una de las siete de nuestro sistema (2) era

(1) La astronomía moderna conoce las estrellas negras, que revelan su existencia por el eclipse de las brillantes cuya luz interceptan.

(2) Siete, porque en el sistema planetario de la antigüedad, no entraban Urano ni Neptuno. La división septenaria del Universo, era la base de aquella filosofía: conclusión experimental y metafísica á la vez, pues se basaba en la observación de los fenómenos y en la especulación geométrica. Hoy mismo, las proporciones numéricas rigenlo todo, incluso cosas de expresión tan vaga como la música. Y es que la ley fundamental de la periodicidad, comporta la proporción mecánica, engendrando el ritmo en la oposición simétrica de los fenómenos más arriba mencionada. Desde la palabra á la circulación de la sangre, y desde el sistema solar hasta la molécula, todo está determinado por un ritmo, ó sea por proporciones de número. Por esto, se mide el pulso; se formula matemáticamente las leyes musicales del lenguaje; la química y la astronomía son una serie de problemas matemáticos...

el eslabón de una cadena septenaria á su vez, lo que hacía cuarenta y nueve para el total; pero simplificando los términos, la evolución se efectuaba por el paso de los espíritus habitantes de un astro, al inmediatamente superior, cuando habían agotado en aquél sus posibilidades de existencia.

Tal sucedió, según la filosofía mitológica, con los espíritus de la luna, en un momento dado de la evolución planetaria, ó sea cuando aquel astro hubo concluído su ciclo vital; pues para los antiguos, como para los astrónomos modernos, la luna era un astro muerto. De aquí las influencias nefastas que le atribuían: emanaciones venenosas, inherentes al cadáver.

Hagamos sobre esto una breve digresión. No hay nada anticientífico ni absurdo en esas relaciones interplanetarias. El rayo solar, mata á ciertos microbios y vivifica á otros; si, pues, la relación del astro es evidente con los ínfimos de la vida terrestre, nada hay de objetable filosóficamente á la especulación mitológica sobre el hombre.

En el momento de pasar los espíritus lunares á la tierra, ésta intentaba construir el sér superior de su escala vital, diré aplicando términos modernos; y había conseguido una especie de esbozo del hombre actual, correspondiente al estado zoófito en que la animalidad de dicho planeta se encontraba. La mitología aceptaba también una filogenia, sosteniendo que todos los seres habían pasado por los procesos de evolución y reproducción hoy conocidos, más

otros todavía ignorados: brotación, fisiparidad, ovulación, etc. El paso de los espíritus lunares á la tierra, habríase efectuado cuando la animalidad terrestre era todavía hermafrodita y ponía huevos.

Claro es que esto supone una vinculación de los astros de un sistema; de tal modo que cuando uno concluye su ciclo, sus espíritus encuentran en aquel al cual pasan, dispuestas las cosas para recibirlos (1).

El animal formado por las fuerzas de la tierra, como esbozo del hombre futuro, progresó al encarnarse en él los espíritus lunares que le eran inferiores en calidad, como hijos de un mundo también inferior al suyo; pero superiores en desarrollo evolutivo, por ser aquel mundo más viejo que la tierra. Hasta aquí no había intervenido en la evolución de nuestro planeta, sino la ley fatal de la evolución cósmica.

Bajo su imperio, llegó para la animalidad terrestre el momento de separarse en sexos como una etapa de la evolución; lo cual, entre otros resultados, iba á producir el de duplicar las consecuencias de

(1) Ph. Van Tieghem, el más genial de los botánicos modernos, sienta en su tratado de botánica la hipótesis de que la vegetación terrestre puede provenir de un transporte astral efectuado por medio de un meteorito ú otro vehículo. Una lógica superior, le lleva á concebir el problema. "La tierra es, dice, una parte pequeñísima del conjunto del mundo; su vegetación no será sino una pequeñísima parte de la vegetación del universo". Extiéndase el razonamiento á la especie humana, y se verá cuán cerca está la filosofía antigua de las más audaces especulaciones modernas.

los actos cometidos por los seres terrestres, que separándose en macho y hembra, se duplicaban (1).

Es el momento en que el Jehová bíblico, desprende á la mujer de una costilla del hombre, hasta entonces hermafrodita conforme á su primera creación.

Entonces, una parte de los espíritus del sol, que así como su astro originario en lo material, dirigían la evolución de los planetas, decidió sacrificarse para acelerar la evolución de los seres terrestres, y encarnó en el ser ya habitado por los espíritus lunares. Perdió así su rango, dándole inteligencia y conciencia, es decir, volviéndolo responsable.

Todos los espíritus solares del mismo linaje, debían encarnar en la tierra como consecuencia de estados anteriores, y lo sabían perfectamente; pero

(1) Hay en esto, precisamente, la explicación de una alegoría bíblica, que de otro modo fuera absurda. Me refiero á la leyenda de Caín y Abel, narrada en el capítulo IV del Génesis. Dícese ahí, que Adán tuvo de Eva aquellos dos hijos. Pero un día el primero mató al segundo derramando su sangre. Esto quiere decir que hubo el primer contacto carnal entre los seres humanos hasta entonces no separados en sexos; por lo cual eran hermanos. (Ya se recordará que Adam y Eva eran hermafroditas: "macho-hembra los crió" Jehová). El derramamiento de sangre refiérese á la primer virginidad perdida. Abel es, en efecto, una forma del nombre de Eva: propiamente *Evohé*, como se verá más adelante. Por esto en el versículo 17 del mismo capítulo, se habla de la mujer de Caín. ¿Qué mujer si él y Abel eran los hijos varones únicos de Adán y Eva? Pero es que no eran únicos, según el mismo capítulo. En él Caín dice que á causa de la maldición de Jehová, *cualquiera* podrá matarle. Y Jehová le puso una señal para que no le matase *cualquiera* que le hallara (vers. 14 y 15). ¿A quienes se referían, si fuera de Caín no hubieran existido más que Adán y Eva? La alegoría es, entonces, evidente.

faltaban todavía edades para que se efectuara como consecuencia imperiosa de la ley fatal, aquella tarea ciertamente desagradable. Por esto, unos los hicieron y otros no.

Cuando al impulso irresistible de la ley, estos últimos efectuaron su encarnación, tuvieron que cargar con todas las consecuencias de los actos cometidos por los seres que habían quedado sin el concurso de la espiritualidad solar, durante el período intermedio; mientras los favorecidos por el sacrificio de los que se adelantaron á la ley, llevaban ganado de progreso evolutivo el mismo lapso.

Este proceso requiere una explicación algo más detallada.

Los actos de más graves consecuencias, habían sido sexuales; como que produciendo la vida, engendraron razas enteras de monstruos antropoides inconcientes cuya responsabilidad correspondía á los solares retardados. Si los otros no se adelantan á la ley, la evolución humana habría sido pareja; pero en vez de existir ahora humanidad sobre la tierra, ésta se hallaría apenas en el período de los mamíferos simianos. Los espíritus que aceleraron la evolución, aunque sujetos á la ley, tenían dentro de ella la relativa independencia de proceder que su condición les permitía. Entidades inteligentes, procedían como lo conceptuaban mejor, equivocándose á veces. Por esto el dios bíblico, ve que es buena cada una de sus creaciones, sólo después de haberla realizado.

Tanto los espíritus lunares como los del sol, eran

dioses al ser causales en la evolución humana; pero mientras los primeros constituían entidades de la fatalidad, los segundos resultaban númenes del bien (1).

Por otra parte, la encarnación sobre la tierra comportaba para los lunares un adelanto y un fenómeno natural, mientras para los otros era una verdadera caída bajo el poder de la entidad inferior en la cual vinieron á encarnarse; de manera que la gratitud de los hombres hacia ellos tenía que ser doble, no sólo por el servicio inherente á su acto, sino por el sacrificio que significaba. De aquí el culto; pero antes es necesario decir dos palabras sobre el proceso de estas encarnaciones sucesivas.

Conviene tener en cuenta, que ellas eran proyecciones espirituales, ó si se quiere acumulaciones de diversos estados de fuerza, compatibles en un solo ser; así como en un solo cuerpo pueden coexistir la luz, el calor y el magnetismo (2).

(1) Un texto muy importante de San Pablo, como que es el que se refiere á la resurrección de los muertos, dice que *el segundo Adán* fué un *espíritu acelerador*. El primer Adán fué sólo un alma viviente. Refiérese á las huestes lunares y solares, en la obra descrita más arriba, de la formación del hombre interno. Pocos versículos antes había dicho: "una es la gloria del sol y otra la de la luna", tratando del mismo asunto. Sábese que San Pablo era un iniciado.

(2) Sin metáfora ninguna, puede decirse que el rayo de sol *encarna* en la flor, volviéndose color, perfume, etc. Así una influencia más sutil del sol, considerado como sér inteligente, puede explicar en forma sintética la "caída". Por otra parte, es conocido el ejemplo de los astrónomos modernos sobre las manchas del sol y su influencia. Supongamos que ese fenómeno causa, como está probado, perturbaciones clima-

En los misterios se enseñaba que somos emanaciones de los espíritus del sol, explicándolo por medio del habitual símil matemático.

Todo el mundo ha oído hablar de las especulaciones geométricas sobre la cuarta dimensión del espacio, lo cual supone otras sobre el de tres, ó sea el de nuestros sentidos, el de dos y el de una.

El espacio de tres dimensiones, comporta longitud, latitud y profundidad; el de dos, longitud y latitud solamente; el de uno, nada más que longitud. El de cuatro, es ininteligible: una mera especulación. Pero es evidente que, procediendo la geometría de lo general á lo particular, el espacio de cuatro engendra al de tres, como éste al de dos y éste al de una; debiendo, entonces, suceder lo mismo con los seres que los habitasen.

Tomemos el ejemplo más comprensible, ó sea la proyección del sér de dos dimensiones por el de tres. Este es, desde luego, el hombre, y aquél sería su sombra: un ser con longitud y latitud, pero sin volumen alguno. El sér de la sombra, consiste en una disminución de luz, así como nosotros somos una condensación de materia; pues á cada espacio corresponde, como es natural, una concepción distinta del sér.

téricas Que de ellas dimana una pérdida de las cosechas. De ésta una huelga obrera. De ésta una represión violenta. Tal mancha solar vendría á determinar, entonces, un desastre económico, una revolución, diversas muertes y prisiones, y sus consecuencias. El hijo de una mujer viuda á causa del supuesto episodio, podría decir que la influencia solar había sido nefasta sobre su nacimiento.

Puede asimismo aceptarse una fisiología rudimentaria de la sombra, correspondiente, por ejemplo, á sus distintos grados de intensidad, y cuya causa permanecería tan ignorada para ella, como para nosotros la de nuestra vida. Por lo demás, la sombra nace, vive y muere, lo cual basta para que la consideremos un sér. Las desapariciones producidas por la falta de luz, serían para ella un estado semejante á nuestro sueño; y si nos resulta muy simple su condición, ello proviene de que le falta una de nuestras dimensiones: aquella sin la cual no existiría nuestro organismo, ó sea el volumen.

Tal podríamos parecer á los seres de la cuarta dimensión, tan superiores á nosotros en su plano de existencia ó espacio, como lo somos nosotros para nuestras sombras; y tan inconcebibles á su vez para nuestra mente, como lo seríamos para la mente de nuestras sombras si ellas la tuviesen.

Habría en ello una imposibilidad material desde luego. Si el sér es de dos dimensiones, ó sea absolutamente superficial, nada puede percibir fuera de la longitud ó la latitud. No podría, entonces, concebirnos. Lo mismo nos pasa con los seres de cuarta dimensión que conjeturamos. Si especulamos por medio de la lógica sobre los sólidos del espacio de cuatro dimensiones, es considerándolos únicamente en proyección, ó sea como meras indicaciones de una posible realidad; pero el tal espacio y sus seres, son para nosotros inconcebibles.

A propósito de estas especulaciones de las mate-

máticas, cabe hacer notar una particularidad interesante: el hombre *sabe* más de lo que *comprende*. La filosofía de los misterios explicaba este caso, por el hecho de haberse encarnado en el sér luni-terrestre una entidad tan superior como la solar, enormemente desproporcionada con su vehículo: y la iniciación práctica, ó magia propiamente dicha, tenía por objeto poner al iniciado en condiciones de desarrollar sus ocultas potencias espirituales, en estado latente á causa de esa desproporción. De aquí el régimen alimenticio especial, la continencia, el silencio y otras disposiciones del noviciado. Decíase que el objeto de la iniciación era despertar al hombre celeste dormido en el hombre terrestre, y que esto equivalía á un nuevo nacimiento.

Lo arduo y prolongado de estas pruebas, que no pocas veces costaban la vida del iniciado (1) así como el escaso número de aquellos que las afrontaban victoriosamente, indica lo tremendo de la caída que comportó para los espíritus solares su sacrificio por el hombre primitivo. El resultado fué que quedaron sujetos á los agentes de la ley fatal, y de aquí su carácter de *crístos* clavados en la cruz, símbolo de la materia (2).

(1) Sólo el voto de silencio de los pitagóricos duraba cuatro años. Treinta requería en Egipto, según se cree, la gran iniciación, y hasta que algunos iniciados habían consumido varias vidas en la tarea. El respeto inquebrantable de la antigüedad, demuestra la importancia que se le atribuía.

(2) En un estudio sobre el ya citado libro del doctor Adán Quiroga. *La Cruz en América*, dije al respecto que "la

Cuando llegó para los espíritus solares que habían preferido el imperio de la ley fatal al sacrificio de una encarnación prematura, el momento inevitable de encarnar á su vez, halláronse sobre la tierra en situación muy inferior á la de aquellos que se habían sacrificado. Adoptaron entonces la condición de agentes de la ley fatal, confundiéndose con las entidades lunares y convirtiéndose en opresores de sus hermanos "caídos", puesto que eran materialmente más fuertes.

La pasión sexual había sido el gran escollo de los solares que se sacrificaron adelantándose á la ley fatal; pues como hemos visto, ese sacrificio coincidió con la separación de los sexos. Los lunares tomaron dicha pasión como agente, instituyendo los cultos fálicos y terroríficos, la evocación de los muertos por medio de la sangre (1), las orgías; en una

cruz es principalmente un símbolo geométrico cuya generación sería como sigue: el espacio en abstracto, antes de ninguna manifestación del cosmos, se representa por un círculo; y el espacio en potencia, por el mismo círculo con un punto en el centro; la naturaleza, ya por sí misma fecundada y en condición de evolucionar, es un círculo dividido por un diámetro; la misma figura, más un radio perpendicular al diámetro, es la naturaleza andrógina; el círculo con los diámetros que se cortan, representa los sexos separados; y la cruz libre, el símbolo reducido á la naturaleza humana, y á poco el falicismo". Y más adelante: "La cruz representa á la naturaleza en función de procrear, es decir á la materia, llamada en las cosmogonías la Madre-Agua", etc.

(1) Circe, la maga lasciva, enseña á Ulises en la Odisea la evocación de los muertos (canto X) diciéndole que deguelle para atraerlos un carnero y una oveja negra. En el canto siguiente el itacense cumple el rito, y las sombras evocadas vienen en multitud "á gustar la sangre".

Esto es claro, como se vé, y muy homérico por cierto. No

palabra, la “magia negra”, en lucha desde entonces con la “blanca” ó culto solar cuya iniciación constituía los misterios.

Y es que para los espíritus lunares, la generación significaba el proceso normal, lo propio que para los solares retardados, sus continuadores naturales en él; pero los aceleradores habían violentado la ley, activando la evolución del hombre á pesar de la sexualidad que lo animalizaba; pues ya dije que la

obstante, la ciencia contemporánea no ha vacilado en declarar apócrifo ese canto; y es precisamente el autor que ha escrito una obra por todos conceptos recomendable para demostrar la estricta veracidad geográfica de la Odisea (V. Bérard, *Les Phéniciens et l'Odysée*) quien declara la apocrifidad. Todo porque ahí el método de los *plus homériques* que él sigue, no produce resultados. Tratándose de una comarca extra-terrestre como el Hades, natural es que falle la realidad geográfica; pero la excesiva longitud de ese canto con relación á los otros, lejos de ser una prueba contra su autenticidad, sólo demuestra la excepcional importancia del asunto para el poeta. Si el método plus homérico falla aquí, es porque resulta imperfecto como toda explicación cerrada. Un poema épico no será jamás, y no lo es en el caso, la mera descripción antropomorfizada de periplos geográficos. (Teoría de Bérard). Por lo demás, el mismo Estrabón, inspirador del sabio francés, ha dicho comentando el asunto: “Todo el mundo está persuadido de que los poemas de Homero son filosóficos”. Esto es entender la naturaleza de la poesía. Un verdadero poeta, jamás escribirá tratados de geografía en verso.

El viaje de Ulises al *Hades* es bien homérico; y por esto Virgilio, que sin duda sabía á qué atenerse, aunque no lo cree así Bérard con el desenfado habitual de nuestros sabios ante lo que contraría sus sistemas, imitó con tanta minuciosidad el episodio en su Eneida.

El primer verso de la Iliada, es imitación á su vez del comienzo del poema de Orfeo sobre Ceres: “Canta, diosa, la cólera de Ceres”, etc.; lo cual establece una significativa filiación religiosa para aquella.

caída coincidió con la aparición de la sexualidad, ó sea, en ese momento, el acto culminante de la ley fatal sobre los hombres. Si, pues, para los espíritus sometidos, el falo, instrumento de la generación, representaba un progreso, para los otros simbolizaba la permanencia en la materialidad fatal: un atraso, en relación al impulso anormal que su encarnación comportaba. De aquí la castidad exigida por la iniciación, que era, en pequeño, la repetición del gran drama, y un procedimiento anormal por lo tanto para libertar al hombre interno, ó espíritu solar encarnado. La cruz, símbolo ideográfico del falo, era entonces un instrumento de suplicio para aquellos cristos, y por esto representábanlos clavados en ella. En tanto, los otros teníanla por símbolo honroso y superior. El sexualismo resulta, de tal modo, estrechamente unido al problema del mal, consistente sobre la tierra en las consecuencias que tuvo para los espíritus solares retardados, su preferencia por la fatalidad. Son ellos los que dominan, mientras prepondera en la evolución humana la materia; pero el triunfo definitivo es de los otros, cuando dicha evolución produzca la soberanía del espíritu. Serán éstos los "salvados", por su paso á condiciones superiores; los otros, los "condenados" á quedar durante toda la presente evolución del universo, bajo el imperio de la fatalidad que prefirieron.

Esto explica un hecho muy importante, que para la mitología comparada permanece obscuro.

Los dioses solares estaban todos sujetos á los lu-

nares, ó eran sus víctimas. El culto que se les rendía, significaba gratitud, pues eran bienhechores: médicos, artistas, constructores, libertadores; mientras el de los otros, egoístas, lúbricos, vengativos, era culto de miedo. Reconociáseles, sin embargo, superioridad; pues con el andar del tiempo, habíase evitado en parte la lucha, conciliando los dos cultos en el doble sistema que formaba la mitología: el externo y popular, dominado por los lunares; el secreto y singular por los del sol. Esta obra del sacerdocio, habría cerrado un largo período de sangre y de barbarie; dimanando de aquí que Cicerón la considere, como se ha visto, tan altamente civilizada (1).

Claro es que bajo este concepto, la simpatía y la gratitud de los hombres debían de estar por los dioses solares, del propio modo que su terror inspiraría el culto de los otros (2). Es lo que va á verse en se-

(1) Si la civilización que aceptó las ideas fundamentales de la antigua mitología fué universal como he sostenido y procuraré luego probarlo, la trascendencia de semejante obra, fué, como se infiere, colosal. Añadiré como detalle significativo que en Egipto habíase producido un fenómeno semejante. En tiempo de Alejandro, el culto solar cuya sede era Tebas, estaba dominado por el lunar de Menfis. Más adelante se verá el carácter mítico de la primera de estas ciudades.

(2) El año griego presentaba una demostración notable de lo que precede: Sábese que era lunar, lo cual volvíalo defectuoso por su diferencia de once días y cuarto con el solar cuya superioridad reconocían los antiguos astrónomos, aunque sin aplicarla por las mencionadas razones míticas. La prueba es que el año griego comenzaba en los solsticios, según las regiones. Esto engendraba un calendario complicadísimo cuya razón no era por cierto la ignorancia de sus organizadores. Esas mismas complicaciones prueban la conciliación mítica que las producía.

guida, pues sólo nos queda por demostrar las ideas y afirmaciones de este capítulo, estudiando sucintamente los principales mitos y leyendas religiosas. Seguiremos para ello la clasificación conocida.

Los Moradores del Gran Límite

¿Consideraba, entonces, la mitología que los dioses tuvieron existencia real sobre la tierra?

Sin duda, y esto es lo que sostuvo el antiquísimo Evemero, á quien siguió, según Cicerón, el épico y filosófico Enio que puede ser considerado padre de la poesía latina.

La historia sagrada de Evemero cuya indicación fragmentaria poseemos apenas en diversos escritores antiguos, era una obra de iniciado, puesto que se refería á los misterios eleusinos; siendo de notar que la respetan, así la antigüedad pagana como la cristiana. Esta última, que adoraba á su vez un dios encarnado, no podía estar disconforme esencialmente.

Tales dioses, no eran por de contado entidades semejantes á nosotros, sino colectivos ó huestes que recibían un nombre personal. Abstractamente y como fuerzas cósmicas, se los consideraba unidades; pudiéndose decir que, en efecto, lo eran bajo tal ca-

rácter. De este modo, la hueste solar que encarnó sacrificándose, era una entidad. La que prefirió el imperio de la ley fatal, otra semejante aunque antagónica. Sus encarnaciones sobre la tierra, fueron los dioses y los héroes. También sólo así se explica, sin recurrir al misterio del absurdo, la ubicuidad y otros dones divinos.

Pero el politeísmo no excluía la unidad divina en lo absoluto incomprendible para nuestra mente. Considerábalo, sí, el sér inefable ó universo reasumido en sí mismo, ó, si se prefiere, reducido á la cualidad absoluta de sér, que es la negación de toda cualidad.

Incomunicable, por lo tanto, no le rendía culto; y de aquí la imputación de ateísmo á ciertos filósofos mal comprendidos como el ya citado Evemero: era el gran neutro, *lo absoluto, lo negativo por tanto para nosotros.*

“Él nació de sí mismo y todo nació de él”, dice un verso órfico cantado en todos los misterios. Platón afirmaba lo propio. Cicerón, lo mismo. Era esta igualmente la doctrina de los estoicos. Epicteto, Virgilio, Horacio, han expresado igual idea. Ovidio ha cantado la naturaleza homogénea antes del caos, diciendo que tenía por duración una eternidad, y que carecía de condiciones; ó sea una mención del absoluto incomunicable y también indefinible, á no ser por medio de negaciones; pero de allí, añade, nació todo.

Por otra parte, la idea de que los dioses habían sido “hombres”, ó en términos más exactos seres se-

mejantes á nosotros y cuya alta condición actual dependía de sus propios esfuerzos, entrañaba un admirable estímulo de perfección. Así la moral era un producto de la razón y de la ciencia, no un dogma imperativo porque sí, es decir, un caso de fuerza repugnante á la libertad, ó el producto de una revelación antojadiza, intolerable para la conciencia.

Los dioses habían sido "hombres"; y por ello volvían á serlo, estaban ligados con los hombres; "caían", á título de sacrificio, en la condición inferior que supieron abandonar edades antes.

Para la mejor comprensión de lo que va á leerse, conviene advertir que las entidades mitológicas son de dos clases: generales, ó fuerzas cósmicas primordiales que organizan el universo sin referirse á mundos determinados; y particulares, ó sea atingentes á nuestro sistema solar: los dioses propiamente dichos.

Dividiáanse éstos en solares y lunares, clasificación que la mitología comparada acepta también; siendo los primeros asexuales, ó engendrados sin concurso sexual, y los segundos sexuales por su origen y condiciones.

Había también otro importante detalle diferenciador.

El fenómeno natural, como antes dije, era la alegoría interesante y permanente de la idea cosmogónica, en vez de ser la causa del mito, que según se pretende, lo personificaba. Así constituyó la religión de hombres como Eskilo y Homero. Cuando el mito

pasó á ser una personificación de fenómenos naturales, convirtiéndose en teología estéril como el cristianismo actual, y los espíritus superiores dejaron de creer en él. Tal sucedió, por ejemplo, con los poetas de la decadencia romana. Esa misma inversión, habíase ya producido respecto de las deidades (1). Las solares, ó sea las superiores, encadenadas á la materia (la "caída") quedaron subordinadas á las lunares, invirtiéndose entonces el sexo alegórico de ambas. Aquellas pasaron en gran parte á ser femeninas; esposas subordinadas á las lunares, como Hera á Zeus (2). Cuando no, cayeron al infierno como Lucifer en su lucha con Jehová (3) ó quedaron sometidos á fuerzas inferiores como Hércules á Euristeo, ó defectuosas como Vulcano, á martirizadas como Prometeo: los númenes desgraciados que ex-

(1) La filosofía de los misterios afirmaba que todos los fenómenos humanos individuales y sociales, tenían su antecedente prototípico en el mundo de las causas; pues al estar todo vinculado, todo va determinándose sucesivamente.

(2) Esto de los sexos alegóricos, es fácil de comprender. La naturaleza sexual de los númenes lunares, provenía de que eran agentes de la fatalidad, representada en el mundo físico por la materia pasiva, en nuestro planeta por el agua, y en la vida humana por la mujer. De aquí que eran "mujeres", en sentido alegórico, como los otros eran "hombres" por las razones contrarias: agentes del bien, representados por la fuerza dinámica, el fuego y el hombre.

(3) El estudio de la Kábala hebrea, demuestra que Jehová, nombre colectivo de una de las huestes creadoras, era una deidad femenina, personificada por la luna. El Génesis dice que creó á los primeros humanos, hermafroditas: "macho-hembra los creó". Recuérdese lo que he dicho sobre la encarnación de los espíritus lunares.

citaban la piedad del pueblo y la veneración de los hombres superiores, sólo explicable por la elevación filosófica de su alegoría.

El sexo femenino ó constructor, estaba representado por el agua que forma el barro, elemento plástico elemental de la arquitectura y menaje primitivos. El sexo masculino ó destructor, por el fuego. El agua representaba la pasividad, al tener por condición de estática el nivel, que determina la línea horizontal. De aquí su simbología, el ástil de la cruz, representante del órgano femenino por referencia á la posición de la mujer que va á ser fecundada. El fuego significaba el elemento ascendente cuya línea es la vertical que forma el árbol de la cruz y simboliza el falo. La biología de ambos sexos confirma estas representaciones. El organismo de la mujer es centrípeto y receptor; predominan en él los procesos constructivos de la vida, y psicológicamente hablando, el egoísmo, la timidez, la evasiva. El del hombre es centrífugo y emisor; predominan en él los procesos destructivos, el altruismo, el valor y la franqueza. En uno y otro caso, ello resultará de las mencionadas condiciones materiales. Esto es secundario. Lo importante es, para mí, establecer que la biología, la fisiología y la psicología antiguas, no se basaban en quimeras. Había una profunda verdad en el dicho alquimista de que para crear el elixir de la vida, el elemento vital por excelencia, precisaba saber conciliar el agua con el fuego.

Entrando ahora de lleno á la exposición mitológica, la teogonía nos dice, como todos los génesis (1), que al principio fué el Caos, ó sea el estado negativo del universo anterior reasumido en lo absoluto, si bien traído por la ley de periodicidad al momento en que debía engendrar el universo actual con el despertamiento de las fuerzas primordiales. Por eso dice que después vino Gea la del vasto seno, ó sea la fuerza creadora, la naturaleza en su sentido más general; después el Tártaro, ó sea la fuerza destructora, su antagonista necesario en la oposición simétrica engendrada por la periodicidad; después el Amor, ó sea la potencia que congrega, armonizando aquella oposición primordial.

Gea, no es por de contado nuestra tierra, aunque suela tomársela como tal cometiendo un error, á causa de que la tal tierra es su símbolo planetario: la naturaleza, con relación á nosotros. Del propio modo el Tártaro no es el infierno mitológico, sino la síntesis de las fuerzas opuestas á la naturaleza en trance de crear; pues el mundo que entra en actividad al concluir el cielo pasivo, hereda los conflictos del anterior, tanto como sus armonías. Asimismo el Amor no es el Eros futuro, ó inclinación sexual; sino la fuerza de atracción en la cual aquella es un accidente.

(1) Así el bíblico, el escandinavo, en los Eddas, hasta el de los Mayas y de los Quiches de la América Central. Claro es que los Vedas dicen la misma cosa, casi en los mismos términos. Eran las ideas fundamentales de la civilización universal que he supuesto más arriba.

Gea engendró después á Urano ó el firmamento; y aquí la teogonía hesiódica habla como el Génesis bíblico: "separó las aguas inferiores de las superiores", ó sea se destacaron las dos naturalezas, material é inmaterial. La teogonía dice también que Gea produjo al *mar* sin ayuda del amor; y no hay para qué añadir que estas *aguas* y *mares* son símbolos de las fuerzas originarias á las cuales deben su existencia nuestra agua y nuestro mar, sin ser por de contado dichas fuerzas.

Tan es así, que más abajo, Gea produce, ya en combinación con Urano, doce hijos, entre ellos el Océano profundo. Este océano, entidad menos generalizada que el mar, es un colectivo que designa las aguas: como si dijéramos *lo líquido*; por eso se habla luego de "las corrientes del Océano y de la mar"; de "la ninfa Estigia, hija del Océano, ese río cuya corriente vuelve sobre sí misma", ó sea la circunferencia símbolo de la eternidad.

Si la frase no tuviera esta trascendencia, referiríase á la esfericidad del globo, donde el océano es, efectivamente, un agua circulante: el camino por excelencia para los griegos, puesto que *Pontos*, mar, significa ruta.

El Océano, viene, además, en compañía de doce hijos de Gea cuya entidad inmaterial es evidente, puesto que figuran entre ellos Cronos (el tiempo), Temis (la justicia) y Mnemosina (la memoria); diciéndose que Cronos vino "después de todos ellos",

porque el tiempo no existe sino como una relación entre diversas entidades.

Vienen después los cíclopes creadores y los gigantes de cien brazos, ó fuerzas organizadas de la materia, y sus opuestos; sin que hasta ahora Zeus ó Júpiter, el futuro Dios supremo, haya aparecido: lo cual demuestra que no era tal supremo Dios, sino con relación á nuestro mundo.

Después la Noche engendra "sin unirse á ninguna divinidad", las parcas, las pasiones depresivas, los dolores, todos agentes del destino. Dicha generación casta, indica que se trata de entidades incorpóreas, como meras cerebraciones. La Noche es el determinismo del universo anterior, ó conjunto de potencias que arrancan de la suprema tranquilidad del no sér al cosmos reasumido, por el trabajo de una nueva manifestación; y psicológicamente esos engendros: discordia, fraude, trabajo, representan la aparición de la conciencia suscitada por el dolor. Nótese al mismo tiempo, que en este sistema, las ideas anteceden á las cosas, determinándolas como efectos suyos. Lo primordial en él, son las ideas: principio que, generalizado por analogía, regirá todo el proceso de la civilización humana. Las ideas gobiernan al mundo, proclamaba la filosofía platónica. Por esto llamábase también "ideación" al trabajo primordial del cosmos.

Entretanto, había tenido lugar la conocida mutilación de Urano cuya sangre y restos sexuales engendraban andando el tiempo á Venus y á varias di-

vinidades; lo que quiere decir que el universo sufrió una evolución hacia condensaciones materiales más positivas, puesto que iban “triunfando”, ó mejor dicho suscitándose con la evolución de aquél, fuerzas progresivamente inferiores (1).

Tal combate entre las fuerzas opuestas, es el primer acto de las guerras celestes que todos los génesis mencionan: la lucha por la vida que libran todos los seres como resultado de la evolución general.

Más adelante viene toda una serie de generaciones de monstruos, engendrados por los elementos al impulso de la ley fatal: seres ineptos para la vida, y destinados por lo tanto á perecer víctimas de los mejores ó dotados de inteligencia. Así Medusa y Gerión, vencidos por Hércules y Perseo, héroes solares; así casi todos los monstruos que estos héroes debieron combatir después: así la Sirena, la Quimera y la Esfinge.

Por último, háblase de una terrible serpiente que vive al extremo de la tierra en una caverna, y guarda las manzanas de oro del jardín de las Hespérides. Esta serpiente, la misma del génesis bíblico como fácilmente se echa de ver, es la materia sometida á la ley fatal, así como las manzanas son los frutos del conocimiento que el iniciado conquista á fuerza de su dolor. Los símbolos, como se vé, son dobles; refiriéndose así á realidades cósmicas, como á estados espirituales.

(1) Así Cronos ó Saturno, será luego destronado por Júpiter.

Al irse desarrollando unos de otros los elementos, ó sea el ir cambiando de estados el universo, cada uno de estos y de aquellos resultan sometidos á la misma ley fundamental, dimanando de aquí la repetición de los mitos; pero cada mito á su vez, representa un estado distinto del universo, ó la aparición de un nuevo elemento ó fuerza, y esta es la diferencia esencial entre la atribución de varios mitos á un mismo fenómeno, como las citadas auras de M. Müller, y su referencia á una ley comprensiva de muchos fenómenos.

Hasta aquí la teogonía se ha referido al universo; y por esto, sólo después de los ríos y de las fuentes que representan potencias cósmicas, vienen como en el génesis bíblico, la luna y el sol.

Siguiendo el mismo orden, la teogonía nos describe después el nacimiento de los dioses hermanos de Zeus y el de este mismo dios, como resultado de los amores entre Cronos y Rea, uno de los doce engendrados por Gea y Urano; lo cual prueba el rango que les asigna.

Cronos, como es sabido, se tragaba á sus hijos: hasta que, para salvar á Zeus, Rea le engañó haciéndole deglutir una piedra. Este es ya un mito solar, y se refiere á que nuestro sol, un regulador del tiempo como fácilmente se comprende, ó sea Cronos, atraía hacia su foco enorme y los incorporaba ó tragaba, á los mundos menores, en la primera lucha por la vida que tuvieron los astros brotados de la inmensidad. Una nueva evolución del universo

sujetó al terrible gigante, y éste es el triunfo de Zeus. La piedra tragada, es el centro de gravedad adquirido, ó sea la estabilidad del sol en el centro del sistema. Desde entonces, cambiado en elemento organizador, pasa á ser atributo de Apolo, así como representa á Hefastos, como foco del fuego vivificador. Ya se sabe que las fuerzas, y por consiguiente sus símbolos, iban permutándose por evolución en el sistema mitológico. El principio de que el universo no alcanzó su relativa armonía actual sino á costa de numerosas revoluciones, es, pues, enteramente visible en la teogonía.

En la Biblia hay algo también muy claro. El capítulo primero del génesis, habla de la creación por Dios: el mismo que en el versículo 27 de dicho trozo, *crea* al hombre “macho-hembra” á su imagen y semejanza. En el capítulo siguiente, quien actúa es Jehová-Dios, *formando* al hombre de barro y soplándole el alma por las narices. Son, pues, dos operaciones, excluyendo la concisión bíblica toda sospecha de redundancia. En una, se *crea* al hombre; en la otra se lo *forma*. Esta creación formal del hombre, es la obra de los espíritus lunares cuya hueste representa Jehová. Por lo demás, San Pablo ha hablado de dos Adanes, lo cual corrobora el comentario.

La guerra con los titanes, que viene luego en la cosmogonía griega, y que los Vedas, tanto como la Biblia, consignan á su vez bajo el carácter de luchas en los cielos, representa el drama cósmico de la

“caída” de los espíritus solares, si bien en un sentido más general, es el dominio de las fuerzas instintivas de la Naturaleza, por las inteligentes. En resumen, esos destronamientos refiérense á revoluciones cósmicas, astronómicas y planetarias, que es bueno definir suscintamente:

1°. A una revolución cósmica consistente en una lucha por la vida entre los primitivos seres del espacio, gérmenes de los futuros mundos: Cronos contra Urano.

2°. A una revolución planetaria que tuvo por teatro nuestro sistema solar: Zeus contra Cronos.

3°. A una revolución intelectual de los habitantes de la tierra, producida por los espíritus del sol: Prometeo contra Zeus.

Haré notar de paso que para el panteísmo antiguo, la duración es un estado del espacio, no una condición cronológica. Así, de la evolución del espacio, proviene el tiempo. Y una de las estancias del libro hindú *El Dzyan*, dice: “el tiempo no existía; yacía sumido en el seno infinito de la *duración*”. Por esto en la mitología griega, *Cronos* viene después de Urano. Por esto también el dios supremo, representación del Universo-Espíritu, ó espacio potencial, el “Uno existente por sí mismo” de la teogonía hindú, recibe el nombre de “señor del tiempo”. Lo curioso es que el nombre del dios incásico *Pachacamay*, de esa traducción literal, y que lo mismo signifique uno de los sobrenombres del Odin escandinavo: *Vidrir*.

Urano es la materia astral difusa. Cronos el sol, en su carácter de primera ordenación de esta materia, simbolizada por nuestro sol visible. Zeus la materia planetaria y la organización sexual de los seres terrestres representada por la luna. Prometeo el sacrificio de los espíritus solares: nuestro sol como patria espiritual de nuestras almas (1).

Zeus, como el Jehová hebreo, es una deidad lunar ó de procreación, es decir femenina desde este punto de vista; y por esto es hermafrodita en las primeras cosmogonías. (2).

La ciencia moderna, considera que el sexo masculino es un mero excitador, probándolo así la fisiología de varios animales inferiores y la propia evolución del óvulo humano fecundado.

Cronos, Prometeo, Hércules, son númenes caídos, encadenados ó pericidos en el fuego, porque representan la espiritualidad encarnada en la materia que estaba sometida á la ley fatal representada por los númenes lunares. Estos eran, á la verdad, los malos númenes; y se los adoraba porque se les

(1) Creo prudente adelantar que Hércules representa la humanidad ya dotada de inteligencia, refiriéndose sus famosos "trabajos" á la evolución antropológica que fijó los caracteres de la especie humana y su dominio sobre la tierra.

(2) En el ya citado *Ensayo de una Cosmogonía*, dije: "El sexo único que concebía y paría, era naturalmente femenino. Todos los seres eran madres, llevando resumido y luego latente en su facultad de autoengendrar, el sexo masculino futuro. La biología moderna considera primitivo también el sexo femenino, y cree que desarrolló su contrario antecediéndolo con la fase hermafrodita" (Octava Lección).

tenía. Jehová se caracterizaba como sanguinario y Zeus como lascivo (1) siendo ambos muy rencorosos. En cambio, los númenes solares, fueron siempre amigos de los hombres. Llegó, sin embargo, un momento en que la ley fatal los doblegó, porque la materia en que habían encarnado concluyó por absorberlos; y mientras la evolucionan á costa de su dolor (“clavados en la cruz”, que es el símbolo de la materia) (2) los númenes de la luna dominarán. Esto significa el triunfo definitivo de Zeus.

No perteneció, pues, la victoria en la lucha titánica, á las fuerzas superiores, sino por el contrario. Los titanes representaban fuerzas primordiales, como espíritus del sol; lo que en el esquema antes trazado de la evolución cósmica, significa, como se recordará, entidades superiores; pues las fuerzas que entraron primero en acción, fueron las más poderosas. Por esto la pareja titánica de Jafet y de

(1) Gemelas son las pasiones de la lujuria y de la sangre. La horrenda pornografía del Marqués de Sade, tan exactamente llamado “el profesor del crimen”, es al respecto un documento concluyente.

(2) Y más exactamente del falo, instrumento de la caída, al ser el órgano de la generación; pues esta es lo que la constituye sobre la tierra. De aquí el carácter infamante del suplicio, cuya más remota institución encuéntrase en el Deuteronomio. La penalidad romana coincidió en esto con la hebrea para la sentencia de Jesús, cuyo corazón sería, andando el tiempo, el objeto de ese miserable culto de los órganos. Verdadera magia negra, siempre ocasionada á los suplicios, como lo prueba el hecho de que el fuego característico de aquella viscera en el simbolismo y en la iconografía católicos, sea el mismo de las hogueras donde se quemaba vivos á los herejes, para... asegurarles la felicidad eterna.

Climena, padres de Prometeo, es más antigua en la teogonía que la de Cronos y Rea, padres de Zeus.

La encarnación de los espíritus solares en la materia, si reportó un mejoramiento, puesto que aceleraba su progreso evolutivo, no puede considerarse un triunfo. El triunfo es del que encadena, aunque el encadenado le sea intelectualmente superior, como los esclavos griegos que civilizaron á Roma victoriosa sobre Grecia. La prueba es que el triunfo de Zeus señala sobre la tierra el imperio del dolor como ley del progreso.

En *Los Trabajos y los Días*, refiriendo precisamente el mito de Prometeo, Hesiodo menciona las cinco edades terrestres, que corresponden á las cinco grandes razas habitantes del Planeta, exactamente como los textos arcaicos de la India. La primera, la de oro, perteneció al reinado de Cronos. Su raza fué enteramente feliz; no conoció la vejez, y propiamente no moría, sino que se dormía.

Bajo el reinado de Zeus, sucediéronse las otras edades: la de plata, la de bronce, siempre decrecientes en calidad como los metales que las simbolizan, hasta llegar á la quinta ó de hierro, la actual, según el autor de la teogonía (1).

Ello casaba, además, con la idea científica antigua sobre la generación de los elementos y sus cor-

(1) Exactamente como en los Vedas. La lectura de este trozo de Hesiodo, es sobremanera interesante, después de leído lo anterior. Su obscuridad misteriosa, tan lamentada por los mitólogos, queda desvanecida.

respondencias humanas. A cada elemento concierne una raza y un sentido, por supuesto que dando á “razas” un concepto mucho más extenso que el actual: el de verdaderas “humanidades” distintas.

La ciencia antigua tenía por elemento primordial el éter cuya propiedad perceptible era el sonido, bien que contuviera en potencia todas las demás propiedades de la materia. Los habitantes espirituales de este medio, recibían en conjunto el nombre de *Logos*, por ser la palabra el sonido inteligente: única facultad *perceptible* que los caracterizaba. El éter correspondía al reinado de Cronos, pues Urano significaba el espacio anterior ó universo aún inmaterial, bien que ya “ideado” para el nuevo ciclo de vida, y claro es que eso no constituía un elemento, ni tenía moradores por lo tanto. Aquél éter, era la electricidad cósmica, informe é infinitamente extensa.

El *Logos* produjo en ella corrientes semejantes á torbellinos de viento, ó inmensos agujeros, gérmenes de los mundos futuros, permaneciendo todavía informe y tenebroso, pero ya limitado y concreto en esas zonas. Correspondíale el sentido del tacto y la segunda raza de las “edades” mitológicas, siendo de plata la suya. Parece que su cuerpo típico en el dominio de la química, era el hidrógeno.

De allí surgió la luz ó fuego, representado por el oxígeno, y origen de la forma, al ser su sentido correspondiente el de la vista. Luego vino el elemento líquido, por combinación de los dos anteriores (el

agua es un protóxido de hidrógeno) y la aparición de la vida orgánica semejante á la que conocemos; correspondiéndole el sentido del gusto. Por último, lo sólido ó tierra cuyo sentido correspondiente era el olfato. Todos resultaban, así, permutaciones del éter, verdadera fuerza vital de los antiguos. La hueste del Logos, creó en dicho elemento á virtud del "verbo", reverenciado por todas las religiones; y por esto al tratar de la segunda transformación, ó viento negro en el éter obscuro, se dice que "el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas".

Nótese ahora que en la teogonía, la raza correspondiente al cuarto elemento, ó agua, no está asimilada á ningún metal. Ello significa que no perteneció á la tierra. Fué la hueste de los espíritus lunares que produjo en nuestro planeta al hombre propiamente dicho, bien que inconsciente todavía, encarnándose en los organismos, por así decirlo, autóctonos. El agua ó cuarto elemento, tenía por símbolo la cruz, (1) que es también una imagen del hombre con los brazos abiertos; pues fué entonces cuando la humanidad, prototípica de la nuestra, se formó. El quinto elemento, no necesita mayores comentarios.

Todos esos estados, eran, pues, permutaciones del

(1) La radical \mathfrak{y} que expresaba en griego la idea de humedad, valía 400 en el sistema alfabético decimal: y la cifra 4 tuvo en todas partes por símbolo filosófico, la cruz. Aquella radical debió significar primitivamente agua; y es curioso que su formación fuera análoga á la de dicho sustantivo en guaraní: una " gutural también.

éter primordial, y en este concepto se explicaba sus correspondencias. El éter engendra al aire; el aire aviva y apaga el fuego; el fuego absorbe al agua; el agua disuelve la tierra. Los cinco sentidos que ponen en comunicación al hombre con la materia así organizada, establecen la relación psicológica del caso, pues ya se sabe que tanto la ciencia como la filosofía antiguas, proclamaban la correlación fundamental de todo el universo.

Los titanes vencidos, no murieron como se recordará; quedaron enterrados bajo los montes. Una parte de ellos, añade la teogonía, había ayudado á Zeus en el combate. Estos fueron los que no quisieron encarnar por voluntad propia, prefiriendo la ley fatal; y por esto la teogonía dice que son titanes hembras. El sexo femenino simbolizaba la pasividad de la ley fatal (1).

Ningún numen escapaba ciertamente á ello, pues era el determinismo supremo que causaba al cosmos en totalidad; la misteriosa *Moirá* de los griegos, que la mitología moderna reconoce á su vez como la ley suprema é inflexible. Así, Homero en el canto III de la Odisea, señala á los dioses como sujetos al destino.

Reconoce la mitología moderna una cosa más importante aún: la coincidencia perfecta entre los decretos de Zeus y la "fuerza fatal"; conviniendo

(1) La luna, que era su símbolo astronómico, ejercía, según los griegos, una influencia misteriosa sobre la mujer, y especialmente sobre el parto. Creencia comprobada por los mitólogos mo-

en esto eminentes mitólogos. Sólo que en vez de asignar al descubrimiento su importancia efectiva, se limita á mencionarlo. El caso era, sinembargo interesante, por tratarse del “padre de los dioses”; la omnipotencia de tal númen resulta muy disminuída si estaba subordinada á la fatalidad.

Intentemos á guisa de comprobación de las interpretaciones enunciadas, una explicación de algunos puntos concordantes, controvertidos ó mal explicados.

Las vacas y terneras celestes que la mitología interpreta como las nubes, son también fuerzas de otro orden. Así en el Veda se lee que el espacio se llenó con los cuajarones de leche de la gran vaca, (la Naturaleza) antes por cierto de haber sido creada la tierra. Esos cuajarones, son las nebulosas, llamadas también “material para mundos”, lo que realza sin duda el carácter demasiado material de la alegoría.

Cuando Prometeo y Atena construyen al primer hombre, le *insuflan* la vida como el dios del génesis bíblico á su Adán de barro. El alma recibía de los platónicos el nombre de *pneuma* ó aire; y según luego veremos, el fuego y el viento eran del mismo origen para los mitólogos antiguos. El fuego tenía naturalmente una relación simbólica y directa con los espíritus solares que crearon al hombre intelectual: la hueste prometeana, dirigida por Atena.

Narrando el poeta en la Odisea la aventura con

las sirenas y los peligros corridos entre Scila y Caribdis, habla de la isla de Trinacria (1) donde abordaron Ulises y sus compañeros. Allá pacían los ganados del sol, en número de siete rebaños de bueyes y siete de ovejas, formado cada uno por cincuenta cabezas. La mitología moderna piensa que esto quiere decir los trescientos cincuenta días y trescientas cincuenta noches del año primitivo; pero lo cierto es que los compañeros del rey de Itaca se comieron varias de las divinas reses, atrayéndose con ello la cólera del sol; y por mucho que se conceda á la metáfora, no hablaría ciertamente Ulises, como lo hace, de “días” y de “noches” puestos al asador, así como del apetitoso perfume que exhalaban.

La leyenda se refiere á un misterio de carácter místico, según lo prueba el número total de reses: 700; donde el 7, número sagrado, es todo; pues en los cálculos sacerdotales se eliminaba los ceros. Puede más bien haber en ello algo de astronómico, relacionado con las “siete cabrillas” de la constelación del Tauro.

Éstas estrellas, eran hijas de Atlas, el que cargaba el firmamento sobre su cabeza; y sabido es que para algunos astrónomos modernos, ahí está precisamente el centro de nuestro sistema sideral. Pero no cito el caso, sino como un ejemplo de lo que eran las matemáticas sagradas.

(1) O Sicilia, así llamada por los tres grandes promontorios que la caracterizan: Lilibeo, Pachino y Peloro.

Antes hablé de la leyenda de Ixion, atado á una rueda ardiente. Este mito significa un espíritu condenado por sus maldades (1) á hacer durante toda una manifestación del universo á que pertenece (una eternidad) el ciclo de vidas; pues á causa de sus crímenes, ha regresado al punto de partida, y durante esa eternidad, no hay para él emancipación posible de la ley del dolor. (2). El mito de las Danaides, el de Tántalo y el de Sísifo, eran adaptaciones del mismo tema; pues siendo éste fundamental para la mitología, y tan importante para los destinos humanos, cada comarca la adaptó á sus peculiaridades con una nueva leyenda.

Influídos por las ideas materialistas, nuestros mitólogos nos hablan del azar en los cultos griegos.

Esta potencia no existía, desde que todo estaba determinado por causas encadenadas á su vez sin solución de continuidad. Dícesenos que de las tres Parcas, Laquesis representaba el azar; pero sábese también que estaban asociadas con Prometeo como creador de la raza humana. Prometeo es, como veremos luego, el representante de la lucha contra las fuerzas ciegas y fatales, hasta por la etimología de su nombre (3): de donde resultaría por lo menos

(1) Y no por ninguna divinidad. En aquel sistema, cada individuo causaba su destino; siendo éste á su vez el resultado de las acciones cometidas.

(2) Una Erinia, ó sea un agente de expiación, movía la famosa rueda, demostrando á mayor abundamiento el carácter de ese castigo.

(3) *Pro-methis*: el previsor; de donde, premeditación. El mental, ó pensador por excelencia.

extraña la asociación. Ahora bien, Laquesis representaba la “suerte” del hombre que acababa de nacer: su “lote” decían los griegos; y lo decían, porque en su concepto, el hombre nacía para continuar la tarea de existencias anteriores que habían causado la presente.

Los mitólogos del norte, han asimilado las Parcas griegas á las *nornas* escandinavas (1). Pero éstas son deidades de la inteligencia como aquellas; las que todo lo saben. Representantes de la ley de causalidad, ó sea agentes directos del destino, su omnisciencia se explica. Por esto Platon en la *República*, dice que Laquesis canta el pasado, Cloto el presente y Atropos el porvenir, acompañando con sus voces la armonía de las esferas celestes; é igual significación tienen en el panteón escandinavo. Verdad es que también las llama hijas de *Ananké*, la fatalidad; pero la fatalidad de los griegos, no significaba azar, sino determinismo de una existencia por las anteriores. En este sentido, *ananké* era sinónimo de necesidad como lo saben nuestros mitólogos.

Por esto también Némesis, un numen del mismo orden, tiene como atributo una rueda. Algún mitólogo moderno ha dicho con aceptación general, que ello debe referirse al ciclo de placeres y de dolores de que habla Sófocles, ó sea la vida humana.

(1) En la teogonía hindú, son los *Lipitís*, ó espíritus registradores. Los más elevados de la escala de los seres, como que representan la causalidad suprema,

Añadiré á mi vez que los vendantinos llaman “ciclo de necesidad”, al conjunto de renacimientos que cada ser humano debe agotar para su perfección. No hay en todo ello rastro de azar, como se vé.

Al contrario, para la moral mitológica, justicia y conciencia son sinónimas. Némesis no era una diosa propiamente dicha, sino la representación del sentimiento moral que producía la mencionada sinonimia; y así lo reconocen nuestros mitólogos. Decíase que los hombres tenían una *némesis*, y otra los dioses. Dormía en ellos; pero toda desproporción, irregularidad ó injusticia, la despertaban. Por otra parte, los Vedas enseñan que cada hombre lleva consigo la norma de la justicia, siendo esto lo que constituye su conciencia.

La leyenda de los hijos de Leda, nos pone ante un curioso misterio que fuera imposible esclarecer con los recursos de la mitología comparada.

Sábese que dichos vástagos fueron nacidos de huevos puestos por la mujer de Tíndaro, como resultado de su comercio con el cisne divino, transformación amorosa de Zeus.

Enseñábase en los misterios, que los seres terrestres habían pasado por todas las fases de la reproducción, antes de llegar á su estado sexual: entre otras la brotación y la ovación cuyos rudimentos conservan las operaciones actuales del claustro materno. A uno de esos ciclos reproductivos, correspondería la leyenda en cuestión; con más que las razas ovíperas, eran también acuáticas.

Por lo demás, el símbolo del huevo estaba muy generalizado, y desde el Ramayana hasta los poemas de la Europa septentrional, la expresión “el huevo del mundo” para designar el universo primitivo, era corriente. Decíase en los santuarios, que la evolución del universo había sido análoga á la del pollo en el huevo, dando á esta evolución el carácter originario que la ciencia le reconoce hoy: “todo procede del huevo”.

Los seres ovíparos, procedían de una anterior creación acuática y monstruosa, que los fragmentos de Sanchoniaton llaman “hombres del agua terribles y malos”; especie de sanguijuelas por su estructura rudimentaria.

En la leyenda de los argonautas, un ser monstruoso y enemigo, *Talos*, pretende impedir á los héroes el acceso de Creta. Su estructura interna consistía en una sola vena llena de sangre que le iba desde el cuello hasta el tobillo. Habiendo tropezado, se hiere en un pié y pierde por la herida toda su sangre.

Pues la mitología afirmaba que el agua fué el elemento donde tomó origen la vida, por medio de creaciones monstruosas, al faltar una inteligencia ordenadora. Los espíritus lunares, primero, y después los del sol, ordenaron las cosas, emanando de su ser las primeras estructuras á modo de esbozos semi-etéreos.

Los antiguos decían, como se recordará, que el estado líquido, el cuarto estado de la materia para

ellos, corresponde á la primera posibilidad de nuestra vida orgánica. Por ello los vehículos de esta vida, son todos líquidos: el agua, la sangre, la leche, la *savia*, el semen. La ley de continuidad, de Quinton, es la última palabra de la ciencia en este momento. Ya se vé que los fisiólogos arcaicos tenían una, menos paradógica por otra parte, y más amplia y más filosófica. El elemento líquido era el origen de la vida, mas no por generación espontánea de un *bathybius* químico; sino por *siembra* de elementos provenientes de otros planetas como ha llegado á suponerlo el botánico Van Thiegem. En mis "Fuerzas Extrañas", he desarrollado esta idea. (*El origen del Diluvio, y Ensayo de una Cosmogonía, lección 7.^a*).

Insisto una vez más en que aquella *agua* significa también la materia; pues ya se ha visto el significado colectivo de "aguas" que la teogonía hesiódica asigna al Océano.

Preller y otros mitólogos, entrevén esta verdad, cuando asignan á *Protco* un significado teogónico, teniéndolo por el primer elemento, el agua, á causa de la raíz *protos*: primero.

Se objeta que en la teogonía hesiódica, el mar no es elemento primitivo. Sin duda; pero no se trata del mar, sino del agua en su lato significado de naturaleza.

Conviene asimismo establecer claramente el carácter mitológico de la tierra, otro elemento primordial cuya simbología es muy ocasionada á errores.

Queda dicho ya que Gea ó Gaya, no es nuestra tierra, aunque esta la simbolice como productora de toda *nuestra* naturaleza; sino la primera potencia manifestada del universo que despierta, el espacio pasivo y por lo tanto de carácter femenino, el gran ser inconsciente cuya fuerza producirá más tarde los monstruos que acabo de mencionar. Por esto se la llamaba también “Gea la monstruosa”. Por lo mismo es ella quien emana al firmamento ó potencia activa, su “primer marido” en el simbolismo sagrado; pues tal no habría sucedido, si se trataba de nuestra tierra. Era, para decirlo todo, el sexo femenino originario.

¿Pero cómo, dirá el lector, cómo podía la pasividad producir la actividad en el cosmos? La proposición parece absurda; mas no se olvide que la aparición ó engendro de cada uno de esos personajes cósmicos, es, realmente, un cambio de estado en el universo. Ello produce el despertamiento de nuevos modos de actividad, sin que ésta deje de ser la misma, como la vibración atómica es calor, luz y electricidad. De aquí que esas entidades vayan resultando unas de otras.

Rea, hija de Gea, es, se nos dice, la tierra divinizada. Socorrida explicación, pues trátase precisamente de personajes teogónicos. Rea es la fuerza formatriz de los mundos, un espíritu planetario; y en este sentido, los Édas le dan el nombre eufónicamente similar (por metátesis ó trasposición) de Èrda, deidad venerable citada por Tácito al tratar sobre las costumbres de los germanos.

En tales conceptos, Gea es mujer de Urano y Rea de Cronos; vale decir, la misma fuerza ó elemento bajo diversos grados de manifestación. Más arriba hice notar una contradicción de la mitología moderna, por haber ésta considerado á Gea y á Rea como dos nombres de una misma entidad.

Nuestra tierra como planeta, es Cibeles, la hija de Rea, llamada respectivamente diosa de las cavernas y deidad montañosa, porque al norte de Grecia, *Kybelá* significaba caverna. Los himnos órficos ú oraciones de los misterios, llaman á Gea y á Rea vírgenes.

La tierra humanizada ó habitada por hombres, era Demeter, á quien Rea apacigua después del rapto de su hija Perséfone, ó sea el mismo planeta dominado por los númenes lunares á quienes representa Hades, su raptor. Así era como iban relacionándose las entidades en el sistema cósmico, filosófico y ético de los misterios, llamados por toda la antigüedad institución sublime. Éralo, en efecto, por su perfección, satisfactoria para todos los espíritus.

Tócanos, ahora, estudiar individualmente los principales númenes, á la luz de la interpretación filosófica de los misterios.

De los Dioses y los Héroeos

Comenzaremos por los númenes solares, asignando el primer lugar á *Hera* ó Juno (1), la esposa de Zeus, ó sea su subordinada, aunque no sin constante protesta.

Homero la llama siempre la venerable Juno de ojos de ternera, pues todas las deidades solares tenían grandes ojos, significando con ellos la luz y la videncia mágica. Así, Minerva, tiene por animal simbólico al buho, del propio modo que la misma Hera al pavón, cuya cola está esmaltada de ojos. Los cíclopes, hundidos por Zeus en el Tártaro, apenas nacidos, caracterizábanse por su ojo vidente y eran constructores: otro carácter solar que veremos

(1) Aunque, como es sabido, los númenes latinos no corresponden exactamente á los griegos, usaré la sinonimia, por ser los de aquellos más familiares á la información corriente.

surgir de nuestro estudio (1). En la Odisea, Polifemo llama condicionalmente “padre” al mar; pero la teogonía hesiódica dice, como queda expresado, que los cíclopes eran hijos de Gea y de Urano.

La relación con la vaca, hállase establecida en la metamórfosis de los dioses cuando su batalla con los titanes. Hera se cambia en una vaca blanca. Vacas de este color se le sacrificaban, y la palabra *bous*, buey, figuraba en la designación de *euboia* que se le adscribía, calificando también á su nodriza, á la isla donde fué criada y á la montaña donde tenía su principal templo. Más adelante veremos su relación con Io, transformada en vaca (2).

Sus animales eran el pavo real, símbolo de videncia por los “ojos” de la cola; el ánsar animal que vuela del agua, ó sea la representación del rayo primordial brotado del espacio: “matriz” ó “aguas” en los génesis cuyo ejemplar más antiguo es la correspondiente leyenda hindú, donde ese animal significa lo mismo. El cuclillo figuraba en su cetro, como recuerdo de cierto avatar de Zeus, con propó-

(1) Las murallas de Tirinto, consideradas el monumento más antiguo de la Grecia y admiradas por toda la antigüedad, fueron obra de los cíclopes, ó sea de las razas videntes de la primera encarnación solar, relacionadas por filiación en la forma ya explicada, con las entidades primordiales que lucharon con Jove. El calificativo de divinas y celestes que les dan Homero, Sófocles, Eurípides, Plutarco, designa su origen. Ningún autor antiguo califica de acrópolis su recinto, aunque era el más antiguo en el género, pues no se trataba de un monumento guerrero, sino religioso por su origen.

(2) Su hija Keroessa, fundadora de Bizancio, tenía cuernos vacunos.

sitos galantes; siendo el ave que carece de nido. Por último, estábale consagrado el gavilán, símbolo del sol. Sacrificábanle puerkas como á Deméter, por ser el puerco animal inmundo; y ovejas, ó sea animales con cuernos curvos, símbolos de la luna. En el reino vegetal tenía la adormidera y la granada, símbolos de la fecundidad materna y más propiamente de la matriz llena.

El himno órfico de Hera no elogia en ella sino atributos nobles. El perfume que lo comenta, compuesto por todas las aromas, es de castidad. El himno dice que Hera alimenta con dulces alientos las almas, que todo lo anima con los soplos sibilantes del aire (1). Este último elemento le pertenece, denunciando su carácter elevado, pues como antes dije, el alma estaba simbolizada por él. De aquí el *neuma* platónico (2).

La unión de Hera con Zeus, representaba el carácter doble que á todo imprime la ley de periodicidad, continuando así el sistema de las parejas inmortales: Gea y Urano, Cronos y Rea. Pero ese

(*) *Hera* significaba también etimológicamente el aire; y como los oráculos tenían por agentes á las potencias aéreas, el sacerdote encargado de interpretarlos llamábase *hierofante*. Así el nombre de la diosa dió al fin, por extensión, su cualidad á todo lo sagrado: *hierático*. Su parentesco con Apolo queda establecido por la misma razón, pues este numen era el oracular por excelencia. De ahí la superioridad atribuida al oráculo de Delfos. Por último, corespóndele la etimología de los *héroes* ú hombres valerosos, de gran aliento.

(†) Hera usaba calzado de oro, lo que es otro indicio solar; pues el oro, simbólicamente, estaba consagrado al sol. Cuando la teogonía nombra á la diosa, nunca olvida ese atributo.

matrimonio no fué dichoso. Había entre los dos númenes una profunda incompatibilidad. Hera llegó en una de sus querellas con Zeus, á engendrar por sí misma á Hefaestos ó Vulcano.

He mencionado en la nota sus sandalias de oro como atributo solar. Su tocado era el *modius* de las divinidades asiáticas: una medida para cereales, lo cual acentúa su carácter bienhechor. Los griegos le llamaban *polos* ó *estéfanos*; pero su origen oriental es evidente.

Como numen solar, era también constructora y de aquí que sus primeras imágenes arcaicas fueran una columna y una tabla; simbolizando ésta la navegación, que también concernía á la calidad solar. De ahí el culto de las columnas que ha pretendido descubrir un mitólogo moderno (Evans). La columna era el elemento fundamental de la arquitectura griega.

No me queda sino que insistir en su eterna querella con Zeus, lo cual prueba su antagonismo de calidad y de origen. El matrimonio es, para el númen solar, una subordinación puramente (1).

Sin embargo, Hera fué siempre esposa fiel, por lo cual estábale dedicado el mes *Gamelion* (Diciembre-Enero) consagrado á los matrimonios. El concepto

(1) Sospecho que *Hera* es una metátesis de *Rhea*, forma de que se servía muy comunmente la literatura sagrada para simbolizar las permutaciones de los númenes. *Rhea* como esposa de *Urano*, es el prototipo de *Hera*, esposa de *Zeus*. El perfume de ambas en los himnos órficos, es el mismo: las aromas.

de la familia antigua, tan calumniada por el cristianismo, cambia mucho con esa advocación á un numen casto y fiel. Por último, la diosa estaba considerada también como libertadora, atributo noble entre todos para los griegos, tan amantes de la libertad. Hallábasele dedicada en este concepto la fuente *Kynadra* de donde se tomaba el agua para las ceremonias de su culto: *agua libertadora (eleuterion idor)* según la denominación específica.

Atena ó *Minerva* fué sin duda, como patrona de Atenas, el numen más querido de la Grecia. Se ha dicho que fué una antecesora lejana de la Virgen de los cristianos, siendo inmaculada á su vez; pero es una mera coincidencia poética.

María, ó sea la estrella del mar, aproximase más bien á los númenes femeninos del agua; y á propósito de su nombre tengo dicho en mi ya citada crítica del libro *La cruz en América*: “María lleva como inicial de su nombre la letra *m* que era el jeroglífico del agua cuya ondulación representaba; y así, *Makara* el décimo signo del zodiaco hindú, es un monstruo acuático; Moisés quiere decir sacado del agua; y el agua del diluvio es llamada *Mbul*, etc”.

Confundiendo anárquicamente los símbolos, el cristianismo calzaba de luna á María; lo contrario que el paganismo con sus vírgenes, á las cuales ponía sandalias de oro. El detalle es de orden sexual, y correspondería más bien á *Tetis* “la de los piés de plata”, una deidad del agua como es sabido; y á *Venus* que tiene el mismo atributo. La confusión

viene del primer versículo del capítulo XII del Apocalipsis, que según los exégetas cristianos designa á María, cuando se refiere claramente á un símbolo: “una *gran señal* apareció en el cielo”.

Siendo el Apocalipsis á su vez un libro de iniciación (1), un escrito neo-platónico ó gnóstico (luego veremos la relación de los gnósticos con los misterios mitológicos) la simple lectura del capítulo en cuestión, prueba que se refería á los primeros estados de la Gea antigua, alegóricamente la gran madre; pues á su aparición sucede la guerra en los cielos que ocasiona la “caída” del dragón Lucifer ó Satanás con sus ángeles, ó sea la encarnación de los espíritus solares. El dragón ó serpiente, fué para todos los cultos antiguos, símbolo de la sabiduría.

San Pablo llamaba á Satanás “príncipe del aire”; y Atena á su vez era la “reina del aire”. Su verdadero parentesco, no es, entonces, con la vírgen de los cristianos (2).

Sus caracteres distintivos de numen solar, son netos. Reina en el aire, lleva sandalias de oro, tiene grandes ojos azules, como que su mirada es el firmamento, y posee la videncia. De aquí que su animal simbólico por excelencia, sea el buho.

Pero lo más interesante, es su nacimiento.

(1) La misma Iglesia lo considera un evangelio aparte.

(2) La subversión producida por el cristianismo es tan grande sin embargo, que en el canto IV del *Paraiso Perdido*, Satanás, el numen solar por excelencia, maldice al sol. Hugo se inspiró sin duda en este trozo para su célebre “Chute de Satan”.

Zeus tuvo por primera esposa á Metis (la sabiduría) es decir una mera abstracción intelectual (1); pero cuando ésta fué á parir á Atena, el dios se la tragó por consejo de Gea y de Urano, “porque de Metis, como lo había anunciado el destino, saldrían hijos de inteligencia profunda; empezando por la Tritogeneia (Atena) de ojos azules, que igualaría á su padre en fuerza y en saber”.

El antagonismo de los tales númenes, es, pues, evidente; así como el “consejo” de Gea y Urano, significa el impulso fatal de la naturaleza originaria. Zeus se tragaba á la deidad de la inteligencia y engendraba á los dioses sexuales, porque era la representación de la ley fatal.

Más significativo es todavía el nacimiento de la diosa. Zeus la hizo salir de su cráneo, á causa del dolor intolerable que le causaba; ó sea á pesar suyo, cuando el antagonismo originario venció á la tiranía de la fatalidad. La variante cretense que la hacía salir de una nube tropezada casualmente por Zeus con la cabeza, es también confirmatoria y acentúa el antagonismo. Ya no hay aquí ni la proveniencia orgánica ó paternidad de Zeus. Por lo demás, tragarse una deidad á otra, reveló siempre antagonismo entre ambas. Así procedió Cronos, y ya dije por qué, con los hermanos de Zeus; lo cual revela, sea

(1) Su segunda “esposa” fué Themis, otra abstracción intelectual. Estos matrimonios quieren decir, que dominaba déspoticamente á las deidades de la inteligencia; que las aprisionaba; porque el matrimonio antiguo reportaba para la esposa, la clausura del gineceo.

dicho de paso, el parentezco *moral* de los dos númenes.

Su epíteto más común, era “glaucopis” ó sea “ojos azules”; calificación que se daba también á Hera con quien luchan juntas contra *Ares* ó Marte, deidad lunar y homicida, en los combates de la Iliada. El color azul, caracterizaba también á los númenes solares; y así, el ya citado himno órfico ú oración de Hera, empieza llamándola diosa de los vestidos azules. Aludiendo á su videncia, en Esparta la decían *oftalmitis* y en Argos *oxiderkes*. Representábasela asimismo, y tal figura en la Odisea, con una lámpara en la mano; y celebrábase en su honor procesiones de antonchas.

En la guerra, representa el triunfo de la inteligencia sobre los furoros ciegos de Ares, su eterno antagonista, y domina el acero: otro rasgo característico de los númenes solares; pues para los griegos, la guerra no era mala, sino cuando era injusta. Todo ciudadano era soldado en Atenas, desde los veinte años (1) y en el juramento de fidelidad á la

(1) Cabe bien aquí para nuestras instituciones, la misma reflexión que para nuestras ideas, respecto de la Grecia originaria. Todas, hasta las del más avanzado socialismo, como la famosa ley neo zelandesa de limitación de la fortuna privada, tuvieron origen allí. En Grecia, la ley en cuestión era espartana, según Polibio. Aristóteles preconiza en su *Política* la mediocridad de las fortunas como salvaguardia del Estado contra las tiranías, y menciona el hecho de que en las antiguas leyes de la mayor parte de las ciudades griegas, se limitaba la posesión de la tierra por los particulares. Los atenienses, en el siglo V, tenían el juicio por jurados. La libertad de palabra era tal, que en su comedia *Los Pájaros*, Aristófanes ridiculizaba á los dioses, con una verdadera anticipación de nuestro *Orphée aux Enfers*; así como Platón ponía en comedia opositora al caudillo

patria, las declaraciones militares ocupaban el primer rango: “No deshonraré mis armas; no abandonaré á mi compañedo de fila”. En la guerra de Troya, Atena protegía á los aqueos, que, comò es sabido, eran héroes solares.

La oración órfica, llámala inventora de las artes. Bajo su advocación estaban, en efecto, singularmente la hilandería y la música. De aquí sus relaciones con la araña (1) que, por otra parte, es conocidamente filarmónica (siempre hay arañas cerca de los pianos) y con la medicina bajo la advocación de *Atena Hygieia* ó diosa de la salud (2); pues la música era en la antigüedad un poderoso agente curativo. Dicho arte, representaba además la armonía inteligente de los elementos cósmicos en relación estrecha con la luz; de manera que pertenecía á los nú-

prepotente del momento, *Cleon*, por medio de una pieza hoy perdida: el *Cleophon*. El feminismo estaba á la orden del día por aquel mismo tiempo, como lo prueban las sátiras también aritofánicas de las *Tesmoforias* y de *La Asamblea de las mujeres* que por cierto parece un título de Molière. Las especulaciones sociales llegaban hasta proponer la fundación experimental de ciudades comunistas. El estado ateniense socorría con dos óbolos diarios á los ciudadanos sin recursos: ley propuesta, sea dicho de paso, por *Cleon*. El sistema socrático era un verdadero socialismo de Estado. No se olvide que sostengo la utilidad de los estudios de mitología, porque las ideas y las instituciones griegas en ella inspiradas, han determinado nuestra civilización. Repito que la intelectualidad griega representa el nudo del haz cuya dispersión nos confunde al ser nosotros el extremo opuesto.

(1) Y su consiguiente antipatía por la mosca. En el combate homérico, Ares ó Marte, irritado, llama “mosca” á Atena.

(2) En Roma existía, específicamente, el templo de *Minerva Médica*.

menes solares. El sonido estaba considerado como una de las fuerzas primordiales; pues la primer agregación de los átomos, comportó, según se aseguraba, una música ó sonido armonioso que era al mismo tiempo inteligente. De aquí las referencias al *verbo* creador, en todas las teogonías. El sonido inteligente, equivalía á la palabra.

Por esto en el himno órfico de *Protogonos* (el primer lado ó abstracción de la superficie infinita: el primer elemento que todo lo resumía en sí) se dice:

“Protogonos hermafrodita, surgido del gran Huevo (el huevo del mundo) inennarrable, oculto, *sonoro*; que tiene *el mugido del toro* y conduce la brillante luz.”

En la mitología escandinava, un ruiseñor canta en el centro de los mundos, simbolizando las armonías celestes; mientras la serpiente infernal *Midgard*, rampa en torno suyo intentando ahogarlo. Es el pájaro que guía á Sigfrido hasta la caverna del dragón en el drama wagneriano, cuya música alcanza con tal motivo una de sus mas divinas sugerencias.

Figuraban también entre los animales de Atena la corneja y la serpiente. Ésta era un símbolo de la sabiduría y de la medicina en casi todo el Oriente, así como en Grecia; habiendo conservado la segunda significación hasta nuestros días. En los dos testamentos de la Biblia, en los mitos chinos, hindúes y japoneses, hasta en las mitologías mejicana y peruana, simboliza la sabiduría. La corneja es, asimismo, un pájaro que habla, ó animal sabio, siendo á la vez muy

inteligente. Haré notar de paso que su característica enemistad con los buhos y mochuelos, animales de Atena, aleja toda idea de conciliación ó culto zoolátrico bajo el mismo patronazgo mítico. Los animales sagrados representaban atributos de la deidad, sin ninguna idea de adoración, y parece que también algunas relaciones misteriosas. Superstición, si se quiere, pero de ningún modo zoolatría (1). Los pájaros habladores, eran naturalmente oraculares; y Atena había organizado uno de los primeros oráculos con la famosa encina parlante de Dodona que enarbolaba el buque de los argonautas: todos héroes solares. Esto le daba á la vez el patrocinio de la navegación, por medio del viento ó aire dinámico.

Referíanse á las artes útiles y agradables, los tres epítetos que denominaban las principales advocaciones de la diosa: Atena *Ergane* ó del soplo, por referencia á la flauta que le estaba especialmente dedicada, engendrándole en Beocia el sobrenombre de *bombylia* (2). Tal epíteto referíase igualmente al corazón, fuente del aliento según los griegos, que identificaban dicha entraña con los pulmones, dando al con-

(1) Los japoneses tienen al tejón por bestia mágica entre todas; y con pieles de dicho animal, estaba cubierta el arca santa de los hebreos. Así habíalo establecido Jehová con reiteración. En Italia, es también un elemento de brujería. Difícil me parece establecer la vinculación puramente supersticiosa de estas creencias, en razas tan distintas y tan incomunicadas entre sí como el Japón con el mundo helénico.

(2) El *bombyx* ó gusano de la seda (*tejedor*) parece establecer otra relación entre las artes de la diosa. Su nombre le venia del zumbido que produce al mascar: otra analogía.

junto el nombre también musical de *órgano* cuya etimología fonética con el citado epíteto de la diosa, es evidente. Ello venía además de la relación de los pulmones con la palabra. Atena *Ergane* presidía así al verbo, al aire y á la música, siendo la más intelectual y querida de los atenienses.

El otro epíteto referíase á las artes útiles, designando á Atena *Keramitis*; ó sea, directamente, el número de la cerámica; por lo cual llamábasela también la tierra virgen. En tal concepto, presidía á la escultura.

La diosa gobernaba, así, dos de los más importantes ramos de exportación en Atenas: la cerámica y las flautas cuya preparación era tan minuciosa, que sólo el estacionamiento de las cañas *auléticas* (así las denomina Plinio) demandaba varios años. La distinción de la ciudad, resultaba ennoblecida por aquel comercio, en el cual lo humilde de la materia prima servía como de realce al mérito artístico que la valorizaba. Los otros dos ramos de comercio exterior, ó sean los mármoles esculpidos y las armas, estaban igualmente bajo la advocación de Atena *Keramitis*. Por esto, quizá, Fidias hizo de la diosa su tema predilecto.

Bajo el nombre de Mentor, Atena había presidido la educación de Telémaco; lo cual le daba también el patrocinio de la pedagogía. Era la “maestra” por excelencia.

Por último la Atena celeste, la reina del cielo azul, recibía el nombre de *Kalinitis*; propiamente,

diosa del freno. Ella presidía, en efecto, el arte de domar los corceles como numen de la guerra justa; pues el paladín griego, como el medioeval, era ante todo ginete. Consagrábasele, en efecto, potros, nunca yeguas, pues éstas pertenecían á Venus por ser hembras (1); pero en esto hay un detalle importante que creo útil anotar.

La diosa disputó con Poseidón ó Neptuno, un numen del agua, que, por lo tanto, era su antagonista. Para demostrar su poderío, Atena hizo nacer un olivo—el árbol del aceite que alimenta las lámparas—y Poseidón caballos furiosos que Atena domó derrotando así á su rival. Este asunto estaba tratado en el frontón occidental del Partenón, cuyas ruinas subsisten. El más famoso de esos potros, *Arión*, era un verdadero monstruo marino con piernas humanas y que sabía hablar: la primera y desordenada producción de la fecundidad ciega en las aguas. De él descendían los caballos antropófagos de Diomedes, exterminados por Hércules. Obsérvese que quien torna servibles las bestias de Poseidón, es Atena y no aquél; pues fuera inútil insistir todavía sobre el carácter bienhechor de los númenes solares, en contraposición con el egoísta de sus contrarios. Estos dominan por el miedo, mientras aquéllos obtiene el culto de la gratitud. Es asimismo

(1) Marcábanlas en el cuadril con el signo de la diosa, un espejo de cabo crucífero, ó sea el signo de la humanidad sexual la cruz, dominada por la materia: ♀ Trátase, sin duda, del más antiguo símbolo pecuario.

significativa la enemistad de Atena con Ares ó Marte, el dios de la sangre y de la mala guerra (1), así como sus relaciones simpáticas con Hefastos ó Vulcano, el numen del fuego industrial, que Apolodoro nos representa como enamorado de ella, y que fué quien, por medio de un hachazo, la sacó del cráneo de Zeus.

Una advocación muy particular de Atena y que completa su carácter, es la de diosa de los deportes, tan estimados entre los griegos, y naturalmente de la *kalistenia* ó gimnasia. Su influencia estaba en todo esfuerzo sano y noble, en todo *aliento* vital, y por esto Diomedes la debió el triunfo de la carrera con que se iniciaron los juegos fúnebres en honor de Patroclo.

Su epíteto como diosa guerrera, era *Promachos*, y como guardiana de la ciudad *Cleoduchos* “la custodia de las llaves”. Éstos dos caracteres confundíanse en una sola grandeza heroica para el viajero, que desde lejos en el mar y en la tierra, veía destacarse sobre la Acrópolis, coronando el colosal bronce de cincuenta pies, alzado por Fidias, la lanza de la *Promachos*, cuya punta dorada, brillaba “como la estrella de la tarde”, según la expresión homérica.

(1) La guerra injusta, por contraposición á la legítima. La moral griega entendía así las cosas. Hasta la mentira presentaba para ella este doble aspecto. Había la mentira noble, que puede ser útil para salvar una honra ó una vida, ó simplemente el defecto franco que presupone la responsabilidad; y la mentira infame, ó reserva mental preconizada por el casuismo jesuítico. Eurípides había cargado con un baldón indeleble por su elogio de tamaña ruindad que repugnaba á los caballeros helenos. Su moral era á la vez más sencilla, humana y elevada.

Haré notar á propósito que el epíteto de *Pallas*, comúnmente antepuesto á su nombre, era un común de dos cuya significación es juventud brillante, aplicada indistintamente á las doncellas y á los mancebos; pues á pesar de su nombre femenino, Atena era asexual en realidad.

Nada tan característico, por lo demás, como estos epítetos. Atena *Poliás* es la protectora de las ciudades; y consecutivamente, bajo sus advocaciones de *Pylaitis* y de *Cleoduchos*, es la guardiana de las puertas y de las llaves. Bajo su esencial apelativo de *Polumetis*, es la deidad de pensamientos numerosos. Preside á la democracia, dándole su nombre, ó sea constituyéndola en numen de los atenientes; es “la que odia á los tiranos”, y reconocida bajo el nombre de *Anemothis*, gobierna el viento favorable á la navegación.

Todo esto nos lleva lejos, como se ve, de las auras y de los relámpagos de la mitología comparada. Atena *Kalinitis*, es afecta al relámpago, pero como fenómeno eléctrico, ó de fuego primordial, en vinculación con el acero que es metal de los dioses solares: hierro trabajado por medio del fuego. Asimismo, el viento en su carácter de soplo creador, como veremos luego, le pertenece en parte; pero de aquí á ser ella un numen de la tempestad, hay gran distancia. Es positivo, por el contrario, que se la invocaba contra las tormentas como á Santa Bárbara; y Ruskin, en una sublime alegoría que presenta dialogando sobre estética á la santa mencionada con

Neith, la Atena egipcia, dá á aquella el patronazgo de la arquitectura, arte solar, intimamente vinculado con los númenes del fuego como antes dije. El esteta inglés, con su visión genial hasta lo vertiginoso en ocasiones, percibió muchas luces del antiguo misterio; y como buen platónico, hubiese alcanzado la meta de la auto-iniciación, á no haber sido sus preocupaciones teológicas.

De un modo análogo, el carácter de Atena como numen de la buena muerte, otro simpático atributo, tiene relación con su patrocinio de las artes fictiles; pues los antiguos llamaban cerámica por antonomasia, á aquellos curiosos sarcófagos formados de dos tinajas unidas por las bocas con un cemento cualquiera, y usados sobre todo en las comarcas orientales. Tratábase de cántaros comunes, generalmente empleados para la exportación de aceite, vino y miel; lo cual explica el nombre de *olla cineraria* dado por los romanos á la urna de mármol ó alabastro donde se recogía las cenizas del difunto, una vez quemado. Pero deducir de todo esto que el culto de Atena fué primitivamente la adoración de una tinaja, resultaría una enormidad.

Por último, Atena considerada libertadora como Hera, redondeaba su carácter con este atributo de suprema nobleza. Jamás se dudó de su castidad, y repugnábale la desnudez. Las Minervas con el pecho desnudo, que profanaban, copiándolo, el modelo del Partenón, pertenecen á la decadencia romana.

Apolo, el numen solar por excelencia, presenta los

mismos caracteres esenciales, si bien existe una aparente contradicción en el hecho teogónico de ser hijo de Zeus y de Leto. Siendo ésta, sin embargo, una personificación de la noche, y el Zeus primitivo, engendrador de dioses, un mero aspecto de la ley de periodicidad que llama á la vida las potencias del cosmos, todo se explica (1). La noche significaba en el simbolismo mitológico, la pasividad del universo reasumido en sí mismo. Una simple abstracción.

Quiere decir, entonces, que Apolo era un numen primordial, y así lo establece claramente la oración órfica, al llamarle "titán antiguo". Esto equivale también á una determinación de su carácter solar, que por otra parte no necesita. El sol es su símbolo, dimanando de aquí que á veces se lo considere como la personificación engendradora ó potencia masculina de la naturaleza, asimilándolo á Pan. "Llámante el rey Pan, el bicorne", dice la oración órfica. Además, Apolo no fué criado por su madre, sino por Themis, la personificación de la justicia, acentuándose así su carácter elevado y bienhechor.

Su primer acto fué la victoria sobre la serpiente, ó mejor dicho, monstruo rampante *Pithon*, que algún mitólogo cree con mucho acierto ser simple metátesis de Tiphon, la espantosa fiera cósmica ó fecundidad ciega que engendró los peores monstruos

(1) La paternidad de Zeus atribuíase, generalizando, á los númenes y héroes como signo de excelencia; por ser Zeus el dios dominador. Así la *Iliada* llama "hijo de Zeus" á Aquiles.

de la mitología: la Quimera, el Cerbero, la Hidra de Lerna. Dicha peripecia natal, le asemeja á Hércules, aspecto ya humano del mismo mito solar, y significa alegóricamente la aparición ordenadora de la inteligencia en la confusión de la materia instintiva.

Por la misma razón, Apolo *Licio*, su nombre primitivo, es también destructor de lobos.

El epíteto *Licio*, cuya radical es *luz*, denunciaba una procedencia geográfica: la Licia, país oriental para los griegos, es decir, tierra del sol levante y patria de cíclopes; como que de allá procedieron los arquitectos de las primeras construcciones ciclópeas. La mitología moderna, cree que por una confusión eufónica (la habitual logomaquia) Apolo licio se convirtió en *licóctonos*: destructor de lobos; pero no hay tal. El lobo era un avatar de brujos, que se perpetuó hasta la edad media bajo la forma popular del *loup garou* de donde parece derivar el *lobisón* de nuestras supersticiones campesinas; y Apolo como dios de la luz, mataba ó desvanecía ese espectro.

Cabe hacer notar de paso, el carácter doble de la lengua religiosa, que asignaba á un mismo numen poderes distintos, explicándolos con solo multiplicar el significado de las mismas radicales. Así se explica, por lo demás, la pretendida logomaquia que engendraría á los dioses. El lobo recibía su nombre griego, por la circunstancia de que sus ojos brillan en las tinieblas.

Deseo abundar un poco al respecto, por tratarse de un numen tan importante.

En el vestíbulo del templo de Delfos, existía, á título de voto antiquísimo, una E de madera que tenían como consagrada al dios por los siete sabios después del famoso concurso de la trípode (1). Llamábasela “el numeral de Delfos”, porque la letra *e* valía cinco en la numeración alfabética decimal; y era tan venerada, que Livia Augusta la hizo reemplazar por una de oro.

Naturalmente, ello referíase al misterio de los números y de las palabras sagradas cuya revelación para el profano solía ser una máxima filosófica.

Sabido es que á la entrada del templo, un letrero decía: “conócete á ti mismo”; y la letra *e*, según la ortografía arcaica, significaba “tú eres”. Con relación á la máxima, todo ello expresaba que sólo *es*, en efecto, el que se conoce; ó en otros términos, que sólo el estudio del sér, da la posesión del sér mismo.

La significación numérica de la letra en cuestión, es más interesante.

Apolo era arcaicamente *Apelo*, ocupando la letra *e* el tercer lugar en su nombre, que escrito en griego tiene siete letras.

La *a* inicial, valía uno á su vez, y el valor nu-

(1) Sábese que dicho mueble, asignado “al más sabio” por el oráculo, no fué aceptado por ninguno de los siete.

mérico de todo el nombre, daba 996; de modo que todos los dígitos impares, ó sea los números más sagrados, estaban en el nombre del dios: 1 en la inicial; 3 y 5 como valores de expresión y de posición respectivamente, en la *e*; 7 en el total de las letras; 9 en la suma de todas ellas.

Pero la *e* ó 5, representaba á la vez el número del hombre como dominador del quinto elemento (el sólido) y dotado de cinco sentidos: la estrella de cinco puntas que designan sus extremidades y su cabeza. Y en el templo délfico, según lo indicaba su máxima liminar, el objeto supremo era el conocimiento del hombre. He aquí por qué de todas las letras del nombre divino, se elegía principalmente la *e*; la que había desaparecido al acentuarse con la civilización el espíritu investigador, imponiendo nuevos velos á los misterios.

La importancia atribuída á los sonidos fundamentales del lenguaje, no es una superchería mágica, sino un hecho físico é intelectual de la mayor importancia. La evolución fundamental de los idiomas europeos, consiste en la multiplicación analítica del sonido de la *a* primitiva, que engendra las demás vocales, produciendo con ello variaciones esenciales en la pronunciación y en la sintaxis cuyo mecanismo, si se atiende al cuádruple fundamento de declinación, género, conjugación y acentuación, depende substancialmente del juego de las vocales. Ahora bien: estos cuatro fenómenos, constituyen también las cuatro quintas partes del idioma organizado; por manera

que la pronunciación del sonido primitivo *a*, tuvo una importancia verdaderamente maravillosa, si apreciamos como es debido sus consecuencias. Bajo este concepto, por ejemplo, los misterios enseñaban con razón, que en las vocales residían las potencias más formidables. Y bien se vé que sin apelar á fantasía alguna, la *a* podría representar racionalmente al número 1: el sonido inicial ó unidad del lenguaje.

El mismo Apolo délfico, tenía por representación superior la pirámide, símbolo á la vez del fuego llameante como lo indica su misma etimología: *pyr*. Mas esto vincula el símbolo con la mencionada estrella de cinco puntas, ó *estrella flameante* que hasta hoy conservan como un residuo de iniciación los templos masónicos. Por estas ligeras referencias, se verá cómo resultaban sensibles las vinculaciones del primordial atributo luminoso, con ideas muy distintas al parecer, mediando la lengua sagrada en ello (1).

(1) Vale la pena decir dos palabras, sobre el sistema numeral de los griegos. El más corriente fué decimal, y la misma palabra *contar*, quería decir disponer de á cinco. Pero en la aritmética sagrada, imperaba la *hebdómada*, como en todos los sistemas antiguos. Esto, era lo sagrado, y durante las edades arcaicas, lo corriente también. De aquí el permanente residuo septenario, tan común en la geografía de la Odisea. El otro sistema, que partiendo de los cinco sentidos y de la figura humana con su tronco y sus cuatro miembros principales, era más materialista, correspondió á épocas más recientes. Por esto la semana homérica era de siete días, y la griega más moderna, decimal. Por esto también el nombre arcaico de Apolo era de siete letras y su numeral délfico, el cinco. A veces se combinaba los dos patrones, para producir el poderoso número 35, que designaba el auge de la edad viril y la cumbre de la vida humana. Este doble sistema encuéntrase varias veces en Homero.

He dicho ya que la luz, como fuerza ordenadora de los átomos, se vincula con la música y que ésta era á su vez una medicina. Ello da la clave de otra virtud de Apolo, la de médico, especialmente exaltada en su hijo Asclepios, numen de aquella ciencia. Todo se coordina así, dando la clave de su presidencia en el coro de las Musas; pues, por otra parte, los griegos no concebían, según es obvio, la poesía sin la música; así resulta correlativo también su carácter musical, siendo la cítara que el dios llevaba, como sospechan vagamente nuestros mitólogos, el símbolo de las armonías cósmicas. Reina también entre dichos sabios la perplejidad, ante las relaciones que puede haber entre la luz y la música, atributos del dios. He dicho ya lo que significaba.

Para definir atributivamente su carácter solar, añadiré que Apolo presidía á la navegación, lo cual ponía bajo sus órdenes el viento, agente exclusivo de aquella en la antigüedad; dándole así la consabida vinculación con el aire. Era también protector de la colonización y fundador de ciudades *cuyos cimientos construía él mismo*, dice Calímaco, lo cual determina su condición de arquitecto (1). Reputábanle, asimismo, como legislador; pues las leyes, en su carácter de ordenación fundamental, estaban relacionadas con la arquitectura y con la música. Por úl-

(1) Llamábase á la arquitectura etimológicamente el *arte perfecto*, el *arte de las artes*: de *arke*, preeminencia, y *teuko*, fabricar, construir, porque era divino. El fuego y la música, ó mejor dicho la luz y la armonía, habíanlo engendrado.

timo, sus sandalias eran áureas, el oro estaba en sus cabellos, y el azul del firmamento le pertenecía como á numen y rey del sol

Su famoso santuario en Delfos, representaba para los griegos la concordia en un alto ideal de civilización, como lo simbolizaban las fiestas epónimas. Toda querella quedaba suspensa entre los pueblos para esa celebración: tregua que políticamente aprovechada, conducía muchas veces á una definitiva paz. En este concepto, Apolo, como Hera y Atena, tenía los atributos de pacificador y de libertador. Por otra parte, su videncia, fuera del sustancial atributo luminoso, queda caracterizada con decir que su oráculo en Delfos fué el primero de la antigüedad. Por todo esto, el santuario del templo délfico, llamábase *Omphalos* (ombligo): punto céntrico por donde los hombres comunicaban con el espíritu superior como el feto con la madre. Roma poseyó también su respectivo *Umbilicus*, pero reducido á una expresión topográfica, representada por una columna que señalaba el centro de la ciudad. Por lo demás, *Delfos* significaba á su vez *matrix*, lo que completa el significado simbólico de tales designaciones (1).

Así se conciliaba su sentido en la apariencia singular de los nombres mismos: el ombligo, la matriz y la fraternidad consagrada por las fiestas délficas.

(1) Eran ellas habituales en la literatura griega. La Iliada llama á Argos "teta de la tierra".

ficas; pues *adelfos* (hermanos) quiere decir, etimológicamente, co-uterinos. Los números correspondientes á la palabra Delfos, en la cual vuelve á hallarse la *e* simbólica, eran sagrados desde luego. La *delta* inicial, formaba el triángulo tan importante en matemáticas sagradas, y también símbolo de luz.

Delfos representaba el foco de la sabiduría primordial que civilizó á Grecia. De ahí salió la teogonía hesiódica, puesto que Hesiodo fué un délfico. Délficos fueron asimismo los siete sabios en quienes personificaba la leyenda toda la ciencia y toda la filosofía. Así, su númen viene á ser para la Grecia como el sol que forma su asterisco. Las colonias griegas reconocen en el célebre santuario una metrópoli espiritual. Delfos legisla y dirige la política helena; fomenta la navegación; asegura una especie de alta policía marítima y terrestre al comercio; regla los principios de las bellas artes; funda las primeras escuelas: y todo á la sola influencia de una acción espiritual que no cuenta con el oro ni con las armas.

Es que allí había algo más valioso: el secreto de la paz espiritual, y por consiguiente de la verdadera sabiduría, formulada en otro de los aforismos liminares del templo: “Nada sin medida...”

La isla de Delos, llamada por los griegos el corazón de las Cícladas, que eran á su vez la llave austral del mar Egeo, centro político de la an-

tigüedad desde los tiempos homéricos hasta la expansión imperial de Roma (1), constituía igualmente un territorio del dios. También reinaba allí la neutralidad, respetada por todos; siendo notable á este respecto la política sacerdotal, que había asegurado así el centro de toda la navegación antigua, puesto que allí concurrían las rutas marítimas de Siria y Egipto, de Italia, de Sicilia y del Mar Negro. En las inmediaciones de la ciudad sagrada, existía el ara neutral de los dioses extranjeros, ó en otros términos del dios desconocido como en Atenas. Por último, Apolo oficiaba allí de libertador como en Delfos.

Bajo este último carácter, su influencia constituyó en la gran sede apolínea, una de las obras benéficas más grandes con que se haya honrado la antigüedad. Contábase por millares y millares las manumisiones de esclavos efectuadas en honor al numen; y aunque ello coincidió, en la época de su mayor auge, con una crisis de los salarios que facilitaba sin duda tal desprendimiento, también es verdad que al mismo tiempo imperaban con mayor extensión las ideas humanitarias del helenismo. Por más que el fenómeno sólo fuera una consecuencia de la crisis en que la esclavitud concluía, el hecho de tener ella su desenlace en el santuario, nada pierde de su significación plausible. Apolo libertador triunfaba lo mismo.

(1) Ver mi conferencia sobre "El Ejército de la Iliada", en la *Revista del Círculo Militar*, 1909. N.º 104 y sgta.

Y es que, naturalmente, no faltaron en la antigüedad conceptos ni actos de caridad valerosa. Dígalo el rasgo de aquel Sexto Pompeyo, hijo del gran general, quien durante las proscipciones, había hecho anunciar públicamente que daría á los salvadores de proscriptos el doble de lo que ofrecían los triunviros por sus cabezas.

Los animales de Apolo: cisne, delfín, cuervo y gavián, tenían análogo significado. El primero representaba la poesía con su canto quimérico á la hora de la muerte; y en sentido cosmogónico, según queda dicho para el ánsar de Hera, el rayo de luz primordial salido de la matriz suprema ó aguas simbólicas de los génesis. El delfín era el animal amigo de los hombres, que conducía las almas á la otra vida; símbolo conservado por el primitivo cristianismo. El cuervo es un animal que habla, ó sea bestia oracular; y el gavián representaba al sol. Adscribíasele también, como á Atena, la corneja cuyo nombre griego, *Coronis*, llevaba la ninfa en la cual tuvo á *Asclepios* el numen de la medicina: nacido de un huevo de dicho pájaro, y en figura de serpiente; la cigarra, símbolo de la música de cuerda; el gallo, ingrato á *Ares* ó Marte, quien castigó la infidelidad de su centinela *Alectrion* transformándolo en dicho animal solar.

En el reino vegetal tenía el laurel cuyo nombre significaba resplandor como el de la ninfa *Dafne*, su origen mítico en la conocida fábula; el olivo de

Atena; la palmera, representación de las columnas que eran el elemento fundamental de la arquitectura griega; el loto, símbolo de la inmortalidad; el mirto, el gengibre, y en general todas las plantas medicinales como ellos, del propio modo que las flores heliotrópicas.

Hefaestos ó Vulcano era quizá el nùmen más importante de la mitología, puesto que representa el fuego, elemento creador por excelencia de la armonía y de la vida. Es por esto el gran constructor y el gran artista.

Las oraciones órficas, aun dentro de sus habituales pleonasmos grandilocuentes, tienen para él magnificencias singulares. Llámamele “elemento irreprochable”, “señor de todo”, el que todo lo devora y todo lo doma: “El Eter, añade el himno, Helios, Selene y la pura luz de los astros que lucen para los hombres, *son los miembros* de Hefaestos”.

Por de contado que no se trata de nuestro fuego, sino de la fuerza eléctrica primordial, cuyo origen fué el choque de las primeras masas de materia informe errantes por el infinito al despertarse el cosmos á la vida: el gran “incendio” de los titanes y su amontonamiento de “montañas”. Ese “fuego”, congregó los primeros átomos por la acción del calor, bajo formas y relaciones geométricas cuyas proporciones eran para los antiguos las mismas de la música; cosa nada absurda por otra parte, puesto que, en uno y otro caso, se trata de relaciones nu-

méricas. De aquí la relación antes mencionada, en cuya virtud Pitágoras hablaba de la música de las esferas, y el verbo creador ó “logos” que según Platón “geometriza” en el cosmos. El sonido es una potente fuerza natural; basta considerar las masas de aire que mueve, así como la velocidad y extensión con que se propaga; pero su dominio mecánico así como su acción sobre el éter, escapan á nuestra ciencia. Quizá los antiguos supieran algo al respecto, y entonces puede no ser quimera la relación mitológica entre la armonía y las magnitudes celestes, entre el sonido, la electricidad y el fuego. Existe una sublime desproporción entre la mente humana y el universo. Unas cuantas cifras arrojadas sobre un pedazo de papel, pueden contener las leyes del movimiento de los mundos.

Hefestos es también un engendrado sin concurso sexual. Hera, disgustada con Zeus, dice la mitología, lo produjo de sí misma.

Sábese que era cojo, pues por haber defendido á su madre contra Zeus, éste, irritado, le arrojó á la tierra donde se rompió una pierna á consecuencia de la caída. Su antagonismo con la fuerza fatal, es entonces visible; así como la “caída” y sus consecuencias, no necesitan explicación tratándose de un espíritu solar. Nuestros mitólogos conjeturan que era defectuoso, como producto de la cólera de Hera; pero además de la significación psicológica antes mencionada, el defecto tiene un aspecto astronómico. Re-

fiérese á la irregularidad de la órbita solar (1) pues el sol, como he dicho más arriba, es una personificación de Hefaeostos en su carácter de foco del fuego que vivifica al sistema.

En su fragua magnífica, Hefaeostos es el artista y orfebro por excelencia. El oro produce en sus manos todas las maravillas mitológicas de las armas y del lujo. Semejante á Prometeo cuya permutación es, por otra parte, infunde la vida á sus obras: vírgenes de oro, dotadas de voz, inteligencia y acción; muebles de desplazamiento automático; perros y toros maravillosos son productos de su fragua. Pandora había salido de sus talleres. El nombre, después genérico, de *tecne*, de donde proviene *técnica*, referíase á su arte de forjador. Era, pues, un creador por excelencia.

Como Apolo, procede de Licia, una comarca oriental para Grecia, patria de los cíclopes constructores de los primeros monumentos helénicos, llamados por tal razón divinos. Posteriormente se le dió por fragua el Etna, y decíase que allí custodiaba á Tifon, ó sea la naturaleza ciega y monstruosa.

Su "caída" presenta una identidad que nuestros mitólogos reconocen, con la de otros héroes solares: Dédalo, artífice y orfebro también; Belerofonte y Fae-

(1) Esta es la verdad científica, no las famosas curvas cerradas de la teoría de Laplace en que cree el vulgo ilustrado, acatando como testimonio positivo un mero experimento de gabinete. Refiérome por de contado, al muy lucido de Plateau; pero si ello determina el criterio científico, con el mismo derecho puede exigirlo el prestidigitador para los fenómenos que con antelación ha preparado.

tón; sólo que no se dá explicación alguna de estas semejanzas. Apenas se nos dice que la tal caída “debe de tener la misma significación” y que Dédalo es, probablemente, “una forma secundaria de Hefastos”.

En Egipto, decían que su reinado sobre la tierra había precedido al del sol, y aun que era el padre de los dioses: su proto-pariente, añadían en Grecia. Todo esto se concilia, sabiéndose que representaba la electricidad cósmica, ó elemento de los titanes, anteriores á los dioses y por lo tanto al sol. Esta procedencia completábase con otra atribución, según la cual había nacido de un huevo salido de la boca del demiurgo: el huevo del mundo, creado por la hueste de los logos, habitantes del éter, cuya propiedad específica fué el sonido ó palabra. Ya se recordará que el fuego fué el origen de la forma, siendo sus espíritus los creadores de nuestro universo material: los titanes.

El campo de trabajo del numen era el cielo, lo cual le dá el dominio del azul, y ya mencioné su amor por Atena.

Es de notar asimismo su simpatía por el acero “fierro de blancos reflejos” como dice la Iliada. Esta relaciona al mencionado metal con el “infatigable fuego”, para usar una denominación de la Odisea. “*El furor de fierro del fuego*”, dice hablando de la pira de Patroclo: expresión extraña, que de otro modo no tendría explicación. Hefastos era el herrero por excelencia, aunque en la descripción de su taller, la poesía homérica no mencione precisamente el fierro, muy escaso por lo demás en la Iliada y en la Odisea.

Tenía como animales simpáticos al león, bestia solar, conforme lo demuestra su relación con los númenes del mismo carácter, y al perro, guardián de sus templos: el amigo de los hombres, cuyo elogio hace la Iliada á propósito de Ulises, un protegido de Atena. Dedicábase, asimismo, al numen, una lampa-doforia ó procesión de antorchas.

Relacionada con él, encuéntrase la diosa Hestia ó Vesta, la guardiana del fuego, primogénita de Cronos y de Rea y por extensión la más antigua de las divinidades personales. Por esto recibía las primicias de todos los sacrificios y liberaciones. En los misterios, tenía el mismo perfume que Hera, y su oración órfica no le consagraba sino epítetos nobles, atribuyendo á su iniciación la fuerza, la castidad y la alegría. Era virgen como Atena, y considerábase su altar en Delfos como el hogar común de los helenos á donde se venía á encender el fuego de todos los templos. Esto daba á la castidad y al fuego un carácter central, á la vez que un significado concurrente cuya acepción merece dos palabras.

En todas partes, y desde la antigüedad más remota, el fuego es el elemento purificador. A primera vista, parece que debiera de serlo el agua, ó sea el líquido que lava y quita las manchas, no el fuego que consume; pero en el concepto antiguo, el fuego, consumiendo la materia, liberta al espíritu puro; y de aquí proviene la significación. Por esto se incineraba los cadáveres, y así lo demanda Patroclo á Aquiles cuando se le aparece, para poder efectuar el desprendimiento entrando en el reino de Plutón.

Hestia representaba el fuego central, “el grandioso Fuego eterno que guardas en el centro de tu morada” dice la oración órfica; (1) pero no el terrestre, como pudiera creerse, pues Platón la considera en reposo en la morada de los dioses, y los pitagóricos decían que era un fuego inmóvil en el centro del universo. De aquí su virginidad, añadían los estoicos, “pues lo falto de movimiento no engendra”. Hestia, como guardiana del fuego del hogar en la tierra, era una deidad útil, pues regía el principal elemento de la vida doméstica, al paso que erigía la castidad en la virtud central de la familia antigua (2).

Demeter ó Cibeles, una permutación de Rea, como

(1) De aquí que su santuario romano, construido según se decía, por Numa Pompilio, un iniciado organizador del culto, fuera redondo. El fuego estaba en el centro. Si ello se refería á la tierra, como quieren otros, la geología de los antiguos debía hallarse bastante adelantada.

(2) Recuérdese lo dicho á propósito de Hera en sus relaciones con el matrimonio. Los conventos de monjas, ó vestales antiguas, que se cree una invención cristiana, estábanle dedicados. El fundamento de esta orden era el voto de castidad. Usaban las vestales velos y tocas, y al profesar, sacrificaban su cabellera. Las vírgenes consagradas á Demeter en el convento de la *Tesmoforea* revestían análogo carácter como lo demuestra su voto á la diosa casta por excelencia. Hallábanse también rigurosamente enclastradas y sólo salían para las fiestas *tesmoforias*. Recuérdese, asimismo, que las cofradías pitagóricas eran verdaderos conventos, donde no faltaban los votos de pobreza, de silencio y de castidad. Como después en la Bizancio cristiana, donde tanto se abusó del sistema, la profesión religiosa era para los romanos una solución de los grandes fracasos políticos. Cuando Catón preparábase desde Rodas á la ocupación de Chipre, mandó proponer al Tolomeo que la gobernaba (el único sin predicado real en la dinastía de los Lágidas) la abdicación á cambio del gran sacerdocio de Afrodita en Pafos.

nuestros mitólogos lo reconocen, tiene á su vez estrecha relación con Hestia. Es por de contado, un numen nacido por sí mismo, sin concurso de sexos; y aunque se la tenga por particularmente afecta á la naturaleza salvaje, lo cierto es que había presidido todos los progresos de la civilización: la agricultura, la legislación y la arquitectura. Por esto la representaban coronada de torres. Antes dije que Cibeles era nuestra tierra, explicando su etimología. La respectiva oración órfica llámala en efecto “reina del Polo ilustre”, aunque en otras invocaciones la confunde con Rea de la cual era, como queda dicho, una permutación, y por esto concluye diciendo: “esposa de Cronos, reina del Urano” (1). Adviértase de paso que *Urano* ha dejado de ser un numen, para convertirse en elemento impersonal: *el Urano*.

En su carácter de Tierra, Cibeles era la madre de los dioses; pues según se recordará, éstos habían habitado nuestro planeta. Su imagen más antigua, era una piedra caída del cielo, ó bólido inflamado, y sus

(1) Calimaco nos ha conservado un hermoso himno á Demeter, que es propiamente un cántico de dicha y de esperanza. Los pastores del idilio X.º de Teócrito, recuerdan otro, bajo el nombre de himno de Lyticerses en el cual se elogia el trabajo de los segadores; pero es una mera égloga de las que inventó el siracusano, convirtiéndolas, para mayor refinamiento, en baladas campestres. Ello prueba, sin embargo, cómo aún en plena decadencia, el culto de la diosa conservaba su carácter benéfico. Ateneo recuerda otras canciones á Demeter y á Perséfone, cuyo estribillo imploraba la abundancia de cosecha. Dícese, por último, que se la invocaba en la mesa por medio de canciones llamadas *escolias*. Era propiamente la bendición del pan su “hijo”, como en los ágapes cristianos.

sacerdotes llevaban antorchas en las fiestas patronales. Su perfume era el incienso, consagrado á muchos númenes solares y que significaba poderío, gloria real; así los titanes comparten su ofrenda con Zeus que lo disfruta sólo en su advocación principal: la de fulminante.

Demeter, ó sea la tierra fecunda, la *Madre-Tierra* justamente hablando, era desde luego Cibeles misma, bien que bajo formas mucho más amables. Presidía los misterios y en este carácter la estudiaremos al tratar sobre ellos especialmente. Sus primeras representaciones dábanla con cabeza y crines de caballo, porque decíase que Poseidon ó Neptuno habíala poseído á la fuerza transformándose en potro. El forzamiento y la bestialización de la diosa en consecuencia, responden á la misma doble idea del dominio de los espíritus solares por los lunares, y de la caída en la materia. No se olvide que los caballos de Poseidon, son brutos feroces hasta que los somete el freno de Atena.

La diosa concibió una cólera extrema por aquella humillación, recibiendo el nombre de Demeter-Erinia ó vengadora. Era, por excelencia, la diosa de las mieses ó Ceres, y todos los poemas mencionaban sus relaciones maternas con el pan (1) ó sea un hijo del

(1) Particularmente la Iliada que le llama repetidas veces “el grano molido de Ceres”. Aristóteles en la *Retórica*, dice que según Píndaro, los inmortales daban al pan el nombre de “perro de la Gran Diosa”. El perro era un animal solar, como lo prueba el nombre de la estrella Sirio, llamada “sol” extensi-

fuego. Tenía el cabello dorado de los dioses solares y llevaba antorchas en las manos. Simbólicamente era madre de *Pluto*, numen de la riqueza, lo cual establece también una vinculación suya con el oro que aquel numen prodiga á título de abundancia feliz; y de *Filomela* ó el ruseñor que representaba la armonía (1). Por medio de Triptolemo, el héroe de los *tres surcos*, enseñó á los hombres la agricultura; lo cual prueba que la recomendación de dar tres rejas á la tierra labrantía, era ya un precepto de los agrónomos arcaicos.

También era una reina del aire, en el cual se la representaba volando (2), así como Triptolemo, su héroe predilecto, tenía un carro alado. Este mismo fué el fundador de Eleusis; siendo la fundación de ciudades, como ya dije, un atributo solar. Las fiestas *tesmoforias* que la consagraban en Atenas, referíanse á su carácter de legisladora (3) y protectora del hogar en la persona de las madres de familia, aludiéndose con ello al grande amor que había profesado á su hija Perséfone ó Proserpina. Dichas fies-

vamente. Teníasele por animal vidente, y por esto en la Odisea ve á la diosa protectora de Ulises, cuando para todos, fuera de éste, permanece oculta.

(1) Como en el panteón escandinavo, según lo establecí al tratar de Atena.

(2) Llamábanla *aloo*, la que sopla en las eras, y *achea* ó suspiradora como á Atena, también apellidada así.

(3) Especialmente "redactora de códigos"; pues todos los libros sagrados de la antigüedad, fueron leyes. Así el decálogo de los hebreos y los libros sibilinos, todos relacionados por otra parte con el fuego.

tas coincidían con la siembra del trigo que le estaba especialmente dedicado.

Culto eminentemente social, el suyo como el de Hestia y como el de Apolo delfico, aproximaba en ceremonias famosas á toda la Grecia: la *panegiria* aquea que se reunía en Aegion, así como la *anficciónia* focea congregada para el otoño en las Termópilas, estaban bajo su advocación. Obsérvese, asimismo, que Grecia debió á númenes y héroes solares, la fundación de los dos centros políticos y religiosos donde se robustecían á la vez su alma colectiva y su vínculo federal: Delfos y Eleusis. Ellos tenían una importancia enorme para raza tan desunida y belicosa, acentuando el carácter civilizador de los misterios donde se proclamaba la superioridad de los númenes solares. De aquí que la religión tuviera para los griegos tamaña importancia social y política. *Demeter Tesmófora*, significa literalmente *organizadora del orden social*. Si á esto se añade la presidencia del hogar, de las leyes, de las artes, de la estética, de la industria, de los animales y plantas útiles, de la medicina, el carácter bienhechor de los dioses solares, queda patentizado hasta la evidencia.

El himno órfico, llama á Demeter casta y virgen por repetidas veces (1), así como la invoca vagando en círculos inmensos, lo cual es una alusión evidente á la órbita de la tierra; y solicita de ella paz, concordia, riquezas y salud.

(1) Así también en *Los Trabajos y los Días*.

Eran sus animales, el león y la serpiente cuyos significados hemos visto. Sacrificábanle puercos, toros y cabras, también de simbolismo conocido para nosotros. Tenía como árboles simpáticos la encina oracular y el boj con que se construía las flautas sagradas.

Las Gracias como las Musas, eran deidades solares por su relación estrecha con Apolo. Formaban, en compañía de aquéllas, parte de su coro.

Para la mitología moderna, representan los rayos solares, á pesar de su número fijo y de su relación con las musas, que resultan ninfas acuáticas (?). A falta de texto expreso, pues sólo se cita en confirmación de este último aserto, interpretaciones modernas, el concepto naturalista pretende que ello pudo provenir del origen del lenguaje, si los griegos lo consideraban una imitación de los murmullos acuáticos. Pero no había tal. El lenguaje fué un don de Prometeo, numen del fuego por excelencia.

Inténtase, asimismo, establecer una relación acuática por el carácter oracular de Apolo, y á causa de que diversos númenes del agua fueron profetas, así como de que las ninfas acuáticas tenían oráculos; pero esto es forzado á más no poder: Neptuno no era oracular, y Apolo jamás fué numen del agua.

Las cosas eran, sin duda, más sencillas. Hijas de Mnemosina ó la memoria, las musas representaban las potencias del entendimiento; siendo de notar que la psicología moderna, asigna, precisamente, á aque-

lla facultad, el mismo rango central ú originario. Los griegos entendíanlo claramente así, al poner bajo el nombre común de *Música*, las artes de las Musas; ó sean, la lectura, la escritura y el cálculo. Esto era un concepto pedagógico. Así resultan claramente explicadas sus relaciones con Apolo y con Atena, del propio modo que la excelencia de la música como atributo y oficio divino.

Igualmente las Gracias, eran los equivalentes de nuestras virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. Aglae, la *brillante*, era la fe: la virtud *iluminativa* de los teólogos. Thalía, la *florida*, era la esperanza: la *reverdeciente* del cristianismo, que considera al verde como su color simbólico. Eufrosina, la *alegría del corazón*, es la *caridad*, la virtud consoladora por excelencia. San Pablo, la proclama primera entre todas—*major est Caritas*—aquella en la cual todas se resumen; y los griegos llamaban a las Gracias *Charites*, por Eufrosina: de *charis*, gracia, alegría, ó sea lo que ella representaba. Puede agregarse que Cicerón consideraba también á la caridad virtud excelente por antonomasia al declararla tesoro de la humanidad: *Charitas humani generis*. Y otra vincuación fundamental con el cristianismo, es que éste consideraba, según la expresión de Santo Tomás, “que el don de ciencia existe en todos los que tiene caridad”. Por esto la relación señalada con las musas, sin contar ese nombre de *Gracia*, ya bien significativo de por sí. Presidían los concursos musicales y los conciertos, estando así vinculadas á Atena.

Bajo la imágen de los vientos prototípicos, Bóreas, Céfiro, Euro y Noto, la mitología representaba los cuatro genios cardinales á los cuales creía sometido el gobierno del mundo, y que el cristianismo ha perpetuado en la forma de sus cuatro arcángeles principales. La mitología moderna nos dice que Homero no conocía sino estos cuatro vientos, lo cual es absurdo en un poeta de tan evidentes conocimientos náuticos. La teogonía dice expresamente que esos cuatro vientos “son de raza divina”; los otros vagan causando daño por el mundo y se precipitan “desde todos los puntos del horizonte”. Estos son hijos de Tifón, ó sea la fecundidad ciega de la naturaleza. Basta la mención para dejar bien parada la meteorología antigua.

Entre esos vientos, Bóreas (el norte) y Céfiro (el este) eran los más famosos; pues se creía que sus influencias causaban mayores beneficios al venir del lado del sol y de las influencias magnéticas. También son los únicos mencionados por los himnos órficos. Su perfume es el incienso, lo cual dáales carácter de númenes titánicos y mentales.

Decíase que Bóreas había nacido del Eter ó substancia primordial de género masculino y carácter eléctrico: *pater omnipotens Aether* de Virgilio. Los rayos que se ponía en torno de su cabeza, acentúan su carácter.

El poder fecundador que se atribuía á esos númenes, todavía conservado en la denominación popular de “huevo del viento” al puesto por la ga-

llina sin concurso de macho, asimilábalos al alma, una chispa y un soplo á la vez, estableciendo el parentesco específico del aire con el fuego al cual anima. Ello viene de que la mitología asignaba al fuego y al viento un origen eléctrico, ó etéreo si se prefiere un término más general. El poder fecundador, aludía al transporte de las semillas.

Al mismo orden de seres, aunque ya más emparentadas con los vientos comunes hijos de Tifón, pertenecen las harpías, personificadas por las ráfagas bruscas; y hermosas al principio como las sirenas sus hermanas. Representábaselas sumariamente como cabezas aladas, al igual de los ángeles cristianos cuyas antecesoras son. *Angel*, en efecto, quiere decir mensajero, y éste era el carácter fundamental de las harpías. Así, la más hermosa de todas, *Iris*, es la servidora de Hera cuyos mensajes transportaba, debiendo á esta vinculación con una diosa solar, el uso de sandalias de oro. Las harpías, aunque de orden inferior, pertenecían á la servidumbre de Hera y de Atena, como potencias del aire. La iconografía primitiva del cristianismo, representaba á los ángeles exactamente como harpías, y el arte bizantino, más tradicional, más hierático, perpetuó la semejanza apreciable aún en ciertos mosaicos de San Marcos de Venecia.

Afrontando el peligro de redundar, pero obligado, por otra parte, á multiplicar los ejemplos, dada la novedad de esta clasificación mitológica, mencionaré todavía á *Asclepios*, numen de la medicina é hijo de

Apolo, como antes dije. La mitología moderna no le discute su carácter solar, así como su simpatía eléctrica, de manera que esto es trabajo ganado.

Semejante virtud eléctrica, referíase al magnetismo, ó sea al agente más poderoso de las curas que el numen efectuaba; pues la electricidad animal no era por cierto desconocida de los antiguos.

Después de un período preparatorio en el cual tenían parte principal los baños, la continencia y el ayuno, los enfermos eran sometidos á la *incubación*: una noche de reposo en la obscuridad del santuario. Decíase que durante el sueño, el dios les revelaba su enfermedad, ó sea que, sometidos al magnetismo, veían por clarovidencia el interior de sus cuerpos y por consiguiente la lesión que los aquejaba. No entra en mi plan discutir la posibilidad de este hecho; pero hay muchos médicos que lo aceptan como verdad. Las curas más notables quedaban inscritas en mármol, y Plinio consigna una contra la picadura de las víboras. El grande Hipócrates había aprendido no poco en esos archivos.

El santuario de Asclepios, era un magnífico sanatorio gratuito como hoy no existe en ninguna parte; pues los enfermos sólo dejaban en él el voto ó la ofrenda que deseaban ó podían. Magníficos jardines lo rodeaban. Había allí un estadio y un gran teatro. Bajo la dominación romana, el emperador Antonino mandó construir en el recinto baños inmensos y pobló de estatuas los jardines. Ya se sabe que el baño fué en todo tiempo el fundamento de la higiene.

Cada cinco años celebrábase allí juegos istmicos, así como los concursos gimnásticos y musicales de Épidauro, que atraían á todas las sociedades atléticas y los orfeones de la Grecia; pues conforme lo he indicado, la música desempeñaba un importante papel en la terapéutica antigua. Esto es un poco distinto, como se vé, de nuestros santuarios dominados por el negocio místico y con tanta frecuencia antihigiénicos ó lúgubres.

La antigüedad demostraba una preocupación mucho mayor que nosotros por la salubridad pública.

Así, el mismo Asclepios griego, reconocido en Egipto como Serapis, fué el dios favorito de los Tolomeos que exaltaron á un rango superior su culto (1). El fundador de la famosa dinastía, griego como es sabido, mandó levantar en honor del dios, la estupenda fábrica del *Serapeum*, ó sea, originariamente, el sanatorio gratuito, entre cuyas instalaciones contábase la célebre biblioteca de Alejandría, el museo y la academia de música. Todo escritor, artista ó médico de alguna importancia, recibía allí alojamiento vitalicio y pensión del estado. La cultura moderna no ha podido todavía llegar á tanto. Verdad es que aquel Tolomeo había sido un general de Alejandro.

El organizador del *Museo* (propriadamente templo de las Musas) y de la *Biblioteca*, que bajo el Filadelfo

(1) Serapis era deidad luminosa y estaba coronado por el *estéfano* ó *polos* que ya vimos sobre la cabeza de Hera.

alcanzarían tanto brillo inmortalizando su memoria con el rasgo más simpático para un gobernante: la difusión de la cultura—fué Demetrio Falerio, quien había presidido en Atenas la fundación de la escuela de Teofrasto, prototipo de aquellas instituciones. Demetrio era peripatético; pero la cultura griega no reconocía límites de escuelas, caracterizando únicamente por medio ellas, su enseñanza. Así los platónicos fundábanla en la metafísica y las letras, al paso que los peripatéticos en las ciencias naturales. Decíase que la primera biblioteca oficial en Grecia, fué ocurrencia de Clearco, tirano de Heráclea: un discípulo de Platón.

La importancia de aquellas instituciones alejandrinas, fué que allá se formó la ciencia laica tal como hoy la concebimos y practicamos.

Otra cosa que debemos á aquellos generales de Alejandro, convertidos en reyes, es la vulgarización en griego de los más importantes libros sagrados antiguos. Así la versión de los Setenta, la enciclopedia faraónica de Manetón y los anales caldeos de Beroso. Estos últimos pertenecen al monarca seleucida Antioco I, mientras aquéllos á los Lágidas, del propio modo que la edición espurgada de Homero. El museo y la biblioteca, fueron, pues, instituciones benéficas á la humanidad.

Los museos tuvieron por origen los patios de algunos templos de Apolo, especialmente el de Delfos, donde se coleccionaba producciones naturales indi-

genas y extranjeras, como material de estudio para los sacerdotes y filósofos que enseñaban allí; como muestras comerciales, y hasta como depósitos mercantiles bajo el seguro de la advocación venerada. En Egipto, los sacerdotes organizaron con este motivo verdaderos bancos de depósito.

Asimismo, del registro civil que también funcionaba en dichos templos, nació la historia con las primeras genealogías.

En cuanto al sanatorio, era sencillamente una maravilla entre las instituciones hospitalarias tan adelantadas en la antigüedad. La medicina hallábase muy avanzada, y como sucede ahora, desempeñada casi enteramente por laicos. Las instalaciones contaban como nuestros institutos, con sus gabinetes de operaciones y de consultas, su dotación de aparatos, su farmacia y sus salas para enfermos contagiosos ó no. Parece que ni los anestésicos faltaban, pues el *nepentes* homérico, á juzgar por sus efectos, era un sucedáneo de la morfina. Provenía del Egipto, la tierra de la química cuya radical etimológica parece provenir del antiguo nombre de aquel país: *Chem*. Conociase el transporte de gérmenes dañosos por intermedio de las moscas, aborrecidas de Atena la médica.

La ciudad costeaba aquella institución. Los ricos se honraban en fomentarla con sus legados. Los númenes bienhechores (lo cual establece otra relación importante): Apolo, Atena, Helios, Demeter,

concurrían á ella con sus gracias. Y sólo cuando la corrupción general se apoderó de todo, aquello volvióse una agencia de comercio místico, sustituyendo la gratuidad antigua, por una tarifa con frecuencia muy elevada.

Los cristianos incendiaron á su vez la biblioteca que ya en tiempo de César había sufrido un desastre análogo, y destruyeron el Serapeum, asesinando con fiero rencor á la pitagórica Hypathia que enseñaba allí y curaba por medio de la música. Las instalaciones médicas del templo, sirvieron de pretexto á aquellos bárbaros para sostener que era la maquinaria con que los sacerdotes efectuaban sus supercherías. Algunos historiadores creen que el culto de Serapis fué introducido en Egipto por Tolomeo, lo cual sería un nuevo timbre de honor para la cultura griega; pero, aunque ello excede á mi tema, creo que por medio de Herodoto puede probarse lo contrario.

Asclepios tenía por animales simbólicos al gallo y á la serpiente, como su padre, lo propio que á la tortuga convertida en lira; por las ya expresadas relaciones entre la medicina y la música. Zeus le mató por medio de un rayo, á causa de que *le disputaba la vida de los hombres*.

Otro hijo de Apolo, médico también y músico campestre, *Aristeo*, ultimaré sin agotarla esta rápida nomenclatura de númenes solares. Su nombre significa el excelente, y su especialidad consistía en los trabajos rurales. Presidía la cultura de las colmenas,

la plantación de los árboles útiles, la cría de los ganados y hasta el arte caseosa que Virgilio no desdenaría cantar.

Réstame solamente que tratar de los héroes solares, empezando por el primero de todos, aquel bienhechor y desgraciado Heracles que, como lo tengo expresado, era el prototipo del paladín. La civilización griega, profundamente religiosa y militar, necesitaba reunir como la cristiana de la Edad Media, en un sólo dechado, la excelencia de la virtud y las hazañas del valor sin límites.

El carácter solar del numen es evidente desde luego. Ya en el “Escudo de Hércules”, Hesiodo nos lo presenta calzado de oro y armado por Palas Atenea. Presidía, como es natural, la gimnasia atlética, siendo fundador de los juegos olímpicos. Era también músico, pues celebraba en la lira sus victorias; médico especialmente invocado contra las epidemias y bajo cuya advocación estaban los baños minerales; por último, hallábase vinculado con las Musas, hasta tenerlas estatuadas en sus templos.

Tuvo por antecesor á Perseo, cuya posteridad fué toda *luminosa y fuerte*; pues un hijo de aquél, *Alceo*, le dió como abuelo paterno uno de los nombres con que se le conoce: Alcides; y su madre era hija de otro hijo de Perseo, *Electrion*. Ahora bien, *Alceo* significa fuerte, y *Electrion* luminoso con referencia á la electricidad obtenida por fro-

tamiento sobre el ámbar ó *electron* (1). El detalle es, como se ve, significativo.

La paternidad de Zeus, aunque tradicional al parecer, no fué tampoco aceptada por los iniciados más antiguos. Homero llama á veces hijo de *Anfitrión* al héroe, y Anfitrión era hijo de *Alceo*; otras le dice también hijo de Zeus, y ello en el mismo canto, lo cual prueba que la denominación era indistinta. Hesiodo, al comienzo del *Escudo*, cuenta que *Alcmena*, la madre del héroe, habíase desposado con Anfitrión, hijo de Alceo; pero que el esposo tenía jurado no poseerla, mientras no vengara la muerte de sus hermanos, con cuyo objeto hallábase en Tebas (2). Cumplido su voto, entró al lecho de su esposa; pero Zeus, enamorado de ella, aprovechó la ocasión para satisfacer sus deseos, diciéndose que de aquel doble comercio nacieron dos hijos, Ificleo y Hércules. El segundo era atribuído á Zeus.

Esto explica á la vez el texto homérico y el carácter solar del héroe, que la antigüedad prefirió sin duda; pues los mitólogos daban como raíz eti-

(1) Plinio menciona un metal de este nombre, formado por una aleación de oro y plata.

(2) He ahí el génesis de un juramento muy común en las leyendas caballerescas, cuyo origen mitológico es, por otra parte, conocido. Así el antiguo poema ó romance de *Dares Phrygius* sobre la guerra de Troya, de donde parece que Shakespeare tomó el argumento de *Troilus and Cressida*. Así la misma Iliada que es con toda evidencia un poema caballeresco, destinado bajo su faz popular á celebrar las alabanzas de antiguos señores feudales.

mológica del nombre de *Hércules* al de Hera, traduciéndolo como "la gloria de Hera", lo cual supone ya antagonismo con Zeus. Por esto se decía también que Hera habiale dado el pecho. Además, como Hércules fué el héroe por excelencia, esto le daba otra vinculación filológica con Hera, patrona de los héroes, según se recordará. Para algún mitólogo moderno, el nombre en cuestión significa "gloria del aire", lo cual es también exacto, pues Hera significaba el aire á su vez. Con el mismo resultado, podría asimilárselo á *Oráculo*, género de adivinación especialmente atribuído á Apolo; siendo Hércules la permutación terrestre de este numen y teniendo oráculos á su vez. Ambos combaten efectivamente al nacer con monstruos de igual carácter, poseyendo los mismos dones intelectuales como se ha visto. Verdad es que aquellos fueron enviados, al decir de algunos mitólogos y poetas, por Hera, celosa de los amores adulterinos de Zeus; pero no es esto otra cosa que una variante del eterno argumento de la caída en la materia y sus consecuencias. En la *Iliada*, Agamenon cuenta que Hera, engañando á Zeus, hizo nacer á Euristeo antes que á Hércules, para que éste quedara bajo sus órdenes; pues el dios había jurado convertir en dominador á un hijo de su raza que debía nacer ese día precisamente. Con tal fin la diosa provocó el parto siete-mesino de la madre de Euristeo.

Pero esto contradice en apariencia la etimología del nombre de Hércules: "Gloria de Hera"; la

circunstancia de que esta diosa le diera el pecho; el carácter solar de ambos; su enemistad común hacia Troya, que es una clasificación partidista de los númenes y de los héroes.

Lo que hizo Hera, debe entonces interpretarse como la precipitación del espíritu solar de Hércules en la materia, ó sea su servidumbre bajo la hueste lunar representada por Euristeo, que nació primero, según el ya enunciado orden cosmogénico. La “raza de Zeus”, quiere decir simplemente origen divino (1).

Pero hay, aquí, otro detalle que es conveniente anotar. Según Diodoro, el parto de Hera fué un mero simulacro, consistente en que Hércules dejése resbalar á lo largo de los vestidos de la diosa, tendida al efecto sobre un lecho. Era ésta la ceremonia de la adopción, efectuada cuando Hércules se reconcilió con los dioses. Dicha mención no vale mucho, dada su procedencia; pero demuestra que la filiación del héroe, con relación al Olimpo presidido por Zeus, no era indiscutida para la antigüedad.

Conviene no olvidar, asimismo, que Hércules considerado como el sol, tiene aventuras especiales. Así su unión, fisiológicamente absurda, con las cincuenta princesas de Tespies, ó sea las cincuenta semanas del año solar griego; si bien ello significa también, en sentido apologético, que el héroe llena-

(1) Recuérdese á este propósito la generalización elogiosa del nombre de Zeus sobre todos los númenes potentes.

ba todo el ciclo anual con sus hazañas fecundas. Los doce trabajos pueden ser, en este concepto, los signos del zodiaco, aunque no existe rastro de ello en la antigüedad.

Del mismo carácter es el infanticidio cometido por el héroe en un arrebato de locura, sobre los hijos que había tenido de Megara. Aunque la mitología moderna atribuye también á la leyenda un carácter solar, ello se refiere positivamente al obscuro mito en cuya virtud el sol, antes de la constitución definitiva del sistema, habría “devorado” ó consumido, atrayéndolos á su foco, muchos planetas en formación, hasta que fué fijado en el sitio en que se encuentra. Atena es quien devuelve al héroe “extraviado” la razón; ó sea la inteligencia, ordenando los elementos. A esa primitiva acción anárquica y mortífera del sol, refiérese también la querrela por la trípode délfica que el héroe sostuvo con Apolo, y que concluyó por un acuerdo no interrumpido desde entonces.

No entra, por cierto, en mi plan, hablar de todos los famosos “trabajos”; pero lo haré rápidamente sobre algunos típicos, anotando de paso que todos ellos tienen por origen la servidumbre del héroe. Servidumbre común también á Apolo respecto de Admeto, á Perseo respecto de Polidectes, á Belerofonte respecto del rey de Licia; y particularizada por ser siempre el servidor superior al amo (1).

(1) Hera fué también esclavizada por Zeus, quien la colgó de las manos con una cadena de oro.

Repito una vez más que la desgracia acompañaba habitualmente á los númenes y héroes solares, viniendo de una dependencia como se ha visto y se verá.

El combate contra el jabalí del Érimanto, representación de las fuerzas ciegas y brutales (1), encuéntrase reproducido entre las hazañas de Belerofonte, héroe solar, y es del mismo género que el famoso de *Calidón*, en cuya cacería tomaron parte Meleagro, Teseo, Cástor y Polux, héroes solares también, así como la casta y valerosa Atalanta, prototipo de la virgen fuerte; pero el carácter de la bestia queda más definido todavía en el mito de Adonis á quien castra con sus colmillos.

Los héroes solares tuvieron asimismo por empresa distintiva uno de los trabajos de Hércules: la lucha contra las amazonas, es decir, contra los principios de dominante sexualidad, representados por la mujer. Así los ya citados Teseo y Belerofonte.

En el trabajo contra la hidra de Lerna, manifiéstase el antagonismo con los númenes lunares y acuáticos, puesto que el famoso pantano había sido formado por Poseidón ó Neptuno á ruego de la daíade Amimone de quien estuvo enamorado. Aquella ciénaga recordaba además un crimen famoso: el de los cuarenta y nueve hijos de Egipto, degolla-

(1) El *Levítico* lo considera bestia inmunda, y el cerdo era sacrificado por lo mismo á Demeter.

dos por las danaides sus primas y esposas, la noche misma de las bodas. Ya se recordará que considerando á cada planeta como eslabón de una cadena septenaria, cuyas unidades restantes nos son desconocidas por hallarse en estados de materia distintos de los que nuestros sentidos pueden percibir, la mitología llamaba al sistema solar “los cuarenta y nueve fuegos”; pero lo que interesa apreciar aquí, es que la hidra de Lerna, ó sea el monstruo más horrible de la leyenda hercúlea, resulta un engendro del crimen, pues las cabezas de los asesinados fueron sepultadas en el lodazal donde ella vivía; así como la sexualidad dominante.

Las danaides condenadas á llenar eternamente sus cántaros, toman con esto una caracterización acuática que acentúa la ya referida intervención de Neptuno; y su castigo, como el de Ixión y el de Sísifo, significa una condena á recomenzar el ciclo entero de las vidas correspondientes á un período entero de manifestación del universo, ó sea durante una eternidad. El verdadero infierno de la filosofía pagana.

Pero el antagonismo del héroe con la mujer, tiene caracteres más acentuados.

Así, su única humillación proviene de los amores con *Onfalia*, cuyo nombre lo dice todo, puesto que significa radicalmente la *inguinal*. El oscurecimiento de razón que Atena debió disipar, empieza de su unión con Megara. Deyanira le es fatal hasta causarle la muerte.

Inútil fuera insistir en mayores concordancias. Todos los trabajos las manifiestan claramente.

Sólo me resta añadir que Hércules, como todos los númenes y héroes solares, fué enemigo de Troya, lo cual quiere decir un conquistador de la espiritualidad por el dominio de los principios materiales y sexuales. Precisamente, de su querella con el padre de Priamo, por los bueyes que le dejara en depósito, dimanó la famosa guerra. El objeto fué Helena, una permutación de Venus y de la luna encerrada en Troya.

Las “ciudades” míticas tienen siempre esta representación simbólica. Así, Tebas representaba la síntesis de los principios superiores, y por esto Hércules había nacido allí. En los *Versos Dorados*, ó sea el himno panegírico de la iniciación pitagórica, se saludaba al iniciado como rey de Tebas: “Salud, rey de Tebas. Héte ya coronado”.

En *Los Siete contra Tebas*, de Eskilo, la alegoría es evidente. Tebas es el espíritu humano en el apogeo de su gloria, y “los siete” son los sentidos que la humanidad adquirirá cuando aquello suceda, es decir, en la séptima edad; pues á cada edad corresponde un sentido. Así, nosotros estamos en la quinta, y tenemos cinco.

Preocupado de imitar estrechamente lo antiguo; el Tasso explicó por una alegoría análoga su *Jerusalem Libertada* en un prólogo famoso: el ejército representaba el cuerpo y el alma; Jerusalem la verdadera dicha que se adquiere con el trabajo; Godo-

fredo, el entendimiento; Reinaldo y Tancredo, las otras facultades; los soldados, los miembros; Armida, las tentaciones; las ilusiones del bosque encantado, los silogismos especiosos...

Véase, entonces, claramente, que este mito no es una simple alegoría solar, sino algo mucho más profundo. Humanamente hablando, pues queda establecido su múltiple alcance, refiérese también á los trabajos de la primera raza sexual, para dominar al mundo; una raza gigantesca que debió medirse con los monstruos reconstituídos por nuestra paleontología (1).

Pero trátase, ante todo, de una leyenda de iniciados, relativa á las peregrinaciones del alma en las diversas vidas de su ciclo de perfección. Así tendríamos por lo pronto una triple alegoría astronómica, histórica y psicológica, todavía confirmada por el relato de Tucídides sobre las empresas de los heráclidas, ó descendientes del héroe, para conquistar el Peloponeso. El venerable historiador les asigna una completa realidad.

La oración órfica da al héroe el nombre de Titán,

(1) Verdad es que todavía no se ha encontrado el primitivo hombre gigantesco; mas fuera de que las investigaciones geológicas son muy deficientes aún—apenas renglones sueltos de páginas enormes—la incineración testificada por el mismo mito de Hércules, tornaría escasa la contribución de esqueletos antiguos. Como prueba indirecta de la existencia de gigantes, puede citarse ciertas escaleras de templos prehistóricos de la América Central, cuyos peldaños tienen más de un metro de alto. Lo cual supone pasos y piernas enormes.

le invoca como médico y le asigna todos los atributos del fuego. Elogia además su acción como civilizador, y le califica como “supremo aliado de los hombres”, lo cual es un distintivo prometeano.

Orfeo, el músico por excelencia, es también de raza solar (1) y la desgracia le afecta como á todos sus congéneres, sin haber hecho nada malo para merecerla. Era, por el contrario, un civilizador, un domador de monstruos, un iniciador del arte, pues se le consideraba como antecesor de Homero. Su desgracia provino de que rendía culto á Apolo en vez de á Dionisos ó Baco; viendo lo cual las bacantes, ó sea las potencias de la sexualidad representada por la mujer lasciva, le despedazaron. Conforme al relato de Pausanias, fué fulminado por el rayo de Zeus á causa de que reveló secretos de los dioses á los hombres. También se atribuía su muerte al dolor que le causara la pérdida de su esposa Eurídice, ó sea el espíritu inmortal. Todo ello no varía, como se ve, el fondo de la leyenda.

Eurídice, substraída del Hades por el encanto de la lira que su esposo pulsaba, pero recayendo en su condición de “sombra” á causa de no haber sabido él contener la curiosidad de verla, con el mismo movimiento de la mujer de Lot—volver la cabeza—era el alma peregrina con sus recomienzos y desfallecimientos representados materialmente por el amor á la mujer, agente de la materia y de la fata-

(1) Así opina Max Muller, quien le asimila al Indra hindú, lo que no es del todo exacto.

lidad (1). Pero Euridice misma, es el espíritu puro encadenado á la materia por las debilidades humanas que restablecen el imperio de la fatalidad, velando su esplendor eterno.

La leyenda tiene una gran importancia, y es la que con mayor claridad simboliza la palingenesia, fundamento de la mitología; pues Orfeo fué el primer “teólogo” organizador de los misterios.

Inscribíase bajo su nombre, las fórmulas mágicas y oraciones más antiguas llamadas generalmente himnos órficos, á cada uno de los cuales—á casi todos, para ser más exacto—correspondía un perfume. Había, asimismo, un modo especial de cantarlos, que no ha llegado hasta nosotros.

Los *Mantrams* ú oraciones fakíricas de los hindúes actuales, presentan los mismos caracteres; pretendiéndose que por medio de esas correspondencias, se atrae y despierta fuerzas misteriosas susceptibles de engendrar prodigios. Esto daba á los himnos órficos una veneración rayana en miedo. Por último, la vida de castidad y de alimentación vegetal, por horror á la sangre, que la iniciación exigía, llamábase en los misterios la “vida órfica” (2).

(1) Reconocidas las virtudes terapéuticas de la música, ello referíase también, como alegoría de magia práctica, á la resurrección por medio del sonido. Recuérdese que para resucitar á Lázaro dió Jesús “una gran voz.” La vuelta á la existencia era, entonces, un restablecimiento de armonía.

(2) En la mitología escandinava menciónase el palacio de *Balder*, numen cuya historia reproduce fundamentalmente el mito de Ceres y de Perséfone. Las columnas de dicha mansión estaban decoradas por *runas* (letras y cantos sagrados) “que podían resucitar á los muertos.”

El materialismo naturalista, no podía economizar su consabido ultraje á este hermoso mito. S. Reinach pretende explicar por su conocido método del totemismo, y “con una sorprendente facilidad”, que Orfeo fué efectivamente... el zorro divinizado; á causa de que en algunas representaciones tiene una piel de zorro en la cabeza. El amor involuntario pero irresistible de la ciencia materialista á la pretendida bestia progenitora, resalta en estas ingenuas caricaturas científicas. El zorro-Orfeo y el hombre-mono, son ciertamente congéneres.

Teseo, “el segundo Hércules”, como se le llamaba, es, en efecto, un héroe solar glorificado por empresas hercúleas; pero en ellas mézclase un elemento impuro: el concurso de la brujería ó colaboración de las deidades lunares, que tomando como vehículo el amor de la mujer, proporcionan triunfos al héroe, si bien coronados por la tragedia cuyo desenlace fué la desastrosa muerte de Hipólito. Inútil resultaría enumerar y comentar sus hazañas, tan semejantes á las de Alcides. Ya queda dicho que fué como éste, enemigo de las amazonas (1).

Cadmo, el fundador de Tebas, fué uno de los iniciados extranjeros que llevaron los misterios á Grecia: un caudillo fenicio según la leyenda.

(1) La tan conocida leyenda de Procusto, uno de los bandidos á quienes exterminó en sus campañas, tiene un significado moral digno de ser anotado. Procusto representa la teología rígida, la moral canónica que no sabe plegarse á la razón.

Raptada por Zeus su hermana Europa, lo cual designa con el antagonismo implícito en esa acción, el carácter solar de la familia (1) Cadmo salió á buscarla en compañía de sus hermanos. Estos, fatigados, se volvieron. El héroe, guiado por una vaca que el oráculo délfico habíale ordenado seguir, marchó hacia el occidente. Esa vaca representa los cultos lunares que dominaban en la Grecia todavía bárbara, como todo animal de cuernos en semicírculo (2). Por eso el héroe debe seguirla hasta donde ella se detenga. El hecho se produce donde aquél funda á Tebas: pero queriendo extraer agua de un manantial inmediato, para el sacrificio que del animal hará á Atena su protectora (la bestia lunar sacrificada á la diosa solar) encuentra un dragón, monstruo de Ares, bajo cuya guarda está la fuente. Lucha con él, lo mata, siembra sus dientes por consejo de Atena, y de aquella simiente brotan hombres armados, que después de combatirse, quedan reducidos á cinco, tronco de los futuros tebanos. Esclavizado durante un período de ocho años en expiación á Marte, obtiene al fin, con ayuda de su protectora, *la corona de Tebas*.

En su carácter de leyenda fundamental, ésta describe todo el proceso filosófico de la civilización y sus consecuencias; por supuesto que tomada aque-

(1) Así también la procedencia oriental respecto á Grecia.

(2) Según la tradición, confirmatoria de este caso, la tal vaca tenía en el cuadril una imagen de la luna.

lla bajo un concepto general y aplicable á toda la tierra.

Vése en la fuente guardada por el dragón muerto, la fuerza de ciega fecundidad—socialmente la barbarie (1)—dominada por la conquista del conocimiento al cual representa el reptil. Los dientes sembrados, son los principios aún anárquicos de la naturaleza, que después de su lucha por la vida, bajo la dirección de inteligencias superiores, son los cinco sentidos en la entidad humana, las cinco grandes razas en que la iniciación declaraba dividida á la humanidad, contando desde la aparición del hombre sobre la tierra, las cinco edades de la tesgonía y los cinco elementos de la materia terrestre: el fuego, el aire, el agua, la tierra y el éter que á todos comprendía, siendo su fuente original.

La mitología moderna encuentra también el carácter solar del héroe determinado por su lucha contra Marte y su expiación por la servidumbre; pero asigna al combate de los guerreros que brotaron de los dientes del dragón, una similitud estrecha con las revoluciones de las nubes. Es de preguntarse, sin embargo, por qué resta el número cinco como resultado de esa lucha.

En cuanto al carácter histórico de la leyenda,

(1) Recuérdese que, conforme al dicho famoso, la barbarie boreal fué considerada como "la fábrica del género humano". El elemento fecundo, aunque inorgánico, de donde todo procede.

es positivo que los fenicios colonizaron en épocas remotas parte del litoral egeo. En Samotracia, una comarca de iniciación sumamente venerada por toda la Grecia (1), explotaron minas, y es positivo que el alfabeto griego proviene del fenicio: caracteres todos que denuncian una conquista civilizadora. La “expiación” de Cadmo, representa las pruebas de la iniciación, y más generalmente el ciclo de dolor representado por las vidas sucesivas del espíritu sobre la tierra.

Considero importante establecer que según la Odisea, el fundador de Tebas fué *Anfión*, en compañía de su hermano *Zctos*. A los sonos encantados de la lira tocada por aquél, las piedras disponíanse solas en murallas. Dicho origen musical es, por lo que ya sabemos, una ratificación del carácter mítico de Tebas.

Designando la doble proveniencia de la civilización griega, el mito ático de Cécrops presenta un civilizador egipcio cuyas imágenes más arcaicas le atribuyen cola de dragón. Esta cola ofídica, así como los epítetos relativos á la serpiente, dan á los héroes que los poseen el carácter de iniciados, porque en todo el mundo antiguo la serpiente representaba la sabiduría. Jesús la daba por modelo de prudencia á sus discípulos. El Antiguo Testa-

(1) Los misterios de Samotracia, basábanse en el culto á los Cabires ó Titanes, uno de los cuales llamábase Cadmo. Había allá un oráculo tan importante como el de Delfos y del mismo carácter para mayor similitud.

mento menciona su astucia. Moisés y Esculapio teníanla por símbolo de la medicina. En Egipto poseía los mismos atributos. En la mitología yucateca, Quetzalcoatl, el numen de la sabiduría, tiene etimológica y representativamente los atributos de una sierpe alada como las de la Biblia y los dragones chinos, también símbolos del conocimiento (1).

Bajo el reinado de Cécrops se efectuó la disputa por el dominio del Atica entre Poseidón y Atena; dando el fallo de aquél la victoria á la segunda. Poseidón hizo brotar como gaje de la apuesta una fuente salada ó sea estéril, y Atena un olivo.

De la misma raza es *Erictonio* ó *Erecteo*, también personaje ofídico é hijo de Hefestos, numen del fuego. Era, pues, un titán á quien Atena recogió y crió no obstante el odio de Zeus. Confiado en un cofre á Pandrosos, hija de Cécrops, ésta mantuvo su palabra de no abrir la encomienda; pero sus hermanas lo hicieron, encontrándose con el niño á quien guardaba un dragón enroscado. Atena las enloqueció y sucumbieron arrojándose del Acrópolis. La violación de los secretos que la iniciación comportaba, producía la locura.

Pertenece también á los héroes solares conquistadores, Jasón el jefe de los argonautas. También él

(1) Como la paloma que representa al espíritu santo y los evangelistas con cabezas de toro y de león que figuraban en algunos misales de la Edad Media. El simbolismo antiguo era más preciso que el nuestro, y así como actualmente se pinta á San Roque con un perro, antes se daba al personaje un miembro del animal con el cual se le atribuía relación.

tiene que habérselas con los guerreros que brotan de los dientes del dragón de Cadmo; pero ayudado por la magia negra de Medea, triunfa en la empresa. El final de esta unión con las potencias fatales que la lujuriosa maga representa, es una tragedia horrible como en la leyenda de Teseo.

La expedición de los argonautas es también un mito de iniciación cuya celebridad vinculó á todos los héroes de la Grecia.

Confiado al centauro Chiron, profesor de todos los héroes solares, (1) por su padre Pelias, Jasón regresaba un día al hogar paterno, habiendo perdido en el paso de cierto río una de sus sandalias. Ahora bien, el oráculo había encargado á Pelias que se guardara del hombre calzado de un solo pié. A la vista de su hijo, le pregunta: “¿Qué harías si te hubieran predicho la muerte por mano de uno de los tuyos?”

Inspirado por Hera, Jasón respondió: “Le enviaría á buscar el vellocino de oro”. Y esto decide la temeraria expedición. En ella toman parte todos los héroes solares. Atena dirige la construcción de la nave, según Apolodoro cuya narración sigo, aunque de la Odisea resulta haber sido Hera; y después de innumerables aventuras, Jasón apodérase del vellocino, durmiendo por el arte mágica de Medea al dragón que lo guardaba.

(1) Háiale enseñado, sobre todo, la medicina, lo que constituye otro rasgo típico; y de aquí el nombre del héroe, que significaba *curar*.

Todo es típico en esta leyenda.

El pié descalzo, ceremonia de iniciación que aún conserva la masonería y que significaba la entrada al ciclo de vidas sin ningún haber de responsabilidad sobre la conciencia: el segundo nacimiento de que hablé más arriba; el concurso de los héroes solares; la situación oriental de la Cólquide; la protección de Atena y de Hera; la naturaleza áurea del vellocino... (1)

Pero Jesón, como Teseo, recurre á la mujer, es decir capitula con los espíritus lunares de la fatalidad, experimentando en su descendencia la desgracia que aquella causa sin excepción á los héroes solares. Comenzando por Hércules, la mujer representa para ellos la muerte.

Belerofonte es otro domador de monstruos. Héroe casto como el José bíblico y como el hijo de Teseo, Hipólito, cuya aventura con la madrastra repite. Su hazaña más célebre fué la muerte de la *Quimera*, monstruo semejante á la esfinge, ó sea cuádruple; pues el cuatro era el número de las potencias femeninas ó materia, y simbólicamente del agua que la representaba. Según la Iliada, Belerofonte mató al monstruo por medio de palabras que habíale dado los dioses. Fué como Hércules y

(1) Vale la pena de asignar una nota á *Palamedes*, el héroe de Nauplia, donde se le consideraba inventor de la aritmética, de la escritura, de la navegación, de la metrología y de los faros. Era, naturalmente, un héroe solar discípulo del centauro Chiron, y militó con los griegos en el sitio de Troya.

Teseo, enemigo de las amazonas. Ares y Artemis, dos númenes lunares, mataron á sus hijos. El “cayó” de su famoso caballo alado Pegaso, en *Aleena*, “la tierra del extravío ó *alienación*”.

Perseo, uno de los antecesores de la heroica raza solar, ejecutó hazañas parecidas, caracterizándose por el exterminio de *Medusa*, monstruo — hembra, al cual amara *Poseidón* el dios de las aguas marinas. Su caballo es Pegaso; el mismo que después servirá á Belerofonte.

Siendo hijo de Zeus, era luni-solar; por esto le ayudaban á la vez Atena y Hermes ó Mercurio. Por la misma razón, la mujer no le fué fatal ni tuvo un fin desdichado.

Por último, *Aquiles* el protagonista de la Iliada, cierra el brillante ciclo de la progenie solar.

La Iliada, aunque basada en un episodio histórico, bien que seguramente muy lejano ya en tiempo de Homero, es ante todo un poema mítico. Tanto este carácter como aquella supuesta antigüedad, resulta de la imparcialidad del poema. Griegos y troyanos reciben en él las mismas alabanzas; y si bien se mira, Héctor viene á ser el más simpático de los héroes celebrados. A tratarse de un poema patriótico, ello fuera inadmisibile. Hagamos su resumen en dos palabras.

Sábese que *Helena* fué la causa de la famosa guerra cuyos partidos son una clave para determinar á los númenes y héroes solares y lunares.

En opinión de varios mitólogos, Helena puede

ser etimológicamente asimilada á *Selene*, la luna; siendo positivo que durante mucho tiempo, los lacónios le rendían culto como á una diosa. En el Asia Menor, es decir en la comarca troyana, teníanla por hija de Astarté, ó sea la luna bajo su faz sexual. En Egipto era una permutación de Afrodita. Las embarazadas primerizas, invocábanla especialmente en Laconia, y en otras partes considerábasela protectora de los navíos: ambas funciones lunares.

Troya era una ciudad sagrada de los cultos lunares; es decir, dominada por el falicismo y consiguientes ceremonias de índole sexual. Aquiles decide su caída, siendo el héroe solar por excelencia. Así lo demuestran sus aventuras, sus desgracias y su muerte. El carácter histórico de la empresa, nada quita á su adaptación alegórica; pero autorizaba su publicidad, que de otro modo no habría sido permitida por el sacerdocio lunar victorioso (1).

Recordaré antes de proseguir, que éste había dominado á sangre y fuego, llegando á un acuerdo

(1) Basta recordar la situación de los dioses ante troyanos y griegos. Estaban con aquellos: Zeus, que declaraba á Troya su ciudad más amada; Venus, Ares y Artemis. Con los griegos, Hera, Atena y Hefeastos. Poseidón, bien que lunar y acuático, militaba con estos últimos, en venganza del agravio que le impusiera Laomedón negándose á pagarle la construcción de los diques de Troya. Apolo protegía á los troyanos, por hallarse también agraviado con los griegos. Hermes, á título de mensajero, estaba con unos y otros alternativamente. En el famoso encuentro del Canto XX de la Iliada, la oposición es visible. Apolo hacía cara á Poseidón; Atena á Ares; Artemis á Hera; el río Xanto á Hefeastos. Agua contra fuego, ó lunares contra so-
lares.

con el culto solar por medio de la instalación de los misterios. En éstos asignábase á los númenes su verdadero carácter, revelándose las causas en cuya virtud estaban subyugados los solares por los lunares.

De aquí la prioridad reconocida á Zeus ó Júpiter.

El nombre de éste, habíase vuelto genérico para enaltecer á todo numen, y de ello dimanaban muchas aparentes contradicciones. La advertencia es necesaria para la determinación de su carácter, esencialmente egoísta y cruel.

La mitología moderna ha notado su parecido con el Jehová hebreo, númen también lunar: *Jehová*, Jove.

Ambos presiden el rayo y la tormenta (1) siendo sanguinarios y vengativos. El bíblico reserva celosamente para sí la sangre y la gordura de las víctimas, comenzando el *Levítico* con la exigencia de sacrificios sangrientos. El griego complácese igualmente en la sangre.

Los sacerdotes que interpretaban el culto más antiguo de este último, llamábanse *Selos* ó *Eloi*; y sabido es que Jehová era uno de los *Elohim* hebreos,

(1) Un detalle curioso al respecto es el castigo de María, la hermana de Aarón, que con éste había murmurado contra Moisés. Al retirarse del tabernáculo la nube que lo envolvía, quedó, dicen los *Números* "leprosa como la nieve". La lepra blanca es un fenómeno bien conocido en los gabinetes de física, como un accidente de origen eléctrico. Por lo demás, el rayo significaba *ira* en el culto judío; y su empleo caracterizaba á los espíritus malignos, según varios teólogos cristianos. Jehová presentóse á Moisés en el Sinaí, rodeado de relámpagos.

ó jefes de las huestes de espíritus lunares; pero estas aproximaciones nos llevarían demasiado lejos.

El panteón greco-romano contaba hasta trescientos Zeus, pues este nombre volvióse genérico de potencia suprema. Por la misma razón, aplicábanlo á los númenes extranjeros.

Sin duda bajo este concepto de universal y supremo, estábanle consagrados el olivo y la encina; del propio modo que los sacrificios de diversos animales con cuernos encorvados.

Ya he dicho que siendo las bestias y plantas de los dioses, significativas de sus atributos, es el conjunto de estos, ó sea la entidad de cada numen, lo que determina la relación con aquéllas; tomándose así el mismo animal ó planta con diverso significado, según la deidad correspondiente.

En los tres himnos órficos consagrados á Zeus, no figuran sino epítetos terribles: ardiente, tonante, fulminante, espanto de la tierra. Todos son conjuraciones para que no haga daño. Llámánle también especialmente “dios mudable” y “recordador de las injurias”. Era el dominador, pero no le tenía por patrón ninguna comarca. Sus únicas empresas sobre la tierra, fueron raptos y adulterios. No se recordaba entre los mortales ningún beneficio suyo. Daba sus oráculos por los árboles, como las deidades acuáticas. Sus animales eran el águila, símbolo de poder real, y la paloma que representaba los ardores amorosos. Protegía también á las moscas, enemigas de Atena, y en el panteón romano lle-

garon á darle figura de mosca. La Iliada preséntalo siempre cruel y despótico. Ante las luchas de troyanos y griegos, no se preocupaba de unos ni de otros, gozando solamente en verlos destruirse. Su placer era extremo cuando los dioses se iban á las manos, y hasta los excitaba con tal fin. “Zeus se complace en engañarnos á todos”, dice Agamenon en el discurso con que celebra la concordia de Aquiles.

No obstante su poder supremo, podía engañársele, como lo hizo Prometeo con el buey formado de huesos; lo cual significa que la inteligencia es capaz de contravenir la ley fatal. Del propio modo obró Rea con Cronos, haciéndole tragar la famosa piedra.

Su enemistad hacia los númenecs solares, queda explicada al tratar de ellos. (1).

Su hija *Artemis* ó Diana, tiene, como es sabido, por símbolo á la luna.

La virginidad atribuída á esta diosa, nunca fué muy segura; pues para sostenerla, fué menester convertir su sobrenombre de *Calista* (hermosa) bajo el cual tuvo un hijo de Zeus, en una ninfa de su séquito; no obstante lo cual nuestros mitólogos afirman que representaba la castidad “virtud que parece extraña á las religiones antiguas”. Basta recordar á Hestia, Atena y los héroes castos de la proge nie solar.

(1) En el fragmento de Sanchoniaton, está identificado con *Dagón* el numen acuático de los fenicios.

Según los antiguos, requeríase para las evocaciones necrománticas y demás prácticas de magia negra presididas por Artemis, cierto grado de continencia, hasta adquirir los poderes de que luego se abusaba, pues conviene no olvidar que la hechicería era un contra-culto. De aquí la atribución virginal, desmentida por la ya citada aventura de Artemis Calista, así como por sus amores con Pan bajo el nombre de Selene, y con Èndimiòn, el bello pastor del monte Latmos.

Considerábanla asimismo como universal nodriza de los seres, ó sea con muchos senos; carácter de fecundidad materna poco acorde con la virginidad. Y esto en Efeso, su principal santuario. La primitiva, fué, además, hermafrodita, y la representaban con barbas.

Su túnica estaba sembrada de animales y plantas que simbolizaban esa fecundidad.

En la iconografía arcaica, figuraba con tres cabezas; siendo ellas de perro, de león, de toro ó de caballo y de jabalí. La mezcla de animales solares y lunares, demuestra que sólo queríase representar con eso su dominio sobre las bestias, al ser ella cazadora ante todo. Pero entre éstas, dos le concernían especialmente: el jabalí y la cierva. El primero, como todos los suinos, era contrario á los númenes solares. La segunda, es hasta hoy, por su lasciva versatilidad, un símbolo del adulterio. La cornamenta de su macho tiene una aplicación bien

conocida en el comentario social del mencionado delito.

Su carro tirado por dos toros, era un símbolo lunar, como todo aquello á que se asocian animales con cuernos semicirculares (1). Así Hermes ó Mercurio, en sus relaciones con el carnero. Sabido es que en la Tauride (tierra del toro) el culto de Artemis exigió sacrificios humanos; y por lo demás, como ya dije de Zeus, los mortales no conservaban el recuerdo de ningún beneficio suyo. Las horribles prácticas de la hechicería, que ella prohibaba, y que Lucano ha descrito tan minuciosamente, bastan para caracterizarla como un númen malo.

Como Zeus tiene tres himnos órficos. El primero, bajo el nombre de *Protiraia*, depreca su gracia sobre los pastos y le pide hijos hermosos. El segundo, como *Selene* ó la luna propiamente dicha, alaba su belleza física. El tercero, bajo el nombre de Artemis, le reconoce algunas cualidades hienhechoras: "danos los bellos frutos, la paz y la salud". Los iniciados en sus misterios de magia negra, llamábanla *aristóbula* ó buena consejera (para ellos).

Aunque Homero llama á Hermes ó Mercurio "el útil", es con respecto á los dioses, para cuyos placeres ejercía el oficio de mensajero y otros menos confesables. Su carácter no necesita comentarios. Protector de los ladrones y de las empresas amorosas

(1) Bajo su advocación fenicia de *Astarté*, llevaba una cabeza de toro como símbolo de dominación.

de Zeus, tampoco le deben los hombres ningún beneficio. Su oración órfica, bien que le declare "útil" también y amigo de los hombres, sólo le pide como dones la elocuencia y la memoria. Llamábanle en efecto *blandilocuo* por antonomasia. Su madre era *Maya*, la gran ilusión material ó naturaleza en sentido terrestre, lo mismo que en la India de donde provienen ese nombre y esa entidad.

Así, tenía bajo su advocación la retórica. Si fué el inventor de la lira, pronto hubo de cambiarla por vacas á Apolo: doble símbolo de fácil apreciación.

Eran sus animales el carnero y el chivo negro: una bestia de brujería. Sacrificábanle el gallo, animal solar como queda dicho.

Tenía también en Egipto, donde se le consideraba como dios de la química, al cinocéfalo por animal acompañante; y dicho mono solía portar su caduceo.

Este instrumento representaba para los antiguos la naturaleza en evolución, explicándose así su aspecto esquemático:

Las espirales que describen en el espacio los astros con su marcha (puesto que sus órbitas, por efecto de la traslación simultánea, son curvas abiertas, no cerradas como en la hipótesis de Laplace) resultan dobles con relación á su eje ideal; desde que dichos astros experimentan, además de los movimientos translaticio y rotatorio, otro oscilante, bien conocido por la astronomía moderna. La imagen exacta, con relación á dicho eje, es, entonces, una curva leminscata ó de figura de ocho como las

serpientes del caduceo; y aludiendo á dichos movimientos, llamábase dragones á los tales astros. De aquí que el instrumento estuviera, además, coronado por alas.

Como la ciencia antigua basábase en la analogía, aplicaba igual esquema á los átomos; viniendo así á resultarle, aunque por otro camino, más cercano de la música que del laboratorio, las mismas octavas que en las series de Mendeleeff. Coincidencia, se dirá; pero no. Los antiguos especulaban sobre el éter y sobre los átomos, según es bien sabido, en forma tan elevada como nuestros sabios. Y Mercurio era el dios de la química egipcia, ilustrada hasta hoy por los colores indelebles y la momificación que la ciencia ignora.

La música intervenía como propiedad primordial de la materia, ó mejor dicho como sonido, vinculando los distintos trabajos de la inteligencia en una forma muy superior á la actual, según se vé; puesto que una misma ley presidía á la ciencia y á la estética. Por ello Hermes fué el inventor de la lira, con cuerdas tendidas sobre el caparazón de una tortuga. Este animal simbolizaba la materia inerte, y las cuerdas las vibraciones del éter sonoro que la organizaron.

Hermes era también el pastor de almas de Hades, para quien las *cazaba*, propiamente hablando, como el diablo de las leyendas cristianas. Resultaba en este concepto un numen malo: el proveedor de las regiones tenebrosas.

Sus primeras imágenes eran itifálicas como las de Baco, y esto constituye otro rasgo importante.

Según Max Müller, el *Ares* griego ó Marte latino, proviene de la raíz sanscrita *mar*, océano, y también destructor; aunque el mitólogo sólo atiende á este último carácter. Pero siendo el numen lunar y materialista, es acuático, dado que el agua simboliza la materia; de modo que las acepciones coinciden.

Resulta así unido á Afrodita, con quien adultera contra Hefastos, esposo de aquella (1). Pero Helios, un numen solar por excelencia, previene al ultrajado. Hefastos forja entonces una malla invisible en la cual los aprisiona, exponiéndolos á las burlas de los dioses.

La mitología comparada, confiesa que no sabe como explicar este mito. Con las ideas que ya conocemos, ello es fácil.

Representa la discordancia entre los principios del fuego y del agua, que buscan á la vez sus correspondientes; pues Zeus había casado por fuerza á Afrodita con Hefastos. Este, como se recordará, amaba realmente á Atena, una deidad de su especie.

(1) *Freyja*, la Venus escandinava ó diosa del amor, amaba la sangre. La mitad de los muertos en los campos de batalla le pertenecía. Estaba unida á *Thor*, el dios de la guerra, á quien prestó su traje para que, disfrazado de mujer, arrancara de las manos del rey *Thrym* el martillo que éste le había robado. A mayor abundamiento, anotaré que *Thor* recuerda fonéticamente al toro, un símbolo de las aguas. En la lidia de Hércules con el río *Aqueloo*, este cámbiase en toro al cual el numen arranca un cuerno.

Por lo demás el carácter de Arcs no necesita comentarios. Es el numen de la desolación y de la muerte, como lo demuestra entre otras cosas su astro particular, que es un cadáver planetario. Así sus pretendidos canales, no serían más que las grietas precursoras de su venidera ruptura en asteroides, semejantes á los ya existentes entre él y Júpiter como resíduos probables de otro planeta. La oración órfica no asigna al numen un sólo atributo noble. Su enemistad con Atena, es proverbial y característica; pero como aquella representaba la guerra justa, acaba por ser también la más fuerte. Cuando chocan como enemigos en los combates de la Iliada, es ella quien le desarma, tendiéndole en el polvo y glorificándose de ello como la más poderosa.

El buitre y los perros devoradores de cadáveres, eran sus bestias simbólicas. Su primera imagen fué entre los arcaicos sabinos, una lanza plantada en tierra, pues no debe olvidarse que este numen, secundario en Grecia, fué la deidad nacional del Lacio guerrero y conquistador, engrandecido luego por el pillaje de la guerra.

El origen de *Afrodita* ó *Venus*, es esencialmente sexual y acuático, pues nació del órgano reproductor de Urano mezclado á la espuma del mar. En la Iliada se la llama hija de *Dionea*, una ninfa hija á su vez del Océano y de Zeus; lo cual no altera gran cosa el relato más autorizado de la teogonía.

(1).

(1) Por venerable que sea Homero, debe preferirse á Hesiodo en caso de duda ó contradicción; pues la *Iliada* era ante todo un poema, mientras la *Teogonía* representaba el dogma.

El falo progenitor de la diosa, forma su símbolo gráfico en la cruz *ansada* llamada también espejo de Venus, ó sea una cruz coronada por un círculo. Esto era propiamente el falo con los testículos, como lo indica la primitiva forma de dicha *cruz ansada*, en la cual el anillo era una lazada de doble nudo. Hoy mismo, en historia natural, el símbolo de Venus designa el sexo femenino; mientras el de Marte: un círculo coronado por una flecha, ó falo perforador, al masculino. Lo cual completa la alegoría primordial.

Asimismo, el símbolo designaba á la luna y á la estrella específica de la diosa, llamada en ocasiones "luna"; como la estrella Sirio recibía por permutación el nombre de sol.

Por lo demás, la relación de la luna con el agua es evidente en el fenómeno de las mareas, y de aquí el simbolismo común á los númenes egoístas y femeninos: luna-agua-mujer-pasividad-atracción.

Su culto era una adaptación del falicismo que veneraba los órganos sexuales ó fuentes de la vida, como nuestros católicos veneran el corazón de Jesús, fuente del sentimiento. Aquello se relaciona en su origen con el gran fenómeno de la separación de los sexos, que debió cambiar tan radicalmente el estado de la especie humana. Pero constituía, como es claro, una horrible bajeza, vinculada según queda dicho á la hechicería divolvente y criminal. La belleza física de que se revestía á su prin-

cipal numen, no disimulaba sino escasamente la degradación de semejante culto.

No se trata, pues, de una fantasía histórica, sino de una deplorable realidad, como lo prueba la extraordinaria difusión del culto de Baco, el más calificado de los númenes antiguos.

Baco se identificaba con el falo, no solamente por la representación alegórica del tirso (1) sino por uno de sus epítetos más significativos, dado el lugar donde se aplicaba: Baco *Falén*, en Lesbos,

La leyenda dice que al perecer víctima de la gloria de Zeus su madre *Semele* (transparente metátesis de la luna: *Selene*) el dios le ocultó en su muslo. Esta situación es característica. Sus fiestas más populares, ó sea las *Leenas*, de donde provino *lenón*, alcahuete, eran como es sabido el carnaval antiguo, glorificación de la lujuria y de la embriaguez. Llamábasele en este doble concepto *cleuterio* y *lieo*, ó sea licencioso y alegre por medio del vino. En una significativa ceremonia, la *omofagia*, sus sacerdotes “comulgaban” devorando la carne cruda de un toro, ó sea consumando el sacrificio de sangre, que el falo ejecuta al poseer á la virgen. Este era también el carácter místico del vino atributivo, como en la comunión de los cristianos.

Pues la adoración á Baco era un contra-culto como las misas negras de la Edad Media: la caricatura obscena de los misterios eleusinos. Así el dios

(1) Zeus llevaba también un tirso coronado por el águila: glorificación del falo convertido en cetro.

hallábase identificado en estos con *Hades* ó Plutón el rey del infierno. Estaba reservado á los cristianos resucitar en su corazón de Jesús y en sus comuniones sangrientas, las peculiaridades más bajas del falicismo.

En la adoración de las mujeres desequilibradas á las cuales complacía con preferencia (1) Baco se identificaba con *Adonis*, el famoso amante de Afrodita á la cual debemos volver.

Pero aquí salen al paso nuevas analogías.

El hermoso jóven sirio, un semita como se vé, es el *Adonai* hebreo, lo cual adscribe tambien al falicismo el culto de *Jehová*, una de cuyas permutaciones superiores fué. Y *Jehová* se identifica como sabemos con *Zeus*.

Por otra parte, en la leyenda de Demeter y Perséfone, ésta bajo el nombre de *Coré*, es raptada por Hades ó Plutón (asimilado á Baco según se recordará) bajo el nombre de *Aidoneo*. *Coré* representaba el alma pura.

Este *Aidoneo*, ó Hades, ó Baco, es el mismo *Adonis* de Afrodita, un dios lunar y sexual, ó el falo divinizado. Es curioso asimismo que Perséfone, en ese mito, llevara el nombre de uno de los tres hebreos á quienes se tragó la tierra por mandato de *Jehová*: *Coré*, *Dathan* y *Abiron*; pues el rapto de aquella

(1) Mientras en alguno de sus templos se azotaba sin piedad á las jóvenes castas. Flagelación destinada probablemente á encender la lubricidad en ellas.

fué también un hundimiento en las entrañas del globo que se abrió para tragarla con su infernal amante.

Por esta razón, el himno órfico la llama “cornuda”, atribuyéndole un carácter lunar — el de los cuernos — dado que al sexualizarse por el amor de Hades, pasaba á ser un numen de la luna.

Hades es, asimismo, una forma verbal de *Aidoneo*: *Aides*, el obscuro. Ya hemos visto que el *Adonai* hebreo es una permutación de Jehová, así como que éste es el mismo Zeus. Y la mitología llamaba á Hades Zeus Subterráneo.

En las bacanales, el grito sagrado era *Evohé*, forma femenina del *Jehová* hebreo despojado de su letra inicial, el *iod* ó sea el elemento masculinizador: una representación del falo á su vez. (1).

Jehová, nombre hermafrodita, quedaba reducido á *Evohé*, por el deletreo de sus letras restantes: *hé, vo, hé*; pues así se pronunciaba, según la Kábala (2). De aquí resulta asimismo el nombre de *Eva*, la primera “mujer”; pues según el Génesis, los primeros humanos fueron hermafroditas: “ma-

(1) Herodoto dice que abundaban los símbolos sexuales y especialmente el falo en las estelas sagradas de Palestina. Dato confirmado por las excavaciones modernas.

(2) La Kábala, es la clave mágica del culto de Jehová, ó más propiamente hablando de los *Elohim*, uno de los cuales era aquél. Ritual práctico y á la vez comentario alegórico como el Apocalipsis.

cho-hembra los crió" (1). Nótese de paso, que el creador fué "Dios", no "Jehová-Dios", recién aparecido en el segundo capítulo y formador de la mujer (2). "Dios", es decir, la hueste de los Elohim.

Inútil es añadir que como todos los númenes lunares, Afrodita no hizo ningún bien á los hombres ni disfrutó de atributos superiores. Su oración órfica, si bien más larga que la de los otros númenes, no le alaba ninguna cualidad excelente, salvo la belleza. En cambio la llama "loba", un animal de magia negra. Como todas las diosas lunares y acuáticas, iba calzada de plata, según lo manifiesta uno de sus epítetos: *argiropeza*. Era también, como Artemis, abogada de los partos.

Sus animales eran la paloma, el cisne y el gorrión, aves sumamente lascivas; su flor la rosa, emblema del amor; sus frutos la manzana y la granada, de análogo significado. Sacrificábanle el chivo, el verraco y la liebre, igualmente impetuosos en el amor.

(1) Recuérdese la nota en la cual trato de Caín y Abel. Este último nombre es, en hebreo, *Hebel*, una forma de *Heva* como lo demuestra su ortografía: *he vo hé*—La letra L, agregada es, según Fabre d'Olivet, signo de dilatación y multiplicación, al mismo tiempo que de posesión y dependencia. *Hebel* (nuestro Abel) significa, pues, las mujeres; el sexo femenino, cuya sangre virginal derramó el primer varón, Caín, también colectivamente hablando. La "muerte" bíblica, es el obscurecimiento espiritual producido por un progreso de materialización como el que la sexualidad comportaba.

(2) En el Génesis, la mujer llamábase *Varona* antes del acto sexual (Cap. II, 23); el hombre la llamó *Eva* después (Cap. III, 20) de su comercio con ella "por cuanto ella *era madre* de todos los vivientes".

Poscidón ó Neptuno era el Zeus de las aguas. El respectivo himno órfico, le atribuye epítetos semejantes á los de Júpiter, aunque sin asignarle ningún atributo bienhechor. Es más bien un representante del desorden, como lo demuestra su designación habitual: “el que conmueve la tierra”. Había en Beocia un juego arcaico en su honor, que parecía representar ese carácter: una carrera de carros con los caballos abandonados á sí mismos.

Los monstruos marinos estaban á sus órdenes, empezando por las tentadoras sirenas, especie de harpías del mar; y dominaba naturalmente el gran elemento acuático ú *Océano* cuyo carácter definí al tratar de los orígenes.

Sábase que las ninfas ó hadas de los griegos, tenían dones especiales de adivinación; pues el culto acuático estuvo siempre unido á las artes de la hechicería por la relación de las aguas con la luna, fuente de las influencias mágicas. Pero esas eran malas artes, como todas las que se relacionaban con los dioses lunares, entre otras la evocación de los muertos. Esta, que requería el derramamiento de sangre, recuerda las ceremonias de Ulises, citadas más arriba. El héroe degüella una oveja negra, para que en los vapores de la sangre se abreen las sombras del Hades (1). Tales prácticas extendiéronse á la Edad Media, hasta con el detalle de los animales

(1) En el *Levítico* prohibíase reiteradamente comer sangre “porque el alma de toda carne está en la sangre”. Jehová la reservaba para sí.

negros, justificando en gran parte las persecuciones á las brujas y produciendo crímenes horrorosos como los bien conocidos de Gilles de Raiz (Barba Azul). Así las deidades acuáticas se unen con las lunares en el mismo culto de sangre y de lascivia. Poseidón es ante todo un destructor al cual ningún bien debieron los hombres.

Los númenes lunares habianse dividido el mundo entero, asignando á Zeus el cielo y la tierra, á Poseidón las aguas, y á *Hades* ó Pluton el infierno.

Por un error de concepto, tan evidente que costaría convenir en su permanencia, si no estuviera ahí el hecho mismo, se ubicó el infierno en el centro de la tierra. Pero veamos lo que Hesiodo dice al respecto.

“... El mismo espacio que separa al cielo de la tierra, separa á ésta del Tártaro. Un yunque que cayera del cielo, tardaría nueve días y nueve noches en llegar á la tierra; (1) *si cayera de la tierra*, emplearía otro tanto para entrar al Tártaro. Al rededor del Tártaro se extiende un muro de bronce, etc.; *encima nacen las raíces de la tierra y del mar*”.

Quiere decir, entonces, que el tal infierno no estaba en las entrañas de la tierra, sino fuera de ella. El término debajo, indicaría solamente la oposición con el cielo.

(1) Abrevio los términos textuales, para concretarme al objeto mismo de la cita; pero sin alterarlos lo más mínimo.

Un poco más adelante, hablando de la prisión de los titanes, ó sea el fondo del Tártaro, se dice que allá comienzan éste, la tierra, la mar y el cielo; añadiéndose que en el seno de tan extraños lugares, está el palacio de la noche. Los titanes residen “más allá del caos”; y antes habíase dicho, rememorando la guerra de aquellos con los dioses, que el incendio “llegó hasta el caos”.

No se trataba, pues, de una región determinada, sino de un estado; mejor dicho de un espacio donde las almas de los muertos se preparaban para recoger el fruto de la vida pasada, en una futura sobre la tierra á la cual volvían.

Homero dice en la Iliada que el infierno pertenece á la tierra; pero en la Odisea lo sitúa en los límites del mundo visible y del Océano. Esta aparente contradicción, sólo se concilia suponiendo el referido estado parcial de materia.

El Tártaro representaba un regreso al principio de la evolución, con las torturas consiguientes y con la desesperación de saber que durante *una eternidad* (recuérdese el significado exacto de este vocablo) no se alcanzaría ya la libertad espiritual. De aquí los suplicios “eternos” y siempre consistentes en el esfuerzo estéril: Tántalo, Sísifo, Ixión, las dainades.

Por lo que respecta al *Hades*, ó morada de las sombras, era según se explicaba en los misterios, el cono de sombra de la tierra proyectado sobre la

luna: también *un estado* de materia en el cual erraban hasta encontrar el descanso antecedente á una nueva encarnación, las almas de los difuntos.

Durante mucho tiempo, los cristianos creyeron que el Purgatorio y el Limbo, estaban situados en la luna. *Limbo*, además, significa *borde* ó límite: el borde de la sombra terrestre. El Dante dió la forma de un embudo ó como hueco á su infierno. Milton habla del limbo como de una región lunar, á la cual dá el nombre de “Paraíso de los locos”: el dominio de la inconciencia.

La mitología moderna ha asimilado el *hades* griego al *aditi* sanscrito, porque ambos significan, entre otras cosas, obscuridad (1). Pero Aditi, según el *Veda*, es el universo reasumido en sí mismo durante la gran pasividad; el espacio en abstracto, ó tinieblas incondicionadas, que según la metafísica hindú, son “luz absoluta”. Los himnos órficos hablan del “*negro esplendor de la noche*”, mientras el *Hades* era una región de sombras. En él no había tampoco suplicios; de manera que no corresponde á la noción de nuestro infierno. El infierno propiamente dicho, era el Tártaro.

El dios del infierno, es Zeus mismo, “Zeus Subterráneo” á quien se daba todas las denominaciones del miedo. Nada le debían los humanos, y el himno órfico le dice que manda á los hombres por la volun-

(1) Recuérdese el Adonai hebreo y el Adonis griego que son también númenes lunares.

tad de la muerte. En su reino sólo medraban las plantas venenosas y estériles.

Volviendo al hades, la Odisea nos dice que más allá del Océano, ó sea la materia, y del pueblo de los sueños, se encuentra el país de los muertos ó pueblo de los cimerianos hacia el cual conduce Hermes, un numen lunar, las almas. No se trata, pues, de gente carnal, y así parecen reconocerlo ahora todos los mitólogos. Por allá habían expedicionado Hércules, Orfeo y Ulises con el fin de reconquistar *almas* queridas ó de conversar con ellas; y el primero de los mencionados héroes, trajo de allá al Cerbero encadenado. Pero aquello tampoco era el Tártaro ó infierno propiamente dicho: la sede exclusiva de Hades.

Esas expediciones, que no son, como su carácter lo indica, más que leyendas iniciadoras, nos pondrán en la vía de una completa dilucidación.

La *región* del Hades ó Purgatorio griego, tenía una existencia real, bien que no material, según la enseñanza de los misterios. Era el antes mencionado cono de sombra de la tierra, (1) donde las almas de los muertos, revestidas de su cuerpo astral ó *doble etéreo*, al cual se llamaba genéricamente *som-*

(1) Preténdese que en el Canto XV de la Iliada, cuando Poseidón enumera las regiones que tocaron en suerte á los tres grandes dioses, asigna á Hades las entrañas de la tierra. Esto es una mera ampliación del concepto homérico. "A mí, dice el dios, me tocó la mar blanqueante; á Zeus "el vasto cielo *en el éter y las nubes*"; á Hades, "*la obscura morada*". Todo es, como se vé, bastante significativo.

bra, iban á reposar un tiempo; mientras la evolución mortuoria se completaba con la pérdida de dicha envoltura sutil y el pasaje consiguiente á otro estado de mayor paz, que duraba siglos al parecer, y donde se perdía la memoria del pasado terrestre: el Leteo, ó río del olvido, cuya etimología está evidente en *Lcto*, la noche. La determinación de las vidas anteriores, sacaba de allí el alma para una nueva encarnación.

Pero aquel último estado de paz era la bienaventuranza; de manera que cuanto menos permanecía el alma en el hades predecesor, más dichosa era. Como el pasaje consistía, según queda dicho, en un despojo de materia, los menos sensuales y egoistas, es decir, los menos apegados á ella, ejecutábanlo más pronto. De aquí el premio, que no era una concesión de divinidades arbitrarias (1) sino una consecuencia de la vida llevada: la relación de causalidad en que se basaba la antigua filosofía.

Naturalmente el hades era una comarca de terrores para los vivos, puesto que resultaba por excelencia la región de los espectros. Así, el viaje á ella, bajo un estado de profundo sueño magnético, constituía la última y más temible prueba de la iniciación, pues tenía por objeto reconquistar allí un alma ex-

(1) Como el dios cristiano que salva á un criminal endurecido por un acto de arrepentimiento estéril á la hora de la muerte, y condena á un virtuoso por una sola falta no confesada. Nuestros peores piratas de la fortuna y corrompidos del privilegio, profesan, naturalmente, esta moral tan obsequiosa.

traviada por exceso de inclinaciones materiales: el supremo don que exigía la comunicación de la suprema ciencia. Pero del tal viaje podía no volverse si el alma extraviada resistía. Con todo esto, el gran obstáculo que allá debía vencerse, era el miedo: la fiera multiforme y horrenda representada por el Cerbero que Hércules domó. Pues las leyendas de las expediciones al hades, quedan explicadas claramente como se vé. Por eso la comarca de los cimerianos, está más allá del Océano ó materia, y del país de los sueños, ó último estado de la memoria terrestre. Por esto no hay en ella sol. Es el limbo de los cristianos, y parece que algo sabía ó adivinó al respecto el genio de Milton, cuando situó al limbo en la luna, pues el cono de sombra de la tierra cae sobre aquel astro al alcanzar en los eclipses su máximo desarrollo.

Aunque Homero dé respecto al pretendido *país*, ciertos detalles geográficos, ello es un mero símbolo de los comunes en literatura sagrada. Si se le señalaba como rumbo el Norte, es porque de allá vienen para los europeos el frío y la noche invernal. Por esto mismo llamábase Bósforo Cimeriano al actual estrecho de Yenikalé donde empieza el dominio de las estepas rusas (1).

En cambio, el hades tiene una vinculación estre-

(1) La misma consideración puede hacerse tratándose del Tártaro y sus *ríos, regiones*, etc. Hasta se señalaba su entrada en el lago Averno; pero esto es ya una materialización romana, por otra parte simbólica también..

cha con el viaje del alma y consiguiente sentencia que el *Libro de los muertos* describe en el panteón egipcio. Siendo esto asaz conocido de las personas cultas, no me detendré en establecer parangones, por otra parte evidentes.

Corresponde también á los seres infernales, el monstruo Tifón y su esposa, ó por mejor decir su hembra, Équidna. En la mitología egipcia, aquél es un enemigo de Osiris, el numen solar. Los himnos homéricos dicen que Hera lo engendró de si misma en un rapto de cólera contra Zeus. Esta analogía de nacimiento con Hefaeostos, así como la semejanza literal de sus nombres: Tifón, propiamente escrito *Typhoeus*, dá á pensar que quizá se trata de un anagrama, designador á su vez de una entidad opuesta, ó contraparte. Tifón es, además, el huracán devastador, padre, según la Teogonía, de los malos vientos que causan las desgracias; y no necesito recordar la identidad originaria del viento con el fuego.

Echidna, su pareja, es á su vez un numen del aire, aunque como aquel habita cavernas subterráneas, siendo así monstruo obscuro. Propiamente hablando, es una sirena con hermoso cuerpo de mujer hasta la cintura y en el resto serpiente horrible.

Tal morfología acércala también á las harpías hermanas de las sirenas como se recordará; siendo éstas, á su vez, monstruos aéreos *que cayeron en el agua*.

Las harpías que como entidades acuáticas fueron

hermosas al igual que las sirenas, volviéronse horribles con la adaptación terrestre. Eran, por otra parte, de la familia de Tifón, lo cual establece otra analogía con Echéidna. Considerábaselas deidades de la muerte por naufragio, imputándoseles la desaparición de los navegantes que no volvían; y según la Iliada, una de ellas cubierta por Céfito, parió los caballos de Aquiles: lo cual es un símbolo de dominio materialista.

Al mismo orden de monstruos pertenece la *Quimera* ó esfinge infernal contra la cual combate Belerofonte, uno de los héroes solares.

Su monstruosidad compuesta por trozos heterogéneos de animales, simboliza el enigma del reino terrorífico; pero, semejante á la esfinge, no tiene como ésta la cabeza humana que la ennoblece. La suya es de león. Su cuerpo de cabra, que le daba nombre, evoca la lascivia extrema del animal cuyos cuernos eran también símbolos lunares. Tratábase de un monstruo de lujuria, de terror y de sangre, que el héroe solar debía vencer. La cabra era animal antipático á Atena, pues decíase que su mordizco esterilizaba los olivares; y el chivo, afecto á Dionisos ó Baco, de quien paso á ocuparme acto continuo.

Queda dicho en otro lugar que el culto orgiástico inherente á este numen, fué característico de la magia negra ó lunar, como las devociones satánicas de la Edad Media. De aquí su enorme difusión, así como las calificaciones casi innumerables del numen. Si bien todas ellas eran voluptuosas y alegres.

Los órficos no le consagran menos de siete himnos; y salvo el incienso y el azafrán, ofrecíasele todos los demás perfumes sagrados: aromas, estoraque, maná y mirra (1).

Sus alabanzas llámanle hermafrodita, cabeza de toro, comedor de carne cruda. Hay un himno especial dedicado á Baco Misio ó Baco-mujer. En otros llámasele furioso, rencoroso, ávido de sangre, mamón de Afrodita, dador del vino, *simiente venerable*, *germen sagrado de los dioses*, *germen oculto de Zeus*, príncipe de los misterios nocturnos. Su madre *Semele* y su nodriza *Hipa*, tienen también himnos sagrados.

Los atributos subrayados adquieren mucha importancia para definir el verdadero carácter de Baco, develado en los misterios.

Dionisos era sencillamente el falo, ó sea el verdadero dios de los cultos lunares, y de aquí su extrema importancia. El sacerdocio de los númenes solares, vencidos á consecuencia de su caída en la materia, había debido transigir con el horrible culto que llevaba consigo la brujería y la sangre. Su popularidad, provino de las pasiones que fomentaba; pero la veneración externa, no excluía una invenci-

(1) Vale la pena hacer notar que el azafrán, símbolo del fuego, estaba únicamente consagrado al Eter: el numen, ó mejor dicho, elemento primordial entre todos; el que ni siquiera tenía personificación; el *padre* por excelencia; *pater omnipotens* *AEter* de las Geórgicas; el "éter sublime" á quien invoca Prometeo encadenado.

ble repugnancia en el secreto de las iniciaciones. De aquí que tanto himno y alabanza, no consignen un sólo atributo noble, un sólo servicio prestado á los mortales (1).

Los ditirambos que engendrarían luego el drama profano, eran el remedo licencioso de las sagradas representaciones de Eleusis. Bastaría comparar la robustez severa, aunque un tanto rígida de Eski-lo, con la verba de Aristófanes, primero que varió los metros en la representación antigua. Es la misma que separa la grande escultura religiosa de Fidias, del *Bello* expresivo y carnal cuya culminación estuviera en Praxíteles (2).

El contra-culto báquico, manifiéstase típicamente en otros detalles como el asesinato de Orfeo por haber éste preferido el servicio de Apolo; y la circunstancia de que las licenciosas bacanales *lencas* caían en el mes Gamelion consagrado á la casta Hera y á las uniones legítimas.

Costó una guerra sangrienta la introducción del

(1) Inmolábanle la urraca cuya charla recuerda el desarreglo verbal de la embriaguez, el chivo y la liebre como á Afrodita su semejante. Sus animales favoritos eran la pantera y el asno: el más cobarde de los carniceros y el más lúbrico de los equinos.

(2) Propiamente el drama profano nació del coro ditirámico en el cual había siempre un comienzo de representación; pero, hasta Aristófanes, conservóse la simetría rigurosa entre preguntas y respuestas, que era un resto de solemnidad hierática. Entre los romanos, el coro no apareció hasta el tiempo de Augusto. El drama dividíase en *diverbia* y *cántica*: parte representativa oral, y lírica reducida al canto de un personaje solo. En Roma como en Grecia, el coro fué el elemento progresivo.

dios y de su culto, en la fuerte y pura Grecia de los Pelasgos.

Pero la leyenda misma del dios suministra con abundancia detalles al respecto.

Su madre fué *Semele*, evidente permutación de *Selene*, la luna, como lo suponen algunos mitólogos. *Semele* fulminada, debe de ser la luna bajo la influencia magnética que produce su simpatía sexual, y que tan bien cuadra al lascivo Zeus, como al festivo Dionisos.

En la leyenda de éste, hay un detalle bastante curioso de vinculación astral. *Erigone*, la hija de *Icarios*, el rey que había enseñado á Dionisos el arte de hacer el vino, tenía una perra llamada *Maira*. Víctima *Icarios* de la primera bacanal que produjo su enseñanza, *Maira* enseñó á *Erigone* el árbol á cuyo pié estaba sepultado su padre y en cuyas ramas esta última se colgó. Ahora bien, *Maira* significa “la brillante que sale del agua”, ó sea la estrella del mar como la *María* de los cristianos cuyo calzado de luna es, según dije ya, el de las deidades acuáticas: *Venus* y *Tetis* (1). Esto proporciona una relación preciosa entre el fálico Dionisos y los mitos acuático-lunares, con los cuales viene á emparentar tan extraordinariamente la virgen de los cristianos...

Por lo demás, la luna es la estrella del mar por excelencia, puesto que preside las mareas y el rum-

(1) Háse notado asimismo una analogía entre la leyenda de Moisés y la de Baco.

bo de las naves. De aquí también que la *María* cristiana la tenga por pedestal; y que en la misma simbología católica, fuese considerada hasta el siglo XVI, como la *vejiga natatoria* del pez místico que simbolizaba á Cristo. Dicha vejiga era entre los paganos, á su vez, una imagen del órgano femenino.

Los cristianos llamábanse “pececillos nacidos de las aguas del bautismo”, que originariamente representaba un ahogamiento del cual se renacía á una vida mejor; y por esto Jesús era “el gran pez” denominado con el conocido acróstico *ictis*. Semjante origen, daba al nacimiento espiritual de los sectarios de Cristo, una identidad singular con el de la demoníaca y voluptuosa Afrodita. Había más de una razón en las “calumnias” paganas sobre los poco abstinentes misterios de los primitivos fieles. En los ágapes, ó eucaristías primitivas, el pan simbólico de la Cena, ó cuerpo de Jesús, tenía forma de pez. Dos de esos panes cruzados uno con otro, y cada uno incidido á su vez en cruz (*panes decussati*) formaban la inicial del nombre griego de Cristo, X. De ahí provienen los dos pececillos que figuran grabados en las vinajeras de las misas actuales, formando por otra parte el signo *Piscis* del zodiaco y de la astrología pagana; pues sería singular, si no demostrara sencillamente la irrealidad histórica del cristianismo y su estrecha adaptación á la mitología greco-latina por individuos positivamente inferiores á ella, desde que sólo supieron copiarla mal, que siendo Jesús un hebreo y hebrea también la institu-

ción fundamental de su culto, la simbología, la etimología, y las ceremonias más importantes de aquel resulten del más perfecto helenismo. Dilucidado esto, las analogías-báquicas se explican. Los ignorantes sectarios de la primera hora, que apenas tendrían noticias de la iniciación, dadas las reservas conocidas, copiaron del culto que veían más en auge: el báquico precisamente. Cuando los más instruidos que después vinieron, hubieran podido intervenir, la tradición estaba ya formada. San Baco figuró en el cristianismo desde sus comienzos. En el siglo IV, tenía ya representación hagiográfica.

Completando las analogías de este género, advertiré que el lirio de la Escritura, símbolo de María, es la anémona de Palestina: la flor de Adonis cuyo nombre lleva como especificación genérica; la flor sexual por excelencia, pues ya se sabe quien era aquél; la flor de la sangre, que tiene todos los colores, menos el azul, distintivo de las divinidades castas; la flor venenosa, hermana del eléboro; la flor cuyo mismo nombre significa vanidad: del griego *anémone*, viento... (1). Pero volvamos á las alegorías báquicas.

Zeus, una vez fulminada Semele, oculta al peque-

(1) Por lo demás, la ausencia del color azul, y el carácter sanguinario, demostrado por las propiedades rubefacientes y venenosas, son comunes á todas las ranunculáceas. En las leyendas finesas del *Kalewala*, cierta virgen María (Mariatta) resulta fecundada por haber comido en el bosque una baya roja. Las interpretaciones cristianas identifican á dicha Mariatta con la madre de Jesús.

ño Dionisos en su muslo. Esta situación es característica para el falo personificado; pero los mitólogos le han descubierto en la India una relación muy importante.

Resulta que el dios *Soma* recibió el mismo servicio de Indra, en un percance igual al del Dionisos intrauterino. Así lo demuestra el hecho de que se riegue con el zumo de la planta que lleva su nombre (*soma*) el fuego producido por el *arani*: un aparato consistente en dos piezas de madera que producen chispas por el frotamiento de una dentro de otra.

De los textos hindúes se deduce que *soma*, en un significado inferior, es también el *semen* cuya etimología dá; y la operación ignívoma del *arani*, simbolizaba para los primeros arios el acto de la generación: un palitroque girando en una cavidad. *Soma* es también un líquido embriagador, lo cual establece las relaciones bien conocidas entre la borrachera y la lujuria. En el panteón védico, es, bajo su forma astronómica, la luna; astro al cual Orígenes y Clemente de Alejandría consideraban símbolo viviente de Jehová; y esto, como se vé, relaciona muchas cosas.

Soma significaba, además, en griego, el cuerpo humano, la forma exclusivamente carnal, y por esto recibían tal nombre algunos cementerios alejandrinos. Los hindúes llaman *Sohan* al principio *Jiva* ó formador del cuerpo físico, permutándolo en *Hamsa*, ó el cisne, símbolo de la mente superior á cuyas órdenes trabaja el mencionado *Jiva*. Nada más natural,

entonces, que la conversión de Soham en Soma, la forma carnal engendrada por el semen.

Los mitólogos encuentran á su vez en la etimología del nombre *Dionisos*, una radical sanscrita de *humedad*, que lo relaciona con el agua y con la savia; á lo cual añadiré que en el panteón védico, existe una familia de númenes, los *Dyanis*, cuyos parientes inferiores secaron las grandes aguas de la primitiva creación, siendo á su vez personajes acuáticos.

El himno al Sol reproducido por Marciano Capella, invoca á Dionisos diciéndole: “vos, cuyas tres letras que valen en números *seiscientos ocho*, forman el nombre sagrado, el sobrenombre y el presagio”. Esas tres letras son las del vocablo *Hyes* que valen respectivamente 400, 8 y 200, lo cual asimila esencialmente al agua el nombre del dios (1).

Sus fiestas no dejaban así mismo lugar á dudas.

Las danzas de las bacanales llegaron á ser tan licenciosas, que el senado romano las prohibió, aunque sin éxito.

Plutarco dice que la *dionisia* tradicional, consistía en un cortejo á cuya cabeza transportábase una ánfora de vino y un sarmiento; luego, un chivo, un

(1) No obstante su patrocinio vinícola, las libaciones que se le consagraban, eran de vino aguado; compartiendo con Hermes esta excepción única é inexplicable sin la clave lunar correspondiente á ambos númenes. Hermes era radicalmente simpático al agua, por el hidrógeno ó elemento primordial de la antigua química.

canasto de higos (1) y el falo. La canción fálica era ritual en dicha fiesta.

El culto de Dionisos conservó la tradición de los sacrificios humanos, con ciertas pantomimas religiosas como aquellas de las fiestas Agrionias, en que el sacerdote perseguía espada en mano á las lúbricas devotas; pero tan lleno realmente de sanguinario furor, que alguna vez llegó hasta el asesinato.

La primera imagen del dios, fué un poste coronado por una máscara y al cual se ataba un falo. De aquí nacieron los *Priapos*, todavía desconocidos en tiempo de Hesiodo. Posteriormente, el dios llevó traje femenino y fué coronado por la mitra, símbolo fálico como todos los conos. Inútil es añadir que sus oraciones no mencionan ningún atributo noble, y que no se le conoce un solo beneficio prestado á la humanidad.

Añadiré para concluir, aun cuando no agoto por cierto el tema, que la leyenda de los misterios situaba el sepulcro de Baco bajo el *omfalos* de Delfos, como para significar el dominio incontrastable de Apolo. Era el entierro de la anarquía báquica en el centro político y religioso de la fraternidad helénica.

(1) El higo era un emblema sexual, conservado todavía en una designación popular del italiano moderno.

Un paso en la caverna

Ahora bien, ¿qué eran esos misterios eleusinos tan venerados por toda la antigüedad, y en los cuales se daba junto con la enseñanza ética de los mitos la clave filosófica que develaba su sistema?

Eleusis era una pequeña ciudad situada cerca de Atenas; verdadero pueblecito religioso, ó especie de grande abadía laica, donde existía, en el centro de un bosque sagrado que el cristianismo conservó como dependencia fundamental de las suyas, el recinto de las iniciaciones ó templo de Demeter. Formaban su recinto principal las cavernas de iniciación que el primitivo cristianismo imitó en las catacumbas, y que constituían un departamento indispensable de todos los templos antiguos, conservado hasta en las criptas de las basílicas medioevales.

Las fiestas eleusinas pasaban por ser las más solemnes de Atenas (1), tanto que, durante ellas, rei-

(1) Habíalas también en Mesenia y en Arcadia donde recibían el nombre de *Liceas*, lo propio que en Roma; en Sicilia.

naba una tregua general. Quedan ya enunciados sus caracteres sociales; los religiosos, ó sea la iniciación misma, basábanse en la palingenesia ó reencarnación de las almas, sobre las bases cosmogónica y psicológica que enuncié más arriba.

La antigüedad entera creía en la palingenesia cuya filosofía informa todo el pensamiento greco-romano desde Platón hasta Virgilio; pero el *modus operandi* de la iniciación que la demostraba, ha quedado casi impenetrablemente obscuro.

Tan bien se guardaba el secreto, y tan graves cosas encubría, como lo prueba esa misma fidelidad, que el nombre misterioso de la ciudad de Roma, usado en las invocaciones solemnes, no ha llegado hasta nosotros.

Sábese, no obstante, que el primer ciclo de iniciación estaba simbolizado por un drama hierático, ó especie de ópera colosal, puesto que contaba con largos comentarios líricos. Este drama, era el rapto de Perséfone ó Proserpina, hija de Demeter, por Hades ó Plutón.

donde según Salustio llamábanse *el descenso del espíritu á los infiernos*; en Lernaia, donde llamábanse *epacthés* (de donde la *epacta* de nuestros almanaques, ó sea el número de días que debe agregarse al año lunar para que coincida con el solar); en Argos con el de *Musia*; y las llamadas *omoloia* en Tesalia; *pilayas* en Pilos. Según las advocaciones de Demeter recibían los nombres de *alóa* ó de las eras; *demetrias* ó de los cereales; *talusias*; *apaturias*; *prorosias* y *tesmoforias* ó de la iniciación propiamente dicha. Todas simbolizaban la concordia y la riqueza que proviene del trabajo agrícola.

Para completar la noticia, añadiré que había también *tesmoforias* en Cizica, bajo el nombre de *Perephattes*.

La leyenda era sencilla.

Jugaba la joven con sus compañeras, recogiendo flores, cuando de repente la tierra se abrió con estrépito apareciendo Hades. Efectuóse el rapto entre las vanas protestas de la doncella, (1) á quien su madre una vez enterada del suceso, buscó por todas partes sin éxito. Al fin el sol le revela el nombre del raptor y el sitio donde aquella se encuentra. La desolada madre obtiene al fin de Hades que deje volver á su hija á la luz, esperando así reconquistarla; pero ello es imposible, pues Perséfone ha comido en la mansión infernal el grano de la granada, lo cual la encadena á las regiones inferiores donde debe permanecer durante un tercio del año.

La mitología comparada sólo vé en el drama eleusino una alegoría de la vegetación que nace en la primavera y muere ó permanece oculta en el seno de la tierra durante el invierno; mas para que el drama tuviera tal carácter venerable entre los espíritus superiores, debía significar y significaba, en efecto, algo superior.

El rapto de Perséfone se efectúa en las mismas condiciones que el de Europa, lo cual aleja la analogía vegetal; pero el carácter solar de su madre Deméter y sus procedimientos mientras indaga el paradero de la raptada, ponen las cosas á mayor distancia todavía. Durante su peregrinación, llevaba en

(1) Rogaron también al raptor, sin éxito, Atena y la ninfa *Cyane*, cuyo nombre — *la Azul* — es significativo dado el carácter solar de Perséfone.

las manos antorchas encendidas y no se bañó una sola vez. Hospedada por las hijas de Keleos, intenta dar la inmortalidad á Demofoon, hijo á su vez de una de ellas, soplando suavemente sobre él, y ocultándole por la noche en el fuego con un tizón. Manejaba, pues, el aire y el fuego, elementos espirituales.

La granada que Perséfone comió en la morada plutónica, y que la impide volver totalmente á la inmortalidad superior, presenta otro carácter notable.

Este fruto era un símbolo de la maternidad, y más aún del órgano sexual femenino cuya ovulación representaba; y si Perséfone, por haberla comido, no puede volver, esto significa que ha tenido comercio carnal con Hades, es decir, que por la materialización á ello inherente, está condenada á renacer. Por la misma razón, el himno órfico la llama "cornuda": como si dijéramos *lunificada* por la acción sexual de su raptor; siendo los cuernos, símbolos lunares. Del mismo carácter es la adormidera, otro fruto consagrado á Demeter.

Claro es que la mitología comparada no verá en ello sino la evolución vegetal de las estaciones; pero aquí cabe renovar una reflexión.

¿Es posible, en efecto, que hombres como los filósofos griegos, se contentaran con esas infantiles alegorías? Perséfone, que simbólicamente era el alma caída en la materia, así como Demeter representaba al espíritu director de la evolución humana en sus desvelos por conducirla á buen fin—por esto

era un numen de primer rango, con dominio sobre el agua y el fuego — tenían ambas realidades como fuerzas naturales creadoras. La existencia de tales dioses, es decir, de fuerzas inteligentes, constituía, por el contrario, un elevadísimo sistema filosófico y moral. Tan elevado y lleno de verdades resplandecientes, que hasta el cristianismo enemigo debió adoptar más de una.

Al pretender explicar el origen del mundo, los misterios asignábanle por causa y razón la justicia; puesto que dicho origen era un renacimiento determinado por actos anteriores. Como estos actos fueron además conscientes para los primeros seres que despertaron á la nueva vida, la justicia venía á constituir también la conciencia del universo. La palingenesis era, así, un resultado de esa ley universal de justicia. Dentro de ella cabía, como es claro, el heroísmo, ó sea una anormal exaltación de justicia, que la caída de los espíritus solares representaba en acto magnífico.

Una institución que pretendía conformar á la norma de la justicia el universo, la sociedad y la conciencia humana, era por de contado eminentemente civilizadora. Pues el fundamento mismo de la civilización, es la seguridad de la justicia.

Obsérvese, por ejemplo, el significado verdadero de las Erinias, ó númenes primordiales de la retribución, agentes del destino cuando representan la determinación actual de la vida causada por otras existencias, y Furias cuando significan el castigo, ó reacción funesta del mal.

La primera de esas deidades, llamábase *Poiné*, literalmente el nombre de la *pena* corporal ó compensación judicial que el delito acarrea á su autor según los casos; bien que al principio designara sólo el precio de la sangre. He aquí el origen de toda la justicia en la venganza primitiva; puesto que sin duda el derecho criminal ha antecedido al civil, determinando por lo menos sus fundamentos. La lesión corporal, constituye el atentado más primitivo contra el bien primordial del hombre, á la vez que, por iguales razones, el castigo más antiguo. Los misterios, al simbolizar la conciencia en las Erínias, tuvieron que reconocer este hecho real; pero al paso que *Poiné-Tisífone* (pues *Poiné* es también el nombre genérico de las tres en su acepción judicial) representaba con sus atributos horribles la venganza primitiva ó precio de sangre, *Alecton*, la tercera Erinia no era ya más que el remordimiento, ó sea la auto-reacción de la conciencia reveladora de un estado moral superior, correspondiente á una civilización más adelantada. Si bien se mira, todo el progreso del espíritu, individual y colectivamente hablando, estriba en la sustitución razonada del *instinto* del *talión* por la *idea* de la justicia; y tal es la evolución histórica del derecho ateniense: la socialización de la justicia, progresivamente substraída al privilegio individual y familiar para el cual no era sino venganza privada.

La iniciación tenía un ritual que ha permanecido en el misterio, aunque se sabe que constaba de lar-

gas ceremonias nocturnas repetidas en diversos períodos y bajo el secreto más profundo. Es increíble que la mera explicación de alegorías vegetales ó cosmográficas, sellara los labios de hombres como Platón, cuyo coraje cívico corría parejas con su libertad filosófica (1). Para explicar cómo se pretende el drama de Demeter y Perséfone, sobran las pruebas y las ceremonias repetidas á veces durante años.

Consta, asimismo, que había tradiciones orales y escritas, comunicadas en secreto y todas perdidas hoy; lo cual demuestra la existencia de estudios sistematizados, que el neófito efectuaba en mayor ó menor tiempo según su inteligencia.

Escápasenos en cambio el detalle de la escenografía misteriosa, en la cual habría, sin embargo, un punto interesante para nosotros.

Sabemos que los misterios eran dramas sagrados, y que se los representaba por la noche en las cavernas de iniciación; pero el drama profano fué siempre diurno en Grecia, por falta de luz artificial. ¿Qué iluminación tenían los otros?

Existe el indicio de que había cierta luz misteriosa, y los antiguos han hablado mucho de las lámparas perpetuas, anticipación imaginativa, si se quiere, del *radium* actual. El punto es importante á no haber duda, pues lo cierto es que *alguna luz des-*

(1) Recuérdese su antes mencionada comedia el *Cleón* contra el tirano de Atenas. Fué presentada á un concurso en el cual venció Aristófanes con *Las Ranas*.

conocida de los profanos, tenía que alumbrar aquellas escenas. La reserva de los iniciados la ha mantenido en secreto. Sólo sabemos algo de los pequeños misterios, y esto trunco por lo demás.

Guardábase, también, los plazos sagrados con todo rigor; y sólo después de siglos, se alteró por medio de una baja superchería su transcurso, para complacer á Demetrio Poliorcetes (1); mas Grecia había sufrido ya el yugo macedonio con Filipo y con Alejandro educado en el positivismo de Aristóteles.

Esto mismo nos suministra un nuevo rastro. Fué la influencia báquica lo que corrompió los misterios. El sepultado bajo el *Omfalos*, lo manchó todo á su contacto maldito. Así el sacerdocio solar volvióse simoníaco, y sus templos casas de préstamos, donde una minuciosa tarifa precedió los futuros negocios de las indulgencias cristianas.

Las purificaciones previas eran rigurosas, y consistían principalmente en la castidad, el silencio y la alimentación vegetal. Sólo la degeneración antes enunciada, pudo interpolar después á las eleusinas el culto báquico y sus licenciosas comedias.

(1) Un tirano aventurero, no obstante su famosa victoria en la segunda Salamina, que los atenienses degradados exaltaron con exceso. Episodio estéril, por lo demás, de la lucha entre Antígono, padre de Demetrio, y Tolomeo Lago. La Grecia estaba ya humillada y corrompida por el imperialismo macedónico tanto como por la decadencia de su moral. El positivismo racionalista de Aristóteles, muy semejante al nuestro, había sustituido á la filosofía platónica.

Alguna de las fórmulas usadas en las ceremonias de la iniciación, se ha conservado transmitida por los Padres de la Iglesia. Así la referente á la comunión misteriosa: “He ayunado, he bebido el *ciceón* (1), he tomado la *cista*, y después de haberla gustado, he depositado en el *calathos*; he vuelto á alzar el *calathos* y he puesto en la *cista*”. Esto carece de sentido, á no dudarlo; pero san Clemente de Alejandría que lo menciona, está lejos de hacerlo burlonamente. Y eso que era un fogoso enemigo del viejo culto.

Toda la primera parte de su *Protrepticus* es un ataque contra los misterios y los oráculos, que constituían los órganos esenciales del paganismo; pero ello no excluye la expresión del mayor respeto á los filósofos paganos. Opinión en la cual acompañabanle figuras tan nobles como Justino Mártir, quien en su primera apología, afirmaba que Platón, Sócrates, Pitágoras, Heráclito, fueron, como los profetas y Moisés, cristianos anticipados; lo cual, desde su punto de vista, equivalía al mayor elogio. Por lo demás, lo obscuro del texto pagano que cita san Clemente, no va en zaga á la dificultad de sus *Stromates*, con frecuencia ininteligibles. Especie de misce-

(1) El *ciceon* era la famosa bebida homérica compuesta de vino, miel, harina y queso rallado que se usaba en los banquetes de los héroes; pero seguramente no se refería á ella la fórmula. En la Odisea hay al respecto un detalle significativo. Circe dá de beber el *ciceon* á Ulises, pero adicionado con hierbas mágicas. Tratábase sin duda de algún ingrediente parecido al *hachisch*: un excitante mental.

lánea teológica cuyo mismo título expresa ya un simbolismo exagerado (1).

Las tres palabras sagradas con que se clausuraba las asambleas misteriosas, han dado asimismo mucho que hablar. Ellas eran, como es sabido, *konx om pax*, sin traducción posible en griego. Algunos han querido tomarlas del hebreo. Otros han visto en el vocablo *om*, la misma sílaba sagrada que constituye el *amén* de las oraciones hindúes. Lo cierto es que no existe prueba alguna, revelando esto una vez más el inquebrantable secreto de los misterios.

En cambio, sabemos que se enseñaba los nombres secretos de los dioses, y podemos conjeturar que con algún objeto sería, cuando por causa del riguroso misterio, ninguno ha llegado hasta nosotros. Según los gnósticos, tratábase de meros grupos de vocales; pero, á semejanza de lo que pasa con los *mantrams* ú oraciones fakíricas de los hindúes, parece que el secreto consistía en la manera de recitarlas. Pretendíase que esto ponía al iniciado en comunicación con fuerzas secretas, por lo cual había peligro en confiarlo á quienes no fueran capaces de manejarlas. Tanto valdría, efectivamente, poner explosivos en manos de un ignorante. Por lo demás, háblase ya de un candado cuyo secreto consiste en el canto de determinadas palabras ante un micrófono que le sirve de ojo de llave. La idea habría dimanado de los experimentos de Hel-

(1) Tales títulos eran peculiares á la literatura alejandrina. En mi trabajo *La Cacolitía*, final del párrafo I (ver *Las Límaduras de Hephaestos*, volúmen I), tengo dada la noticia pertinente.

molz sobre las llamas cuya forma modifican con regularidad las ondas sonoras; y es ya de física corriente, que el sonido tiene correspondencias etéreas.

Que se trataba de cosas graves, pruébalo por otra parte un texto de Plutarco, según el cual el alma sufre en el momento de la muerte una impresión análoga á la de los iniciados en los grandes misterios; fenómeno que describe brevemente á continuación (1).

Es que el iniciado, pasaba en realidad, como ya dije, por las angustias de la muerte, durante el trance magnético en que el desprendimiento conducíalo á la región del Hades, de donde podía no volver; y la descripción virgiliana del descenso de Eneas á los infiernos, presenta un cuadro sugerente de lo que era aquella peregrinación.

Por esto, cuando volvía, llamábanle el dos veces nacido, y contaban su edad desde ese regreso: ceremonia conservada, bien que sin trascendencia alguna, en las iniciaciones masónicas. El gran misterio eleusino, era, pues, una cosa gravísima; y valía la pena conservar un secreto por el cual habíase afrontado la muerte. También esto era, á su vez, un seguro insuperable para guardarlo.

No obstante, Aristóteles, según Sinesio, opina-

(1) "Antes, dice, de llegar al fin de las pruebas, el espanto, llegado al colmo, hace temblar. Un sudor frío hiela los miembros". No era, pues, una vulgar escenografía religiosa lo que así conmovía á un hombre de juicio tan sereno y de cultura tan superior. Un griego como Plutarco, no se arredraba fácilmente; y dada su veracidad, no es de creer tampoco en una farsa. Basta haberlo frecuentado, para rechazar la suposición.

ba que en los misterios no se aprendía nada preciso, reduciéndose todo á recibir impresiones después de cierta preparación física y moral. Háse pretendido corroborar esto con un pasaje de Plutarco, en el cual se afirma que las ceremonias de la iniciación no comportaban demostraciones ni convicción producida por el raciocinio. Pero hay entre los dos autores una completa diversidad de situación. Aristóteles opinaba sin ser iniciado, y Plutarco lo era. Para aquél era conjetural lo que éste sabía. Es, pues, el texto del último lo que interesa, y según él, resulta que la iniciación era experimental. El iniciado recibía ayuda, pero no revelaciones. Él debía descubrirlo todo por el ejercicio y la transformación de su ser.

San Clemente de Alejandría dice que la instrucción y preparación se daba en los pequeños misterios. En los grandes, añade, todo se reducía á contemplar y concebir. De esta suerte el drama eleusino cuya referencia nos ha llegado, era una alegoría general, no la narración de los misterios. Por haberlo olvidado, se incurre en el extremo de creer que éstos consistían en la interpretación de aquél, reducida por último al cultivo de los cereales; pero repito: ¿cabe creer que este aborto miserable de tantos preparativos, satisficiera á hombres como Platón, sellando su boca con un silencio inviolable?

Háse pretendido comparar las mencionadas “impresiones” de los misterios, á las que experimenta en las ceremonias de nuestras iglesias el vulgo sencillo, para quien el significado general dimana de

una somera instrucción religiosa; aunque no entienda todo analíticamente, sufre en conjunto la impresión religiosa.

Pero Platón y Eskiolo no eran el vulgo sencillo, ni á la iniciación llegaba sino la flor de la intelectualidad griega. El noviciado comportaba, además, una enseñanza cuya severísima disciplina demuestra su vasto alcance. Toda la antigüedad atestigua que el drama no era sino una alegoría de realidades superiores; y Plutarco afirma que se refería positivamente al viaje por el Hades. Lo que se pretendía dilucidar allí, era el problema de la vida futura. El objeto de los misterios, era explicar científica y filosóficamente la palingenesia, ó sea la historia del espíritu inmortal estrechamente unida á la evolución del universo donde actúa. De ahí derivaba á la vez una ética racional, el desideratum supremo que nuestras religiones y nuestras filosofías no encuentran; una filosofía correlativa; una estética con ellas armonizada: la síntesis de Platón, sobre la cual basábase aquella civilización griega, tan resistente y poderosa, que aun determina toda la evolución moral é intelectual de las razas europeas y por consiguiente de la nuestra: la más armoniosa, la más humana, la más feliz de todas las civilizaciones de la historia.

Reconócese hoy, generalmente, que el propio cristianismo enemigo debió tomarla como agente de viabilidad; y si bien las naturales deformaciones producidas por el tiempo, la hibridación con aquel culto, la desaparición de la raza epónima, han po-

dido eliminarla de la superficie histórica, su influencia profunda continúa manteniendo nuestro fundamento social por excelencia, nuestro concepto esencial de familia, nuestra suprema aspiración moral: el principio de autoridad, la subordinación de la mujer y el imperio de la razón en la conducta.

La síntesis filosófica-ética-estética ya no existe; y de aquí nuestro desequilibrio, que es una crisis de inmoralidad, de anarquía y de feminismo. Así fué cuando la primera disolución, coincidente con la caída del imperio romano. Así cuando al disolverse la fugaz síntesis católica del siglo XIII, restauración inconsciente y defectuosa de la otra, el Renacimiento organizó el despotismo, demostrando á la vez su compatibilidad con la licencia, tanto como su antagonismo con la libertad. La síntesis antigua ya no existe. Mas lo que de ella ha quedado, preside aún la evolución de nuestras ideas. La misma civilización futura, quizá contradictoria con ella en muchos puntos, surgirá de ella como la hija más hermosa que su hermosa madre, según el conocido verso horaciano; pero su concepto substancial de verdad, bien y belleza, constituirá también, á no dudarlo, el fundamento de ese futuro desenlace. Desaparecerá lo ya logrado hasta el exceso, como todo cuanto ha alcanzado su fin en este mundo, es decir, la obediencia, fundándose la sociedad futura en el libre acuerdo sin autoridad y sin instituciones. A eso nos lleva, sin duda, la evolución social. Pero eso importará á la vez, como no sería difícil probarlo,

si no estuviera aquí fuera de lugar, la restauración de la síntesis filosófica-ética-estética que reporta al espíritu humano la posesión completa de la libertad.

Representaban, pues, los misterios, una cosa muy grave, como que su fracaso podía acarrear al individuo la locura ó la muerte y á la sociedad la disolución, que es siempre una serie de catástrofes sangrientas. De aquí el silencio descriptivo en los iniciados, tanto como lo extremo de sus alabanzas.

Es, en efecto, un himno homérico el que nos ha conservado entre elogios el drama místico de Demeter y de Perséfone; pero el silencio de Homero y de Hesiodo, en punto á explicaciones, es absoluto. Sin embargo, la *Teogonía* de este último, era el catecismo alegórico de las enseñanzas eleusinas.

Píndaro ha declarado entre todos feliz al que después de la iniciación rinde la vida. Conoce ya el fin de ésta, añade: el arcano de los orígenes.

El *Panegírico* de Isócrates atribuye á Demeter el don de la agricultura y de los misterios que aseguran á sus iniciados la esperanza, no sólo para el fin de esta vida, sino para la eternidad. Pero no se trata, por cierto, de la eternidad cristiana, que para los griegos habría significado un absurdo; sino, precisamente, de una sucesión de vidas como se explicó en otro lugar. Por lo demás, esto es fácil de concebir. Jámblico, un iniciado — y quizá el que más reveló en sus textos — expone claramente la doctrina de la palingenesia, diciendo que ella constituye el fondo mismo de los misterios. Entre éste,

que era un iniciado, y más todavía gran sacerdote, é Isócrates, un mero escoliasta, la elección no sería dudosa; si el último hubiera querido significar, lo que es difícil, el concepto moderno de eternidad. Por otra parte, no emplea la palabra: dice “la duración de los tiempos”, ó sea un período de actividad cósmica en el lenguaje de los misterios.

La palingenesia enseñada, comportaba por otra parte la justicia permanente, al estar las vidas de todo ser humano determinadas por otras anteriores. Cada hombre causaba, así, su destino, incluso el más alto de la gran iniciación, que era, como está dicho, una tarea personal. Éste es el concepto del “conócete á ti mismo”, que no formulaba un método de psicología egoísta, sino el estímulo para indagar el destino humano: un precepto de los misterios.

El acceso á la iniciación, era igual para todos: concepto democrático de la ciencia y de la virtud, que fué el alma de la civilización griega, si bien durante un tiempo, la iniciación daba acceso exclusivo á los más altos cargos políticos. Esta costumbre, heredada de la teocracia egipcia que organizó el primitivo culto griego, no duró mucho; quedando sustituida por los principios electivo y hereditario.

Cabe hacer aquí la reflexión de que, andando el tiempo, espíritus tan superiores como Renán y Carlyle, habían concebido la única organización social compatible con la justicia y con el bien, bajo una forma análoga; lo cual es una justificación

elocuente de aquella antigüedad cuyo último residuo en la materia, el mandarinato chino, resulta así extrañamente aproximado á los puestos públicos de las modernas democracias, accesibles para todos “sin más condición que la idoneidad”. Las ideas griegas, continúan, pues, determinando nuestras concepciones.

Verdad es que se llamaba reyes á los iniciados. Pero tratábase de los “reyes de Tebas”, una ciudad puramente simbólica. Tebas con sus siete puertas, significaba el alma humana perfecta, con los siete sentidos que debe poseer en lo futuro. Y como la iniciación consistía en alcanzar artificialmente dicho estado, de aquí la denominación. Virgilio, recordando precisamente las visiones místicas de Píndaro, señala en un verso memorable la condición única del acceso á los *campos elíseos* cuya semejanza fonética con los misterios *eleusinos*, encierra más de una relación:

Quique sui memores alios fecere merendo (1).

Sólo que los tiempos habían cambiado, y la primitiva alegoría tomábase en la expresión directa del verso. La dicha futura correspondía á todos los que hubieran realizado el bien sobre la tierra, fueran ó no iniciados, es decir “reyes”.

En este mismo sentido se expresa Sófocles cuyo

(1) La descripción virgiliana de los misterios, se halla en el libro VII de la Eneida. Descenso de Eneas al infierno.

texto ha motivado alguna confusión en los intérpretes que le aplican anacrónicas ideas cristianas. Los iniciados, dice el poeta, no padecerán en el Hades; los otros no encuentran allá sino sufrimientos.

Queríase asimilar esto al “fuera de la iglesia no hay salvación”; (1) pero es absurdo. El Hades no era el infierno, sino más bien el purgatorio; y los iniciados muertos no padecían allá, porque ya habían estado en vida y conocían el secreto de semejante situación.

Tanto es así, que aun cuando el mismo Plutarco trae la cita en cuestión, narra por otra parte la anécdota de Diógenes ante quien se expresaba la mencionada idea teológica. “¡Cómo! respondió el filósofo: ¿entonces Patecion el ladrón, que ha sido iniciado, tendrá después de muerto una suerte mejor que el honrado Epaminondas, quien no lo ha sido?...”

Esta era, sin duda, la voz del sentido común y de la filosofía, que la Iglesia tan inconsideradamente desdeña. Por lo demás, el interlocutor de Diógenes,

(1) Por lo demás, el texto es apócrifo en el mismo Evangelio. Está reconocido que los versículos en cuestión (del 9.º al 20.º en el cap. XVI de Marcos) fueron clandestinamente introducidos para conformar el texto evangélico al dogma absurdo de la salvación exclusiva. En los textos más antiguos de la Biblia no existen. Tales los dos manuscritos griegos más arcaicos que han llegado hasta nosotros, publicados por Matthaei, profesor de Moscou en cuya biblioteca sinodal habíalos descubierto, é impresos en las famosas ediciones de los hermanos Zosieno.

no afirmó nada; hizo sencillamente una consulta. En cambio, el filósofo fué terminante, como se vé; y Plutarco, que era iniciado, no consignaría en esa anécdota una moral contraria á la de los misterios.

Ultimamente Juvenal, en su republicana sátira sobre la nobleza, ha abundado en las mismas ideas. Es la conducta lo que vale realmente, no los privilegios ni la raza; y esto sin faltarle ni la queja, que diríase moderna, sobre la libertad del sufragio...

Atenas iniciaba á sus jueces para que fueran mejores; lo que no se había de conseguir por medio de alegorías cuya clave estuviera en la germinación del trigo; ó con la farsa consentida de ceremonias huecas (1) ó con la intolerancia teológica del Paraí-

(1) Sólo en la insensata idolatría del Estado, que inspira las doctrinas rusionanas, identificando la tiranía lógica del *Contrato Social* con la ferocidad metafísica del dogma, pudo haber el sublevante absurdo de imponer al legislador el fingimiento de la inspiración divina, necesaria según el triste filósofo para garantizar la eficacia de las leyes; pretendiéndose todavía que ello procede de Platón, y elogiándose á Mahoma por haber cometido la farsa. La teología y el despotismo dominantes en la época, merecieron ciertamente su Rousseau: verdadero Satanás de semejantes divinidades. Si el demonio es dios invertido según la conocida sentencia eclesiástica, ahí está el caso. La misma lógica que había encendiendo las hogueras de la inquisición, maquinaria la guillotina revolucionaria. Y después de todo, el principio no provenía del ginebrino. El papa Alejandro VI era ateo por declaración propia; lo cual no le impedía desempeñar el vicariato de Jesucristo en la tierra. El carácter acentuadamente femenino de la obra rusionana, explica por otra parte esas sutilezas de piadoso fraude; pero ello constituía una convicción para todos los filósofos contemporáneos. He citado ya la opinión de Voltaire sobre la superchería que

so exclusivo para los iniciados: ideas contrarias al carácter ateniense.

Pero si sería difícil encontrar un testimonio pagano contrario á los misterios, su excelencia tiene una corroboración decisiva en los escritos de los primeros cristianos.

A pesar de la ardentísima polémica entre los sectarios del nuevo culto y los del antiguo, los Padres de educación griega como Orígenes, Clemente de Alejandría y Gregorio Nacianceno, hicieron justicia á la institución eleusina; y eso que contaban entre los más eminentes y decididos.

El segundo, sobre todo, manifestó siempre el más alto concepto de la filosofía griega, llegando á considerarla tan importante como la ley hebrea para la conducción moral de la humanidad. El plan de su grande obra de controversia y de doctrina, consistió como el de los misterios en una cosmogonía, particularizada luego á la especulación teológica y á la ética doctrinal; su realización consistió en un comentario alegórico de la Biblia continuando así las especulaciones del primitivo cristianismo neoplatónico, que fracasaría con los gnósticos en su alto designio de conciliación.

Su falta de espíritu crítico, y un exceso evidente

atribuye á la moral de los mitos griegos. Volney, en sus famosas *Ruinas*, considera á los sacerdotes de los misterios como "impostores sagrados". Los filósofos en cuestión, generalizaban con demasiada ligereza el almizclado escepticismo y la retórica baladí del clero su contemporáneo.

de sentimentalismo, que no vacilaba ni ante las contradicciones de su propia lógica, pusiéronlo fuera de aquel gran programa cuyo éxito habría economizado tanta barbarie y tanta sangre; pero su respeto por la filosofía, como si dijéramos para él maternal del paganismo, permaneció incólume. Platón informaba su pensamiento, también director de otro gran espíritu cristiano cuya influencia fué decisiva para el nuevo culto: san Agustín, quien así lo declara en sus *Confesiones*. Platón habíale conducido al cristianismo como un verdadero precursor.

Corresponde á los latinos, mal informados, la condenación de lo que ignoraban. Intolerantes por causa de su misma ignorancia, confundieron las bacanales con las ceremonias de Eleusis misteriosa. Así fué formándose la leyenda, en cuya virtud pretendería el mediocre y subalterno Teodoreto, en el siglo V, que los misterios tenían una clave especial para los hierofantes ó grandes sacerdotes solamente, siendo ella la interpretación naturalista puesta hoy en boga por la mitología comparada. Según ese autor, el politeísmo concluía, así, por resolverse en el dogma de la unidad divina.

Teodoreto no podía saber sino de oídas lo que afirmaba, puesto que desde el final del siglo IV, el bárbaro edicto de Teodosio había prohibido el culto de los dioses, clausurando los santuarios y destruyendo los templos: que sólo con tan divinos medios de persuasión, consiguió triunfar el cristianismo.

No obstante lo duro de la persecución que un si-

glo después renovaría Justiniano, lo cual prueba la resistencia vital del antiguo culto, éste seguía dominando en los espíritus superiores. Entonces se apeló á la falsificación sistemática, ó sea al transformismo de los dioses en santos; siendo el texto citado una de las muestras.

Pero la tal “unidad”, ó sea el dios personal único, que tal es el concepto cristiano, constituye una falacia. El politeísmo informaba toda la revelación de los misterios, en una concordancia filosófica, que fácilmente se echa de ver, con la fundamental palin-genesia. Lo que se enseñaba en el misterio, era el secreto de la naturaleza de los dioses, con los poderes inherentes á esta comprensión. Así lo afirma Cicerón por ejemplo; no siendo difícil optar por cierto, entre el orador latino y el cronista oficial del siglo V.

Ya insistiré más adelante sobre la lucha entre ambos cultos. Quiero, por el momento, cerrar estas reflexiones con una muy importante á mi entender.

El cristianismo tomó de los misterios mucho vocabulario, gran parte de la disciplina eclesiástica y de la organización cultural. Esto es ciertamente superior á las divergencias teóricas de sus Padres.

Las primeras enseñanzas cristianas llamábanse iniciaciones; y á título de tales, describen los primeros Padres sacramentos tan importantes como el bautismo. Sus dogmas son hasta hoy “misterios”; sólo que enteramente vacíos, como todo plagio meramente formal, resguardan en el absurdo sus im-

siciones irracionales. La fé que exigen, excluye toda racionalidad, porque es la disciplina ciega cuyo mérito consiste en la humildad con que se acata á la Iglesia. Pero esa misma disciplina, provenía, aunque deformada, de los misterios. Llamábase *disciplina arcani*, exactamente como en las eleusinas.

No faltaron ni las danzas sagradas, que ya el papa Zacarías quiso proscribir de los templos en 744, aunque no lo consiguió; prolongándose la costumbre hasta el Renacimiento, con la famosa "misa de los locos" cuyo último residuo es ahora el famoso baile de los *seises* en la catedral de Sevilla. (1)

No está demás añadir, á propósito de números, que la Iglesia adoptó los septenarios clásicos del paganismo, con sus siete iglesias primitivas, sus siete sacramentos, sus siete vicios y siete virtudes. . .

Una iniciación progresiva constituyó la jerarquía, como puede verse claramente en san Dionisio Areopagita. Sólo que esto, como el futuro demonio teológico (*deus inversus*) era culto inverso, ó magia negra para los paganos. Los grados de la comunidad cristiana, eran iguales á los del noviciado eleusino; como en éste, los catecúmenos no podían participar de los misterios ni de la comunión; el silencio pitagórico era una prescripción mística; hasta el nom-

(1) Los *seises* son un coro de niños menores de diez años, que vestidos con un pintoresco traje del siglo XVI, bailan cantando ante el altar en las festividades solemnes. Primeramente fueron seis, y de aquí su nombre. Ahora son diez según entiendo.

bre de *Iglesia* provenía de la asamblea sagrada; las ceremonias de la Semana Santa, fueron tomadas del simbólico paseo nocturno con antorchas, que en memoria de las andanzas de Demeter realizaban los neófitos en el bosque sagrado; y hasta la confesión, ó sea el arma fundamental de la Iglesia, tuvo un origen pagano. Plutarco recuerda el caso de un soldado lacedemonio, que herido de muerte, rechazó al hierofante y sus proposiciones de confesión, declarando no necesitar de intermediario para entenderse con la divinidad. “Sólo á ella debo la confesión de mis faltas”, había contestado aquel libre pensador antiguo.

La confesión pagana, suponía también una expiación consiguiente como la católica; pero los dioses, más racionales que su futuro enemigo judaico, no perdonaban dos veces. Un segundo parricidio, era, por ejemplo, crimen inexpiable; y porque se encontraba en esta deplorable condición, decidió Constantino hacerse cristiano. La nueva religión compúsose, en efecto, con los desechos políticos y morales del paganismo. Y entonces, una de dos: ó los misterios eran las horribles orgías descritas por los Padres latinos y sus secuaces, en cuyo caso el cristianismo no queda muy bien parado con sus copias; ó éstas autorizan á creer que había cosas excelentes en las ceremonias paganas.

Creían, sin duda, esto último los primeros cristianos, puesto que no era raro ver pintadas en sus catacumbas las imágenes de Hades y de Perséfone,

de las Parcas y de Hermes subterráneo, el conductor de las almas de los muertos. Menciono más adelante, diversos prototipos paganos de la iconografía cristiana. Podría añadir, sino fuera ya redundancia, que Apolo y Hermes, representados bajo el nombre del *Buen Pastor* en las primeras tumbas, fueron los prototipos del Jesús futuro... (1).

En las catacumbas alejandrinas, la figura de Cristo hallábase representada por *Horo* con sus pies apoyados sobre cocodrilos; de donde pasó al Occidente medioeval, que incorporó esa estación sobre monstruos á la escultura gótica en la cual es característica. Pero en las catacumbas romanas, la representación de Cristo es la misma de Orfeo, no faltándole ni la lira con que este último encantaba á los animales.

El misterio del culto cristiano y sus juramentos, son una prescripción de todos los Padres, quienes fundábanlo en el carácter alegórico del evangelio, que era un secreto á su vez. Así, pues la lista vale la pena, Tertuliano, Orígenes, Atenágoras, Justino, Clemente de Alejandría, Ambrosio, Cirilo de Jerusalem, Basilio, Gregorio Nacianceno, Juan Crisós-

(1) Hermes ó Mercurio subterráneo, conductor de las almas y mensajero por excelencia, hasta de recados divinos muy comprometedores, fué también el primer ángel, ó jefe de la poética hueste cristiana; pues *ángelos* quiere decir en griego textualmente mensajero, un epíteto de Hermes, y san Pablo llamólos "espírius administradores" ó agentes de la justicia divina. Recuérdese, por lo demás, el carácter que he atribuído á las catacumbas: templos de iniciación en el cristianismo primitivo.

tomo, Agustín y Dionisio Areopagita, el primer teólogo cristiano. Solamente los iniciados podían conocer todo el dogma. El citado Areopagita, habla claramente de “la palabra misteriosa y profunda de nuestros oráculos”.

Pero, ¿qué era el dogma mismo?

Desde el vocablo, hasta su significación de fórmula dialéctica, un producto filosófico griego enteramente desconocido por la literatura hebrea; no obstante lo cual, el trabajo de todos los primeros Padres consistió en demostrar que los filósofos helenos habían sido meros copistas anticipados (si vale el absurdo) de los profetas bíblicos cuya excelencia sostenían; aunque el hecho demostrara en realidad lo contrario de tan arbitrarias afirmaciones.

Así parecían conciliarse muchas cosas en el dominio de las formas literales.

Lo que efectivamente difería, era el concepto fundamental. Los cristianos *adoraban* al uso del Oriente. Los griegos *veneraban* tan sólo á las fuerzas inteligentes del Universo, cosa bien distinta por cierto del miserable fetichismo del agua llovida ó del higo maduro, que con una odiosidad cuyo móvil es bien conocido en la historia del plagio, les imputaron sus mismos explotadores. Querían ocultar con eso su proceder, y sólo consiguieron evidenciarlo.

Entretanto, su mismo símbolo fundamental iba á

salir del paganismo. El Cristo clavado en la cruz, no existió en la iconografía cristiana hasta el siglo VII; siendo extraño este olvido de reproducir el episodio principal de la nueva religión durante seiscientos años. Lo que se adoraba era la cruz, tributándole culto y rogándola como si estuviera viva, pues era el árbol de la vida en efecto; pero como esto significaba á la vez el falo, según se ha dicho, de ahí provienen las injuriosas acusaciones paganas (1). El símbolo de Cristo crucificado, es gnóstico. Representaba al espíritu solar caído en la materia, ó sea sacrificado por el falo como instrumento primordial de la sexualidad. Por esta razón, tendíase á los iniciados de los misterios egipcios sobre una cruz, y de ahí el símbolo gnóstico que el cristianismo refiere ahora á un episodio olvidado durante seis siglos, por los más próximos á él...

Pero lo más singular á la vez, es que el símbolo modernizado por los gnósticos, provenía del mismo Platón. El *hombre crucificado* era el segundo *logos* ó *logos* de manifestación, representando la cruz el elemento, ó cuarto estado de materia como diríamos ahora, en que los prototipos del universo se objeti-

(1) En la mitología escandinava, era el hacha de Thor, ó falo del Marte boreal. Así el rey noruego *Jarl Hakon*, secretamente convertido al cristianismo, y sorprendido una vez haciendo el signo de la cruz sobre una copa de libaciones paganas, supo disculparse cumplidamente con el pueblo, sosteniendo que era el signo del hacha de Thor. El acto de cruzar los dedos, era una señal obscena de las ceremonias báquicas.

varon. De aquí también la vinculación de la cruz con el agua, que como elemento líquido significaba aquel estado de materia. En las pinturas geroglíficas egipcias, según se vé por las que han llegado hasta nosotros, los hierofantes *bautizaban* propiamente al candidato recién iniciado, vertiéndole sobre la cabeza un doble chorro de agua en forma de cruz y lleno de crucecitas para mayor claridad. Los gnósticos tenían, pues, cómo amplificar el símbolo platónico del crucifijo, con ilustraciones locales de precisa significación. En materia de dogma y de simbolismo, *todo estaba* ya en los cultos paganos, á veces mejor que en la *revelación cristiana*, asaz cómoda bajo este punto de vista.

La misma aparición de la cruz en la leyenda constantiniana, es un episodio significativo.

Sábase que las *signa* (enseña) de las legiones, acabaron por constituir un culto militar. Éran comúnmente figuras de animales, y hasta animales vivos, como hoy sucede en algunos regimientos del ejército inglés; sobresaliendo entre todos las famosas águilas, que habían concluído por divinizarse. La cruz que Constantino afirmó haber visto en la batalla, era de ese género, y necesitaba serlo para sustituirse como enseña principal en el ánimo de las tropas. Así lo revela su leyenda: *in hoc SIGNO vinces*.

Justo es recordar, entretanto, que salvo esta superstición, generalizada recién con el Imperio, y quizá sugerida al contacto del Oriente, la idolatría no

fué un fenómeno pagano. El culto de la enseña, es, por otra parte, una mera exageración del espíritu militar, y de aquí que los legionarios divinizaran la enseña misma. El paganismo degenerado, acabó por divinizar casi todos los fenómenos; pero no adoró las imágenes.

Tanto es así, que la *xoana*, ó sea el objeto sagrado por excelencia en el cual residía el espíritu del dios, formando la entraña de la estatua, solía ser un trozo informe de madera ó de piedra. Esto es lo contrario del antropomorfismo idólatra. Verdad es que algunas de esas estatuas, injuriadas ó heridas, vengáronse de sus profanadores aplastándolos, cegándolos ó enmudeciéndolos como las imágenes cristianas de ahora; pero esto es la eterna leyenda inherente á las representaciones personales en cuya forma cree ver el vulgo cierta realidad sensible. Y en todo caso, no serían los cristianos quienes pudieran burlarse de algo que á su vez consideran milagroso.

Los antiguos paganos no conocieron la idolatría. El término nació de las controversias cristianas. Semejante superstición era tan extraña á la antigüedad, que en la sátira de Juvenal sobre las oraciones, no está mencionada. Apenas existe algo parecido en Horacio, quien se rie del rústico que habiendo hecho de un palo de higuera un dios en vez de un utensilio, se echa á temblar luego delante de su misma obra.

Queda, entretanto, la objeción del secreto que obligaba á los iniciados.

¿Por qué callar lo elevado y lo bueno, ocultándolo del pueblo que podía haberlo aprovechado?

Es que el conocimiento de los misterios, ponía como queda dicho, en posesión de fuerzas desconocidas para el vulgo, y cuyo manejo requería conocimientos especiales si su empleo no había de resultar nocivo. Nadie pretende, sin estudios especiales, previos, que se le abra la puerta de un laboratorio de microbios patógenos, ni mucho menos manipular esos gérmenes; con más que la revelación del misterio á los ineptos, habría producido efectos mucho peores, al ser las fuerzas cuyo dominio entregaba, poderes generales de la naturaleza, tan terribles como el rayo y como el huracán.

La moral antigua no creía que ni la misma verdad fuera buena, si había de producir males depositada en manos indignas. Su concepto de la solidaridad social, subordinaba todo al bien de los hombres; y como participaba de un sistema completo de filosofía, y de estética, no caía en el extremo empírico de nuestra educación, que llega hasta difundir el mal sólo porque así *puede ser que resulte* algún bien más adelante. Para obtener determinados conocimientos, requeríase haber probado cierta moralidad; pues la correspondencia de facultades y sentimientos, es lo que constituye el equilibrio del espíritu, sin lo cual la enseñanza no producirá buenos frutos. Y dígase si cabe mayor sensatez que la de esa trascendental pedagogía.

La leyenda de Edipo simbolizaba el proceso de la iniciación, así como el destino del iniciado que violaba sus juramentos. Después de haber vencido á la esfinge, es decir al misterio, en una prueba de iniciación cuya naturaleza corrobora la conquista de la corona de Tebas como fruto de su hazaña, el héroe mata á su padre sin conocerlo, ó dicho en el simbolismo hierático, sobrepuja á su maestro, quedando iniciado. La leyenda del incesto con su madre, parece haber sido agregada para aumentar sus desgracias características de héroe solar; pues la *Oedipodia* citada por Pausanias y Apolodoro (un poema tebano hoy perdido) le asignaba por mujer á Euryganeia.

Para conjurar la peste que azota á Tebas por consecuencia del parricidio, Edipo recurre al oráculo el cual dá como causa el crimen. Entonces el héroe consulta al adivino Tiresias, es decir, recurre á la hechicería, escollo, según parece, de la iniciación, durante el período de prueba en que el iniciado, al haber roto con todas sus afecciones mundanas, sentía el horror de la soledad; y esa intervención de poderes inferiores ocasiona su ruina. *Pierde la vista por su propia mano*, arrancándose los ojos: símbolo transparente que no necesita comentarios.

Así eran y estas cosas significaban, pues, los misterios eleusinos.

El rastro de oro

Si los misterios fueron una conciliación entre los cultos solar y lunar cuya lucha de siglos ensangrentó al mundo, conforme pretendían los iniciados; conciliación que dejó al primero la verdad secreta, reservada para los capaces de adquirirla, reconociendo al segundo el imperio de la mayoría vulgar; y si eso fué una institución común á todos los pueblos según también se aseguraba, el rastro ha de hallarse por doquier en la antigüedad, siquiera reducido á sus líneas esenciales.

Dije al comienzo que así lo entendía, partiendo, al revés, de los hechos; lo cual establece el caso recíproco, que como es sabido, robustece la presunción de verdad.

Repito que así como la civilización cristiana va dominando toda la tierra, de tal modo que no es difícil prever el momento en el cual serán corrientes en todas las literaturas los principios filosóficos del transformismo, los políticos de las instituciones

representativas y los éticos de la psicología individualista, puede haber existido el caso en la antigüedad, con parecida generalización para la filosofía de los misterios. Al fin, entonces como ahora, todo se basaba en el problema de los orígenes; y la generalización actual del *bathybius haeckelli* ó del *pitcanthropus erectus*, correspondería perfectamente á la difusión antigua del simbólico dragón ó de la Leda ovípara, no menos quiméricos, si bien se mira, aunque tal vez más filosóficos (1).

Por lo que respecta al viejo mundo, ello está evidenciado ya; y no hay más que referirse, tomando los términos extremos, á las analogías de los mitos hindúes con los griegos y con los escandinavos.

Las estancias del libro de *Dzyan*, poema religioso arcaico de la India, donde se lo tiene por más an-

(1) Oigo ya que me sale al paso el moderno cientificismo: sí; pero lo de ahora está probado. ¿Cómo por ventura? El *bathybius haeckelli* por una hipótesis de Huxley que no ha sido confirmada con hechos, no obstante lo cual se especula habitualmente con la socorrida gelatina protógena. El *pitcanthropus*, con un trozo de bóveda craneana, dos dientes y un fémur: elementos bastantes, según la ciencia, para deducir la existencia de toda una prehumanidad simiesca; pues el abuelo-mono es ya un dogma, y el *pitcanthropus* toma rápidamente el mismo camino. La humanidad ovípara, tendría también en su favor, el hecho de que la mujer *ovula* en cada crisis mensual, por repetición rudimentaria de aquel proceso. Un procedimiento análogo, constituye la base embriogénica de la ascendencia simiana, cuyas magníficas ilustraciones, popularizadas por Haeckel, han resultado últimamente *arreglos* dentro de la lógica transformista, no *reproducciones fieles* como se creía. No obstante lo cual, el positivismo sólo acepta *hechos* comprobados. Los símbolos de la antigua metafísica, no pretendieron al menos la realidad objetiva de estos abusos de confianza científica...

tiguo que el Veda, hablan de una humanidad muy primitiva que se reproducía por brotación, llamando á sus individuos “los nacidos del sudor”; cosa que también afirma el *Vishnú Purana* (1). El “sudor” pretendía representar los brotes á manera de gotas, como en los zoófitos gelatinosos.

Encontramos idéntica singularidad en los *Eddas*. “El Viaje de Gylfe” cuenta que Ærgelmer, habiéndose dormido, sudó. Un hombre y una mujer *brota-ron* entonces de su axila izquierda, y sus pies engendraron un hijo. El hecho se repite, lo cual prueba que no es una mera bizarria de fantaseador, en el “Poema de Vafthrudner”. Este héroe narra á Gongroder que lo pregunta, el curioso engendro antes mencionado.

Heimdall, el Apolo escandinavo, un héroe solar que ve lejos tanto de noche como de día y cuyos *dientes son de oro*, se declara hijo de nueve madres y hermano de nueve hermanas: el coro de las musas.

Una observación de paso. No es posible atribuir estas identidades de clasificación numérica ó de leyendas tan singulares como el nacimiento del sudor, á tendencias generales de la mente, que por todas partes se manifiestan bajo análoga forma, según la

(1) Más de un concepto vedantino figura en las enseñanzas de los neo platónicos, revelando comunicaciones de la Grecia y del Egipto helenizante con la India. La relación de fondo, se explica por la comunidad substancial de los sistemas. La de forma indica contactos más directos. Así por ejemplo la misión budista que predicó en Egipto durante el reinado de Tolomeo Filadelfo.

moderna filosofía mitológica. Puede ser espontáneamente común á varios pueblos la idea de las musas; pero no su número exacto. Cuando esto sucede, ó se refiere á observaciones reales de fenómenos cuya alegoría comporta una descripción, ó proviene de comunicaciones entre esos pueblos. Esto me parece lo menos arriesgado; si bien la aceptación de leyendas tan extrañas por pueblos tan distintos, indica la existencia en ellas de una verdad que las volviera aceptables. Algún gran principio tenía que haber asegurado su propagación y conservación incólume. De otro modo, su adaptación no habría producido meras diferencias de forma.

La leyenda del diluvio es igual en cuanto á sus héroes, entre los Eddas y la Biblia. El arco iris recibe el nombre de *tricolor*, para nosotros tan singular, como entre los griegos arcaicos. La profecía de Wola describe el fin del mundo como el Apocalipsis (1). La idea de que el mundo es el cuerpo de la

(1) Puede mencionarse hasta detalles poéticos iguales El poema boreal llama al rocío "lluvia de miel". *Aerium mel*, decía Virgilio. Las semejanzas entre las mitologías griega y escandinava son tales, que ha quedado clásica la obra del sabio sueco Rudbeck, escrita para sostener que la península escandinava había sido la Atlántida, fundado precisamente en las identidades mitológicas antedichas. Hasta existe en la Odisea un detalle por demás interesante: la descripción de la casa de Ulises, corresponde exactamente á las moradas escandinavas, y más aún islandesas, que conservaron su tipo arcaico hasta la Edad Media. En el *Skansen*, jardín zoológico de Estocolmo, hay todavía algunas análogas. Aunque se trata de una impresión personal, no deja de ser curioso que visitándolas con mi mujer, y sin ningún dato literario al respecto, recordáramos simultáneamente la casa de Ulises.

mente divina, simbolizada por una transformación de miembros en regiones: las montañas, huesos de un dios, el cielo su cráneo, etc., resulta común en la India y en la Escandinavia. Así se transformaron respectivamente Indra y el gigante Imer. Pero lo más singular es que existe una especie de darwinismo arcaico, también asimilable á la conocida leyenda cingalesa del imperio de los monos, que á su vez mencionan los viajes de Sindbad el marino y alguna leyenda beduina anterior al Korán: los ribereños del Mar Muerto quedaron transformados en monos, según ella, por haberse burlado de la palabra de Moisés.

Dijérase que esos inteligentes simianos fueron el “eslabón perdido” de nuestra ciencia. El “Poema de Hymer” es explícito al respecto. Llama á Thor el gigante, “descendiente de los monos”. Verdad es que le apoda también “príncipe de los chivos”, como al satanás medioeval con quien tenía en efecto más de una semejanza, al ser un símbolo de la naturaleza instintiva que la lujuria de monos y chivos ratificaba. Esto resulta, por lo menos, tan filosófico como la ascendencia de nuestros darwinistas (1).

El “Poema de *Rig*”, trae inmediatamente el recuerdo del “*Rig Veda*”. En el “Canto del Sol”, el infierno está descrito de una manera asombrosamente parecida á la del poema dantesco, que por

(1) Anaximandro pensaba que el hombre había tenido progenitores acuáticos; y ya he citado el transformismo de Empédocles. El Adán de barro de la Biblia, puede ser la alegoría de aquellos.

lo demás proviene de leyendas greco-romanas. Menciónase hasta las manos clavadas con fuego y las capas de plomo de los avaros.

La leyenda de *Sigurd*, el héroe solar por excelencia de la mitología escandinava, presenta analogías con la de Hércules y otros del mismo linaje. Como ellos estuvo también sometido á servidumbre en poder del rey *Gunter*. Como ellos se inicia en los secretos místicos, matando al dragón, ó sea posesionándose de la sabiduría por esfuerzo propio. El dragón, es decir, el deseo vencido cuya fuerza egoísta se transforma en potencia del bien, revélale el misterio de las Nornas ó Parcas. A semejanza de las griegas, ellas son las registradoras de todos los actos, las representantes de la ley de causalidad.

El héroe entiende el lenguaje de los pájaros, por haberse untado los labios con la sangre del dragón; es decir, adquiere la sabiduría. En el complementario "Poema de Brynhilda", menciónase las palabras sagradas y las fórmulas de conjuración, harto semejantes á las empleadas por los gnósticos.

Las semejanzas que presenta la teología de estos místicos (1) con los misterios, son notables; como que ellos fueron, en verdad, los conciliadores del

(1) Los gnósticos fueron una comunidad filosófica que se formó en Alejandría en el siglo II, y cuyo objeto fué salvar concordándolas, la tradición religiosa de la antigüedad, sintetizada en el platonismo, con los principios cristianos. Esta obra de ciencia y de fraternidad que habría evitado tantos horrores al mundo, recibió el nombre griego de *gnosis*: el conocimiento por antonomasia.

cristianismo con el verbo griego; y el hecho de que después los condenara la Iglesia, nada quita de importancia á su influencia primitiva, pues el cristianismo de Oriente continuó experimentándola sobre todo su dogma. La persecución contra ellos, fué, ante todo, política, dada la incompatibilidad entre el concepto democrático de la filosofía griega que continuaban, y el absolutismo de los papas y los emperadores bizantinos. Para éstos resultaba anarquía, y de tal calificáronla, la jerarquía exclusivamente intelectual de los misterios; como sus especulaciones racionalistas y su criterio experimental, eran heregías para el dogma de la verdad absoluta comunicada por revelación (1).

Ello provenía, además, de un fenómeno histórico. Desde tiempos remotos existía en Egipto una colonia hebrea como la misma Biblia lo recuerda. La emigración mosaica, si se le asigna realidad histórica, dejó ese residuo, que Faraones y Tolomeos

(1) Los gnósticos fueron, entretanto, los grandes civilizadores cristianos. Las comunidades persas y abisinias, ó sea las avanzadas extremas de la nueva religión, provenían de sus misiones. Ellos habrían constituido el cristianismo del Oriente, distinto del latino, cuatro siglos antes del cisma, aumentando así en una vasta extensión el dominio espiritual de Bizancio. Así lo preveía Teodora, una de sus adictas; pero Justiniano prefirió sacrificarlos al ensueño absoluto de la restauración de la unidad romana. Por la misma razón á su vez, los papas debían condenarlos; pero la teología de los dos cristianismos quedó impregnada de sus enseñanzas. Fortuna grande para ellos, puesto que sólo así pudieron contar con la viabilidad del verbo griego.

protegieron siempre; pues salvo la observancia del dogma bíblico, eran súbditos útiles y sumisos, á quienes ya entonces recurría con éxito la exhausta tesorería fiscal. Esto fué estableciendo vinculaciones entre la teología hebrea y la mitología; de manera que cuando el cristianismo salió á luz, hubo de encontrar preparadas las cosas en Egipto para la tentativa conciliatoria de los gnósticos. Por esto las primeras interpretaciones alegóricas de la Biblia, tuvieron por maestros á los judíos helenizantes de Egipto, en el emporio de cultura que Alejandría representaba.

Y de paso mencionaré también la influencia del medio en cuya virtud los cristianos egipcios, siguieron momificando sus cadáveres hasta el siglo VIII, no obstante las prohibiciones, y celebrando los ágapes funerarios que engendraron la eucaristía.

Bajo la complicada alegoría con que los gnósticos tuvieron que ir cubriendo por causa de la persecución sus enseñanzas, despuntan, sin embargo, trascendentales similitudes.

La "Pistis Sofía", ó evangelio de los valentinianos, es sin duda la pieza más importante que de esa literatura nos queda; pues representa una clara transición conciliatoria entre la filosofía de los misterios y el cristianismo. Su importancia es todavía mayor, si se considera que en la síntesis gnóstica entran los fundamentos de todas las religiones antiguas, empezando por el brahmanismo.

Basábase el evangelio en cuestión, en los principios pitagóricos que daban la clave matemática de la evolución universal: uno de los misterios precisamente; y por lo que resta de uno de los gnósticos primitivos, Marcos, el jefe de los *marcosianos*, vienen á resultar esas matemáticas iguales á las de la Kábala hebrea y de los Puranas hindúes, lo cual demuestra su solidez informativa. Sólo que los tales números sagrados, eran alegóricos á su vez, ocultando las verdaderas cifras cuya posesión se consideraba peligrosa por su correspondencia con las fuerzas secretas, ó *valores reales* del problema, bajo permutaciones y combinaciones de misteriosa operación.

La magia egipcia y las creencias griegas coincidían en el evangelio gnóstico, para formar una de las más poéticas creaciones cristianas: los *ángeles*, cuya significación etimológica dí en una nota anterior, y cuyos progenitores son el Hermes griego, conductor de las almas desencarnadas, y los espíritus *receptores* del panteón egipcio que desempeñaban el mismo papel. No faltaba ni la especie definida de *ángeles de la guarda* que presidían cada destino humano, *velando á la cabecera*, exactamente como ahora.

Pero lo más importante es que los gnósticos enseñaban la palingenesia, con la ya conocida residencia en el Hades, y hasta la condenación por una eternidad conforme á las doctrinas griega y egipcia. Si el cris-

tianismo conserva esta creencia fundamental (1), su vinculación con la filosofía antigua no se habría perdido.

La procedencia alegórica del Universo, es, asimismo, significativa. Proviene del sudor y de las lágrimas de ciertas divinidades; y en cuanto al alma, es un producto residual de los *archones* ó prototipos: los espíritus solares de los misterios.

Esto me sugiere una digresión de la mayor importancia.

Dije más arriba, que considerando á los progenitores solares, seres del espacio de cuatro dimensiones, si nosotros somos su proyección en el espacio de tres, conforme lo pretendía la enseñanza matemática secreta, venimos á ser sus sombras. Ya se recordará la comparación relativa á las nuestras: seres de dos dimensiones que proyectamos á nuestra vez.

Ahora bien, las especulaciones matemáticas modernas, han debido proceder á la inversa para calcular la geometría de cuarta dimensión, marchando de lo conocido á lo desconocido, es decir de nuestras formas hacia las supuestas en aquel ininteligible espacio; y así como las figuras van generándose en el nuestro por desdoblamiento, se supone que lo mismo ocurre en aquél, llamándose *poliedroides* á las que así engendran nuestros poliedros.

(1) El evangelio de San Juan habla del Hades, el Purgatorio según la Iglesia; y en el viejo testamento, dicha región recibía el nombre de *Sheol*. De ahí evocó la pitonisa de Ender el alma de Samuel.

La generación de nuestras figuras ha producido tres reglas correlativas sobre las cuales se basan todas estas abstrusas operaciones:

1.^a El número de los vértices ó ángulos de una figura de cualquier dimensión, es igual al doble de los vértices ó ángulos de la figura precedente. Así el cuadrado con respecto á la línea.

2.^a El número de lados y ángulos de una figura de cualquiera dimensión, es igual al doble de los lados ó ángulos de la figura precedente, más tantos lados ó ángulos cuantos sean los ángulos de esta última.

3.^a El número de las superficies de una figura de cualquier dimensión, es igual al número de las rectas, lados y ángulos de la figura precedente, más el doble de las superficies ó caras de la misma.

Como se vé, las reglas en cuestión han ido produciéndose unas á otras por analogía, y con la constancia inherente á las figuras regulares. Continuando el procedimiento, ó sea la lógica matemática, que siendo abstracta no tiene límites sino en la misma inteligencia que la concibe, se dá con el primer poliedro del espacio de cuarta dimensión: un compuesto de ocho cubos ú *octaedroide* de treinta y dos lados.

La lógica matemática es tal, *que así debe ser necesariamente*; de manera que la especulación resulta de término invariable. Concebida la geometría de cuarta dimensión, el octaedroide ó polígono de

treinta y dos caras, es un imperativo categórico (1).

En el sistema gnóstico, basado como queda dicho sobre la geometrización trascendental de Pitágoras y de Platón, el *Pleroma* ó espacio primordial, está compuesto de tres mundos ó estados, subdivididos á su vez en otros tantos; y digo "estados", porque los tales mundos hállanse compuestos por *eons*, vale decir, potencias colectivas, lo cual excluye la suposición de esferas como la tierra. Son las huestes creadoras que recibían un nombre genérico, considerándolas un personaje á los efectos de la especulación mística. Por esto había *eones* machos y hembras, según que las huestes fueran de índole evolutiva ó involutiva con respecto á la materia.

El mundo superior del Pleroma, del que los otros emanaban, hallábase compuesto por *treinta y dos eones*; y como la representación del universo era geométrica, correspondíale un poliedro de treinta y dos caras. Por lo demás, ése era el *eon* llamado *Sofía*

(1) Hinton en sus interesantísimas *Scientific Romances*, ha dado á ese poliedroide el nombre de *Tesseract*. Claro es que aplicando las reglas consignadas en el texto, se determina los otros poliedroides del espacio de cuarta dimensión, con la misma absoluta exactitud. Así, como antes dije, sabemos más de lo que podemos concebir, demostrando esto el desequilibrio substancial entre nuestra mente y nuestros sentidos. El sér intelectual que habita nuestro cuerpo, es inmensamente superior á él: un prisionero, un "caído" verdaderamente; ó si se quiere un crucificado, en el lenguaje de los misterios. Todo cristiano, Cristo es, decía San Pablo; dando al nombre Cristo, como iniciado que era, su exacta significación: numen solar caído en la materia. Cristo quiere decir "ungido" con el aceite que arde en las lámparas.

ó de las mentes creadoras, como el Prometeo griego, y engendraba á los cristos ó héroes solares caídos. El evangelio valentiniano, era una especulación al respecto (1).

El drama alegórico que lo constituye, ó sea los percances de *Sofía*, la mente superior, desarróllase en los dos mundos inferiores: es una caída; el martirio de Cristo. Esto referíase, conforme con lo que ya sabemos, á las cadenas planetarias; y por ello algunas veces resultan mundos los eones. El procedimiento fundamental, en cuanto á la descripción alegórica, era el de la analogía, describiéndose el cielo por las cosas de la tierra, como en el sistema de Swedenborg y en las “ciudades celestes” de los primeros Padres. (2).

(1) Pudiera sospecharse una casualidad, si ella cabe en matemáticas; pero esto de las medidas antiguas, ha presentado ya más de una sorpresa. Así, la representación geométrica de los *Elohim* hebreos, era un círculo dividido por su diámetro; y como según es sabido, las letras hebreas tienen valor numérico, resultando cada vocablo una cantidad, el mencionado viene á ser el valor *pi* de nuestras matemáticas: la razón del diámetro á la circunferencia. Parece que las medidas de la gran pirámide, enuncian la misma razón. Por otra parte, el valor de Jehová, resulta ser el mismo que el de los *prajapatis* ó progenitores lunares, mencionados en el “Mahabarata”; pues las letras sanscritas son cifras también. Los 32 eones de los gnósticos, constituyentes del mundo superior (el sol) del Pleroma, pueden muy bien ser, entonces, las 32 caras del primer poliedroide del espacio de cuarta dimensión. Una relación con Pitágoras, en nada disminuiría á nuestros matemáticos.

(2) Las matemáticas aplicadas á la solución del problema espiritual, eran ya una *psiquiatria* como fácilmente se echa de ver.

Tampoco el misterio gnóstico nos legó las palabras sagradas que formaban su tesoro más precioso; pero sabemos que los viajes del alma, ó descripción de la palingenesia constituíanlo principalmente.

En suma, *Sofía* era el “espíritu santo” que bajó en forma de *lenguas de fuego* sobre los apóstoles; la hueste de espíritus solares caídos: Prometeo y Lucifer. Todo ese evangelio es una alegoría del drama solar, adaptado al cristianismo.

A los gnósticos pertenecen también las más sólidas metodizaciones de la iniciación cristiana, cuyos ritos fundamentales, en su totalidad, fueron creados por ellos en Alejandría. Baste recordar que al maestro de Orígenes, Amonio Saccas, se debe la invención de la actual misa católica, no obstante haber condenado la Iglesia como heréticos los libros de su famoso discípulo.

Más de una vez he mencionado los de san Dionisio Arcopagita, el primer teólogo cristiano. Como fundamento para estudiar la primera organización del culto, son inapreciables. Pues bien; están llenos de platonismo, de lenguaje y de ceremonias “misteriosas”. Así lo advirtió primero, demostrando su autenticidad, el famoso Ficino, autor de las *Instituciones Platónicas* á quien el Renacimiento llamó “el alma de Platón”. Lo importante es que, juez como pocos en la materia, estableció la relación estrecha del Arcopagita con los cristianos platónicos más celebrados y antiguos: Philon, Plotino, Jámblico; si bien éstos habríanse inspirado en aquel. Cues-

tión de precedencia que nada quita á lo significativo de la semejanza.

San Dionisio recomienda con insistencia el secreto religioso. En su texto, alegórico por definición, de las “cosas divinas explicadas con signos que no se les parecen”, recomienda al discípulo que oculte en su corazón los misterios de las doctrinas de unidad humana con lo divino, sustrayéndolas á las profanaciones de la multitud, porque “los oráculos” han dicho: no echeis perlas á los puercos. Y expresa este pensamiento enteramente platónico: “tornaos divino por la iniciación en las cosas divinas”. Únicamente á “los hombres divinos”, es decir iniciados, debe comunicarse las “cosas divinas”, ó sea “las altas explicaciones de las ceremonias” y sólo bajo “el juramento tradicional”. ¿Existía en el cristianismo primitivo una enseñanza secreta ó mágica, según muchos lo han creído, y de la cual derivaban, por ejemplo, los poderes taumatúrgicos? Todo inclina á suponerlo, aunque se halle ahora tan completamente perdida (1).

(1) Sostenían los antiguos que la pérdida del secreto vivificador, convertía al culto en magia negra ó brujería, al ser aquél de ese modo, un remedo de la verdad. Así el culto á Baco, y el satanismo de la Edad Media. Si por el fruto ha de conocerse el árbol, según la regla evangélica, la actual civilización cristiana parece justificar todas las suposiciones al respecto. Su culto de la fuerza bruta y del sensualismo, no serán frutos de una religión superior; y si el cristianismo alega la corrupción creciente de las costumbres, esto equivale á confesar su fracaso. Dominador absoluto de la Europa durante diez siglos, tiempo no le ha faltado para crear una civilización mejor. Entre tanto, no ha podido ni contra el viejo maniqueísmo, que

La misma comunión, constituía un acto secreto. Los catecúmenos y penitentes debían abandonar el recinto donde se la daba. Y es que las alegorías litúrgicas, ó lo que san Dionisio llama la evocación de las bellezas invisibles por las pompas visibles del culto, procedían con el mismo método y el mismo fin que las ceremonias de los misterios paganos. De aquí la explicación posterior de estas imitaciones. No pudiendo negarlas, la Iglesia sostiene que el imitador fué Satanás; pues conociendo el triunfo de la religión futura, imitó por anticipado sus ceremonias para desprestigiarlas. Este modo de tener razón, es peculiar de la teología, aunque no salva gran cosa. La imitación fiel de lo que todavía no existe, constituye á Satanás, como ya dije, en el verdadero revelador del cristianismo. Al menos su derecho de primacía, es incontestable ante la razón (1).

á pesar de la excomunión y el exterminio, lo devora bajo la forma de la moderna anarquía.

(1) Un ejemplo entre muchos: cuando el cardenal Jiménez mandó imprimir la famosa *Biblia Poliglota* en hebreo, griego y latín, puso el texto latino entre los dos otros, á tres columnas, comparándolo al Cristo entre los dos ladrones. El mal ladrón era el hebreo, no obstante ser el original: la lengua en que Dios mismo había revelado sus Testamentos. En vano daba fé del respeto por dicho idioma original, la misma versión latina, hecha por San Jerónimo en el siglo IV: La Vulgata; y por lo demás la Iglesia había olvidado la fuente hebrea durante novecientos años, con una despreocupación harto significativa, hasta que en el siglo XIII la redescubrió Raimundo Lulio, un alquimista bien sospechoso de heregía. Sólo la rebelión de Lutero dió definitivamente su importancia al texto hebreo, aunque, eso sí, subordinado á sus traducciones griegas y latinas: método curioso

La eucaristía era una antiquísima ceremonia, que empezó por consistir en una libación de sangre humana, luego sustituida por otra de animal y por el vino, en *cenar*, ó comidas reconciliatorias de enemigos, ó ratificatorias de alianzas. Comulgábase precisamente bajo las dos especies, como en nuestras misas, y ello simbolizaba, según se echa de ver, el primitivo sacrificio sangriento. Los ágapes eucarísticos de los primeros cristianos, copiaron, por lo demás, las cenas fúnebres del paganismo; y hé aquí el doble significado de la pretendida *cena* de Jesús antes de la Pasión. Verdadera ceremonia fúnebre, y á la vez comunión con sus discípulos. Una perfecta imitación pagana.

En esa primitiva liturgia, la jerarquía eclesiástica pretendía ser copia de la angélica (“lo que está arriba es como lo que está abajo”: un precepto de los misterios); y el santo citado añade que “nuestros pontífices son iniciados *por ellas* (es decir, las naturalezas celestes, serafines, tronos, etc.) en el conocimiento de la inefable claridad que contemplan”.

Del propio modo sosteníase en los misterios la comunicación con los dioses.

Las relaciones entre el cuerpo humano y aquellas potencias, origen de las primeras alegorías cristianas que san Pablo había esbozado á su vez, consti-

con el cual se lo estudia aún. Así, dicen los rabinos y judíos letrados, la *Biblia*, una palabra griega sea dicho de paso, resulta bien distinta del *Sepher* ó texto hebreo original.

tuyen otro misterio antiguo. “El hombre, dice la Kábala, es el microcosmos del macrocosmos”. Por esto, según san Dionisio, representábase á los ángeles bajo figura humana, y á los sentidos del hombre en correspondencia con los atributos de aquellos. Luego vienen las relaciones de las piedras preciosas y de los animales con los elementos y las virtudes; siendo curioso observar que la flora emblemática, tan abundante en la Edad Media, no presenta ahí el menor rastro. Tales correspondencias provenían también de la antigüedad pagana, aunque el cristianismo la llama *idolatría*, tomando por antiguo un vocablo de su propia invención, como ya dije. Jamás pensaron los paganos en venerar al buho de Atena, como no sueñan los cristianos en adorar al perro de San Roque (1).

En tanto, la sustitución de advocaciones prueba con su número y su importancia, que no existía entre las mitológicas y las cristianas una diferencia esencial. Si *Santa Sofía* reemplazó á Atena en el Partenón, ambas significaban la inteligencia divina. Si Atenas tuvo una *Panagia Atheniotissa*, era porque el don de virginidad correspondía igualmente á la María cristiana y á la diosa griega. Si el Serapeum fué destruido como un habitáculo de demonios, en

(1) Por lo demás, existen analogías más estrechas. En el panteón egipcio, figuraba el dios Anubis con cabeza de perro. Muchos misales de la Edad Media, pintaban á San Marcos con cabeza de buey. La primera representación de Cristo fué un pez, como la del dios Dagón de los fenicios.

cambio los cristianos iban á dormir en las iglesias para obtener revelaciones curativas durante el sueño, del propio modo que los paganos en aquel templo (1). El mismo epíteto de *Salvador* aplicado á Cristo, fué llevado en Egipto por varios Tolomeos, como dioses del panteón faraónico cuyas divinizaciones en vida heredaron con el reino. De ahí pasó á Roma, donde el “dios” Augusto lo llevó en igual carácter.

Por último, un detalle moral asemeja más todavía á los conceptos humanos del paganismo la doctrina dionisiana. Para ella, en efecto, la castidad, no comporta la abstención absoluta en cuya virtud la Iglesia considera pecado mortal todo comercio con otra mujer que la legítima. El texto es bien explícito:

“El hombre que no se ocupa de su carne, sino cuando la naturaleza lo exige y como de paso, nunca se verá atormentado por los terrores diabólicos. Con la fuerza de su coraje inaccesible á las pasiones, libertará á sus hermanos de las influencias malignas”.

El paganismo sostenía que los placeres sólo son condenables cuando perjudican; es decir, cuando desequilibran física ó moralmente, absorbiendo las otras actividades de la salud. La abstención absoluta, era un sacrificio, un estado excepcional conducente á la adquisición de poderes también excepcionales.

(1) Hoy mismo los cristianos griegos y armenios duermen una noche al lado del Santo Sepulcro, rematando con esta ceremonia la peregrinación á Jerusalém.

Fácil es encontrar en el islamismo posterior, iguales fundamentos. Las interpretaciones filosóficas de comunidades misteriosas como la de los *Sufis* y los *Ismaelís*, verdaderos iniciados en las alegorías del Korán, llegan á los mismos resultados panteistas sobre la base de la palingenesia. La evolución del alma, tal como ellos la describen, podría subscribirla un platónico; lo cual prueba que los doctores musulmanes no han hallado incompatible el dogma koránico con la filosofía de los misterios eleusinos. La vinculación se produjo por medio de la filosofía gnóstica, cuyos representantes perseguidos en todo el Oriente cristiano por el absolutismo de los emperadores bizantinos, hallaron refugio entre los musulmanes, más tolerantes. Los libros hebreos constituyeron otra fuente de análogas informaciones. Por lo demás, el mismo texto koránico afirma la palingenesia en su sistema de resurrecciones; así como la cosmografía misteriosa está patente en la declaración de sus siete tierras y siete cielos.

Considero inútil repetir las bien conocidas relaciones de igual género que presentan las especulaciones semitas y las hindúes sobre el mismo asunto. La idea de una religión común á todo el viejo mundo, por lo menos en sus principios esenciales, se impone rápidamente á todos los espíritus. La teoría de las coincidencias, resulta ya demasiado estrecha, y el argumento de la generación espontánea é idéntica, tratándose de cosas tan artificiales y complicadas, es simplemente baladí.

Lo que sorprende es hallar también en la América precolombiana, análogos residuos; pero tan importantes, tan numerosos, que muy luego nació en los misioneros la idea de una comunicación mística con el viejo mundo. El cisma de las diez tribus habría expatriado israelitas á América, muchos siglos antes de Colón, y hasta era posible que santo Tomás hubiera evangelizado nuestras tribus. Así, los misioneros habían hallado la cruz en veneración religiosa desde el Yucatán hasta las selvas paraguayas. Su difusión llegó á hacerles suponer que la banana, por sus fibras cruzadas, fuera el fruto prohibido del Edén...

Posteriormente se ha demostrado que era un símbolo del agua, como en el viejo mundo donde el primitivo Cristo fué *un pez*; figurando en los cántaros, que eran, por su forma, representaciones de la figura humana; y por su alegoría de vasijas receptoras, la matriz (1). Los arqueólogos del Norte y los del Sur, han establecido otras correspondencias. Así, en la alfarería mejicana como en la calchaquí (dos extremos continentales) el símbolo está asociado á sapos y peces, lo cual no necesita comentarios; á serpientes cuya ondulación, por lo que se vé, alegorizaba el movimiento líquido como en el viejo mundo; y á pájaros grandemente ovíparos como el avestruz, símbolos de la fecundidad sexual. Recuérdese

(1) El tipo de estas vasijas alegóricas, era naturalmente el mortero

que en la Biblia, la serpiente de bronce de Moisés estaba enroscada á una cruz; y que en el Veda, Brahma monta un ganso (1).

Existió en los dos mundos una relación entre los reptiles y los pájaros cuya síntesis produjo los dragones y otras serpientes voladoras como la del Génesis. La paleontología ha probado con el descubrimiento del pterodáctilo, que podía no ser todo quimera en tales imaginaciones; y la anatomía comparada establece la relación científica de los réptiles con los pájaros. Así, en el Génesis, *Dios* crea primero los animales del agua, después las aves, después los mamíferos, y por último el hombre. Conocido es, por otra parte, el texto de la Kábala: “la piedra se convierte en árbol, el árbol en animal, el animal en hombre, y el hombre en dios”. El último peldaño falta á la escala darwinista, pero no es por ello menos interesante.

En la alfarería prehistórica de Micenas y de Tirinto, encuéntrase las mismas figuras; pero tan exactamente iguales, que sorprenden. Son las mismas serpientes de nuestros *pucos* calchaquies; los mismos pájaros de largo cuello; hasta el avestruz, en el fragmento número 42 de los reproducidos en la Mice-

(1) Asimismo *Pan* andaba rodeado de gansos; Júpiter se transformó en cisne para gozar de Leda; el Cronos egipcio *Seb*, tenía el ganso por atributo, y *seb* es el nombre árabe del falo. Elegíase un ser que representara á la vez el aire y el agua, siendo anfibio, y de aquí el cisne entre los volátiles, entre los cuadrúpedos el cocodrilo, y entre los vegetales el loto cuya flor es una cruz.

nas de Schliemann; las mismas cruces especiales, no meras intersecciones de líneas, y por último, no falta ni el símbolo ideográfico convencional, en la *suástica* ó cruz de los cabires: una representación del *arani*, el aparato productor de fuego. Conocida es por otra parte la semejanza del tipo egipcio conservado por la escultura, con el de las estatuas prehistóricas de Palenke en el Yucatán.

Pero nada tan concluyente en punto á identidades como los textos alegóricos en los cuales no puede ciertamente influir la casualidad.

La leyenda mejicana de Quetzalcoatl, una de las pocas que nos hayan llegado completas en la deplorable carencia de escritos precolombianos que produjo el fanatismo de los conquistadores, es ilustrativa como ninguna al respecto.

Sabido es que fué el civilizador por excelencia, ó institutor en Méjico del culto conciliatorio para las religiones lunar y solar que ensangrentaban la América prehistórica. Era un “dragón de sabiduría” como los hindúes, chinos, semitas y helenos del viejo mundo: una “serpiente con alas”, conforme lo dice su propio nombre.

Este civilizador era el jefe de siete grandes dioses progenitores, ó rayos del fuego central: el representante de la hueste creadora y del sacerdocio solar, según lo había notado ya Brousseau de Bourbourg en sus investigaciones sobre Palenke.

La humanidad, para los mejicanos, había nacido en un paraíso terrestre, situado sobre una colina co-

mo el bíblico, y como el origen de cuatro ríos. En la concordante tradición quiché, el centro de ese Edén americano está ocupado por un árbol en forma de T ó cruz *tau*, al pié del cual ha nacido la primera pareja humana y en cuya cima hay un pájaro. Sábase que la serpiente tentadora del Génesis era “un ave”, antes de encantar á Eva, pues de esto dimanó la maldición que la condenó á arrastrarse. El “árbol de la vida”, que en algunos mapas cristianos de la Edad Media figura también como una *tau*, era el falo metaforizado en forma bien clara por aquella designación; pues la cruz, como emblema abstracto de generación (el falicismo), pasaba á ser el falo propiamente hablando, cuando le faltaba el colmo del asta. El número cuatro, que era la representación matemática de la cruz, representaba también el agua, y de aquí los cuatro ríos.

A este propósito, cabe una advertencia importante.

La interpretación alegórica de la Biblia, es un hecho conocido, en el cual se basa, por lo demás, toda la Reforma protestante. El inevitable san Agustín, convenía en que sin atentado á la piedad, y sin atribuir á Dios cosas indignas de él, no podía conservarse el sentido literal de los tres primeros capítulos del Génesis. A eso referíase la famosa frase de san Pablo, “la letra mata, el espíritu vivifica”; hallándose su sentido recto, comentado en la epístola II á los Corintios: versículos 13, 14 y 15 del capítulo III, donde habla del “velo no descorrido en la lectura del viejo testamento”.

Hubo en la teogonía mejicana que cito, un diluvio provocado por las maldades de las primeras razas, las cuales fueron *transformadas en monos*, como en las leyendas hindúes (1). Los siete dioses de la hueste representada por Quetzalcoatl, se salvaron gracias á un viento de fuego con que el numen secó la tierra; pues á semejanza del Lucifer hebreo y de la Atena griega, aquél era “príncipe del aire” y “señor del fuego”.

Los hundidos en el diluvio, eran gigantes malvados á cuya aparición los *quinamés*, ó miembros de la raza solar representados por el sol (*Tetzcatlipoca*) “cayeron” junto con él “*sabiendo que eran ellos mismos los autores de su caída*, y por qué los que cayeron, cayeron para siempre”, dice el código *Chimalpopoca*. Luego se verá que el Prometeo griego expresaba la misma cosa en el drama eskiliano.

En los *mitotes*, ó dramas sagrados del culto quiché, representados en los templos, describíase aquel episodio cuya semejanza con las *cleusinias* griegas resalta sin mayor esfuerzo. El mismo nombre de *mitote*, recuerda el *mito* griego.

Pero hay algo más importante aún. La mitología mejicana, basábase también en la palingenesia humana y universal, reconociendo destrucciones y re-

(1) Parece que estos simianos, así como los antropoides de las edades geológicas, fueron el producto de cruzamientos monstruosos entre animales y miembros de la humanidad que quedó sin mente por la negativa de una parte de la hueste solar á encarnar sobre la tierra.

generaciones periódicas del universo. Sus *edades* son las mismas. El concepto panteísta que atribuye al espacio las condiciones para nosotros esenciales del tiempo, es idéntico al de los libros hindúes: la duración es un estado, no una progresión cronológica (1).

Quetzalcoatl fué el civilizador por excelencia. Moral, culto, ciencia, industria, todo lo instituyó. Suprimió los sacrificios humanos, bien que admitiendo las penitencias personales, hasta la disciplina sangrienta como en el cristianismo. Precisamente, á semejanza de Jesús, había nacido de una virgen á quien anunció un ángel la misma encarnación misteriosa que á María; estuvo oculto cuando niño durante años, no se sabe dónde, para reaparecer convertido en profeta, y usaba los cabellos y la barba á la nazarena como todos los iniciados del viejo mundo. Fué asimismo virgen y de procedencia oriental: del lado del sol levante. Su conquista de la ciudad mítica *Xibalba*, es también significativa; pues dicha ciudad era propiamente el *hades*, á donde viajaban en su última prueba los iniciados.

Por cierto que como todos los númenes de su clase, la desgracia fué su recompensa.

Habiendo consentido en beber el vino que le llevó en presente uno de los magos del culto vencido, perdió

(1) Y á propósito: creo inútil advertir que las referencias históricas á la mitología mejicana y quiché, no son meras adaptaciones á la Biblia. Los textos refiérense á períodos indeterminados.

sus poderes y debió abandonar la ciudad sagrada de Tula para un destierro perpetuo. Este viaje está lleno de símbolos curiosos.

El numen envía de vanguardia á los pájaros; fabrica una cruz á modo de jalón en cierto punto de su marcha, atravesando un árbol de un flechazo; edifica moradas subterráneas ó templos de iniciación, que siempre fueron catacumbas como las del primitivo cristianismo; levanta, á guisa de monumento conmemorativo, una piedra movediza como las de Asia y Europa; y llegado á la orilla del mar, se embarca para Tlapalán en una almadía formada de serpientes (1).

Ahora, una relación con las leyendas míticas del viejo mundo.

El país hacia donde se dirige el navío de los argonautas, ó conquistadores del supremo tesoro, es la tierra de Aea, una comarca sin determinación geográfica. Repítese ahí el caso del viaje de Ulises al

(1) Sostienen en la India que la civilización y el culto, fueron llevados allá por el sacerdocio solar de la antigua Atlántida, desterrado antes de la catástrofe memorable. El nombre de *Atlántida*, despierta ideas de semejanza con las palabras mejicanas. *Tlapalán*, podría ser, asimismo, *Taprobana* (Ceilán), por donde, en efecto, dícese que entraron los desterrados atlantes. Nauhyatl el vencedor de Quetzalcoatl, instituyó el culto de *Tlaloc* cuyas víctimas eran niños. Imposible no recordar al *Moloc* semita, igualmente pelófago. El libro más sagrado de la tradición tolteca llamábase *Teo-Amostli*, "el libro de Dios": y *teos* es dios en griego...

La mitología escandinava presenta otra semejanza singular con la originalísima nave en que se embarcò el numen vencido. Según ella, los muros del palacio de *Surtur* un dios del fuego, estaban hechos de serpientes entrelazadas.

hades, imposible de situar también en la geografía, al revés de lo que ocurre con todas las demás referencias geográficas de la Ousea. El país donde se conquista el supremo tesoro, que es el secreto de la vida y de la muerte, vellocino de oro para los griegos y piedra filosofal ó elixir de vida para los alquimistas, no es una comarca, sino un estado de fuerza y de materia. El secreto áureo que determina todas las empresas análogas: vellón, manzana, ó ramo de oro, ó piedra filosofal que lo engendra, es la verdad que conquista el iniciado en su viaje al hades. Por esto, el pretendido país adonde va, es un *borderland*: Hespérides, infiernos ó tierra adamítica, la tierra roja de los alquimistas que había servido para construir al Adam de barro; la *arcilla cadmia* con que se trataba el mineral de cobre en Grecia. Por esto también, todos los conquistadores de esos tesoros, son de raza solar como quedó establecido más arriba.

Todo esto, como se ve, no puede ser más significativo; pero hay todavía mayores datos.

Para los tzendales de Yucatán, el fundador de Palenke había sido *Votán* cuya identidad fonética con el númen escandinavo que conoce el secreto del tesoro Nibelungo (una adaptación del Jardín de las Hespérides, símbolo de la ciencia sagrada) no necesita comentarios.

El nombre sagrado de Palenke era *Nachán*, "la ciudad de las serpientes" (1); y *Votán* entró por la

(1) *Chan* significa serpiente en chino.

cueva de una de elias, hasta dar con la base del ciclo para cimentar en esta su ciudad. El mismo era una serpiente alada, un civilizador y numen eléctrico de origen solar como todos los fundadores americanos, incluso el Manco Cápac de los incas. Desgraciadamente, la mitología peruana ha desaparecido, por decirlo así. No tuvo los cronistas de la otra, ni la relativa tolerancia de una conquista más letrada; pero de lo poco restante, se infiere un culto muy análogo también á los del viejo mundo. Así lo demuestran las muchas tentativas de asimilación á los hebreos y á los griegos antiguos, sugeridas por esa semejanza. Así también los jeroglíficos, de sorprendente identidad gráfica, y quizá filosófica; pero esto último requeriría por comprobación un examen comparativo demasiado largo, y siempre menos concluyente que el de los mitos textuales.

Volviendo á la leyenda mejicana, ó mejor dicho, centro americana del culto solar, compruébase que la derrota de este último, ocasionó un auge del falicismo y de los sacrificios humanos suprimidos por aquél; cosas muy relacionadas como ya he dicho, pues no en vano el amor carnal se inicia derramando sangre. Así, el numen del agua fué por doquier femenino y sexual; en unas partes la luna, diosa de los novios como en el Anam y en la simbología romántica de nuestras literaturas; en otras, la misma estrella Venus, llamada por los peruanos la *chasca*: crespita; y por extensión, rubia, siendo su símbolo la cruz. Cruces y peces decoran ídolos peruanos cubiertos

por cascós fálicos. Los monolitos fálicos de nuestros Valles Calchaquíes, tienen también asociada la cruz; y en las vasijas de igual procedencia, figuran asimismo peces y cruces como en las vinajeras de la misa católica (1).

La astrología estaba en América tan difundida como en el viejo mundo. Los soldados de Cortés, hallaron en Méjico una orden de caballería cuyos miembros llamábanse “maestros de sapiencia”. Eran guerreros iniciados como los templarios cristianos y los sicas de la India.

El *Popol-Vuh*, ó Biblia de los quichés, dice que Cucumatz, una evidente permutación de Quetzalcoatl, viajaba á *Xibalba*. *el hades*, como queda dicho, transformándose en serpiente, en águila y en sangre. He ahí un antecedente eucarístico, al paso que un

(1) Vale la pena citar, como objeto sintético, la famosa cruz de plata del Titicaca, perteneciente á la colección Allchurch. La materia de que está formada, prueba que era una reliquia preciosa. Representa á la luna dominada por una *taw*, á la cual dominan á su vez dos figuras humanas levantando un sol con sus diestras. Un trofeo simbólico cuya interpretación es clara con nuestros datos.

Las hachas de piedra, tan numerosas en nuestra prehistoria, son sin duda símbolos; dado que no podían servir para el corte, por la imposibilidad de enastarlas y porque todas nos han llegado con sus aristas vivas. El instrumento análogo que usan ahora mismo ciertas tribus, no tiene la forma de nuestras hachas de fierro. Es un diente de silice engastado en una clava. Las otras, son sin duda, falos; habiendo algunas cilíndricas que no dejan lugar á dudas. Por esto, quizá, eran para los araucanos y otras tribus, fetiches de la lluvia. Así también, en la mitología escandinava, la maza de Thor, el Ares del Norte: propiamente un hacha de piedra.

método mencionado en la Odisea para evocar á las almas del hades. El mismo libro cuenta que los primeros hombres fueron criados en la obscuridad, ó sea que eran sin mente. Cerraré este capítulo, defectuoso por su brevedad excesiva, aunque asaz convincente según creo, con la mención de un nuevo manuscrito centroamericano publicado hace poco por la "Revista del Archivo de la Biblioteca Nacional de Honduras". Es el *Memorial de Tecpam Atitlán*, ó sea la crónica de los cachiqueles ya conocida por B. de Bourbourg, aunque nunca publicada en castellano. Sus similitudes con el *Popol-Vuh* son evidentes, si bien su comienzo es más modesto, pues empieza refiriéndose á los antepasados que moraban en Tulan, la ciudad santa de los iniciados solares.

El origen del hombre, está para el códice en *Xibalba*, ó sea el *hades*. Su creador y formador es, dice, quien lo perfeccionó en el dolor. Después de muchos ensayos, el hombre era un ente mudo é inmóvil que carecía de carne y de sangre. "No podía encontrar lo que debía entrar adentro, hasta que al fin se halló muy lejos lo que entró", etc. Sigue un oscuro texto para explicar cómo se formó la sangre; y de ahí, continúa, nacieron las mujeres y los hombres, empezando la vida sexual.

Aquí cabe advertir un detalle curioso: El formador del hombre, llámase en ese texto *Alom*; y en hebreo, la hueste creadora es *Alhim*. La conservación de los nombres sagrados, era estricta en todos los misterios; pues ya dije que se atribuía á su pronunciación, correspondencias misteriosas. "No alteres

los nombres bárbaros de la iniciación”, recomienda al discípulo un texto gnóstico; y por una razón semejante, la Iglesia no celebra misa en lengua vulgar: para no alterar las fórmulas sagradas, sobre todo en la consagración de las especies (1). Ahora las lenguas rituales son el latín, el griego, el siríaco y el copto; si bien hasta el siglo VI, hubo tolerancia para todas las lenguas, y hasta el X para los idiomas de las más importantes dependencias bizantinas. Volviendo al tema inicial, resulta absurdo creer que las semejanzas filológicas provienen de una fonación análoga en todos los hombres, cuando la significación de las palabras es también semejante, pues las palabras son sonidos convencionales. Si existe identidad, como en el caso de un mismo nombre para dos númenes de atributos análogos, puede asegurarse el parentesco, salvo prueba expresa en contrario. El caso en cuestión constituye una verdad suficiente.

La importancia del drama que constituía los misterios, queda así establecida. Era el destino humano lo que en ellos se explicaba, y de aquí su difusión bajo alegorías cuya integridad textual atestigua el respeto que las rodeaba.

El mito de Prometeo constituyó en Grecia su monumento más famoso.

(1) Por la misma razón las sibilas romanas profetizaban en griego, dándose también en esta lengua los textos interpretativos de los *quindecimvros*. Sólo podía vertérselos al latín mediante un decreto especial. El texto homérico, suministra otro dato interesante, cuando dá á veces nombres distintos á los personajes, diciendo que uno es en “la lengua de los hombres” y otro en “la de los dioses”.

Un proscrito del Sol

La tragedia griega fué al principio un espectáculo religioso y nunca perdió del todo este carácter. Había nacido en los templos, formando parte del culto. He aquí por qué Platón quería reglamentar en su República hasta las danzas cuyo primitivo carácter ritual recuerda.

Su forma era semejante á la de nuestras óperas; pues los griegos, para quienes no existió la poesía sin la música, por una razón estética que luego se explicará, cantaban sus versos. Y el verso era el lenguaje de la tragedia (1). Aquel "canto" ó melopea, era nuestro recitado: una declamación sostenida por la música, ó un verdadero canto llano cuyo carácter ritual acentuaban la inmovilidad solemne de la escena y el carácter sublime de los protagonistas. En la tragedia propiamente dicha, éstos fue-

(1) La comedia tenía música también, como recuerdo del *comos* originario: una danza pantomima, acompañada de flauta.

ron siempre númenes; lo cual acentúa el carácter religioso de la composición.

Por otra parte, el verso antiguo, con la entonación de sus sílabas largas y breves, que sin ese canto habrían pasado inadvertidas, exigía, naturalmente, la notación de un ritmo. Los coros requerían variaciones semejantes á las que piden los nuestros, bajo la triple división clásica de *estrofa*, *épodo* y *antiestrofa*; pero tenían una importancia mucho mayor, por cuanto eran los interlocutores de los personajes que formaban realmente la tragedia con sus pasiones, á la vez que el comentario de todo cuanto ellos no podían decir, por ser incompatible con su dignidad. En dichas composiciones, los personajes no eran para el argumento ó para la música, como en nuestros dramas de intriga y en nuestras óperas, sino todo lo contrario (1). De aquí su eminencia, señalada por los coturnos con que aumentaban su estatura, por las máscaras enormes y por los tubos de bronce que dentro de ellas desmesuraban su voz. Su lenguaje era elevadísimo, pues la filosofía estoica con sus máximas sublimes, inspiró regularmente la poesía trágica.

Por la misma razón, en la escena antigua eran mudos los personajes subalternos; detalle que comprobado en el drama eleusino, ha hecho suponer á algunos mitólogos una ampliación de solemnidad, producida por la simple pantomima sagrada.

(1) La música wagneriana ha restaurado este concepto como base de su estética.

El papel del coro, era, pues, esencial, y por esto no salía casi de la escena, paralizada, así, en una narración sin actos, con pocas mutaciones y sin intriga. Contribuía á ello la ausencia del amor como pasión dramática; tanto por la falta de actrices en la escena griega, cuyos papeles eran todos desempeñados por hombres, cuanto porque ello habría sido profanar á la mujer celosamente guardada en el gineceo.

Casi no necesito recordar que Eskilo es considerado el padre de la tragedia griega, como si este género hubiera nacido completo con su Prometeo, ó sea aquel de los tres dramas suyos así llamados, que conocemos (1).

La realidad es otra, sin embargo. Thespio fué quien inventó la tragedia, como composición teatral, estableciendo el recitado y el canto alternativos, en las representaciones báquicas. Aquello fué, por lo demás, una dionisia, lo bastante licenciosa para alarmar á Solón, su contemporáneo. Pratinas y Choeilos la perfeccionaron, aunque conservándole su fondo de alegría sensual; Thyrnichos llevó los coros al efecto máximo, é introdujo papeles femeninos (no actrices) en la escena, rigurosamente masculina hasta entonces. ¿Cómo se explica, pues, la paternidad atribuída á Eskilo?

(1) El segundo de la trilogía al parecer. Los otros dos perdiéronse. ¿Dónde y cómo? Más de una desaparición semejante, asombra en la historia. Quizá los iniciados recogieron aquellas revelaciones demasiado audaces.

Es que si la invención del eleusino excluye la originalidad absoluta, que no existe jamás, en cambio revela, con la singularidad de su noble grandeza, un elemento solemne que denota procedencia distinta, ó mejor, antagónica de las primitivas sarrabandas báquicas, origen de la tragedia como *composición*. Lo que nace con Eskiilo es el *espíritu trágico*, ó sea la emoción peculiar del género: probablemente un reflejo de los misterios que el drama prometeano divulgó. Lo cierto es que aun cuando las perfecciones formales continuaron con Sófocles y con Eurípides (1), con el Prometeo quedó formada y agotada como género la tragedia griega. Así, la obra eskiliana forma dentro de ella un caso. Está aislada en una grandeza única, lo cual demuestra su proveniencia de otras fuentes que no las comunes en la poesía habitual.

El imperio de la fatalidad, que la tragedia comenta, y que constituye su tema fundamental, ejércese sobre dos grandes razas trágicas de tronco solar común; lo cual demuestra, así el carácter religioso como el simbolismo de tales obras, de una manera asaz significativa.

La primera es la raza de Cadmo, uno de los proge-

(1) Eskiilo mismo había introducido algunas bien importantes, como el segundo actor, que daba al diálogo la verdadera animación dramática, y la división del coro en grupos de doce y quince *coreutas*. No obstante, hacia el fin de su vida, el espíritu nuevo se sobrepuso á su grandeza en la persona de Sófocles. Este venció al viejo eleusino, con su trilogía de *Triptolemo*, en un concurso famoso presidido por el mismo Cimón. La posteridad ha restablecido el imperio de la justicia.

nitores solares de la civilización helénica, según se recordará; inventor de la química, de la metalurgia, de la arquitectura, de la escritura y de la ingeniería hidráulica. Su nombre significaba armadura, porque él había inventado las de metal; y dicho numen estaba relacionado como Atena con las artes fictiles y con la arcilla empleada en la fundición del cobre, bajo el nombre de *tierra cadmia*: adjetivo que denomina un metal y ciertas sublimaciones de la química moderna. Al igual de aquella diosa, su protectora por otra parte, hallábase vinculado á los industrioses *telchines*, genios de las minas que aquélla advocaba bajo el nombre de *Atena Telchinia*.

No obstante estos caracteres benéficos, la desgracia común á los solares, persiguióle con encarnizamiento singular, sin que hubiera cometido otro error, que el de casarse con *Hermione*, hija de Ares y de Afrodita: una deidad lunar por consiguiente. Toda su descendencia fué víctima de la fatalidad hasta el exterminio.

La otra raza trágica, ó sea la de Tíndaro, fué una rama del mismo tronco, pues dicho rey venía á ser tataranieto de *Lacedemonio*, hijo á su vez de *Taygeta*, hermana de Cadmo. Zeus habíala seducido, como á Europa, hermana de los dos, sometiéndolas así á la fatalidad por él representada. Además, la madre de Tíndaro, fué una hija del héroe solar Perseo: *Gorgofona* (1). El ciclo trágico ,resulta inscrip-

(1) Conviene no olvidar que Helena, era tan sólo hija putativa de Tíndaro; pues la mujer de éste, Leda, habíala tenido de Zeus transformado en cisne. De aquí que Helena era agente, no víctima de la fatalidad.

to, así, en el culto solar; viniendo á ser la tragedia, un arte solar á su vez.

Examinemos antes la mitología del drama eskiliano.

Los autores modernos convienen en que el mito de Prometeo alegoriza el descubrimiento del fuego: beneficio superior á todos en la humanidad inferior que Eskilo describe y que fué redimida por el Titán (1).

Este pretendido descubrimiento no resiste á la crítica. Si realmente se efectuó por frotación, como se sostiene, ó por choque eventual, ó por derrame de lava, ó por el rayo, eso perteneció á salvajes antiquísimos, vale decir, sumamente primitivos: incapaces, por lo tanto, de crear el mito más elevado é intelectual de la mitología. Atribúyese, asimismo, un carácter esencial en él al aparato productor de fuego, cuya pieza frotadora se llama *pramantha*, de donde habríase derivado *Prometeo*; (2) pero ese aparato, está lejos de ser una obra elemental, un invento de salvajes.

Cualquiera que haya viajado en los bosques, sabe

(1) Existe al respecto un antecedente antiguo en Diodoro de Sicilia, aunque conviene no olvidar que este enciclopedista de la decadencia griega (vivió en el siglo de Augusto) estaba influido por el positivismo materialista de Alejandría: el mito de Prometeo sólo significaba la invención de los eslabones para encender la yesca; ó bien el titán fué un personaje histórico: un rey egipcio encadenado por sus propios súbditos á causa de una creciente inesperada del Nilo.

(2) La mente salvaje, es inerte en punto á inventiva. Este es el atributo esencial de la civilización, y mucho más tratándose de simbolismos tan complicados.

que es falsa la leyenda del fuego encendido por frotación de trozos de madera. En cuanto al *pramantha*, tiene un manejo difícilísimo que ningún hombre civilizado llega á dominar, siendo, por lo tanto, inútil en sus manos. Lo he probado con un aparato hindú y con los exactamente iguales que usan nuestros indios tobas del Chaco: otra aproximación singular, entre paréntesis. Imposible obtener una chispa. Trátase de algo semejante á una pequeña baqueta de tambor, que debe hacerse girar con las palmas de las manos como un molinillo de chocolate, en la ranura de una especie de lanzadera de palo. La ranura tiene en uno de sus extremos un ensanche circular que permite la introducción del palillo frotador, y por el cual saltan las chispas sobre la yesca dispuesta al efecto. Es ciertamente más ingenioso que las cerillas fosfóricas y los eslabones del pedernal; pero sostengo que sin tener el manejo tradicional y quizá atávico del aparato, nadie logra producir fuego con él. Es un misterio arcaico como el *boomerang* de los australianos (1); con toda probabilidad un rudimento de civilizaciones desaparecidas (2). Trátase, pues,

(1) Sábese que el *boomerang* es un arma arrojadiza cuya propiedad singular consiste en que, después de herir, vuelve al punto de partida. En el canto XXIII de la Iliada, cuando un "tiro á la paloma" remata los juegos fúnebres con que se conmemora á Patroclo, la flecha de Merión se comporta de igual extraño modo: "atravesó la paloma de parte á parte, y volvió á clavarse á los piés del arquero". He ahí una correspondencia homérica, que vale ciertamente la mención.

(2) Tanto la lengua como las costumbres de nuestros tobas indican una civilización superior á la de las tribus vecinas. Esto

de una verdadera máquina que excluye la casualidad.

Por lo demás, Éskilo no ha hablado de salvajes en ninguna parte, sino de seres sin memoria, cuya existencia era como la de los sueños: la humanidad anterior á la encarnación de los númenes solares cuya hueste representa Prometeo. Y porque el bien comunicado fué la mente, sintetizada en la memoria, su facultad central, *Prometeo* significa literalmente en griego “el previsor”, como sucede también en sanscrito. Dije más arriba por qué se asimilaba la mente al fuego y al sonido ó “verbo” creador. Éran los fenómenos primordiales del universo al despertar para un ciclo activo; las manifestaciones de las primeras potencias cósmicas. Por esto, dice el poema, Prometeo conocía el secreto de las *Parcas*.

Cuando las Oceánidas del coro le preguntan quién tiene en el mundo “el timón de la necesidad” (1) el

no puede ser sino un residuo de estados superiores, pues en el medio y situación actuales, no tiene explicación posible. Ahora los tobas están colocados en las mismas condiciones que los otros indios del Chaco. A título de noticia curiosa, añadiré que la hechicería tehuelche en la antigua Patagonia, estaba confiada á las mujeres como en Grecia, y sólo por excepción á hombres afeminados y vestidos de mujer, como en Fenicia. La tripode era para ellos el solio mágico desde el cual profetizaban.

J. Toutain en sus *Etudes de Mythologie* cree que muchas tribus en las cuales existe el *totemismo* (adoración de fetiches vivos) no son poblaciones primitivas, sino degeneradas. Así, encuentra que las ideas de los australianos sobre la concepción materna, pueden ser el eco lejano y desnaturalizado de alguna filosofía espiritualista.

(1) Esta frase es característica. Era la necesidad, ó sea el determinismo de las causas anteriores, lo que regía la marcha del universo.

titán responde que las Erínias “de memoria fiel”; y lo dice, porque el determinismo de las causas anteriores en cuya virtud evoluciona cada universo que renace, es propiamente un fenómeno de memoria. El atavismo, se ha dicho, es la memoria de la especie; y el fenómeno causal á que me refiero, sería una especie de colosal atavismo.

Por esto también, la mitología llamaba á la cadena de existencias de todo ser, ciclo de necesidad como los vedantinos; y del propio modo, las Erínias son las Parcas mismas. Parcas cuando se refieren á la muerte, Erínias cuando á la vida. Eran las deidades del destino, de las cuales nadie podía liberarse, ni aún muriendo; porque la muerte es el comienzo de una nueva vida determinada por la que acaba de concluir.

Esto nos lleva lejos, como se ve, del fuego por frotamiento; pero hay todavía otra consideración que hacer: El instrumento productor del fuego, recibe en la India el nombre de los dos *aranis*, llamándose así la parte frotada por el *pramantha*; y existen en el panteón védico ciertos númenes llamados *aranis*, ó por otro nombre “ángeles de la mente”. No es del caso divertirse en una aproximación fonética de estos *aranis* con las *erínias*...

El signo gráfico del aparato *arani*, era la *suástica* ó cruz de los Cabires, númenes del fuego; por otro nombre, cruz de la iniciación. El movimiento circular de sus cuatro brazos, simbolizaba la evolución cósmica de las fuerzas que producían el fuego pri-

mondial. Las dos líneas principales significaban espíritu la vertical, materia la otra; y los cuatro garfios, la revolución de los ciclos de existencia eterna. Por esto la generalización del símbolo en toda la tierra: desde las ruinas de Troya hasta el Yucatán, desde la India á las islas de Pascua, desde la Escandinavia hasta nuestros valles Calchaquíes. La difusión del culto solar tiene una demostración más en esta universalidad de un símbolo cuya combinación artificial es evidente. No puede haber resultado de meras intersecciones de líneas.

Por otra parte, en la teogonía, Prometeo es un hijo del titán Jafet, numen del fuego por su naturaleza, y tan primordial, que era anterior á Cronos (1). En cambio, el mismo tratado no dice una palabra respecto de cómo se ejecutó el pretendido "robo" del fuego.

Es que se trataba de un término figurado y por esto no existe la descripción, tan importante sin embargo, á significar el mito lo que se pretende. Mas, por otra parte: ¿á qué vendría el robo, cuando el aparato arani, ó sea Prometeo mismo, es el productor del fuego? Es que el tal fuego simboliza la mente con que el titán dotó á los sin memoria de Eškilo. Por esto, para el sacerdocio lunar, cuyo núnen supremo era Zeus, aquel bienhechor es un

(1) Su hermano Atlas, es hijo de Urano y de Gea en el ya citado fragmento de Sanchoniaton; es decir un igual de Cronos, y por lo tanto, anterior á Zeua.

genio del mal; del propio modo que Lucifer para el Jehová hebreo y su culto heredado en esta parte por los cristianos.

Asimismo, en la mitología escandinava, Lok, el dios del fuego eléctrico, ó fuego creador, que para los númenes lunares es, naturalmente, “mal fuego”, como en el caso de Jehová, ó un monopolio egoísta y vengativo como en Zeus, Lok, “culpable” de un beneficio análogo á los hombres, es el diablo. Encadenado como su semejante griego, no obtendrá la libertad sino “al fin del mundo”, ó sea cuando realizado su ciclo de necesidad, el espíritu superior encarnado en la materia, recobre su rango. Pues todas esas desventuras de los númenes solares “caídos”, son reacciones de la ley fatal.

Por lo demás, el titán griego tiene parientes en su mismo Panteón. *Atlas*, su hermano, condenado por Zeus á cargar el cielo sobre sus hombros como titán rebelde; ó guardián del Jardín de las Hespérides, lo cual es bien significativo, convertido en montaña por Perseo cuando se entregó á la magia negra para conquistar aquellos frutos. Tytios, un numen de su raza, fué encadenado y sometido al suplicio de dos buitres que le roían el hígado, por haber intentado violentar á Leto, un númen lunar como lo indica su sexo y su carácter de esposa de Zeus, según la Odisea que consigna esta leyenda. El otro caso es el de Tántalo, condenado al suplicio eterno, porque habiéndole admitido los dioses á su mesa, robó ambrosia, el licor de la inmortalidad, como el bíblico

fruto del conocimiento, para hacer parte de ella á los hombres (1).

Contribuye á acentuar el carácter de Prometeo, el hecho de que Hércules sea el héroe predestinado para libertarlo “al fin de los tiempos”. Hércules, el héroe solar, el paladín de la justicia y del bien sobre la tierra.

Esto demuestra una vez más, que los dioses de estirpe jovina, los dominadores del Panteón mitológico, eran los verdaderos genios del mal, á quienes, como al Jehová bíblico, no convenía que el hombre supiera el secreto de su destino. Por esto “castigaron” á los iniciadores, “condenándolos” á caer en la materia, como la serpiente alada del Génesis que debió arrastrarse desde la famosa aventura del manzano. Tales castigos y condenas, representaban, como queda dicho, las reacciones de la ley fatal.

Por la misma razón, el sacerdocio lunar desnaturalizó los mitos solares ante el vulgo, mientras sus rivales debieron contentarse con restablecer la verdad en la limitada iniciación de los misterios. Así, el aparato productor del fuego, era una imagen de los sexos en función; y ello dentro de la lógica de los mitos, puesto que la caída de los espíritus solares, coincidió con la separación de los sexos y consiguiente manera de reproducirse las especies. Por esto

(1) Este suplicio es una alegoría más del ser superior, encadenado á la materia. Tántalo ve los frutos, pero no puede alcanzarlos. Y está, además, metido en el agua, símbolo de la materia.

la chispa, que representa la vida espiritual en el engendro de todo ser.

El ilogismo estaba reservado á nuestra mitología, pues al fin la magia negra de la antigüedad procedía á sabiendas en sus transgresiones.

Así se nos dice que Prometeo, lo cual es verdad, fué el civilizador é iniciador de las artes; pero que al mismo tiempo representa al hombre primitivo, hijo de la tierra. Se descubre que Prometeo es el generador del hombre, acertando en esto con otra verdad; pero sin advertir que, entonces, no tiene cabida el famoso robo de fuego para hombres ya existentes y formados. Ovidio, en tanto, asignó al titán funciones análogas á las del Jehová bíblico, diciendo que en unión de Atena, había creado al hombre con el lodo del diluvio. Las cosas no se explican sino por la asimilación del alma humana al fuego, representándose así el origen solar de los espíritus que dieron mente al hombre.

Del propio modo, Apolodoro, atribuye á Prometeo y no á Hephaestos la apertura del cráneo de Zeus para el nacimiento de Atena; asociación que revela un parentesco substancial entre aquellos númenes.

La correlativa leyenda de *Phorouco*, otro descubridor del fuego venerado en Argos donde le atribuían los mismos caracteres que al titán, corrobora la interpretación espiritualista con nuevos detalles. Dícese que su madre era *Melia* ó el fresno, arbol original, común á todas las mitologías y cuyo fruto es el rayo. De dicho arbol procedían los hombres de

la edad de bronce, ó humanos separados en sexos antes de que la retardada hueste solar encarnase: nuestros brillantes progenitores ó héroes de la mitología. El rayo como fruto del árbol en cuestión, indica que se trata del fuego prometeano.

Los griegos usaban, como nosotros, de expresiones simbólicas, que precisamente por lo mismo, carecían de significación literal. Así, por ejemplo, la proposición geométrica que llamamos teorema de Pitágoras, recibía entre aquellos el nombre de *teorema de la desposada*, igual que entre los persas y casi lo mismo que entre los hindúes, para quienes era *la silla de la esposa*. Alguna relación alegórica habría, sin duda, en ello, puesto que Platón comprendía el triángulo típico 3, 4, 5, en su famoso *número nupcial*; pero ¿quién sostendría sin necesidad, que el teorema en cuestión representaba una prenda, la silla, por ejemplo, de la recién casada? Era un símbolo del matrimonio, porque la suma de tres igual á dos, significaba la caída del espíritu superior (el triángulo) en la materia ó cruz (dos líneas que se cortan) al consumarse el acto sexual que da por resultado la encarnación de aquel espíritu. Es este el alcance pitagórico de la proposición.

Por cierto que la mitología vé en el árbol citado, la imagen del cielo cubierto de nubes, atribuyendo por otra parte á Hesiodo la creencia de que los hombres de la edad de bronce salieron efectivamente de él. Pero el griego usaba al respecto la muy corriente metáfora actual del "árbol genealógico": un "tron-

co" de razas prehistóricas. Si se refería al fresno, que es también el árbol Iggdrasil de la mitología escandinava, ello viene de que dicho árbol con su dureza, recordaba, si labrado, el dominio de los metales por el hombre; pues la raza de bronce, fué la primera que los industrió y que aplicó la simpatía de algunos por la electricidad. El hacha era un símbolo del rayo (1). Y que el sacerdocio solar sabía algo á este respecto, es evidente. Los soldados macedonios que violaron el santuario de Tebas, fueron cegados y fulminados por el rayo, igual que los persas de Mardonio. Ocurrió lo mismo á los galos en Roma, y era el castigo habitual de los profanadores de Delfos. Por lo demás, las relaciones de la electricidad atmosférica con los árboles, son bien conocidas. La predilección por el fresno, obedecía, además, á otras cualidades que lo caracterizaban como amigo de los hombres. Su corteza es febrífuga, y la variedad llamada "fresno florífero" destila el maná ó azúcar de los antiguos (2); sin contar su excelencia como madera de construcción.

Otros parentescos y advocaciones del titán, son también muy significativos.

(1) Así también entre los araucanos. Los indios *cainhud* del Paraguay, poseen una leyenda, según la cual, al secarse las aguas del diluvio, una urraca trajo á los hombres fuego del cielo. La urraca es un pájaro que habla, y esto puede significar muchas cosas, si esa leyenda es residuo, como creo, de una civilización superior.

(2) Que por lo demás, conocían también el de caña. Plinio lo cita, proveniente de Arabia, aunque añade que sólo se lo empleaba en medicina.

Así, fué Atena, la diosa del pensamiento, quien le condujo al cielo para que substrajera el fuego sagrado; y quien, conforme á la otra leyenda del hombre formado de lodo, animó la obra con el “soplo” consabido. Decíase, por otra parte, que era una reencarnación ó heredero del espíritu del centauro Chirón, profesor de los númenes solares y padre de la astronomía: un arte solar por excelencia. Así, era también hermano de Atlas, representación primordial del cielo. Según otros, el mismo Chirón, habíase ofrecido á Zeus para padecer en lugar de Prometeo.

Deucalión, el Noé griego que repobló la tierra después del diluvio—ó sea un antagonista del agua,—era hijo suyo. Deucalión fué llamado el más justo de los hombres. Su hijo Anficción, nieto del titán, por lo tanto, fué el fundador del famoso consejo de los Anficciones ó gran corte federal de arbitraje para las primeras doce ciudades de Grecia (1); de suerte que la concordia y la legislación, tan características de los númenes solares, fueron también dones de la familia prometeana.

Los inventores de la alfarería en Grecia recibieron el nombre de *prometeos*; lo cual establecía otra relación del titán con Atena: la *Keramitis*. También

(1) No han quedado, sinembargo, más que los de once. Atribuíase también á Anficción la institución de las *Panateneas* ó fiestas de Atenas, aunque Plutarco dice que las fundó Teseo. Sea como quiera, trátase de dos númenes solares en relación con la diosa de la inteligencia.

en compañía de la diosa, estábanle dedicadas las fiestas *lampadoforias*, por haber puesto él el fuego, así como aquella el aceite de las lámparas. Correspondíale, asimismo, una procesión de antorchas, como á la ya citada Atena y á Demeter. Su altar estaba en la academia de Atenas á la par de los consagrados á las Musas, las Gracias y Hércules.

Cuando robó el fuego del cielo, Zeus procuró castigarle como á todos los héroes solares, por medio de la mujer, enviándole á Pandora con su caja de funestos dones; mas el previsor por excelencia, no cayó en el lazo. Quien se enamoró de la enviada, fué Epimeteo, su obtuso hermano, representante de las razas sin mente que cohabitaron con hembras de animales, y produjeron monstruos cuya responsabilidad recayó entera en la hueste solar que no había encarnado. Este es el origen del mal, como queda ya dicho, puesto que esos solares encarnados después á impulsos de la ley fatal, no tienen esperanza de reintegrar su rango de sumos inmortales en esta manifestación del universo; de ahí los males que la apertura de la “caja” de Pandora produjo, conservando guardada solo la esperanza. En cambio ésta constituye, como vá á verse, el don más precioso que Prometeo hizo á los hombres, á quienes dotó con el fuego ó mente. Sólo cuando fracasó aquel intento de venganza, Zeus encadenó á Prometeo sin piedad. La “caída” estaba consumada.

Prometeo era considerado también un *cabir*, siendo éstos, como antes dije, númenes solares simpáti-

cos á la electricidad por medio de los metales cuyo patrocinio ejercían. Otros dábanlos por hijos de Hefaeostos; otros por descendientes de Zeus y *Electra*, la llama del rayo. Por todas partes, pues, la naturaleza superior y benéfica del numen, queda evidenciada.

Aquí hay otra relación curiosa que establecer:

Uno de los personajes progenitores que figuraban en los misterios de Samotracia, donde era especial el culto de los cabires, llamábase *Adamas* y constituía el arquetipo humano del primer varón, exactamente como en la Biblia. Los *cabires* griegos, eran, por otra parte, los *kabirim* semitas ó hueste primordial de creadores: “la gran dinastía” llamábanlos en griego.

Demeter y Perséfone, recibieron el nombre de *Cabiria*. La representación popular de aquellos númenes, consistía en tenerlos por enanos protectores de las minas como nuestros *gnomos*; pues siendo númenes solares caídos en la materia, el fuego central y los metales subterráneos los simbolizaban (1).

Porque haré notar, á riesgo de redundancia, tan importante es ello, que el procedimiento antiguo para interpretar las alegorías era exactamente inverso al de nuestros mitólogos. El fenómeno natural, el su-

(1) La atribución de una notable inteligencia á esos númenes enanos, es significativa. La disminución de materia, comportaba simbólica y directamente libertad de las energías superiores, como en los procedimientos de la ciencia actual en el dominio de lo ultra-sensible.

ceso histórico, la máquina, como en el caso del arani con Prometeo, eran representaciones del mito, no sus claves. Y la sabiduría de Eskilo, era evidente al respecto. Había nacido en la misma Eleusis, de una familia que tenía relaciones con el santuario; lo cual hace suponer que la alteración de las genealogías teogónicas á que Herodoto y Pausanias imputan su desgracia, no fuera por haber ignorado el mito, sino por conocerlo demasiado bien. Lo cierto es que el Prometeo, como vá á verse, era una revelación de los misterios. Bajo este concepto abordaré la interpretación del drama eskiliano.

Este es realmente un comentario de la teogonia en cuanto ella se refiere al desenlace humano de los conflictos y armonías celestes: la caída de la hueste solar en la materia de los habitantes de la tierra (1). Prometeo, conforme á la etimología de su nombre, es el Pensador, el numen de la mente.

Ya en el segundo miembro del prólogo, *Hefaeostos* encargado de encadenar al titán, le llama "hijo sublime de la sabia Themis"; y anteriormente habíale dado el título de "dios fraternal", sosteniendo que sólo la "necesidad" de obedecer al "Padre", le obligaba á hacerlo; y esto, por más que *Kratos* (la fuerza bruta) en el trozo inicial, le recuerda el "fuego que te ha robado".

(1) Recuérdese que se trata del segundo miembro suelto de una trilogía. A esto debe atribuirse la brusquedad con que empieza, y ciertas lagunas textuales que son, sin duda, referencias al drama anterior.

Más adelante, el mismo Kratos, gozándose de verle ya encadenado, le dice: “Mal te han calificado los demonios al llamarte Prometeo. Para arrancarte de estos lazos, es *un* Prometeo lo que precisarias”.

Un Prometeo (1), es decir, un previsor, un sabio. Luego, la mitología antigua daba ese significado al nombre del titán. Pero si se quisiera una corroboración más, suministraríala el nombre de su hermano *Epimeteo: el que piensa después del acto*. Nuestros mitólogos suponen que este personaje fué creado por razón de simetría; pobre razón para fundar un mito. Pero no; referíase á la hueste lunar de los númenes sin mente; así como Pandora con su famosa “caja”, era la humanidad bestial con las tentaciones del sexo ó estímulos ciegos de la materia.

En el monólogo con que el titán se lamenta de su castigo, dice en palabras explícitas: “Yo preveo seguramente las cosas que serán. Para mí no existe calamidad inesperada”. Y en la segunda antiestrofa: “Por mi parte, nada ignoraba de esto. He querido, sabiendo lo que quería. No lo negaré. Al salvar á los hombres, atraje sobre mí estas miserias”.

Antes, en la misma antiestrofa, el coro de las oceánidas pregunta á Prometeo:

“Qué más hiciste por los hombres?”

“Impedí á los mortales que previesen la muerte”.

(1) No lo diría ciertamente por los alfareros griegos así llamados, y que á guisa de industriales, carecían de atributos heroicos.

“¿Qué remedio les diste para ese mal?”

“Puse en ellos ciegas esperanzas”.

Esto parece una redonda contradicción; pero más adelante, el titán dice á las Oceánidas, enumerando los beneficios que hizo á los hombres:

“Yo instituí los numerosos ritos de la adivinación. Primero que nadie, señalé en los sueños las cosas que debían suceder y expliqué á los hombres las revelaciones oscuras.

.
“Quemando los largos riñones enseñé á los hombres el arte difícil de prever (1). Les revelé los presagios del fuego, que antes eran oscuros” (2).

Aquello otro, referíase, pues, exclusivamente á la previsión de morir: un instinto, como vá á verse. Pero un instinto que, al suprimir la esperanza, impedía el progreso humano. Para mejor, aquella humanidad, según se enseñaba, moría sin padecer. No tenía, así, ningún interés en evitarlo, y permanecía enteramente entregada á la fatalidad. Pero veamos cómo nos describe su estado el mismo Prometeo:

(1) En Job, hállase esta imprecación singular: “¿Quién puso la sabiduría en los riñones?” El que lo pregunta es Jehová, atribuyéndose el dominio del auspicio.

(2) Orfeo en la introducción de su poema de los Argonautas, dice las mismas palabras á su amigo Museo. Hé aquí una relación mítica importante entre el titán redentor y el proto-civilizador de la Grecia. Eskilo como Homero tomaban de él, no porque les faltara inventiva ciertamente, sino porque se trataba de fórmulas religiosas que era imposible alterar. Este fué el concepto de las escuelas artísticas y literarias hasta el fin del Renacimiento. La pretensión de originalidad absoluta, es una necedad moderna.

“Sabed cómo eran los males de los vivientes, antes llenos de ignorancia, y á quienes yo torné sensatos y dotados de inteligencia”.

.

“Al principio, miraban en vano y no veían; escuchaban y no oían. Durante mucho tiempo, semejantes á las imágenes de los sueños, confundían ciegameute las cosas (1). No conocían las casas construídas de ladrillos y expuestas al sol, ni el maderamen. Vivían bajo tierra, en el fondo de tenebrosos antros que eran sus reductos, como las hormigas largas y delgadas. Nada sabían del invierno, de la primavera florida ni del estío fructuoso. Vivían sin pensar, hasta que les enseñé la salida cierta de los astros y su poniente irregular. Para ellos encontré el número, la más ingeniosa de las cosas, y el concierto de las letras, y la memoria, madre de las Musas”.

Háse querido ver en esto el mero cuadro de una primitiva humanidad salvaje; pero el estado psicológico de tales seres, indica ciertamente algo más complicado.

Desde luego, no tenían memoria, puesto que el titán se la dió. Carecían de raciocinio, puesto que su inteligencia, si tal puede decirse, era confusa como los sueños. Faltábales la conciencia, desde que

(1) Esto recuerda el tantas veces citado pensamiento de Shakespeare: estamos construídos de la misma madera que nuestros sueños. Los genios se entienden sin necesidad de conocerse.

no apreciaban los fenómenos de sus sentidos. Sólo tenían, como los animales, el instinto de prever la muerte, que según he dicho, volvíalos esclavos de la fatalidad; y quitándoselo para reemplazarlo por la mente *humana*, ó mejor dicho divina, dada su procedencia, el titán inauguró el progreso.

¿Cuál es el fundamento de este bien, sino la preocupación del hombre y de la sociedad por asegurar el porvenir, ante la imposibilidad de prever la muerte? Supiéramos cuándo vamos á morir, y perderíamos todo estímulo. Progresamos, porque no pensamos en la muerte. Esta es la “ciega esperanza” del titán. De aquí nace también la continuidad del esfuerzo humano. Dejamos siempre trunca la obra, porque la muerte nos es siempre inesperada. Otros la seguirán. La filosofía estoica, hija de los misterios, formulaba al respecto una máxima de heroísmo sublime: “La muerte es inevitable; no pensemos, pues, en ella”. El titán había apreciado lo mismo su dolor futuro al sacrificarse por los hombres. El no fué tan solo el creador de la esperanza. Inauguró también el deber, que doma á la muerte.

La ley fatal, representada por Zeus, reaccionó entonces contra él, produciendo su encadenamiento eterno, en la alegoría del drama; aunque realmente él mismo lo había buscado.

Aquella humanidad entregada á la muerte, sin reacción alguna, en un bestial egoísmo de fin previsto que comportaba la inutilidad de todo esfuerzo, fué substituída por el sér múltiple y solidario, cuya ac-

ción se perpetúa al constituir una obra sin término, como es su propia renovación. Así nació la “ciega esperanza”, el único bien que contenía la caja de Pandora, ó para decirlo rectamente, *la idea* de la inmortalidad (1). Haga lo que quiera Zeus, dice el titán al final del poema, no me dará la muerte. Esta es la esperanza de todos los redentores, que según el profundo adagio, han de salir, por serlo, crucificados. Y forzoso es convenir en que ese lenguaje del “demonio” Prometeo, se parece más al de Cristo que las maldiciones implacables y los eternos reclamos de sangre y de sebo propiciatorios del bíblico Jehová, su pretendido padre.

Hubo precisamente un Zeus Laphystios que exigió sacrificios humanos, si bien en alguna ocasión, dejóse apaciguar por la sangre de un carnero, de la propia manera que su congénere bíblico en el conocido sacrificio de Abraham.

Nadie contestaba, por otra parte, en Grecia su carácter de redentor al titán.

El mismo Kratos, al comienzo del prólogo en el poema eskiliano, le llama “ese salvador de hombres”. Hefaeostos, en la deprecación con que le lamenta su papel de verdugo involuntario, dice refiriéndose al suplicio: “Es el fruto de tu amor por los hombres”.

(1) Como han hecho notar algunos, la Biblia mosaica no menciona la inmortalidad del alma. Es que Jehová, dios lunar, correspondía al concepto de la humanidad sin mente, esclava de la fatalidad materialista. Así, en su texto revelado, el alma es la fuerza vital que reside en la sangre.

Hesiodo le llama “el bienhechor Prometeo”, así como designa á Epimeteo, su hermano, “el primer autor de nuestros males”, por haber cedido á la pasión de la mujer. Este es, asimismo, el pensamiento de Platón en el *Protágoras*, y no necesito advertir que mi interpretación sigue las enseñanzas del Maestro: Prometeo, es un bienhechor de los hombres. El fuego que les dá, constituye un mero detalle, resaltando como los dones más preciosos, la destreza y la cordura. He preferido, como es natural, leer á Eskilo con Platón...

Podría añadir también que con los Padres de la Iglesia, quienes lo consideraban un símbolo de Jesucristo. El poema andradiano, se inspira en la misma idea.

Los beneficios del numen habíanse extendido á los mismos dioses: “Por mis consejos, dice, el Tártaro sepultó al antigua Cronos y á sus compañeros”. Esto es, que la inteligencia iba presidiendo los cambios de estado del universo. Por ello, sus antecesoras Themis y Gea, habíanle predicho en aquella contienda, las cosas futuras. Uno mismo era, como queda dicho, el linaje de los númenes de la inteligencia, del propio modo que el de los dioses de la fatalidad.

La penúltima escena ó división del drama, constitúyela efectivamente un mensaje de Hermes, quien viene de parte de Zeus á pedir que el titán diga cómo caerá el rencoroso dios, conforme aquél lo ha profetizado. Pretensión que el reo se niega á satisfacer, eternizando así su condena.

El titán dice á su vez, siempre dentro del tema: “Yo salvé á los vivientes. Ya no descendieron fulminados á las tinieblas del Hades”.

Y tan no era el fuego material el beneficio simbolizado, según nuestros mitólogos, por dones tan explícitos, que continuando el diálogo de la antiestrofa segunda, antes transcripto en parte, las Oceánidas comentan el bien de haber quitado Prometeo á los mortales la previsión de la muerte, diciéndole:

“Un gran don les hiciste”.

A lo cual responde el titán:

“Yo les traje *también* el fuego”.

Y antes, en el monólogo, habíase expresado así:

“En una caña hueca arrebaté *la fuente oculta del fuego*”.

Por último, en su diálogo con el *Océano*, contando á éste la guerra de Tifón contra Zeus, dice:

“Pero el dardo vigilante, el rayo, precipitóse respirando la llama”.

Nótese la distinción entre el fuego y su naturaleza recóndita que constituyó el verdadero don: el principio del fuego, asimilado á la mente.

El sacrificio del titán fué un acto de amor, como toda redención. “Nada reprocho á los vivientes, dice en pleno suplicio; pero hablando de lo que les dí, demuestro mi amor por ellos”. De igual modo hablaba ciertamente el otro “cristo” del Calvario.

“Después de haber inventado esas cosas para los vivientes, añade, nada encuentro ahora para liberarme de mi suplicio”.

El dios contra quien habíase revelado, tenía, como ya sabemos, un carácter bien distinto; pero insistamos un poco en ello, puesto que para los mitólogos representa la “justicia divina” en acción contra “el mal”. La subversión que este concepto produce, es todo un caso de injusticia contra la moral de los griegos; y por más que el cristianismo se encuentre en el mismo estado de falsedad con su Biblia, lo cierto es que tratándose de mitología pagana, ha visto con demasiado interés la paja en el ojo ajeno.

En la estrofa segunda, el coro de las Oceánidas describe el acto de Zeus: “*Siempre furioso, en su inflexible voluntad, doma á la raza urania*” (1).

Constituían esta “raza” los númenes solares, anteriores á Zeus que es hijo de Cronos, todavía más nuevo á su vez que aquéllos; es decir, una deidad percedera como lo prueba su carácter sexual: Zeus era macho-hembra, según la correspondiente oración órfica, y después el adúltero y violador por excelencia. La estrofa quinta de *Las Suplicantes* le llama “el padre y fuente de toda generación”. Considerábanle también el déspota por excelencia, y así Kratos dice á Hephaestos, exigiéndole el castigo de Prometeo: “Castígale. Que aprenda á respctar la *tiranía* de Zeus”.

La raza urania cayó por hacer bien á los hombres elevando su condición, y este es el mal que Zeus

(1) Prometeo, como todos los titanes, descendía de Urano, la primera manifestación del universo, siendo las fuerzas primordiales. Por esto son más antiguos que Zeus.

castiga. Así Jehová á la serpiente alada, que enseñó el secreto del destino á la pareja del Edén.

El dios “siempre furioso”, tiene en el mismo poema su comentario. “La cólera es una enfermedad”, dice el Océano hablando con Prometeo.

Y por eso, por que están “enfermas”, esas deidades son perecederas.

“¿Llegará un día en que Zeus cese de mandar?” pregunta Io, más adelante, al titán.

“Bien te regocijarás, responde éste, de ver semejante caída”.

Y luego: “Ciertamente, eso acontecerá. Sábelo por mi revelación”.

La profecía es terminante; y por lo demás, Atena dice en la Odisea á Telémaco: “Todos los dioses deben morir. Ninguno puede escapar á su destino”

Pero si esto se explica teniendo en cuenta el período de reabsorción del universo en sí mismo, el caso de Zeus es distinto.

El titán dice á las Océánidas, que Zeus está sujeto á las Moiras y á las Erínias, “porque no puede escapar á lo que es fatal”. He aquí enunciada la naturaleza del dios, por la ley cuyo imperio representa.

Los mortales redimidos por Prometeo y cuya condición queda más arriba descripta, ó sea la raza lunar, tienen su representación simbólica en Io, la diosa transformada en vaca por Zeus y á quien persiguen los celos de Hera.

Su aparición en la séptima escena, ó mejor dicho,

parte del poema, es reveladora de su estado psicológico.

“¿Qué tierra es ésta? ¿Qué raza es ésta? ¿Quién es éste así ligado á ese peñasco tempestuoso por esas cadenas? ¡Ay, ay, ay! He aquí que el tábano me pica de nuevo ¡desgraciada! ¡El! El espectro de Argos, hijo de Gea. ¡Huye, oh Tierra! Veo, ¡oh terror! al Boyero de ojos innumerables, que me mira. Ya se acerca con su ojo astuto. Aunque está muerto, la tierra no lo oculta. Escapado del Hades, me persigue, desgraciada, hambrienta, vagabunda, á través del arenal marino”.

La misma exaltación desordenada se manifiesta en su frase á Prometeo, pidiéndole que le revele el término de sus penas; y no es necesario afanarse mucho para comprender que ello se refiere á los terrores de la locura.

Por lo demás, al final de la escena, Io lo expresa claramente: “La demencia atormenta de nuevo mi espíritu. Siéntome arrancada de mí misma”.

Io teme igualmente las visiones del Hades y la persecución de los númenes de la luz, representados por Hera y por Argos su agente “cubierto de ojos”, como las ruedas aladas de Ezequiel y los ángeles apocalípticos. Mas, ¿por qué ese estado peculiar?

La leyenda dice que Io, princesa y sacerdotisa en Argos, fué amada por Zeus, á quien sorprendió Hera en infidelidad. Para satisfacer el rencor celoso de su esposa, transformó á la joven en vaca, ponién-

dola aquélla bajo la guarda de Argos. Hermes, enviado por Zeus para que la libertase, mató al centinela; y entonces la joven hechizada se echó á vagar por el mundo hasta dar con Prometeo, quien la profetizó su destino consistente en el recobro de la razón como consecuencia de la caída de Zeus.

La intervención de las deidades lunares, dá la clave de esta escena, quizá la más importante del poema eskiliano.

El castigo de Io representa las consecuencias de haber abandonado la religión del sol, para entregarse á la hechicería de los cultos lunares. Zeus la transforma en vaca, animal que representaba á la luna con sus cuernos encorvados; y Hermes vence á Argos, su guardián: un numen de la luna contra uno solar. Io embrujada por la influencia maléfica que ha sufrido, vuélvese antagónica con los númenes solares, y de aquí su persecución, así como los terrores del hades.

Bajo su nuevo carácter de genio lunar, es ya un símbolo del astro de la noche con todas las habituales consecuencias míticas.

Así, en Fenicia confundíase con *Astarté*, ó sea la luna bajo su carácter sexual, representada también con cuernos de vaca. En Egipto, era *Isis*, otra deidad lunar, también con cuernos y madre de *Apis*, representado por el buey de su nombre. *Pasifae*, la amada del toro de Creta, así como *Circe*, la maga lasciva que cambiaba en cerdos á sus amantes, eran de su familia, y todas diosas lunares hasta para la

mitología moderna. Por último, Baco recibía también el nombre de *Io* en una de sus transformaciones sexuales.

En el relato eskiliano, si la diosa errante se llama “*domada* por la voluntad rencorosa de Hera”, dicese también “*torturada por Zeus*” (1). Referíase á las malas consecuencias que le produjo la adopción de la hechicería lunar, ó sea los “*amores*” con Zeus; y á la consiguiente animadversión de los númenes solares.

Su locura representaba la falta de mente de la humanidad lunar perseguida por la fatalidad, ó sea el tábano implacable. Su sacrificio, es el clásico de todas las divinidades lunares, empezando por el Jehová hebreo que no se cansaba de pedir sangre y grasa de vaca.

En *Las Suplicantes*, continuación evidente del *Prometeo*, el coro de las *Danaides* dice que sólo se apaciguó *Io* cuando tuvo un hijo de Zeus cuya “*carga*” soportó “*efectivamente*”; es decir, cuando consumada la separación de los sexos, fué un hecho sin remisión el equilibrio de la especie; y Prometeo le augura el mismo fin: se apaciguará, teniendo un hijo de Zeus. Mas no se expresa que recobrará la razón. Aquello fué el triunfo de la ley fatal en cuanto á la sexualidad se refiere (2).

(1) Otro rasgo típico del carácter de este dios. Nada, en efecto, más vil para un amante que detenta el poder supremo. Degrada y tortura á la virgen que se le ha entregado, para calmar la cólera de su esposa.

(2) La permutación de *Io* en *Hera* que algunos mitólogos sostienen, resulta, pues, absurda.

Pero Io representaba también, siendo lunar, la raza de los hombres sin mente beneficiada por Prometeo.

Como ellos, había vivido entre ensueños que le sugirieron su comercio sexual con Zeus; y sólo se libertaría del hechizo fatal, renaciendo muchas veces para progresar por medio del dolor consciente. A esto se refieren los viajes que le profetiza el titán encadenado, así como los males futuros de su raza, causados por el predominio de la sexualidad y cuya alegoría está en la aventura de las danaides (1). Por lo demás, en *Las Suplicantes*, que son el desarrollo de dicha aventura, el coro dice expresamente: "Io, perseguida por el tábano, huyó á través de innumerables razas mortales".

Resumiendo este episodio, se ve que la acción malfica de Zeus al mantener sin mente á la humanidad, producía en ella el dolor de la inconciencia y la barbarie descritas por Prometeo. Sólo habían de calmarse, cuando el equilibrio de la sexualidad fijara la especie, despertada á la vez por los espíritus solares con su caída ó encarnación en ella. Io necesita, pues, tener un hijo de Zeus, y á la vez hallarse li-

(1) Las danaides eran personajes acuáticos. El hijo de Zeus, que calmará la locura de Io, representa su esperanza. Por esto se decía que la "caja" de Pandora (una alegoría del sexo femenino conservada en el actual lenguaje de varios pueblos) conservó la esperanza, después que abierta por Epimeteo, el sin mente, esparció por la tierra todos los males. Sabido es, además, que la maternidad suele curar las afecciones histéricas.

bertada de su dominio por el destronamiento que predice el titán solar (1). Así, el progreso material orgánico de la especie y su redención espiritual, concilianse en el futuro de la palingenesia.

Para completar la explicación del mito, forzoso es que resumamos brevemente también lo que dice á su respecto la *Tcogonía* de Hesiodo, en cuya sintética brevedad tiene una extensión que demuestra su importancia.

Según el poeta, Hércules habría libertado al titán de sus ligaduras en el peñón caucásico, quedando así redimido el famoso robo del fuego: pero después, cuando se juzgaba en Mecona “la disputa de los dioses y los hombres”, ó sea cuando unos espíritus solares encarnaron y otros no, Prometeo engañó á Zeus persentándole dos bueyes enormes: uno formado con la carne de dos de éstos animales, y otro con los huesos tan sólo. Zeus eligió este último.

Como su semejante el Jehová bíblico, no había de perdonar esta infracción á su insaciable apetito de carne y grasa; de modo que, para vengarse, envía á Pandora, la representación de la mujer, construída por Hephaestos y por Atena en aparente contra-

(1) En la *Orestíada*, el poeta dá la “fórmula” de Zeus: “El precio de la ciencia, es el dolor”, dice: la razón que Io recobraría después de sus tormentos. Es exactamente lo que dijo Jehová á la pareja del Edén, cuanto ésta comió el fruto del árbol del conocimiento. Sigue viéndose, pues, que el dios heleno y el semítico, procedían como una misma persona.

sentido; pues los mismos dioses de la raza del titán, no podían evitar la evolución que llevaba la humanidad á la separación de los sexos. Así también, la fatalidad triunfó de Prometeo al fin; dado que si bien éste rechazó la tentación, como es sabido, “una invencible necesidad”, dice la teogonía, hízole caer de nuevo entre cadenas. El relato, como se ve, no difiere del de Eskilo en su esencia, aunque me parece más conforme con el episodio de la caída.

No es propiamente el don de la inteligencia á los hombres lo que la consume, sino la cohabitación sexual, como lo prueban los durísimos conceptos de Hesiodo sobre la mujer á quien imputa todas las desgracias de los humanos.

La leyenda refiérese también, como ya dije, á los males causados por la adopción de la hechicería, que era un contraculto ó renunciación á la verdad de los misterios.

Sábase que Eskilo hubo de sufrir consecuencias fatales por haber descubierto en su poema del *Prometeo Encadenado* más de lo que debía, violando su juramento aunque con buen fin. Una prueba más, sea dicho al paso, de la gravedad que comportaba el secreto de los misterios (1).

(1) El pueblo ateniense, tan liberal y humanitario en cuestiones religiosas, no perdonaba esas violaciones. La ley castigábalas con la muerte, la confiscación y el oprobio. La misma popularidad de Alcibiades, no pudo con la indignación causada por haberse aquél burlado de los misterios. Aristóteles debió expiar con el destierro voluntario, una acusación análoga del hierofante.

Original habría sido tal persecución, nada más que por haber dotado el poeta á la Grecia de su más bello poema religioso, creándole todo un género literario cuya importancia demostraron los sucesivos desarrollos. Ni su heroísmo como soldado de Maratón, único mérito de que se gloriaba con la modestia peculiar á la verdadera grandeza (1), sirvió de resguardo. Admiróse la hermosura del poema inmortal, pero se comprendió también todo el peligro que entrañaba.

Pues la verdad es que para gente informada de aquellas cosas, y por lo tanto susceptible de inferir muchas otras en aquel lenguaje cuya actualidad aclararía conceptos para nosotros oscuros, el poeta fué quizá demasiado lejos. Sobre todo, si se relaciona el poema con *Las Suplicantes* y *Los siete contra Tebas*, también referentes al arcano de los misterios.

Feliz transgresión, sin embargo, puesto que poniendo á su autor en trance análogo al del titán por él glorificado, permite á los hombres conocer siquiera en parte el secreto de aquellas cosas sublimes.

Comparado con el drama ritual de Eleusis, ó sea la leyenda de Deméter y de Perséfone, el Prome-

(1) Conocida es la inscripción de su sepulcro: "Bajo esta lápida yace Eskilo, hijo de Euforión. Nació en Atenas y falleció en las ricas llanuras de Gela. Digan el famoso bosque de Maratón y el medo de larga cabellera, si fué valiente. Ellos lo saben".

teo constituye, efectivamente, toda una revelación. Aquello representa el concepto general de la palin-genesia, y esto el arcano mismo de la existencia humana, la clave del problema del mal.

Hay entre uno y otro la misma diferencia que entre las frías estrellas aisladas de nosotros por lo inconcebible de su distancia, y el sol paternal que sentimos transformárenos en ideas, circular en nuestra sangre, arder en nuestro fuego, perfumar en nuestras flores, arrastrar en la redada de oro de sus rayos, como las “mariposas de luz del pensamiento” que decía nuestro poeta prometeano, los seres estu-pendos á quienes llamamos planetas y concibió dioses la inspiración de la antigüedad.

Y porque refería verdades eternas, clavadas en la inmensidad como letrero de bronce por la rueda de los zodíacos; porque su obra cimentábase en el origen de la vida como un árbol primordial en el nudo mismo de las montañas y de las aguas; porque ella se adelantaba á la muerte del propio Zeus, con su luna desintegrada en polvo cósmico sobre los abismos futuros—el inmenso poeta cuyos coros de Euménides costaron la vida á muchos espectadores en el teatro antiguo, tal de terribles fueron; el sublime Predecesor, casi numen también, proscrip-to del sol él mismo en su grandeza desconocida, pudo dedicar sin jactancia “al tiempo” su poema impar como el astro, único monumento poético digno ante los siglos de aquel frontispicio de eternidad.

El consuelo de la belleza

¿Cuáles fueron las consecuencias de aquella poderosa síntesis filosófica, ética y estética, sobre los griegos?

Ante todo un perfecto equilibrio ó salud moral que producía su serenidad característica.

El griego carecía de inquietud, porque tenía resueltos los cuatro grandes problemas de la existencia. El social, con instituciones satisfactorias para todos al estar fundadas en creencias comunes. El individual, con el principio indiscutido de la obediencia. El espiritual, con el conocimiento de la vida futura. El moral, con el concepto racional del bien. Carecía, pues, de la inquietud, la terrible enfermedad moderna que nos conduce á dejar todo inconcluso en la tristeza de un esfuerzo sin objeto. Hoy no sabemos realmente para qué vivimos, desintegrada en la anarquía toda solidaridad humana y hasta patriótica. Aquella gran dicha antigua de sentirse inmortal en la perpetuidad del esfuerzo continuado, ya no existe. La es-

peranza espiritualista, ha desaparecido también; y entonces, ¿á qué combatir el egoísmo, si conforme al concepto del desesperante filósofo que mejor ha expresado el mal de la vida inútil, el mundo es, al fin de los fines, mi propia representación? Componemos á la verdad un mundo de aislados, como los obreros de la ofuscadora Babel; y fuera cosa de pensar con el espanto del abismo, en que las tinieblas del mundo futuro ocultan precisamente la solución del problema del trabajo, si como símbolo consolador no hubiera resplandecido ya en las edades la fé redentora del hijo del carpintero...

Precisamente el cristianismo que desbarató aquella admirable síntesis griega, produciendo edades de turbulencia y de barbarie, pudo restaurarla un tanto con el bello esfuerzo del siglo XIII que señala el ápice de la civilización gótica.

Síntesis inferior á la pagana, porque en vez de ser racional era dogmática, pero que como necesidad substancial del espíritu, produjo aquella civilización. Todo en este mundo depende de la satisfacción del espíritu, que lleva al progreso, diga cuanto quiera la filosofía materialista con su miserable moral del interés. Salvo el caso patológico del avaro, el hombre necesita poseer como objeto de la vida algo que no sea él mismo: hijos, esposa, religión, patria; negaciones del egoísmo en una palabra. Este es el principio incommovible de toda moral humana, y constituye el concepto fundamental del deber, ó sea el sacrificio por el bien ajeno.

La comunidad de los fieles reemplazó, en su exclusividad cristiana, la solidaridad humana del paganismo, simbolizada por el dios desconocido de Atenas. También lo inferior de la nueva síntesis, está patente en su brevedad. La corrupción sucesiva á las perversiones de los principios que constituyen la síntesis, prodújose en dos siglos escasos.

El bien, fué bien por el bien mismo, conforme al concepto cristiano que puso al amor de Dios sobre el amor de los hombres. Esto produjo los dogmas de salvación, extraños al beneficio de la humanidad, como si Cristo al dar su propia vida por los hombres y no por la ley, no hubiera significado, sin duda, el concepto antiguo.

La verdad por la verdad, fundamento de nuestro positivismo, tampoco tiene por objeto el amor de los hombres. Su descubrimiento es una satisfacción de la curiosidad y del orgullo. Los horrores de la vivisección, muchas veces ejecutada *in anima nobile* en nuestros hospitales; la difusión de las más terribles recetas explosivas, de las fórmulas venenosas, de los microbios, provienen de ese culto desatentado. Pero la misma verdad es odiosa cuando causa daño: y lo causa, cuando en vez de ser un instrumento del bien, resulta ídolo implacable y helado en la inútil finalidad de sí misma.

Así también, la belleza por la belleza, que subordina toda la obra de arte á la satisfacción orgullosa del artista, en vez de estar aquélla consagrada, ante

todo, al recreo de los espectadores. La belleza, en subversión total, está pospuesta á la originalidad y á la dificultad vencida, que en las épocas de síntesis armoniosas, fueron, por el contrario, elementos suyos. Y no elementos indispensables, sino resultantes á veces de la personalidad del artista. Entonces no se creía el absurdo moderno de que la imitación y la facilidad, excluyen la belleza. La idea y el propósito contrarios inspiraban á las escuelas de arte, que han legado á la humanidad obras hasta hoy insuperables.

Y no se crea que en cuanto á progreso material, aquellas épocas fuesen inferiores á la nuestra. Sólo eran distintas.

En otro trabajo he hablado con extensión del siglo XIII (1). La antigüedad prueba cosa análoga con sus restos.

Sábase que los más importantes son las joyas extraídas de los viejos sepulcros (2); pues cuenta entre las más graves melancolías de la existencia humana, esta paradoja del destino: lo que más dura del hombre, son sus tumbas.

Las joyas revelan igualmente con su perfección, civilizaciones lo bastante completas para haber ca-

(1) *Piedras Liminares*. La Cacolitia, *passim*.

(2) Los monumentos de las artes plásticas, son más discutibles y trunco, hallándose á la vez más estudiados; pero demuestran, sin duda, lo mismo, respecto á aquellas civilizaciones en comparación con la nuestra. Equivalían por lo menos; y en muchas cosas, la ventaja les pertenece. Así, para no recordar sino el ejemplo más conocido, la maravilla de las Pirámides...

racterizado su lujo, ó sea la estética de la riqueza, de manera que constituyen una excelente base de inferencia sobre el estado general de dichas civilizaciones. En el desarrollo armónico de las sociedades humanas, existe como en los organismos una ley fundamental de correlación. La joyería adelantada supone una perfección industrial semejante; pues así en la formación del obrero de fino, que es un coronamiento, como en el concurso de la metalurgia, la decoración y otras industrias y artes, su auge corresponde á éxitos completos. Es, pues, un elemento precioso entre todos, el que han conservado las tumbas.

El oro parece haber sido asaz más barato en la antigüedad que hoy, lo cual explica también su título más elevado: generalmente de veintidós quilates; y su trabajo, en tiempo de Pericles, por ejemplo, alcanzó una perfección no sobrepasada ahora, conforme lo atestiguan admirables joyas: desde collares repujados y esmaltados cuya elegancia sorprende, hasta las más variadas sortijas, empezando por los grandes anillos para tirar el arco, que los guerreros fijaban en el pulgar, y concluyendo por los anulares de cinceladura microscópica que no se explica sin el uso de la lente (1).

La combinación de metales en tonos diversos, ha-

(1) Así también en la admirable joyería egipcia con sus preciosas sortijas de oro y de vidrio. Hasta la pulsera-reloj, *dernier cri* del lujo feminista, cuenta con alguna sortija antecesora cuyo engarce era un pequeño gnomón. *Nihil novum...*

bía alcanzado grande auge. En el escudo de Aquiles, la poesía homérica menciona hasta las coloraciones por medio de la oxidación. Contaban también los antiguos con utilería y procedimientos hoy perdidos. Tal la fijación del granulado de oro por medio de la soldadura, que dió á las joyas etruscas una excelencia insuperable. Así opinaba Benvenuto Cellini, autoridad competente si las hay: "Vale más buscar nuevas vías, que intentar igualarse con los etruscos en el trabajo de los metales. El medio más seguro de mostrarnos desgraciados copistas, sería que rer rivalizar con ellos". Ignorábase en su tiempo, tanto como ahora, el procedimiento aquel de granular el oro, así como el de soldar los gránulos, no obstante su gran difusión en la antigüedad (1).

Nuestros caprichos de lujo, no han llegado todavía á la variedad de los pendientes que los griegos llamaban *ellobes* y los latinos *inaures*, suspendiéndolos hasta en las orejas de sus estatuas (2); así como no hemos sobrepujado las admirables cinceladuras de broches y dijes, que hasta en la jo-

(1) Roma debía algunas de sus más célebres contrucciones, como las cloacas de la primera edad y los trabajos de higienización civil contra el paludismo, problema resuelto entonces, á la ingeniería etrusca. Desde las invasiones bárbaras hasta hoy, no se consigue dominar el azote; y sabido es que los restos de antigüedad tan remota, constituyen en la actualidad un vasto tema de estudios profesionales.

(2) Parece que ello concernía hasta al desarrollo de los sentidos. Así, Plinio consigna en su *Historia Natural* una clasificación de sabores. Eran trece, sin contar los *sui generis*. Educación del gusto que no existe en nuestros días.

yería arcaica de Micenas, produjeron piezas dignas del mayor elogio. Algunas, como las cadenas de anillos sin soldadura, revelan por el ingenio de su trabajo, un desarrollo artístico é industrial de largos años.

Y la "noche de los tiempos" abre sus tinieblas en reculada enorme, sobre estrellas de oro y de pedería, si nuestra ojeada se prolonga hasta el casi eterno Egipto. Dieciocho siglos antes de nuestra era, la joyería faraónica estaba tan adelantada como la nuestra. En punto á secretos industriales, nada tenía que envidiarnos, si se exceptúa quizá la talla del diamante. De allá, tanto como de la India, tomaron sin duda sus primeras enseñanzas los joyeros griegos y etruscos.

Todo lo cual no impedía una discreción virtuosa y delicada, manifiesta en costumbres como esa que prohibía á las doncellas griegas el uso de alhajas. El desborde de lujo, que fué ya un síntoma de decadencia, perteneció al feminismo romano, cuyos estragos y consecuencias, tan iguales á los de hoy, sintetizó Juvenal en su implacable sátira *Las Mujeres*.

Esto nos lleva naturalmente á estudiar las consecuencias prácticas de la moral griega establecida por Platón, cuyos tratados comportan, ante todo, formulaciones éticas.

La historia revela un hecho coincidente con todas las grandes civilizaciones: la clausura de las esposas, ó sea su confinamiento en los deberes de la maternidad. De acuerdo con la naturaleza, los gran-

des organizadores de pueblos han visto en las mujeres, madres ante todo. Y como la suma conveniencia proviene siempre de la conformidad moral y orgánica en que el individuo social se encuentra, resulta que las mujeres son las primeras favorecidas con ello.

El gineceo griego provenía de ahí, como el harem, común á todo el Oriente, como el *Junfrubus* escandinavo y la tutela femenina de las leyes germánicas. La civilización cristiana, tuvo que aceptarlo en Bizancio, y la sociedad del siglo XIII consagró el mismo principio con tal rigor, que la castellana no salía del hogar, ni siquiera muerta; puesto que era sepultada en el castillo mismo. El hogar es el reino de la maternidad, y requiere, por lo tanto, la permanencia de la mujer.

Todas esas grandes síntesis sociales disolviéronse en crisis de feminismo. Así, la ya citada disolución romana, la grande anarquía del Renacimiento, la formidable catástrofe del siglo XVIII. Y como existe una relación tan profunda entre los desvíos sexuales con la crueldad de la sangre, todo ello coincidió también con guerras y revoluciones espantosas.

He aquí el caso que puede presentársenos.

Las naciones experimentan una crisis feminista, y al mismo tiempo se arman prodigiosamente. El imperialismo preséntase como un *desideratum* inevitable de la fuerza. Si el hogar se destruye, como ha de suceder al abandonar los sexos su carácter com-

plementario por una absurda igualdad, la civilización carecerá de base. Es el hogar, en suma, lo que constituye la civilización, *domesticando* — es el término específico (1) — la fiera humana por medio de la solidaridad que lo constituye.

Sin mujer no hay hogar, puesto que es ella quien lo forma. Y la mujer necesaria al hogar no existe, cuando resuelve volverse hombre, concentrando en su ser todas las potencias humanas. Porque las tendencias de los dos sexos son desiguales sin duda. El hombre tiene el dominio intelectual y el trabajo externo; pero jamás se le ocurre disputar sus funciones domésticas á la mujer. Y el hogar es, de por sí, un mundo. Cuando la mujer pretende invadir aquellos dominios del hombre, acomete una tarea superior á las fuerzas humanas, ó tiene que renegar de su misión doméstica. Aquello da en el absurdo, y esto en la inmoralidad de las civilizaciones suicidas.

Por esto la dama antigua, no se preocupaba de que la cortesana tuviese el dominio de la calle. En su santuario interior, llenaba serenamente la noble misión de conservar la patria. Esto constituía su dignidad y su encanto, sin rebajarla absolutamente. La dote y la herencia, asegurábanle una posición económica. La consideración de que se la rodeaba, convertíala en la asociada del esposo bajo un régimen de respetuoso afecto. El gineceo no disminuía su importancia en la sociedad.

(1) De *domus*, casa.

De este modo, la familia era mucho más sólida, contando con instituciones y costumbres que lo demuestran cumplidamente: el *epiclerato*, ó casamiento obligatorio de la hija huérfana de padre y sin hermanos varones, con el primogénito entre los consanguíneos de aquél; y el deber casi religioso de vengar á los parientes, con el arreglo correlativo de tales deudas por medio del matrimonio. La clausura en el hogar, dignificaba y aseguraba la condición de la mujer honesta.

Cuando ella abandonó el hogar por la calle, fué naturalmente vencida por la cortesana. Debió usar á su vez las artes de la prostitución para poder competir. Así llegó Popea al solio imperial y Lucrecia Borgia á la cátedra de San Pedro. Pero también, con ello se hundió la patria en la vergüenza y en la sangre. Podía el hombre seguir combatiendo para defenderla. No había ya quien la conservase. Entonces la guerra justa del héroe antiguo y del paladín medioeval, degeneró en las matanzas de la fiera desencadenada. El ideal de justicia fué reemplazado por la concupiscencia del pillaje.

A esa solidez social de la civilización helénica, correspondía una ética cuyo mejor elogio consiste en decir que era la moral estoica.

Fundada en el panteísmo mitológico y en la palingenesia, llevaba al espíritu el doble consuelo de la razón satisfecha y de la esperanza en la solidaridad con la vida superior de los dioses, que era un

estímulo para progresar por medio del bien; y en la compasión de los seres inferiores, que creaba el deber del bien como una responsabilidad dignificadora y un encanto. De aquí la alegría que caracteriza el deber griego. De aquí la noble conformidad antigua con la muerte. “La dulce muerte”, era una expresión habitual (1).

Es que aquella alta enseñanza de los misterios, basada en el drama cósmico que Eskilo vulgarizó con su Prometeo, producía vastas consecuencias morales.

La “caída” presentaba una explicación sobre el origen del mal y de la conciencia. No imponía la moral; no provocaba, de consiguiente, las sublevaciones individuales que, por reacción natural, plagan nuestra filosofía y nuestra literatura con la propaganda de un implacable egoísmo.

Aquella oposición entre el impulso fatal de la naturaleza y el esfuerzo consciente de la inteligencia, encerraba todo el problema de la moral práctica: domar la bestia, combatir el instinto. Subordinar el egoísmo, que es la voz de la naturaleza instintiva en ciego trabajo de conservación, á la solidaridad civilizadora y á la razón que formula el bien.

La “caída” es el origen de la mitología. De ahí

(1) Recuérdese el magnífico periodo ciceroniano, en el cual Caton, haciendo el elogio de la vejez que corona una vida bien empleada, compara la muerte con el arribo, después de larga navegación, al puerto venturoso. Así los más nobles símiles cristianos, formaban parte de la filosofía estoica.

las muchas leyendas que con ella se relacionan y cuya aplicación particular, muchas veces misteriosa, no obsta á la concepción magnífica de su conjunto. La ciencia práctica ó magia, aplicaba esos conocimientos á provocar la actividad de ciertas fuerzas; pero éste fué el secreto, jamás violado, de los santuarios: el tesoro peligroso ó manzanas de oro de las Hespérides. La moral social y privada, fué naturalmente el bien de todos.

Como ejemplo necesario, pues sin hechos no existe moral propiamente dicha, estaba el sacrificio de los espíritus que cayeron para beneficiar á los hombres: los cristos ó dioses encarnados que la religión de Jesús limitóse á unificar. El sacrificio instituído en deber, era, así, una forma de amor: concepto cuya divina hermosura han alabado á su vez todos los panegiristas del cristianismo.

Del propio modo, las edades de la evolución terrestre y sus humanidades sucesivas, comportaban otra noción elevadísima de progreso.

Las cinco de la teogonía, presentaban otras dos en continuación, para que el ciclo humano y planetario completasen la escala de sus perfecciones posibles. A ellas correspondían dos razas y dos sentidos más, como los que empezaron teniendo los progenitores divinos.

Sólo que, entonces, eran don nativo é inconsciente de su propia calidad, mientras serán mañana posesión adquirida y desarrollada por el trabajo propio, ó sea el dolor. Oro depurado á fuego, conforme al

simil irremplazable y vulgar, la misma desdicha tenía, así, para la existencia donde reina, un superior concepto de esperanza.

Objetarése que esto no se diferencia del cristianismo, y así es en parte: pero la superioridad pagana provenía de que su moral no necesitaba desintegrar el universo, creando el conflicto de espíritu y materia que según las mismas palabras de Jesús, hizo de su misión una espada puesta entre padre é hijo, entre hermano y hermano; una antorcha para incendiar al mundo. La moral antigua conciliábalo todo en un vasto trabajo del universo entero para adquirir la conciencia. El espíritu por ella informado, tenía un apoyo solidario en el átomo y en la estrella.

Impónese aquí, sin embargo, la mención de un hecho grave, que es la sombra correspondiente á esa luz.

La justicia entre los helenos primitivos, había exagerado el derecho de venganza que es su rudimento bárbaro; y dicha práctica, constituida luego en deber, perduró en Grecia hasta la conquista romana. La maldad de la venganza, impidió que los helenos tuvieran nacionalidad propiamente dicha; y perpetuando la guerra civil, facilitó el derrumbe definitivo.

El principio de equidad era tan poderoso, que la denegación de justicia desobligaba de todo deber, hasta del patriótico frente al enemigo; y el ejemplo de Aquiles, estaba ahí para demostrarlo. Así tam-

bién en la Edad Media, el mismo juramento no obligaba ante Dios, si era arrancado por la fuerza.

Semejante exageración de la justicia en la pasión antisocial de la venganza, fué, con la voluptuosidad, que provino del egoismo de la estética, la doble llaga pertinaz del mundo pagano.

Pero en el secreto de las iniciaciones, el gran principio de la solidaridad universal restablecía cuanto era posible el equilibrio, fundamento de toda civilización.

Tal concepto vinculaba estrechamente la filosofía que este libro ha tenido por objeto describir, con la ética que acabo de formular y con la estética que debo tocar ahora.

La alegría del bien y la solidaridad con el universo para una obra de perfección, comportaba ya una belleza. Así es como los arquetipos platónicos reasumiéndose en lo absoluto, que era el sumo bien, al ser la suprema reintegración de todo en el estado de realidad espiritual de que procedía.

No es que los arquetipos se equivalgan ó confundan en una trascendencia sin significación. Cada uno es de por sí: el bien en el bien; la verdad en la verdad; la belleza en la belleza. De esta suerte, una cosa puede ser bella sin ser verdadera, y verdadera sin ser buena, con todos los recíprocos del caso; pero si lo verdadero y lo bello persiguen otro fin que la satisfacción egoísta, tienen que encaminarse necesariamente al bien.

En este sentido, el sistema platónico ó fórmula

filosófica de los misterios, es, ante todo, moral. Proclama el bien como finalidad suprema, si las obras del espíritu han de ser fecundas.

Pero este concepto, no se circunscribe al hombre. Resulta ser el determinismo superior de todas las conciencias en el Cosmos. Establece como condición universal para la reintegración con lo absoluto, el sacrificio de los superiores en bien de los inferiores. De este modo, lo absoluto inconsciente adviene á la conciencia por la obra que realizan los espíritus á costa de su dolor; mientras éstos, en la misma operación, se reintegran con lo absoluto, tanto como éste se ha vuelto conciencia en ellos. El alcance moral de semejante concepto, está en que el camino para conseguirlo es el bien.

Se ha pretendido que al identificarse la idea del bien con el *dios* platónico, ó lo absoluto, perdía toda comunicación posible con el hombre. Y esta objeción perdura desde Aristóteles. Pero es un error, proveniente de que se limita el trabajo del bien al hombre. Concebido como una tarea de todas las conciencias del Cosmos, va á darse naturalmente en el *logos* ó síntesis primordial, que si en su faz metafísica es la triple abstracción de verdad, bien y belleza, en la realidad significa el despertamiento y acción de los seres primordiales que la representan, durante toda una eternidad ó período de manifestación del universo.

Así viene á concordar el platonismo con la filosofía estoica que, según se pretende, es distinta. No

hay entre ambos sino la diferencia de un código de moral práctica, y la especulación filosófica de esa misma moral generalizada hasta lo absoluto (1).

La prueba es que en Philon, el platónico más genial de la escuela, concilianse perfectamente.

Tiénese á Philon por el creador del concepto del *logos* intermediario entre lo absoluto incomunicable, ó unidad primordial, y el hombre. No es exacto. El *logos* ó hueste de las primeras inteligencias que despiertan en el Cosmos, ó abstractamente la triada de los arquetipos, pertenece á las más remotas teogonías de la antigüedad. Y para no citar sino dos casos, es el mismo en Grecia y en la India védica. Corresponde á la *segunda creación*, ó sea al momento en que despiertan las primeras personalidades cósmicas; siendo *la primera* un mero cambio de estado, perfectamente inconcebible (2) dentro del absoluto que se prepara á iniciarse en un nuevo período de actividad. Esa segunda creación, empieza *con palabras*: el *Logos* griego. Es el *fiat* del génesis bíblico, que por cierto no proviene de Platón.

(1) En su tratado *De Senectute*, una de las obras más bellas de la literatura latina y de la antigüedad, Cicerón concilia perfectamente el espiritualismo platónico con la moral estoica. El ejemplo basta, sin duda, al ser tan elevado como típico. El tratado tiene por coronamiento, esa conciliación precisamente.

(2) Parecerá intento absurdo esto de especular sobre lo inconcebible; pero recuérdese lo dicho á propósito del espacio de cuatro dimensiones, y más familiarmente lo que pasa con la geometría común, toda fundada en el inconcebible punto matemático...

La importancia de Philon, estriba en que desarrolló la idea intermedia del logos, para crear la vinculación helénica, de otro modo imposible, con el cristianismo. Pero así, la filosofía platónica resultó dominando también el nuevo culto, como debía suceder si éste procuraba su duración en los tiempos; pues esa filosofía, no era uno de los mejores sistemas, sino el mejor sistema posible de conciliación científica, ética y estética. Por esto san Clemente alejandrino la considera como una revelación directa de Dios á los griegos, es decir, igual en importancia á la contenida en el antiguo testamento. Ambas, dice, son modos de revelar la misma verdad que Dios adoptó según los caracteres de los diferentes pueblos.

Dije antes que dicha moral comportaba una belleza. Al mismo tiempo, la estética era el agente de la moral en una especie de magnífica pedagogía.

Tómese el vocablo en su alto sentido (1), y pronto ha de verse cómo toda moral no es sino una enseñanza teórica y práctica. La base de la moral griega era la razón, sin la cual, repito, los principios son odiosos al constituir una imposición auto-

(1) Así san Clemente á Cristo: *el pedagogo excelente*; así el Dante á Virgilio: *il dolce pedagogo*. Y no resisto á este otro recuerdo del sublime poema, cuando en el Paraíso está doctrinando al poeta la divina *didáctica* de Beatriz. *Secondo la sentenza di Platone*, afirma la angélica criatura, al explicar la relación atractiva entre las almas y las estrellas...

El peripatetismo claustral había quedado en los círculos del Infierno.

ritaria. Su finalidad el bien. Su vehículo la estética. Así, los arquetipos resumíanse en lo absoluto de un eterno *mejor*.

Esto provenía á la vez de un concepto práctico.

La estética es, en efecto, más comunicativa que la verdad y que el bien, al ser menos abstracta.

El objeto del arte, es *realizar*, sobreponiéndose á la vida corriente, una vida superior y por lo mismo más real para el espíritu, puesto que le reporta satisfacciones mejores. De aquí los fenómenos de elevada vitalidad que produce el placer estético. El arte crea efectivamente por medio del placer, como la naturaleza (1). Y en este sentido, el arte es útil, porque lleva aparejada la dicha tan escasa sobre la tierra.

¿De dónde resulta que la emoción artística nos pone más valerosos, ó más compasivos, ó más generosos, ó más amorosos, ó más entusiastas? Es que exalta nuestra vitalidad. El aplauso es una descarga del exceso de vida que el arte nos produce. Si con la emoción artística nos sentimos mejor, esto es un aumento de salud. Toda pasión ó afección exaltada en nosotros, es un momento de vida más intensa. Por esto también la estética, contribuye al desarrollo de la simpatía.

(1) Así, no existe un arte del horror, aunque este fenómeno pueda ser aprovechado como recurso para llamar la atención hacia mejores fines; ni es posible un arte de la fealdad: el absurdo *arte grotesco* con que el Renacimiento generalizó ciertos detalles llamativos y complementarios del gótico.

A tal carácter comunicativo, únese la objetividad de que carecen los principios de la verdad y del bien, constituyendo, al ser real y ponderable, el gran principio pedagógico: de lo conocido á lo desconocido, de lo concreto á lo abstracto, y su correlativo, de lo simple á lo complejo, que si bien se ve es una mera redundancia, al representar lo concreto la simplicidad con su limitación, y lo abstracto la complejidad, por ser una generalización de lo concreto.

Pero la aplicación de la estética como fundamento pedagógico, permite formular otro principio importante: de lo natural á lo artificial.

Si ella se funda, efectivamente, y como tiene que ser, en el recreo que produce la contemplación de la naturaleza, sus conceptos serán más duraderos que los del bien y la verdad, mudables con las sociedades y con los tiempos. Pueden el incesto y el infanticidio haber sido un derecho en ciertos pueblos; así como haberse tenido por cierta la inmovilidad de la tierra; pero es seguro que un bello paisaje, un gallardo animal, una flor, impresionaron siempre agradablemente. La prueba es que los animales, coinciden con el hombre en la apreciación estética de la naturaleza. Algunos pájaros eligen para anidar, aquellos sitios que nos resultan poéticos.

Así, el principio pedagógico antes formulado: de lo natural á lo artificial, vuelve á convertir á la es-

tética en el vehículo mejor para la enseñanza de la filosofía y de la ética.

Toda la enseñanza nació en Grecia de las correlaciones estéticas de la gimnasia, empezando por la disciplina inherente al orden de los juegos y á su máximo rendimiento en la adquisición de la fuerza hermosa, para concluir con la escultura desarrollada por los espectáculos de la palestra. Así se creó el deber de la belleza, que hasta exigía en el monarca, en el magistrado y en el sacerdote la corrección corporal, precepto conservado para este último por la Iglesia, quien ve en ciertos defectos físicos un impedimento para las órdenes; así robusteciése el desinterés del honor, hasta convertir el galardón supremo de los juegos olímpicos en una corona de laurel; así la enseñanza intelectual que vino luego, consistió en paseos filosóficos por los jardines, comportando la *escuela* el recreo que tal palabra significa esencialmente. En la vinculación más estrecha de la estética con la naturaleza humana, hallaron los griegos el vehículo de la ética cuyo germen fué el honor, y de la ciencia engendrada por aquellas conversaciones de los “recreos” con que se alternaba los ejercicios gimnásticos.

Examinemos sumariamente esta cuestión.

La sensación agradable causada por un objeto, suscita la ocurrencia de reproducirlo para prolongarla. Es el placer fundamental de crear, en el cual va implícito el deseo utilitario de la posesión: el origen mismo del arte.

En la realización, aquello es una escultura, generalmente de animales: así los huesos cuaternarios, las cabritas del Giotto, los ensayos plásticos de todo niño en libertad. Los niños son escultores, antes que pintores; y esto último, sólo á falta de aquello. Darán siempre diez estampas por una figurita de bulto.

Ahora bien, toda sensación produce una emoción y una noción á la vez. Y como el ser humano es uno, siendo también simultáneos é inevitables en él los tres fenómenos mencionados, ellos representan valores permutables: la emoción, como elemento inicial en una obra de arte, produce la sensación y la noción; del propio modo que ésta á las dos anteriores, y así recíprocamente.

El arte que tenga la noción por elemento fundamental, será la literatura. El que tenga la emoción, será la música. La sensación aislada no puede contarse, pues el goce estético es, ante todo, intelectual.

Posteriormente, el progreso de la cultura sugiere la idea de combinar en artes más complejas las artes iniciales: hacer más sensible la simultaneidad de aquellos fenómenos, ó sea más reales y por consiguiente más satisfactorias para el espíritu sus propias operaciones.

Se ha observado que la contemplación de un objeto á distancia, solo es directa por una de sus caras, y que para completar esa percepción, forzosamente superficial, es necesario concebir por evocación el volumen. La impresión directa del color, engendra

asimismo relaciones musicales y olfativas que ninguna persona culta ignora; todo lo cual produce un arte que por medio de detalles convencionales, causa emociones, sensaciones y nociones: la pintura. Semejantes detalles, no son, por de contado, copias de lo que se proponen representar. *No deben serlo*, para *representar* el objeto supuesto. Si lo fueran, ya no representarían. Copiarían. Y aunque dichos elementos nos parezcan naturales por la acción de una larga cultura tradicional, no lo son ciertamente. El indio, y hasta el paisano del Chaco, no se reconocen entre sí en sus propias fotografías. Carecen de la cultura necesaria para evocar el volumen en la figura plana. Lo que para nosotros es una *reproducción* fiel, para ellos es una figura convencional. El colmo de la sutilidad en este punto, ofréncelo las letras cuyo carácter representativo es ya puramente convencional como fácilmente se echa de ver. No existe relación alguna entre sus figuras y la noción que producen. Sin embargo, derivan de la pintura, como lo demuestran los alfabetos geroglíficos. Principian siendo reproducciones.

Obsérvese, entretanto, que la intensidad del efecto causado por los signos en cuestión, progresa inversamente á su fidelidad representativa. Cuanto más convencional, ó sea más abstracto es el símbolo, causa efecto más intenso. Así, los espíritus muy cultos, acaban por prescindir del teatro, con toda evidencia anterior al libro ya puramente convencional. También la duración del recuerdo emocional causado por un drama y un libro, es mucho mayor

cuando se trata de este último. Es que en la lectura hay un comienzo de creación personal, consistente en las evocaciones que el texto exige; mientras que la expectación teatral es pasiva.

El carácter convencional impera hasta en cosas de primitividad tan intacta como la música, volviéndonos desagradable la de los árabes, por ejemplo; del propio modo que la nuestra lo es para ellos.

Así, el realismo, en cuanto resulta copia, es regresivo. El verdadero realismo consiste en que el arte repita con la mayor fidelidad, la triple operación en cuya virtud el espíritu siente, nota y se conmueve.

Pero todo ello sólo se refiere, propiamente hablando, al *modus operandi* de las diversas artes.

Si éstas tienen por objeto *material* la prolongación y la permanencia de sensaciones ó nociones agradables, así captadas por el hombre en la obra bella, su significado trascendental, lo que verdaderamente inmortaliza esta obra, es el alma del hombre mismo, expresada por ella en una vasta comprensión solidaria, tanto mayor cuanto más grande es el artista.

El alma del artista, como la de todo hombre superior, representa con sus emociones las emociones humanas; y en esta solidaridad estriba el *sentimiento* de la belleza.

También aquí está la dignidad *humana* de la obra de arte, que de otro modo resultaría inferior á la naturaleza cuya simple copia fuera. Su superioridad ante la técnica del arte y ante la misma natura-

leza representada, proviene de este doble fenómeno: que en la primera época, ó sea en el período del talento, cuando el artista *copia* la naturaleza, la técnica es su instrumento de expresión; y en la segunda, en la época genial, cuando *representa* á la naturaleza, ésta misma viene á ser el tal instrumento, quedando así subordinada á expresar el alma del artista. Lo que esta alma siente, constituye, entonces, lo principal, y la naturaleza captada por el artista, su modo de expresión. Así es como el naturalismo griego, fué agente de una abstracción religiosa.

Viniendo ahora á la poesía, advirtiósese también que en la palabra había elementos musicales, ó sea, meramente emotivos; y combinados con los nocionales de la literatura, dieron nacimiento á aquel arte.

La arquitectura es una extensión de la escultura y de la pintura sobre la base utilitaria de la vivienda. En este concepto, es el arte principal; pero la construcción de habitaciones, tuvo que transformarse en arte bajo la acción de la escultura y la pintura, que habían nacido tales satisfaciendo una necesidad distinta de la necesidad de morar: la de reproducir efectos agradables.

Las artes antiguas, definían mejor esos parentescos. Toda poesía era cantada y pintada toda estatua (1). Entre los griegos y entre los artistas góticos,

(1) La palabra poética hallábase de tal modo subordinada á la música, que el artista podía conformarla á su ritmo métrico por medio de apóopes y elisiones, con una libertad casi limitada; así como nuestros cantores alargan vocales y cambian la acentuación de las palabras. Aquello era, como se vé, más lógico, y proveía mejor á las necesidades comunes de la poesía y de la música.

la síntesis fué completa ; pues el templo, ó sea la más elevada realización arquitectónica, resumía en su masa todas las artes. El espíritu alcanzaba allí su máximo regocijo.

Provenía ello á la vez, de la misma realización artística, tratándose de un esfuerzo eminentemente social, que igualaba á todos los trabajadores en la aspiración de un ideal común, ya fuera el catolicismo del siglo XIII, ya la libertad de las democracias helenas. Mas para que eso pueda sobrevenir, necesitase una civilización sintética, en la cual el bien, la belleza y la verdad, constituyan la satisfacción de todos los espíritus bajo una fórmula para todos satisfactoria.

De tal modo, el arte representaba, además, para los griegos la unidad nacional en el espíritu, puesto que materialmente hablando les faltó.

En el imperio ateniense, la preponderancia naval de la metrópoli, tanto como su rango de emporio comercial, provenían de aquella unidad anterior, ratificada por Atenas con un acto de abnegación heroica en la guerra contra los persas. Hasta entonces, su relación con las colonias había sido un caso de expansión espiritual. Fueron los dioses y los poetas quienes prepararon el camino á los héroes.

La poesía formó el verbo de aquella raza excelente, constituyendo á la vez su conciencia. El triunfo heleno en el mundo antiguo, es un resultado de belleza que el arte heleno manifiesta como el dominio de una serenidad superior.

Mentalidad tan perfecta, tenía como instrumento un idioma de justeza y claridad por decirlo así matemáticas, á la vez que facilitado por una vocalización cuya riqueza casi agota el insuperable resorte evolutivo del diptongo. He dicho ya que las vocales son las potencias primordiales del idioma; y si éste es también la exteriorización del espíritu, la potencia y la belleza del alma griega hállanse patentes en aquel admirable organismo. La vocalización es el gran instrumento de popularidad, sobre todo cuando abunda en los sonidos fuertes ó abiertos *a*, *e*, *o*, que determinan la pronunciación analítica de todas las letras, ó sea lo que el vulgo llama hablar como se escribe. De aquí la excelencia y el porvenir universal del castellano, que entre los modernos idiomas proselitistas, francés, inglés y alemán, es el más vocalizado, á la vez que el más rico en los sonidos *a* y *o* (470 vocales por cada 1000 letras; un poco más todavía que el italiano).

En el griego como en el francés, predominan la *e* cuya mayor abundancia corresponde sin embargo al alemán, y la *u*, que le dá con aquella gran finura y elegancia; pero con relativo detrimento de la claridad, comparados al castellano. La estructura verbal del idioma heleno, representó también un progreso enorme sobre las lenguas monosilábicas y aglutinantes; pues limitando á los esdrújulos la acentuación retrógrada de las palabras, constituyó definitivamente su individualidad, de otro modo desintegrada en el silabeo. El mismo sentido de la pro-

porción, que es lo justo en el equilibrio, lo necesario en la fuerza, lo suficiente en la claridad, regia con aquella estética, desde la piedra labrada hasta el vocablo. Así éste adquiriría la solidez escultural, y aquélla la condición alada que Homero asigna á la palabra como adjetivo constante. Los frontones llamábanse *águilas*, en expresiva sinonimia, porque su triángulo ascendente y ligero como la llama, designa la eminente quietud con que planea en el espacio, el vuelo prócer de un ave de altanería.

La victoriosa estabilidad de la estética griega, manifiéstase, teniendo en cuenta las ideas anteriores, por el predominio artístico que alcanzaron en aquella civilización la poesía, la arquitectura y la escultura como arte fundamental; pues según es sabido, las proporciones de la columna ajustábanse al canon estatuario. Y en esa arquitectura, la columna era el elemento fundamental.

Por otra parte, aquella manifestaba en su tipo más perfecto, ó sea en el templo dórico, ese equilibrio característico del arte y de la filosofía griega, así vinculados estrechamente á la moral; pues siendo la condición esencial del equilibrio, que nada sobre en las partes constitutivas, ello comporta la economía desde luego; el orden inherente á la economía; la claridad inherente al orden; la utilidad de cada miembro en el conjunto; la distribución racional de la fuerza y del trabajo á cada miembro; y como síntesis moral, la justicia que todas estas cualidades resume. En el templo dórico, nada sobra. El mismo adorno es necesario á la correlación de las partes. Nada puede quitarse

ni aumentarse sin comprometer el conjunto. Representa la perfección en la estética de la humanidad blanca.

Su masa expresa un himno en piedra á la ley, que es el verbo de la civilización. Está en él la ciencia con las matemáticas, y la filosofía con el determinismo de un alto objetivo alcanzado. Basta verlo, para que de él emanen un raciocinio, una enseñanza y una glorificación.

Así, su canon ha de confundirse esencialmente con el de la escultura que buscará en la perfección del cuerpo humano igual equilibrio. La concepción del prototipo fisiológico, intelectual y estético que las estatuas intentarían representar, provino sin duda de la palestra, donde como he dicho ya, nació la pedagogía griega.

Si bien ésto engendró al fin la retórica, su objeto primitivo fué la realización del ideal que el arte se propone, concibiendo la belleza suprema de la forma humana; y aunque para ello altere las exactas correlaciones anatómicas. Pero alterándolas á sabiendas, con relación á futuras selecciones nada imposibles dentro de la ciencia más exigente, y con una conciencia tal, que se mantenía á las mujeres embarazadas en la familiaridad de las bellas estatuas para producir por simpatía la hermosura de sus hijos. En la estatua bella, el griego concebía, pues, la realidad de una raza futura (1).

(1) Aristóteles decía que si existiera una así, compuesta por tipos semejantes á aquellas estatuas, los hombres la obedecerían naturalmente como á señora del género humano.

Nietzche, un verdadero griego por su espíritu y por su

Esta raza mejor, era una enseñanza de los misterios; pero veamos en qué consistía el canon.

Dos etapas estéticas fundamentales tuvo el arte griego, como todo grande arte.

La primera, que alcanza su culminación en Fidias, es representativa de la más alta abstracción religiosa. Toma el tipo humano, más como un símbolo general de las divinidades, que como encarnaciones de estas últimas en él. Sus estatuas solo eternizan aptitudes, mientras las fisonomías permanecen en la fijeza de tipos hieráticos. El cuerpo entero expresa con su conjunto estados generales como lo es el conjunto mismo. Además, la generalización abstracta del tipo hierático, quita á esas esculturas (1) todo carácter personal. De ahí que nunca estuvieron aisladas. Eran un miembro en la arquitectura del edificio donde figuraban, siendo éste un templo á la vez, pues ya dije que ese arte representaba una abstracción religiosa. Como en las basílicas del primer gótico, la escultura hallábase en la Grecia de Fidias, subordinada á la arquitectura; pero tanto en unos edificios como en otros, ello no excluía para el arte subordinado una excelstitud que el nombre mismo de aquel escultor insuperable califica; pues lo funda-

erudición especial, preveía en el actual super-hombre de su sistema, el prototipo de una humanidad superior.

(1) Me refiero á la escultura, arquitectura y literatura de los griegos, porque sólo conocemos noticias de su pintura y de su música; y empiezo con la escultura, por considerarla, como ya dije, el arte primitivo.

mental en esto, no es la personalidad de la estatua, sino la personalidad del artista. La *naturalidad* de las fisonomías hieráticas fué tan completa, sin embargo, que hasta presentaban la asimetría peculiar del semblante humano.

A la vez que dominado, ó mejor dicho determinado por la arquitectura, aquel arte tomaba los caracteres esenciales de ésta: el equilibrio fundamental; la serenidad que de él resulta; la sinceridad y el optimismo que emanan de la emoción religiosa cuya expresión es de humildad ante los seres divinos, y cuyo aliento es la esperanza. Agreguemos el valor que inspira á todo corazón honrado la idea de hogar inherente á la realización arquitectónica; las ideas también afines de seguridad y de libertad; la luz, tan importante en todo edificio, que debe ser elemento regulador de su conforto y de su estética. Por último, la solidaridad que lleva implícito el culto aceptado; la utilidad, que es el objeto de toda vivienda; la verdad, requerida por el espíritu religioso, por la utilidad substancial del arte en cuestión, por la sinceridad y el valor que inspira ó que lo acompañan.

Ese potente equilibrio tenía en el mismo lenguaje una filosofía elocuente.

Talento en griego, bajo el significado de *voluntad*, que ha dado por catacresis ó expansión metafórica, la acepción corriente, proviene de balanza; como ésta, á su vez, de la unidad monetaria que en los tiempos arcaicos significaba un peso en metal precioso (de

aquí la genérica denominación castellana: *pecho*) y regulaba los cambios. En el sentir de los griegos, la inteligencia era, ante todo, una suprema cordura, así como la sabiduría era la dulzura por excelencia. De tal modo, en el arte escultórico imperaba el equilibrio ó correlación *vital* de las partes; pues al ser aquél una representación personal, determinaba la suposición de una fisiología en la estatua (1).

Todo en él respiraba la fuerza, síntesis de esos atributos, tendiendo á la hermosura viril que eternamente la ha simbolizado. Fidias no *hacía bello*. Su escultura inspirada en la alta abstracción religiosa, *le resultaba fuerte y noble*. Basta ver las copias que han quedado de sus *Atenas*, pues nadie ignora que el numen más intelectual y puro de la mitología, fué su tema preferido.

En esos semblantes poderosos y serenos, equilibranse la pureza femenina y el tipo viril con tal perfección, que la escultura antigua queda marcada de ello para siempre. Desde entonces no habrá otra distinción fisionómica entre la virgen y el efebo, que la ligera inflación del entrecejo en este último (2).

Alguna de aquellas *Atenas*, como la pequeña copia

(1) Esta requería, entonces, un medio propicio: regla fundamental que nuestra escultura ha olvidado, con detrimento del buen sentido y de la estética. Así sus desnudos que parecen morir de frío en las plazas públicas, y la situación generalmente ridícula de sus héroes conmemorativos.

(2) Recuérdese que el epíteto de *Palas* aplicado á Atena en su advocación más noble, es un común de dos que califica igualmente la hermosura de mancebos y doncellas.

encontrada cerca del *Varvakeion* en la capital griega, dijérase un tipo egipcio ó hindú, á prescindir por un momento del característico perfil heleno; lo cual tal vez indicaría, con todas las reservas de generalización tan audaz, que la síntesis virgo-viril, si se permite la expresión, fué un *desideratum* de los cultos y artes religiosos orientales, padres del griego, para la representación de los númenes de la inteligencia.

Hasta aquel perfil era simbólico en su naturalidad de distintivo étnico. Su línea continua, dá la nobleza serena al tipo, en una evidencia de integridad inherente á la continuidad enunciada. Ello comporta al mismo tiempo una sencillez de elemento primordial, por cierto conforme á nuestro concepto de la naturaleza divina. La posterior evolución hacia lo expresivo, alterará el vigor de ese perfil, con el cual todo el rostro queda subordinado á la línea intelectual de la frente (1). Y ello porque la expresión resulta de la armonía de varias líneas, al ser un movimiento complejo. El arte se humaniza, ante todo, con el movimiento de la estatua.

(1) Entre tanto, el rasgo típico de la expresión en esas estatuas, ó sea la sonrisa — la conocida sonrisa *egíptica* — desaparece con el progreso; al revés de lo que sucedió en la escultura medioeval cuya humanización caracterizóse precisamente por la adopción de la sonrisa. Pero es que el arte cristiano, nació de la tristeza. La alegría fué para él, el comienzo del pecado. En cambio, la sonrisa era para el griego simbolo de la serenidad, considerada como supremo atributo divino, y desapareció tan luego como pudo darlo la expresión total de la estatua.

El canon, ó sea el sistema de correlación de las dimensiones estatuarias, nació de esa escultura. Como fácilmente se echa de ver, tal sistema es un concepto arquitectónico, al formular desde luego una regla de construcción; pues por de contado se refiere al organismo entero, á las actitudes, no á la expresión de la estatua. Debo advertir á la vez, pues ello reviste gran importancia, que dicho sistema formulaba también el ideal anatómico del tipo humano: concepto estético que llevaba en sí una de las consecuencias más importantes del gran principio de adaptación al medio, conocido por la antigüedad en las enseñanzas de Empédocles. La correlación de las formas, ó equilibrio orgánico, es condición capital de triunfo en la lucha por la vida; y la victoria estética de los escultores griegos, basada en ese principio, es una prueba fundamental de que el objeto del arte consiste en la realización de una vida superior.

Ahora bien, es evidente que Fidias tuvo un canon; pero no sabemos cuál fué. Aquel era uno de los misterios prácticos cuya divulgación no se permitía (1).

Lógico es inferir, sin embargo, que se trataba de un concepto religioso cuyo objeto sería la realiza-

(1) El arte gótico, poseía reglas semejantes, conservadas, y algunas perdidas por esta causa, en el secreto de las corporaciones. Lo cierto es que se atribuía principios misteriosos á la maravillosa escultura de las catedrales. De aquí también la leyenda que afirma una colaboración del diablo en los más notables de aquellos edificios. *El secreto*, á veces bajo la forma de un demonio, estaría encerrado en cofres mágicos dentro de tal cual cimiento ó columna.

ción de un tipo superior de humanidad: el hombre venidero de las razas futuras, que serán divinas con relación á la presente.

Aquel canon debía de tener por base algún principio espiritual, determinante del módulo desconocido; puesto que toda la enseñanza de los misterios, fundábase en realidades intelectuales.

El genio artístico iba á descubrir, sin embargo, por operación lógica, basada en la misma estética que aplicaba, sistemas canónicos; mas, por elevados que fueran, al no basarse sino en la forma humana causarían la degeneración del arte hacia el realismo sensual y la voluptuosidad egoísta del perfeccionismo.

Policletes formuló el primer canon, realizándolo con su maravilloso *Doríforo* (1). El módulo de aquel sistema, era el palmo ó anchura de la mano, como si al tomarse el órgano constructor por excelencia, se hubiera establecido la vinculación con la arquitectura de donde el canon provenía. La fórmula produjo una estructura maciza y robusta que determinaba el más perfecto tipo de belleza racional, en una severidad abstracta: caracteres comunes también á la arquitectura.

Esta, como es natural, obedecía á principios análogos, siendo su estética una cuestión de luz, según acontece al fin y al cabo en todas las artes plás-

(1) Llamábase *doríforos*, á los soldados de la infantería ligera que formaba la segunda línea de la falange.

ticas. Luz sobre sombra, para decirlo en dos palabras, por el resalto de la columnata clara sobre el fondo más obscuro de la galería; y según podemos inferir por el sistema de decorado de la cerámica, el mismo principio determinaba la pintura, que no sería, entonces, colorista, sino expresiva, como después de todo parece más conforme á la sobriedad analítica del genio griego.

La literatura contemporánea, caracterizada por la invención de la tragedia, que, como ya dije, nació perfecta, al no constituir sino la publicidad de una parte de los ya arcaicos misterios—la literatura obedece á análogos principios estéticos. Aquella civilización determinada por una síntesis mental, que al comprenderlo todo abarcaba también la totalidad del espíritu, no padecía como la nuestra de *babelismo* anárquico ni de aislamiento suicida. La calma armoniosa, que es quizá la perfección de la belleza, provenía de la tranquilidad superior que aquello comportaba. No había diferencia esencial entre el arte y la vida del artista, puesto que la vida era un arte á su vez, y hasta el primero de todos.

La tragedia, conforme á la descripción somera que antes hice, y al análisis del *Prometeo*, procedía como la escultura su contemporánea, por grandes conjuntos, y representaba á su vez altas abstracciones religiosas. La música formaba en ella un todo con la poesía, sintetizando la expresión y la emoción, como la pintura con la escultura en las estatuas y edificios policromos.

También la tragedia fundábase en la verdad, al celebrar las revelaciones de los misterios. También exaltaba el valor; la serenidad que resulta del equilibrio perfecto entre la moral y la razón; el optimismo y la esperanza en la convicción de la palin-genesia; la libertad, amada del griego, como que el *Prometeo* iniciador del arte trágico, estribaba principalmente en la peripecia de un numen libertador.

Precisamente, esas tragedias producen el efecto de arquitecturas colosales en su ordenación que los siglos no han podido conmover. Sus palabras repiten como bóvedas el paso de los heroicos pies que vuelve sonoros la sandalia de bronce. Los coros recuerdan columnatas armoniosas como flautas parejas. Los personajes parecen torres por donde sale una voz de ejércitos. En aquella estrofa, como en el sillar de un muelle, viene á estrellarse el océano y habla. Por aquel exámetro métese el viento y en son de clarín perora. El corazón antiguo está clamando ahí la tempestad de las pasiones eternas. Pero la tranquilidad que infunde el concepto seguro del objeto; el equilibrio de la sabiduría, subordinan aquella grandeza á la ley que enfrena desesperaciones y tempestades. Y la bella alma griega, que animó á los héroes embellecidos de serenidad, á los mármoles también heroicos en su realización sobrehumana de la vida perfectamente noble, está dominándolo todo sin esfuerzo visible, por la propia superioridad de su armonía, á la manera de una alondra matinal que suspensa en el éter forma

como el vértice de la aurora, sobre los bosques todavía nocturnos, sobre el claro mar nivelado por el sol naciente.

¡Supremo triunfo! Aquel arte, á pesar de su excelencia y de su abstracción, era democrático. La moral reinante, al formar una síntesis con la filosofía y con la estética, tornaba inteligibles para la mayoría los conceptos de estas últimas ciencias. La ética, prácticamente divulgada, como que constituía el objeto social de las enseñanzas misteriosas, establecía la fácil comunicación de todos los espíritus, posibilitando á la vez aquella docencia estética en la cual *el arte de la vida* era el objeto principal. La vida venía á ser una obra de arte, al tener el bien, ó sea la moral en el hombre, y la verdad, ó sea su enseñanza, á la estética por vehículo. Hacer de la vida una obra de arte: hé ahí el objeto supremo.

Así lo comprendía y practicaba todo griego, explicando esto la superioridad de aquella civilización, después no igualada. Así la democracia constituía realmente un estado político mejor que todos los otros, al basarse en la igualdad de una cultura completa (1). Así, la *vida en belleza*, engendraba na-

(1) Justo es hacer notar aquí que Platón no era demócrata; pero reconoció siempre, con noble imparcialidad, las ventajas y méritos de la democracia ateniense. Esto solo prueba que en la aplicación de los principios formulados y desarrollados por su filosofía, la lógica de los hechos fué superior á su dialéctica. Así, la práctica misma de la moral platónica, no era incompatible con la democracia. Dion, el austero filósofo siracusano, jefe de la revolución democrática contra Dio-

turalmente al héroe, al filósofo, al civilizador, ocupados por lógica inclinación de su sér en realizar conceptos superiores de vida, que inspiraba la familiaridad del dios hermoso. Así, por último, la excelencia del espíritu creó aquella fuerza incontrastable de los grupos intelectuales, si pequeños en número, grandes en la eficacia hasta hoy presente. Eficacia: esta es la cualidad del pensamiento griego. Atenas nunca alcanzó la población de nuestras grandes ciudades; dominando, no obstante, en la antigüedad, al Oriente innumerable, á la enorme Roma; en el presente, á los millones de hombres blancos que consuman la unificación del mundo. Tan cierto es que las ideas son lo que impera y lo que dura.

Y si la actual civilización no quiere morir en la vergüenza del mercantilismo, que Platón y Aristóteles consideraban un oficio de esclavos; en el horror de las guerras sórdidas; en el servilismo de una filosofía cuyo desideratum consiste en probar la vinculación del hombre con la bestia, tiene que crear síntesis espirituales semejantes, meter, para decirlo de una vez, un poco de cielo alegre en el alma enferma.

No obstante, en su mismo equilibrio superior, el canon de Policletes tendía ya á la individualización

nismo el Joven, fué platónico. Y por lo demás, *La República* fué ante todo un tratado didáctico. Así lo entendía Rousseau, con precisión admirable: "No es una obra de política, sino el más hermoso tratado de educación que se haya compuesto".

de la estatua. Débil divergencia respecto á los conjuntos y abstracciones de Fidias, el doríforo acentuaba, no obstante, el sexo, pues implantó á la verdad el cánón efébio; y aunque su autor no salió de la representación de actitudes, lo cierto es que la determinación puramente humana de sus esculturas, conducía á la misma pendiente por donde fué á dar en el "bello" egoísta del Renacimiento el arte gótico, cuando los conjuntos místicos de sus basílicas se desbarataron en la humanización individual.

La representación humana de los dioses, acarrea ese resultado. No tardan en volverse hombres por exceso de encarnación.

Un siglo después de Policletes, el realismo imperaba con Lisipo. El retrato nacía. Lisistratos, hermano de Lisipo, inventó el sistema de sacar las máscaras de yeso de los cadáveres, para reproducir fisonomías. La belleza abstracta habíase humanizado del todo. El arte no quería ya realizar un ideal de vida superior. Quería la vida tal como es. Y en este aparente progreso, envilecíase al rebajarse su destino.

La correlativa evolución social, religiosa, histórica, operada en el transcurso, establecía nuevas vinculaciones que necesariamente iban á imponer un nuevo canon. El arte volvíase expresivo, y de naturalista pasaba á ser intelectual. La representación de la verdad abstracta, restringíase á la de las ideas personales. La creación indirecta, ó evocación por medio de recursos técnicos, substituíase á la crea-

ción directa por medio de recursos naturales y con la verdad por único objeto. En lugar de las tres cualidades fundamentales que caracterizaron el arte de Fidias: fuerza, sinceridad y equilibrio, la individualización de la estatua, al suprimir relaciones con la arquitectura, adoptaría otras más personales: elegancia, retórica y sensualismo. La estatua se convertía en sér humano. El intelectualismo reemplazaba á la inspiración que comunica con la divinidad, como el éxtasis de la mística cristiana, al ser sus obras, en el concepto platónico, una creación inconsciente (1).

En su acción social, el arte realista evolucionaba también, dando de popular en aristocrático, de severo en indiferente, de religioso en científico. Filosóficamente, tocábanlo ya la duda, la malicia y el pesimismo. El valor, tornábase en él voluptuosidad; la humildad, orgullo; la solidaridad, egoísmo.

Del concepto del bien en la realización, marchábase á lo perfecto; y por consecuencia, de lo útil á lo estéril.

No siendo esta disertación un cuadro histórico, debo advertir que comprende desde las iniciativas realistas coronadas por el canon de Lisipo, hasta el "bello" exclusivo de Praxiteles. Trátase, como es natural, de una época de arte. Pero obsérvese que ello coincide con la decadencia helénica, justificando

(1) Más adelante dilucidaré este concepto, que vincula poderosamente la estética á la filosofía de los misterios.

mis postulados. La absorción de las autonomías griegas por el imperialismo macedónico, que presenta una corroboración más en la educación de Alejandro bajo el sistema positivista de Aristóteles, efectúase en ese lapso. El arte de Praxiteles, coincide con la pérdida total de las libertades griegas, cuya restauración temporal ya no fué sino una miserable artimaña política, jugada hasta el abuso por los generales de Alejandro durante las guerras que su muerte ocasionó.

El nuevo canon, tomó por módulo la cabeza humana, poderosa síntesis de fuerza y materia á no dudarle, pero donde impera la noción, que es el fundamento de la literatura. Los conceptos de este arte, reemplazan, entonces, á los arquitectónicos del canon de Policletes. De aquí, á poco andar, la retórica á que se inclinaba el genio griego con su pasión del análisis y de la lógica. La intuición cedía el campo al racionalismo.

Del patrón geométrico, inspirado por la abstracción religiosa, pasábase al concepto personal de la expresión, que representaba la vida individual con sus inquietudes. La simetría, ó sea la correlación perfecta de las partes en el sistema canónico adoptado, no fué un recurso, sino un fin. Una evolución análoga á la que engendró en el Renacimiento el arte de la perspectiva, produjo la estatua visible bajo todos sus aspectos como una persona real; cuando la escultura anterior, concebíala sólo con un punto de vista determinado, al

ser ella parte de un conjunto. Y esa invención de Lisipo, consumó el individualismo de la escultura.

En Praxiteles, la estatua es ya una persona que vive por sí misma. Su actitud no tiene la espontaneidad de las posiciones comunes que determinaban la anterior escultura. Es una caracterización personal que toca á veces en el rebuscamiento de la coquetería. Y correlativamente, su numen preferido en arte, fué la Afrodita. Ya no existió más la belleza simbólica é impersonal del tipo divino. El triunfo de la mujer, señalaba, como siempre, la decadencia.

Demás está añadir que la arquitectura había sufrido una evolución análoga. El orden corintio, sistematizado en los últimos años de la época *fidiana*, iba reinando progresivamente. Y los griegos decían que su columna imitaba el cuerpo de la mujer, así como el de la dórica, más antigua, el del hombre.

El amor á lo pintoresco, introdujo otro elemento perturbador en la exageración que parece le es inherente: la novedad, radicalmente contraria, por otra parte, á los conceptos religiosos. Ello acentuaba también la humanización, definiéndola muy luego en una complacencia voluptuosa que tuvo por rasgo distintivo la caricia de la luz sobre la epidermis marinórea. Tal delicadeza debió tener su origen en la policromía de las estatuas; pero coincidió perfectamente con el gusto de lo pintoresco y la humanización antes mencionada. La caricia luminosa, dió á los contornos esa blandura y esa compenetración

con el ambiente, que caracteriza las líneas del desnudo vivo. El refinamiento sensual acentuóse muy luego en una turbada sutilidad de sexos equívocos. El paganismo y su arte, habían dado en la disolución voluptuosa que fué, quizás, su enfermedad específica.

Pero lo que no conoció la estética griega, fué la tercera forma de arte que impera en la actualidad como resultado del cristianismo agonizante.

Hay en esto un nuevo caso, que quizá es el fundamento de una evolución imprevista.

Bastará formularlo, para convencerse de su importancia á este respecto.

La civilización gótica y el Renacimiento, habían repetido las dos evoluciones antes señaladas en el arte griego.

Hoy tenemos un nuevo carácter, sin antecedente, por lo menos directo.

Nuestro arte es pasional. Su objeto es producir emociones, por medio de la sugestión (1). Su creación, incompleta, como es menester para que sugiera. Sus caracteres lo definen como interesante y cerebral. Por su concepto de realización, es sintético. Por su acción social, anárquico, violento y filosófico. Inspíranlo la esperanza, la impaciencia y la inquietud, inherentes al estado de anarquía. La belleza exclusiva, y por consiguiente la inutilidad, constituye su

(1) Algunos críticos atribuyen este carácter á las esculturas de Scopas. Creo más correcto seguir considerándolas expresivas como las de Praxiteles á quien fué tan parecido.

objeto. Es independiente é individualista. En su estética dominan la música, el simbolismo indeterminado que de ella resulta cuando se la fuerza á volverse arte expresivo, el color y la tendencia revolucionaria que impone una excluyente pasión de originalidad. Y como suprema consecuencia del aislamiento que todo eso comporta, su expresión psicológica más aguda, es la melancolía.

No necesito entregarme á un trabajo crítico para establecer cómo se determinan esos atributos entre sí. Todo espíritu culto lo efectuará á primera vista; pero reputo útil el resumen en un cuadro del estado que cada una de las artes estudiadas representa, como desenlace provisorio de la cuestión.

1^o. El arte representativo es:

Naturalista.
De verdad.
De creación directa.
De recursos naturales.
Descriptivo.
Equilibrado.
Sincero.
Fuerte.

Como expresión social es:

Religioso.
Popular.
Serenó.

Como expresión filosófica:

- .. De fé.
- De sinceridad.
- De optimismo.

Como expresión de moral cultivada:

- La humildad.
- La solidaridad.
- La utilidad.
- El bien.

Como expresión estética tiende á:

- La libertad.
- La luz.
- Los conjuntos.

Su fundamento es la arquitectura.

Su expresión psicológica el valor.

2". El arte expresivo es:

- Intelectual.
- De evocación.
- De creación indirecta.
- De recursos técnicos.
- Analítico.
- Retórico.
- Sensual.
- Elegante.

Como expresión social es:

Científico.
Aristocrático.
Indiferente.

Como expresión filosófica:

De duda.
Malicioso.
Pesimista.

Como expresión moral cultivada:

El orgullo.
El egoísmo.
La esterilidad.
La perfección.

Como expresión estética tiende á:

El canon.
La perspectiva.
El individuo.

Su fundamento es la literatura.

Su expresión psicológica la voluptuosidad.

3°. El arte pasional es:

Emotivo.
De sugestión.

De creación incompleta.

De sensibilidad.

Sintético.

Impresionista.

Espiritualista.

Interesante.

Como expresión social es :

Filosófico.

Anárquico.

Violento.

Como expresión filosófica :

De esperanza.

Curioso.

Inquieto.

Como expresión moral cultivada :

La independencia.

El individualismo.

La inutilidad.

La belleza.

Como expresión estética tiende á :

La originalidad.

El color.

El simbolismo.

Su fundamento es la música.

Su expresión psicológica la melancolía.



No puede negarse que ha conquistado definitivamente la individualidad de las artes, al romper del todo la síntesis antigua, que ya es imposible restaurar al menos bajo sus pasadas formas. Esto es un resultado de otra cultura, en la cual los signos convencionales, valiendo por sí mismos, acaban por perder toda realidad volviéndose enteramente simbólicos. Regresión de forma que en nada amengua la profunda diferencia del actual con el primitivo simbolismo religioso. En éste, el signo convencional es un agente de la divinidad, irrepresentable por modo directo. En el nuestro, es la causa de la sugestión que el arte quiere producir, sin ninguna trascendencia.

La blancura y el silencio como estados estéticos desconocidos del arte antiguo, tienen grande importancia en el nuestro. Aquella nos viene del Renacimiento, cuya perfección orgullosa quería el triunfo de las formas puras sin necesidad de color. Ahora es el campo libre de nuestra sugestión refinada; la negación convencional que el espectador condiciona, interviniendo con su imaginación en la obra deliberadamente incompleta del artista. Y así, existe para nosotros una relación evidente de la blancura con la

soledad, el silencio y la poesía. Probablemente es una sensación de amor y de paz que debe formar el concepto de nuestra dicha.

El amor al silencio, nos viene de las meditaciones cristianas sobre la muerte, y forma hoy el alivio supremo de la inquietud que nos devora. Quizá el infierno de nuestro bárbaro maquinismo, ha valorizado también hasta la excelencia de un estado estético ese elemento que la antigüedad no usaba sino en la adquisición de ciertas perfecciones filosóficas. Lo cierto es que relacionamos el estado de silencio con nuestras meditaciones más graves y nuestros pensamientos más puros. La plenitud del silencio nos proporciona una felicidad correlativa de lo que podríamos llamar la poesía de la blancura. Demasiado llenos de ideas contradictorias, en ese elemento se reintegra nuestro sér consigo mismo. Como la atávica impresión crepuscular que renueva ante el balcón donde suspira la doncella, en una vaga congoja, la inquietud de las selvas antiguas, la vieja fuente mística de donde ese amor al silencio proviene, perpetuada por la eternidad de las lágrimas á despecho de las efusiones que ya no existen, aivia el espíritu con la dulce poesía de las tristezas sin objeto. El silencio habita en la sombra de los sepulcros y en la luz total de las estrellas. La paz suprema, es silencio. La inmensidad, silencio es. Y la población del silencio son esas ideas, calladas y sublimes á su vez como las estrellas y las tumbas

Me atrevo á suponer que en la música hoy do-

minante, se halla el germen de la regeneración estética (1).

La antigüedad asignábale un importante papel en las representaciones de los misterios. Y es que al ser el arte emotivo por excelencia, así como una fuerza primordial en su carácter de sonido, relacionaba el espíritu con entidades superiores, poniéndolo á la vez en el estado de intuición sutil que tales representaciones exigían. Eran ellas, como dije de paso en otro lugar, una especie de óperas colosales, semejantes á las creaciones wagnerianas entre las cuales el *Sigifredo* es toda una leyenda de iniciación.

Tomada casi al pie de la letra en los Eddas, sus caracteres son perfectamente claros.

El héroe busca los tesoros misteriosos que guarda el dragón, por el conocido método de domar la lujuria y el miedo. Su iniciación, simbolizada en la forja del arma invencible, tiene una caverna por teatro. El oso domado no necesita comentarios. El dragón vencido y el maestro muerto, eran ya alegorías en Eleusis: no hay más que recordar lo dicho á propósito de los héroes solares. La inteligencia de las voces de la naturaleza al contacto de la sangre del monstruo, es otra consecuencia de la libertad conquistada. El pájaro maravilloso es el ruiseñor escandinavo que armoniza con su canto las esferas

(1) Para la mejor inteligencia de este postulado, conviene no olvidar que el silencio es la mitad de la música. Así la sonora en las artes plásticas.

celestes. El paso á través del fuego era una ceremonia de iniciación. Las intervenciones de *Votán*, numen serpentino como todos los dominadores del fuego primordial, y de *Erda*, el espíritu de la tierra, acentúan el carácter del drama. El despertamiento de la Valkiria dormida, representa la reasunción por el iniciado de su mente superior, inerte en la materia y acorazada contra todo contacto impuro.

Ignoro si Wagner conocía el carácter iniciático de la leyenda, y hasta entiendo que no; pero una intuición de su genio llevóle á encontrar la estética que necesitaba.

La música de Wagner, pesimista hasta la desesperación casi siempre, música *negra* por exceso de idealismo racionalista, cobró en ese poema toda la vigorosa felicidad de las auroras primitivas. Hasta el comentario de los bloques basálticos de la caverna, aquella especie de formidable geología que llena todo el primer acto con una voz confusa y enorme de elementos primordiales en coordinación, asombra sin deprimir. Su culminación en el canto de la espada, es una especie de levantamiento plutónico en el cual se siente la terrible alegría de los héroes libres. Hay que ir á Homero para encontrar la voz semejante en los gritos de Aquiles sobre la muralla. Un reguero de sol, tan sensible en la música como en el bosque matinal, acompaña al héroe. Esta luz es anómala en Wagner. Y no hay, que yo sepa, comentario igual de aurora al canto del pájaro maravilloso. Himno del fuego comparable

al de aquella escena en que el héroe escala glorioso el incendio de montañas, por entre llamaradas de música cuyas ondulaciones son nuevos deslumbramientos, como si al pasar las aventaran en súbito desnivel, alas incandescentes de serafines.

Tan solo el final balbucea en la inarticulación de lo inexpresable; pero también domina en él la belleza de la luz. Es que lógicamente, al representar la reintegración del sér en un estado sobrehumano, allá necesitábase un silencio. No siendo iniciados, carecemos de la potencia intelectual necesaria y de la información previa que fuera menester para ello. Pero en esas ausencias de toda comunicación objetiva, el postulante antiguo sentía despertarse su divinidad interior. El genio de Wagner no podía ir más allá sin volverse ininteligible; mas por su realización única de la cosa inaudita, quizá desde los tiempos eskilianos, debémosle la gratitud que merece un revelador. Su estética es quizá el verbo de la civilización futura.

Su nombre de "música del porvenir", queda, en este concepto, justificado; pero es quizá más importante hacer notar cómo su carácter de revolución prodigiosa á costa de tan gigantescas batallas musicales, estriba en el naturalismo que la inspirara. El abismo de retórica, y por consiguiente la miseria emocional en que yacía la música moderna, queda evidenciado por ese paso de coloso en marcha hacia la verdad. La verdad, tan distante del operismo y de los sentimientos convencionales como billetes de

amor para costureras, que su expresión desusada vino á resultar ininteligible. Recordemos también que la música moderna, hija directa del Renacimiento, no podía sino estar viciada por la retórica congénere.

Ininteligible. La expresión convencional de las emociones por medio de imperiosos lugares comunes, substituía á la verdad; y como quien estragado por un régimen falso encuentra insípido ó desagradable el retorno á la naturaleza, los públicos teatrales experimentaron en su gusto pervertido el consiguiente escándalo de verdad. Ello subsiste, concreto, en una palabra: la disonancia. Pero si la música ha de reproducir las voces de la naturaleza, tiene que ser disonante. Cualquiera ha escuchado en el despertar del día—para tomar el ejemplo más conocido—su numerosa sonoridad. Concéntrese en sí mismo y piense si no son disonantes los gorgoros de los pájaros entre sí, del propio modo que con respecto á los murmullos del viento, del agua corriente y de los primeros gritos matinales. Para que no lo fueran, necesitaríase un acuerdo entre ellos; un fenómeno mental, que positivamente no existe. Pues la consonancia es un acomodo artificial, que requiere voluntad consciente. Si el espectador concibe en ello un deleite estético, es gracias á la emoción de alegría que le produce.

Entender música, es apreciarla técnicamente; mas para gozar con ella, esto no es menester. De otro modo sólo podrían escucharla los músicos.

La diferencia entre ambas músicas, la moderna y la futura, es, pues, fundamental. Para algún caso de verdad en aquella, cuántas falsedades cuya trivialidad remeda la sencillez. Ensayaré para sensibilizar el progreso de dicho arte en el último siglo, un cuadro metafórico.

Tomemos como escenario la montaña habitual.

Abajo, donde los manantiales forman el arroyo atrayente, sobre la blandicia pastoril de la arena, entre las cumbres que encajonan el cielo, si bien puro harto estrecho, suelen venir damas y caballeros á danzar cambiando propósitos galantes que realizan todavía los propósitos de algún rústico ingenioso, la ebriedad ligera del pic-nic. Ahí está Mozart.

En el plano inmediato, desde donde se vé ya un poco de horizonte entre los picos, la brisa vivaz, las praderillas solas y las ovejas que las pacen, expresan con el encanto de un idilio algo triste, la tierna y sencilla verdad de Schumann.

Por la quebrada que las limita, en una sombra rumorosa donde suele agrandarse el trueno cuando hay borrasca, donde se ha hallado tal cual vez el cadáver de algún suicida sentimental, ó ha acontecido algún episodio de bandoleros románticos que roban á la doncella, el alma de Verdi canta. Desde allá, el cielo es invisible. La sombra dominante está sugiriendo dramas. Nada tan parecido como aquello á las tumbas.

En plena montaña, mezclados ya con la grandeza genuina de su libertad inconquistable, ramajes bra-

víos, peñascos.y ventisqueros, hablan con el lenguaje del viento eterno, cosas de tormentas desmelenadas y de calmas supremas. En ninguna parte es más cristalino el negro jilguero de las nieves. Desde allá, el firmamento no tiene límites. Enseña completas las cavernas volcánicas de sus ocasos, los jardines de cristal de sus albas. Allí anida el buitre aborígen que se dispara zumbante como el proyectil de un cañón escabroso, y ramonea una hierba filosa de escarcha, el áspero ciervo cuya cornamenta parece inscribir paisajes. Solo la flecha heroica puede alcanzar allí su magro flanco, palpitante de peligro. Hasta allí solo remontan también las escalas formidables del Germano.

Indudablemente, en la suma altitud, afrontando el vértigo de los cielos desamparados, la clara mar de frío, ya vecina de la eternidad, única sobre la arista extrema como una idea desnuda, el águila del dios Beethoven prepondera todavía. Pero aquello es ya el éxtasis. El estado excesivo al cual no se llega sin el miedo de la Cosa inefab'le. La misma soledad del águila, comporta ya un aislamiento sobrehumano.

Pero este "caso Wagner", para emplear los términos del monstruo genial que fué su arcángel y su demonio, condúcenos á tratar el problema de la creación inconciente considerada por Platón como la sublimidad misma del arte.

La conciencia, según se ha visto cuando expliqué la formación del hombre como sér intelectual. es

una etapa relativamente moderna en él. Hay, pues, en nuestro espíritu, toda una serie de estados anteriores á la conciencia, constituídos por la suma de las percepciones anteriores á su adquisición. El amor, que es la mitad del arte, existía antes de la conciencia. Antes que ésta existiera, había ya goces y bellezas sensibles, aunque no apreciadas.

Entonces, cuando el arte crea una de esas obras cuya emoción reintegró al artista por un momento con lo absoluto, la conciencia no intervino. Ella es la base misma de la individualidad, y por lo tanto escapa á lo absoluto. Por medio de la emoción artística ó religiosa, el absoluto deviene (1) consciente; y sólo entonces, realizado el fenómeno, la conciencia interviene para apreciar. Pero no se olvide que la belleza y el goce sensibles, han existido antes de la conciencia, y que el arte proviene de la belleza y del placer.

La creación inconsciente, es la inspiración en arte, el éxtasis en mística: la aparición anómala del sér anterior á la conciencia, ó sea un fenómeno que comporta un momento de vida en lo absoluto, al no existir para dicho sér concepto alguno de individualidad, por falta de la misma conciencia que la constituye. Por esto el místico y el artista, en ese estado, viven la vida de la humanidad, más cerca del instinto que de la inteligencia. El instinto, ó sea la

(1) Uso el verbo en substitución de "venir á ser", forma vaga que comporta una deficiencia salvable, al existir el antecedente latino, aprovechado en francés.

suma de tendencias de una especie, representa el alma colectiva sin ningún concepto de individualidad; pero esta alma es para la especie un dios, cuando puede concebirla. De aquí el carácter divino que se atribuía á la creación inconsciente del arte y al éxtasis religioso. Lo que en aquella se manifiesta pues, es la belleza y el placer de la humanidad instintiva que vivió durante edades antes de adquirir la conciencia: verdaderamente un dios en estado de simpatía inefable.

Establecer esa relación, es una facultad nativa: lo que el concepto vulgar formula al decir que el artista nace. Por ésto, la misión del artista es poner al alcance de los otros la verdad oculta en esas relaciones: lo que no ven ó no pueden ver los otros sin su auxilio. Y esta es, por otra parte, su utilidad.

Ahora bien, la música comporta un goce ininteligible. Y este goce que hay en la música es el devenir de lo inconsciente (1). Por esto, la inspiración poética aunábase con la música, que representa, como antes dije, la emoción en aquel arte; y solo cuando la corrupción alejandrina hizo de las leyendas mitológicas un tejido de escándalos galantes, la relación se rompió. Los libros alejandrinos suprimieron las anotaciones musicales de las poesías líricas (2).

(1) Recuérdese que el sonido era la manifestación sensible del elemento primordial ó éter, donde el logos causaba al universo manifestado. El *verbo creador*, corresponde, pues, á la música.

(2) Anteriormente he comparado la corte de los Tolomeos á la de Versalles. La evolución intelectual de la Alejandría to-

Platón referíase á estos poetas cuando cuando les negaba el acceso de su *República*. Así, es falso que no admitiera en ella poetas, generalizando el concepto, como se hace. El lo era también, y de los buenos, según lo probó en más de un concurso ateniense; de manera que eso habría resultado inexplicable contradicción (1).

Acogió, por el contrario, en su organización ideal, á los poetas que alababan las grandezas de los números y las empresas de los héroes, desterrando tan solo á los que con sus canciones voluptuosas rebajaban la nobleza de la poesía, y concitaban al desenfreno del amor. Lo mismo decía de las comedias amorosas que corrompen á la juventud. Pero no prohibía el teatro honesto, ni los bailes, ni las fiestas de las musas, ni las de Apolo, ni aún las de Baco, permitidas por los dioses para aliviar con el esparcimiento el trabajo de los hombres.

San Agustín recuerda esto mismo en un pasaje notorio de su *Ciudad Divina*. Si Platón, dice, prohibió las representaciones teatrales y declaró que convenía echar algunos poetas de la ciudad, fué porque

lemática, fué análoga también á la enciclopedista del siglo XVIII. Ella tuvo por base una renovación de las matemáticas con Euclides, Licofrón, Arquímedes y Eratóstenes. Su literatura complúgose en ostentar cierta impiedad irónica, que consumó la decadencia de la mitología. La retórica devastó los campos poéticos organizando, á la vez, la crítica. Zoilo fué respecto á Homero, lo que Scarron respecto á Virgilio...

(1) Su teoría, más rígida que sus sentimientos, suele estar en conflicto con ellos. Así, para el caso de Homero á quien admira sin tasa, no obstante declararlo expulsado de la *República*.

sus versos eran injuriosos á la magestad de los dioses. El obispo de Hipona había leído á conciencia su Platón (1).

Este modo de concebir la acción social del arte, corresponde á un sistema de vinculación efectiva con la filosofía y con la ética, que ahora no existe ni puede existir, al faltarnos un criterio semejante de verdad. Ajenos al deber antiguo por la desvinculación con él que el cristianismo ha producido en nuestras almas, y libertados del deber cristiano, incompatible con nuestra razón, la moral nos resulta ahora un método privado muy difícil de mantener por falta de solidaridad con los demás hombres. Todo demuestra, pues, que estamos en vísperas de una disolución social para cuyos dolores debemos prepararnos, buscando en la constitución de una síntesis que concilie los principios eternos de bien, belleza y verdad, la esperanza del presente y la salvación de mañana.

Por haber desbaratado la síntesis antigua, sin sustituirla más que con una semejanza al establecer la unificación de los espíritus, tan violenta en su

(1) Lo que se condenaba, era los refinamientos corruptores. Sócrates en el *Gorgias*, agrupa bajo el mismo concepto despreciativo y como partes de la adulación, la culinaria para los manjares, los cosméticos para el cuerpo, la sofística para las discusiones y la retórica para los discursos. A mayor abundamiento, agregaré un detalle: Zoilo y Aristarco los prototipos de la tiranía teórica, profesaron en Alejandría. También allá había nacido el concepto perverso del arte por el arte, que es el alma misma de la retórica y que la antigüedad clásica ignoró en la magnífica expansión social de su estética.

anormalidad, el cristianismo no ha producido una civilización estable; no cuenta, á título de triunfo completo más que su éxito del siglo XIII en Europa, y se disuelve en la anarquía presente como un resultado de su violencia inicial. El bien que ha producido á los pueblos, no está en relación con los males que ha causado. La intolerancia señaló desde el comienzo al nuevo culto como un incentivo de guerra y una imposición de fuerza. En vano llamábase religión de paz. A los veinte siglos de dominación sobre los espíritus, el mundo cristiano sigue teniendo la fuerza como ley, la guerra como preocupación dominante.

La supresión de los misterios que el cristianismo no había conseguido abolir por medio de la acción moral, la propaganda y la discusión de cuatro siglos, fué un acto oficial de fuerza. Decaidos al empezar la nueva religión sus predicaciones, habían reaccionado ante el peligro con un vigor de que son prueba los gnósticos alejandrinos. Llenos éstos del espíritu griego, buscaron la conciliación sobre el fundamento de la irremplazable síntesis. No querían abolir, no lo soñaron siquiera, aquel nuevo culto que por el hecho de existir suponía una necesidad del espíritu humano. Y esto desde el primer siglo, con Philon y los neo platónicos de su escuela: mucho antes, por lo tanto, de las demasiado famosas persecuciones (1).

(1) La pretensión del cristianismo al darse como víctima de sus perseguidores paganos, es un abuso histórico. No hay comparación posible entre el número de sus mártires y el

El cristianismo cabía en la tolerancia pagana. No así el paganismo en la rigidez del dogma cristiano.

Mas era tan poderosa aquella síntesis platónica, que hasta el cristianismo alejandrino informado por ella, aunque asaz intolerante ya, habría representado una conciliación.

La condena de Orígenes fué un episodio funesto para la civilización greco-romana, en la cual, á despecho de todo, había encontrado el cristianismo, por la acción de sus miembros platonizantes, la necesaria viabilidad. Imperó en contra la barbarie africana de Tertuliano, aquel rudo progenitor de los inquisidores, tan torpe en su expresión inculta como estrecho de espíritu y violento de pasiones. Cartago tomó su desquite de Roma en aquel conflicto espiritual (1), imponiendo las violencias del fanatismo á la proverbial tolerancia latina. Quedó definida como delito la discusión con los herejes. Con ellos no cabían otros procedimientos que el destierro y el exterminio. Así declaraba su impotencia moral la nueva religión, á los cuatro siglos de incesante propaganda.

de los herejes sacrificados á su saña. Basta recordar los millones de indios americanos que exterminó la cristianísima conquista española.

(1) Ese desquite, manifiesto en el temor de un cambio de sede á la ciudad africana, fué la causa principal de su ruina. Los romanos tenían presente el que ellos representaban á su vez para Troya sobre Grecia; desde que Roma fué, en la leyenda á lo menos, una fundación troyana. Y cosa extraña: la ciudad latina temía verse reemplazada por la destruída Ilión. Sospechólo de Antonio y de César, y el mismo buen sentido de Augusto, parece que no escapó á esa tentación singular.

Convertida en deber de estado, la oposición á ella venía á constituir un delito público. Las ofensas á los dioses, corren por cuenta de éstos, decía el paganismo. La ofensa á mi dios es un crimen que compete al estado castigar, sostenía la nueva religión.

El año 394, el emperador Teodosio clausuró los templos paganos por decreto, y suprimió la cultura griega. Veinte años antes, Valentiniano había proyectado lo mismo, como una reacción sobre el reinado de Juliano; pero Pretextat, entonces proconsul en Grecia, y “hombre dotado de todas las virtudes”, al decir de Zósimo, “le expuso, añade, que la vida se volvería insoportable para los griegos, si se les impedía celebrar los misterios *que unen al género humano*”. Y el emperador derogó su medida.

El edicto de Teodosio desató un huracán de barbarie. Lo que eso fué, está patentizado por las excavaciones modernas. Casi diez siglos de arte quedaron sepultados bajo escombros que, aun así, son hoy tesoros inapreciables. Dijérase que aquella crisis fanática fué un verdadero terremoto del espíritu. Las ruinas ahora excavadas ofrecen el aspecto de un cataclismo de marmol. Rara es la cabeza que no presenta como sello infame el martillazo atroz (1). Y la guerra á los dioses no fué sino el prólogo de los grandes horrores humanos. El cris-

(1) Juan de Efeso, el terrible fanático del Asia Menor, llamábase á sí mismo “martillo destructor” de ídolos y de paganos.

tianismo que había visto con antipático asombro la erudición de los padres alejandrinos, ratificaba el anatema que impuso en Orígenes á la cultura religiosa, con la destrucción y la tiranía.

Dos siglos después, el paganismo imperaba, sin embargo, sobre los mejores espíritus de la corte bizantina, ó sea en la sede política y religiosa del Imperio Romano.

Los misterios de Eleusis, destruídos en coincidencia singular por el edicto de Teodosio (394) y las bárbaras caballerías de Alarico (395) prolongaban al amparo de la filosofía neo-platónica, el eco de sus enseñanzas secretas.

El emperador, que abominaba á Orígenes, puso en acción las máximas de Tertuliano. La inhabilitación para la vida pública y aun civil, la confiscación, el atentado legal contra la familia, fueron el primer castigo del hereje. Muy luego la declaración imperial de que los paganos tenían bastante con vivir, fué también revocada. Todo converso que volviera al paganismo, mereció sentencia de muerte. El edicto ordenó la conversión en masa, que los déspotas rusos impondrían después á sus pueblos para cristianarlos, y los jesuitas en América á los indios guaraníes; por cierto que como una orden militar tan poco disimulada, que los habitantes de Kiev, agrupados sobre la margen del Volga por orden de Vladimiro, cuando éste decidió la conversión de su imperio, no pudieron sino optar entre las picas de la tropa formada á sus espaldas, y el baño simbólico

en el río, hacia el cual aquella empujaba con irresistible convicción (1).

Tampoco finalizó ahí el paganismo.

Apenas muerto Justiniano, reapareció en Siria complicando hasta obispos y muchos altos funcionarios imperiales. Todavía la famosa misión de Juan de Efesio en el Asia Menor, tuvo que realizar conversiones en masa por millares de individuos. La sangre corrió y flamearon las hogueras para no apagarse ya durante diez siglos en el mundo cristiano. Los mil quinientos años de paganismo que acababan de transcurrir, iluminados por la humanitaria llama del dios desconocido en la cual todos los hombres podían tributar perfumes á todas las creencias, iban á verse sucedidos por un milenario de hogueras, donde clamarían el triunfo de la religión de paz, entre gemidos de horror inconcebible, á millares y millares las víctimas disidentes, con que intentándose reconstruir la unidad del espíritu, fundábase solo la uniformidad de la opresión ante un dilema de conformidad ó de exterminio (2).

(1) El dinero ejerció también su influencia en el sistema bizantino. Cada converso tenía derecho á un tercio de *aureus* y á un vestido. El evangelio no menciona un solo caso en que Jesús apoyase con dinero sus enseñanzas.

(2) Tengo dicho que la intolerancia dimanó del exclusivismo profesional del clero: una importación del Oriente, sincrónica con el carácter monárquico de los emperadores romanos. Este fué también oriental como es sabido. Los políticos de la República, habían presentido siempre el peligro. El traslado de la sede imperial á las ciudades orientales, fué un motivo de constante alarma para Roma. Por ahí empezó el des-

Si cada religión tiene su demonio en un vicio característico, y si el del paganismo fué la voluptuosidad, el cristianismo ha tenido un crimen: la intolerancia. Transcurridos los mil años de hogueras, la humanidad cristiana lleva cuatro siglos más de guerra incesante. Su culto, fundado en la muerte y en la sangre de un dios, le impone la lógica de semejante origen. La civilización cristiana no cree sino en la fuerza. El propio materialismo disidente que la roe resume en un dogma de fuerza su filosofía. El liberalismo revolucionario, que no fué sino la inversión, en sentido laico, de la tiranía lógica implantada por los teólogos, proclama con su moralista más famoso que “la moral es una ciencia física”; formula sobre este principio un tratado de la ley natural (Volney. *La loi naturelle ou principes phisiques de la morale*) ó sea el protoevangelio del actual determinismo materialista, con su hombre-bestia irresponsable, al ser un mero cautivo del instinto, y autoriza el egoísmo como fundamento de todas las relaciones civilizadas, sosteniendo que el principio de la socie-

crédito de Antonio cuando su famosa aventura egipcia. Con ello peligró la misma popularidad de César y fué contestada la de Augusto. Había, sin duda, en ello, su mucho de localismo; pues á dicho temor debióse la ruina de Veyes y de Capua, de Cartago y de Corinto. No obstante, aquellos políticos tenían razones más poderosas. El pueblo quiso trasladar la sede á Veyes, pero el mismo Camilo, su conquistador, logró disuadirlo. Si hay algo admirable en la política romana, es el espíritu de continuidad, que así como en la inglesa de nuestros días, tuvo la clarividencia del porvenir al ser su objeto la prolongación victoriosa de una raza.

dad, es el amor de sí mismo. (*Ruinas*, VII). Sus instituciones representativas, b́asanse en un caso de fuerza bruta: la democracia del sufragio universal practicado por turbas irresponsables. Su ḿas alta inspiraci3n patri3tica, es el imperialismo mercantil.

Claro es que la persecuci3n justiniana, coincidi3 con un eclipse de cultura. Las escuelas quedaron clausuradas, y ya nadie pudo ense~nar sino bajo profesi3n de fe ortodoxa, so pena de confiscaci3n y destierro. Prohibi3se la ense~nanza de la filosofía. Qued3 cerrada aquella Universidad de Atenas que doctrinaba al mundo antiguo, desde el Egipto hasta la Armenia, y cuyos profesores habían dado emperatrices al trono de Bizancio (1). Templos, academias, hospitales, todo fu3 nivelado á la fuerza por el nuevo culto, que así confesaba su impotencia de seis siglos para imponerse moralmente á su rival.

No obstante, la unidad cristiana fu3 una perpetua quimera.

Apenas organizado el nuevo culto, tres iglesias designaron en él otras tantas tendencias inconciliables. La del Asia Menor con el montanismo. la de Alejandria con los platonizantes, y la de Roma con el principio de la unidad imperial.

Por mucho que despu3s existiera en la forma el cristianismo único, aquellas tendencias representaban antagonismos irreductibles. Los tres cristia-

(1) El padre de la emperatriz Eudisia (siglo V) fu3 un profesor de Atenas.

nismos actuales, están ahí para probarlo. A pesar de la persecución justiniana contra los gnósticos y los platonizantes, el cristianismo griego proviene de ellos. El catolicismo es de Roma. El protestantismo tiene sus progenitores históricos en los montanistas, aquellos puritanos de la antigüedad (1).

Es que la síntesis rota, comportaba hondas consecuencias en el terreno de los hechos. Al sustituirla con una oposición irremediable de espíritu y materia, de virtud y de felicidad, de razón y de sentimiento, el nuevo culto creaba realmente un sistema de conflictos eternos.

De allí dimana la exclusividad absurda en cuya virtud la verdad científica y la fe nos resultan antagónicas.

La primera reacción moderna hacia la libertad del espíritu, prodújonos el intelectualismo, enfermedad de la que aún padecemos: especie de embriaguez de razón que extravió á la filosofía cartesiana con un orgullo desmesurado del cual nació el desprecio de los sentidos. De entonces data el *culto* de la razón, por tendencia genérica. Era la artificiosa, y en el

(1) También el maniqueismo reaparece en la moderna anarquía. En vano quiso extinguirlo en Europa la cruzada contra los albigenses: uno de los crímenes más horribles de la historia. En vano Teodora había ordenado su exterminio en el siglo IX, por toda la extensión del imperio bizantino. Varios millares consiguieron salvarse en tierra islamita, y convertidos en implacables enemigos de Bizancio, contribuyeron eficazmente á su ruina. No se mata las ideas; pero las ideas matan á sus perseguidores. Esta es una ley histórica.

fondo teológica idea de las dos naturalezas constituidas al cabo de los siglos por el bien y el mal cristianos. Pero ya he calificado de perverso todo principio que lleva consigo su propia finalidad: el bien por el bien, la verdad por la verdad, la belleza por la belleza.

El cristianismo reconoció la necesidad de poseer *misterios* donde los arquetipos se conciliaban, dando un fundamento sólido á la moral divulgada y común. Por esto san Clemente deseaba la constitución de un culto esotérico, ó *gnosis*, al cual perteneciera el gobierno de la Iglesia; pero su idea no cundió, porque el cristianismo carecía en realidad de misterios, al no haber substituído con una equivalente la síntesis que aboliera. A lo sumo debió resguardar su dogma de la controversia en la que no había podido triunfar, bajo la imposición del absurdo formulado por Tertuliano. Ya no fué la razón el camino de la moral, sino la imposición autoritaria bajo el conocido dilema: sometimiento ó condenación. La fe ya no consistió en la intuición de verdades superiores. Transformóse en un acto de humildad ante la Iglesia, depositaria del absurdo constituido en causa.

El castigo implícito para la Iglesia en su ataque á la cultura pagana, consistió en el anacronismo y falsedad grosera de los textos que sirvieron como títulos fundamentales á sus posesiones y pretendidos derechos. Sus torpes cronistas, no supieron dar á aquellas falsificaciones la relativa verosimilitud de la concordancia con los hechos á que se referían; y

cuando la Iglesia, dominando el mundo, tuvo letrados que hubieran podido arreglarlos, la tradición era ya bastante poderosa para haberse vuelto intangible; la difusión de aquellos textos, bastante profusa para no permitir enmiendas clandestinas; y el carácter divino atribuído á las imposturas, bastante fuerte para tornar imposible sin sacrilegio, toda corrección. La perpetuación del texto falso, volviéndose contra él mismo, facilitando su futura refutación. De aquí que sea tan sencillo probar la absurdidad de los evangelios y primeros escritos cristianos. La Iglesia culta de los siglos posteriores, quedó imposibilitada para enmendar ó coordinar las imposturas de la primitiva Iglesia, porque la inmovilidad del dogma infalible, conservó íntegra aquella torpe barbarie.

La Iglesia sistematizó el absurdo para imponer la obediencia á título de fe. Es el eterno procedimiento de la tiranía. Cuanto más contraria á la razón es la obediencia, más degrada al individuo libre y más asegura su esclavitud. Pero la Iglesia sufrió, á pesar suyo, la influencia de la razón que negaba, y así, desde hace veinte siglos, argumenta y escribe sin cesar sobre esa palabra divina de sus evangelios, cuyos primeros dones debían de haber sido la claridad y la sencillez. Sostiene que su dios ha formulado el dogma *para humillar á la razón*, aunque al propio tiempo ésta sería el don más precioso otorgado por ese mismo dios al hombre, como lo prueban los ya mencionados veinte siglos de razonamiento eclesiástico sobre el dogma precisamente. El paganismo es-

taba en lo justo al rechazar la nueva religión como un delirio de imbéciles ó de bribones. Y la prueba está en que ahora renace sobre los escombros del cristianismo en decadencia.

Ni se jacten las Iglesias de continuar viviendo, como una prueba de éxito eterno. El paganismo agonizó siete siglos, para no concluir sino ahogado en sangre.

Esta anormalidad, exigió un estado depresivo de tristeza y de renuncia á la vida que contra aquella, naturalmente, se sublevaba. El dogma absurdo, verdadera enfermedad de la mente, exigía para su aceptación espíritus enfermos. Por esto, el deber cristiano es triste, mientras el deber griego era feliz. Aquél familiariza con dios en la depresión de la tristeza; éste, en la exaltación de salud que es de por sí la alegría.

La obediencia resultaba para el griego un fenómeno racional; y por esto fué compatible con la vasta libertad de espíritu que nos demuestran las escuelas filosóficas, y con las instituciones democráticas. El deber cristiano sólo pudo subsistir en la opresión del dogma único y de las monarquías absolutas. La evolución científica hacia el racionalismo, y el movimiento democrático resultante del período industrial correlativo, han acabado por disolverlo en la anarquía. La negación del deber, es el concepto extremo de nuestra libertad.

Verdad es que puede argumentarse con la esclavitud antigua, que, según los cristianos, su reli-

gión habría suprimido. Pero ni esto es verdad, ni el esclavo heleno era el siervo degradado y maldito de las cristianísimas instituciones esclavócratas suprimidas recién en la segunda mitad del siglo XIX. Sábese que en Cuba, dependiente de la monarquía católica por definición, ello no ocurrió hasta 1880. La esclavitud antigua era una especie de adopción; y mientras el comercio no se desarrolló, produciendo el aumento de los salarios, una condición superior á la del obrero libre. Aseguraba las condiciones primordiales de la vida, que no poseía este último: vestido, casa y alimentación. El obrero libre, llegaba á venderse para mejorar, empezando por hacerlo con su voto (1).

El esclavo estaba iniciado en el culto doméstico, verdadero corazón del hogar heleno, al cual no se admitía otro extraño que el hijo adoptivo. La justicia de la familia amparaba su derecho y respondía de sus faltas, como si se tratara de un menor. Hasta llegó á ser el sucesor legal en las herencias vacantes de bienes raíces; y el honor de la esclava estuvo amparado por la ley en algunas repúblicas, puesto que su propio amo no podía violarla, fuera virgen ó

(1) La situación, por decirlo así, arcaica del esclavo, revela en la misma Grecia homérica, ideas de humanitaria familiaridad. Eumco, el viejo esclavo de Ulises, había adquirido de los Tafios, con sus economías, un esclavo, Mesaulios, que le servía en la mesa. Tratábase, como se ve, de una servidumbre asaz cómoda, en la cual el esclavo viejo y meritorio era considerado como un miembro de la familia, puesto que podía convertirse en amo á su vez.

no, sin incurrir en una de las penas pecuniarias correspondientes á esa clase de delito. Aquello era superior, como se ve, al privilegio de pernada del feudalismo cristiano.

Por último, el derecho ateniense proclamaba como un principio fundamental, que el homicidio del esclavo es pasible de la misma pena que el del hombre libre.

La Iglesia, aspirante á vincularse con el poder para absorberlo, debía respetar y respetó ese fundamento económico de la sociedad antigua. Sólo después de largos siglos, aceptó como evolución progresiva la servidumbre, abolida por la crisis económica y anti-religiosa del Renacimiento, y ultimada recién por el movimiento anti-cristiano de la Revolución. Baste decir que Santo Tomás de Aquino definió el concepto *racional* de la justicia y necesidad de la esclavitud.

Formulando la doctrina estoica en sus epístolas, Séneca había dicho: “*vive con tus inferiores como querrias que tu superior viviese contigo*”; que las máximas cristianas aprendieron mucho ciertamente del estoicismo. He hablado ya de las manumisiones efectuadas en Delfos bajo la advocación de Apolo. Su número excedió en mucho al de los esclavos que durante quince siglos libertaron las instituciones cristianas más famosas. Filemón había hecho exclamar á uno de sus protagonistas en el teatro ateniense: “El siervo no es, oh amo, menos hombre que tú. El esclavo no lo es sino en su cuerpo. Nadie

es esclavo por naturaleza. La esclavitud del cuerpo es un percance de la suerte". La abolición de la esclavitud en las repúblicas teóricas de la filosofía, era un tema habitual. Ya he dicho que la Iglesia, en tanto, teorizaba y razonaba la esclavitud como una necesidad aceptada. El dichoso reinado de Cronos, no había conocido esclavos; era la Edad de Oro de la mitología: un dechado de felicidad social. Atenas poseía menos esclavos que Esparta, más pequeña, sin embargo, y que Chíos, también inferior territorialmente en dos tercios.

La crisis definitiva de la abolición, vino cuando el proletariado que produjeron las injustas guerras de conquista, rebajó los salarios á menor costo que el sostén del esclavo; y como ello coincidió con la disolución de las costumbres, caracterizada por el feminismo y la consiguiente escasez de matrimonios, fenómenos comunes á toda época degradada, se explica que la opinión corriente atribuyera á la mencionada abolición el fenómeno total; pues el egoísmo de los hombres, asigna siempre á la cuestión económica una importancia exclusiva en el estudio de las penurias sociales. Después de todo, bien puede disculparse á los antiguos un error que la Iglesia prorrogaría por quince siglos.

Ello tuvo, sin embargo, otro motivo en la extensión humanitaria del helenismo que disolvió en su amplitud generosa la idea de la nacionalidad.

Hé aquí también adonde nos encaminamos, bien que por la senda exactamente inversa del egoísmo, como consecuencia de una religión inferior.

Un mal típico de las decadencias, el desencanto de la vida inútil, enferma nuestras almas. Vivimos sin saber para qué, limitados á la sed insaciable del deleite físico en la más absoluta orfandad moral. La exageración morbosa del trabajo, dimana de aquellas satisfacciones eternamente inaccesibles en su esencial quimera. Y esto es ya una enfermedad física que todos palpamos en la actualidad, como asistiremos mañana á los desgarramientos sociales producidos por su ciega desesperación.

El trabajo excesivo nos ha vuelto egoistas y malos, vale decir enfermos, al no dejarnos tiempo para realizar, mejorándonos, el cultivo de la simpatía. Agobiados de tarea, enloquecidos por adquirir bienes cuyo disfrute es imposible ó angustioso, las mismas reglas de la educación elemental claudican entre los estrujones de la runfla. La indiferencia ante el daño ajeno, es una avara defensa del bien propio, miserablemente confundido con la aislada glotonería de la fiera. Pero esta insociabilidad producida por la captación de la piltrafa, conviértese fácilmente en hostilidad, haciendo que las fieras se devoren entre sí. El tiempo cuya duración medimos con nuestra propia vida, y que como vida debiéramos apreciar, equivale para nosotros á dinero. Así, en vez de disfrutarlo, lo amonedamos, sin advertir que la hucha de tal tesoro es la tumba, y lo que se compra con él, la fatalidad antes gratuita de la muerte.

No basta el orgullo de nuestra ciencia, de nuestro arte, de nuestra riqueza colosal. Y tristes nos

consumimos, labrando para la nada nuestra vida inútil, á semejanza de míseros alfareros, ocupados en rodear eternamente con un poco de barro, otro poco de tiniebla y de vacío.

El cántaro de la doncella

Pero no ha de ser un concepto desesperado el verbo de las jóvenes naciones á las cuales pertenece esta patria. Menester es, por el contrario, *llenar de agua fresca el cántaro vacío*.

Entiendo presentár con este libro un ejemplo y una esperanza. La *Atenas del Plata* puede tener por fausta lección un modelo griego. Ni es cosa que hayan de acobardarla en su proyecto la pequeñez demográfica y la incultura. Jamás se vió reunido un millón de griegos. Ningún estado heleno alcanzó jamás á poner 16.000 soldados en línea (1). El campesino árcade ó beocio nunca salió de sus colmenas y de sus quesos. Ruda y limitada le fué la vida sobre el barbecho por lo común ingrato, entre el amargo olivar disputado á sus propias cabras que entecó la demasiada sobriedad del lentisco.

(1) Propiamente 16.384, ó sea la falange normal de 16 chiliarquías, compuesta por Filipo de Macedonia; aunque para Jenofonte, daba el número redondo 16.000.

Pero ni fortuna ni letras necesitaba para la dicha esencial, puesto que disfrutaba de la paz del espíritu (1).

Ahora bien, esta consiste esencialmente en la posesión de la justicia. Sin semejante bien, todo comporta en la vida desabrimiento ó amargura. La civilización es imposible cuando falta, porque ella realiza la conformidad con los principios superiores cuyo imperio mejora á los pueblos. La patria muere con su ausencia, al carecer en ésta de razón para existir, pues la fundación de toda patria obedece á la necesidad que experimentaron sus primeros hijos de asegurarse la justicia, por haberles sido negada ó disminuída. La justicia es el fundamento de toda patria, y por lo mismo es la iniquidad lo que destruye las naciones. No hay para éstas muerte física, sin esa previa defunción moral. Por ello coexisten la pequeña república anidada entre cuatro peñascos, y el imperio formidable en cuyo plato de horizontes es tajada la mitad de la tierra, en cuyo vaso de abismo la mitad del mar forma el trago correspondiente. Por ello también, húndense en el menosprecio de los hombres el país insigni-

(1) Mucho antes de constituir la confederación de Mantinea, los campesinos arcadios cultivaban ya la música y tenían orquestas. Ello relacionábase á la vez con el arte oracular, pues Mantinea, viene de *mantis*: adivino. Aquellas funciones fueron, como es sabido, el origen de la tragedia; mas para mi tesis, lo importante es comprobar tamaño esparcimiento artístico en aldeas rústicas, que ni siquiera habían uniformado sus intereses con el establecimiento de una entidad propiamente urbana.

ficante y la nación colosal con sus escuadras y sus ejércitos. Así es como han desaparecido Atenas y Roma. Las naciones viven por la justicia en esa conformidad con los principios superiores que constituye la paz espiritual; y esto es una realidad, aunque no se vea. Así los astros permanecen en el éter, sin punto de apoyo, á la sola virtud del equilibrio que comporta la armonía de sus gravitaciones. La materialidad de la riqueza y de la fuerza, es peso inerte destinado á rodar por los abismos, si un ideal permanente de justicia no le infunde el soplo vital que ha de darle apoyo en el propio vuelo. Después ¿qué importa de dónde haya éste arrancado, matorral ó árbol, guijarro ó montaña; y quién vá á preguntar á las águilas libres en su eminente igualdad de firmamento y de alas, si el nido originario tiene por parapeto una rama seca ó un trozo de cuarzo aurífero? ¿No podrían ellas contestar á la vez, que tanto la piedra como el leño, si algo significan es por ser nidos de águilas?

El ideal, ó sea el impulso interno del bien desinteresado, concrétase ahora para la humanidad en sed de justicia. Es una nueva organización de justicia lo que reclama la augusta y formidable protesta del trabajo.

Ya no es el culto del pobre, preconizado por el cristianismo, lo que exige la humanidad; sino la supresión del pobre. No para que todos sean ricos, sino para concluir con la inquietud de la necesidad. Y esto no ha de conseguirse sin asegurar á cada

uno la justicia: el efecto correspondiente á sus acciones, empezando por el justo rendimiento de su trabajo.

Parece que esto no es posible sin la socialización de la propiedad; pero lo evidente es que hace falta un gran concepto, á la vez que un grande acto simultáneo de solidaridad humana. Es la compasión de los mutuos dolores lo que ha de regenerarnos, no la organización del egoísmo por científica que sea. Caso de asistencia pública, la pobreza exige ahora como remedio esencial el regenerador derecho al trabajo. Es esto lo que la sociedad debe asegurarnos. A la asistencia por medio de la caridad, ha de sustituirse la asistencia por medio del trabajo. Esta es la compatibilidad superior con nuestro concepto de la dignidad humana.

El error fundamental del egoísmo, está en creer que es posible conseguir la felicidad individual con olvido de las ajenas; que la felicidad es un estado personal y no colectivo. A nadie se le ocurre, sin embargo, que la higiene aislada de su casa baste para asegurarle la salud. Preocúpase, por el contrario, de reclamar ese beneficio para el barrio y para la ciudad, porque sabe que el aseo de su casa no evita los contagios si falta el de las vecinas. Mucho es ya que los hombres hayan aprendido esta verdad. Menester es enseñarles que lo mismo sucede con el espíritu. La felicidad, ó sea la salud del alma, es un negocio colectivo. Y así como la solidaridad de la higiene comporta *un interés eminente*, porque de lo

contrario las plagas infecciosas son el castigo del egoísmo, la solidaridad de la dicha constituye *el supremo interés* para las sociedades cuyo porvenir amenaza el egoísmo con un castigo peor: el del odio convertido en tentadora voluptuosidad para los débiles y en vengativa satisfacción para los fuertes.

Esta solidaridad en la dicha, que constituirá el fundamento de la sociedad futura cuya iniciativa corresponde á las patrias jóvenes, predestinadas para tener á la humanidad por clientela — las *Argentinas* y los *Eldorados* de la Era Social — este comunismo del bienestar interno, es lo contrario de la caridad cristiana. El don que á ésta constituye, será derecho en aquél: reconocimiento de que la felicidad es un estado colectivo.

Todo el que ahora trabaja, lo hace pensando en adquirir riquezas para ser feliz. Riquezas consigue, pero no felicidad; porque habiendo prescindido del bienestar ajeno, las desdichas de los otros han contaminado su ambiente, obligándole á un esfuerzo tan excesivo, á una concentración tal de facultades para ganar su fortuna y para defenderla, que cuando quiere gozarla ya no sabe sino continuar pensando en aquellas tareas constitutivas de su segunda naturaleza; ó encuéntrase arruinado en medio de su poderío. La fábula del Rey Midas, ó sea el imbécil del dinero, tiene una formidable perennidad.

La sociedad actual no es más que una imponente organización del egoísmo, que ahora se vuelve contra ella bajo un concepto de libertad negativa, ó sea des-

tructora de la iniquidad y del deber, y temible, no como amenaza, sino como error, al tener por único objeto satisfacciones materiales. Lo malo no está en que sea destruída, puesto que es inicua; sino en que los destructores quieran sustituirla por otro egoísmo. Hay que socializar ante todo el ideal de la dicha, haciendo entender á los hombres que no es posible la felicidad aislada de uno solo entre una mayoría de desdichados. Porque la felicidad es ante todo una satisfacción de justicia, mientras ésta no exista en realidad, tampoco habrá verdaderos dichosos.

Preguntaban á Solón, aquel legislador extraordinario que hace dos mil seis cientos años suprimió en Atenas el pago corporal de las deudas y la transmisión hereditaria de esta iniquidad, abolida por varias naciones modernas sólo en la segunda mitad del siglo XIX, — cuál era en su opinión la ciudad mejor constituída. Aquella, respondió, donde todos los ciudadanos, *perjudicados ó no*, persiguen y castigan igualmente la injusticia (1).

(1) Este principio solidario, inspiró la ley soloniana en cuya virtud cuando un delito proclive á la venganza habitual separaba á dos familias atenienses, por no haberse ellas avenido á una transacción, todos los ciudadanos estaban obligados á tomar las armas por una ú otra. Como el deber de venganza imperaba de un modo tan absoluto sobre las costumbres griegas, esa habilísima ley lo respetaba, cediendo á la presión ambiente; pero al mismo tiempo impedía sus efectos, desde que la mayoría de los ciudadanos había de optar por la causa más justa, así vinculada al interés general, imposibilitando la lucha. El acto de fuerza y el de justicia, eran, así, simultáneos; y la eficacia de dicha ley queda demostrada con la evolución que un siglo más tarde hubo de reformarla, limitando aquel deber á una votación. Es esta la ley que erróneamente suele tomarse como

Atenas del Plata: oye bien esa palabra antigua (1).

En la edad media, el culto del pobre aseguraba la compensación de la miseria. Hoy que el obrero no tiene esperanza alguna de inmortalidad, correspóndele todo el bien posible sobre la tierra.

De lo contrario, no hay justicia, y entonces viene la guerra universal de los imperios y de las aspiraciones universales. Dilema de hierro: la justicia ó la muerte. Y después habrá también que dotar el alma, porque sin esto no se puede vivir. La generosidad es una forma de amor

La Grecia pequeña y pobre de los siglos anteriores al imperialismo ateniense, no conoció, sin embargo, la miseria, ó sea la angustia que produce la inquietud de la necesidad. Ignoró, con ello, el automatismo idiotizador de nuestras máquinas, que paralelamente con la superstición, ha paralizado el espíritu, hasta hacer de la ignorancia inconsciente la base del orden social cuyos instrumentos vienen á ser sus propias víctimas. Fué libre y fué feliz en la sencilla dicha de los espíritus satisfechos. Pobre, no miserables. Escéptica, no pesimista. Y una civilización donde no existe la miseria, es el

una obligación de todo ciudadano ateniense á tener partido político. No se trataba de política, como es obvio, sino de una especie de *referendum* judicial, robustecido todavía por el derecho, también soloniano, de apelación al tribunal popular contra las sentencias de los magistrados.

(1) El alto humanitarismo de Platón había llegado á la última consecuencia de la solidaridad social que comporta en principio la responsabilidad estrictamente personal del delito. Según él, lejos de recaer infamia sobre los hijos buenos de un criminal recaía estimación al ser más meritoria su preferencia por el bien, sobreponiéndose al mal hereditario.

más grande de los éxitos humanos: la obra suprema de la justicia, que ahora no conocemos sino de nombre.

Aquellos misterios que civilizaron la Grecia, concibiendo para fundamento de la paz espiritual la síntesis formulada por Platón como un total irremplazable en la condición humana sobre la tierra, tuvieron ante todo por objeto la organización de la justicia. Así lo expresaba san Clemente: “la filosofía fué necesaria á los griegos antes del advenimiento del Señor, para que conocieran la justicia”. La acción social de los iniciados, consistía en ejercer la justicia con el ciudadano y con el extranjero. Por el camino de la justicia, aprendíase en los misterios la virtud, que así venía á ser la primera de las educaciones. El ejercicio metódico daba la posesión de la verdad y del bien, consistiendo él, esencialmente, en la práctica de la justicia.

Recuérdese que ésta era para la mitología la causa y la razón de ser del universo cuya conciencia venía á constituir.

Toda la política ateniense fué una perpetua lucha por la justicia, inspirada como estaba en las ideas platónicas, más docentes que gubernamentales, según antes hice notar. Como Carlyle, como Renan, y en cierto modo como Taine y Comte, más ejecutivos en la idea común, el antiguo predicaba con su *República* una moral política; sin perjuicio de ser excelente ciudadano en su medio actual, donde practicaba como el mejor la vida activa. Así

Spencer pretendía, y con razón, “gobernar” desde su gabinete de filósofo. El fracaso de Ruskin, por otra parte, en el generoso impulso de practicar sus ideales políticos, prueba la diferencia que existe entre la realización de aquellos y su docencia. Así, pues, inspirados en las ideas platónicas cuyo desideratum era la oligarquía intelectual, los atenienses fueron sin embargo á la democracia extrema, conservando lo más importante, ó sea el concepto de justicia. Esta es la recta apreciación del famoso tratado platónico, que no impidió á su autor ser un buen ciudadano de la democracia, como no fueron óbice á su socratismo, las consecuencias sociales que aparejaba la enseñanza del maestro.

He dicho que este libro propone un ejemplo y una esperanza. Ahí está su fórmula: llegar á la sabiduría y á la verdad por el imperio de la justicia. Ser la Atenas del Plata—; bello nombre!—en la realidad del espíritu.

Adoptar en definitiva como ideal argentino, la propagación sin tasa de la civilización y de la justicia. Hé aquí la manera de *llenar con agua fecunda el cántaro vacío*.

No dejaré de insistir en mis precedentes antiguos, advirtiendo que así concibió también Isócrates en su célebre *Panegírico*, la misión de Atenas sobre la Grecia y sobre el mundo; que así formuló Virgilio el objeto de la política romana, bajo el imperio de un concepto en ella tradicional y coincidente para el poeta con las enseñanzas estoicas: *Parcere subjectis et debellare superbos*. Perdonar á los

humildes y humillar á los soberbios. No de otro modo hablaba el paladín medioeval, pues la justicia ha usado siempre el mismo lenguaje.

Y aquello fué muy lejos en la gallarda audacia del espíritu heleno. De la democracia para sus instituciones, ó sea el gobierno directo del pueblo, todavía sobrepujado por el socialismo socrático, pasóse á la negación de la patria bajo el concepto humanitario del helenismo. El espíritu griego, en su indefinida expansión, suprimía las fronteras. Así lo entendió Alejandro, su autor efectivo. “La patria es el mundo, decía á sus soldados aquel libertario con diadema; únicamente los malos son extranjeros; los hombres de bien son nuestros compatriotas”. Del propio modo hablaba también la moral del Pórtico, por boca de su fundador; y lo que demuestra con mayor brillo la superioridad incomparable de la Grecia, es que así pensara su más alto genio militar. Los generales de la Revolución Francesa, resultan, á su lado, llenos de timidez filosófica. Tan extrema consecuencia política de la filosofía racionalista y de la libertad, presidió las dos más vastas expansiones del mundo antiguo: el Hellenismo y el Imperio Romano.

A la vez que una posibilidad histórica llena de enseñanzas, ello constituye el honor del paganismo ante la civilización. Jamás ha sufrido una filosofía prueba tan formidable y gloriosa.

En Atenas como en nuestra Buenos Aires, predominaba la doble influencia física y moral de los comerciantes y de los abogados. Demóstenes, su político y orador más genial, era uno de éstos. Solón

habíase enriquecido en el comercio. Pero no olvidemos tampoco que el mercantilismo y la chicana causaron la ruina de Atenas, al fallarle en tales vicios el fundamento de su civilización.

¡ Omisión alarmante! La organización y las garantías fundamentales de la justicia, son los únicos mandatos de la constitución que los argentinos no hemos cumplido. El jurado no existe. El secreto inquisitorial de los sumarios, encanalla nuestros tribunales. El principio de que nadie puede ser obligado á declarar contra sí mismo, está derogado por procedimientos bárbaros. Hé ahí la prenda de civilización por excelencia, jurada sobre nuestro honor, junto con la carta fundamental, y que, sin embargo, no hemos cumplido.

Mientras tanto, qué bien tan grande había hecho al espíritu en Atenas el ejercicio de la equidad.

El hábito de la justicia transformábase en simpatía social, haciendo del patriotismo una extensión de bondad para con los iguales, de cortesía para con los extranjeros, y sobre todo de piedad para con los débiles. El ateniense consideraba la justicia como la virtud suprema de la democracia, principalmente porque su benévola jurisprudencia amparaba á los desvalidos. De tal modo, era el espíritu y no la letra, vale decir la conciencia pública siempre más alta y más poderosa que la ley, lo que obraba superando á la ley misma. Esto explica por qué los tribunales populares de Atenas, ó “jurados”, para aplicarles la moderna denominación similar,

arriesgáronse hasta la bella violencia de absolver á un culpable, para ahorrar á sus hijos inocentes el castigo de la penalidad colectiva. Bien más que el derecho ateniense cuyo progreso constante es otro timbre honroso para aquella civilización, valía el concepto popular de justicia, siempre más generoso y avanzado que la ley.

Fué la miseria moral é intelectual lo que produjo la caída de Atenas, no las extremas consecuencias de la filosofía y de la democracia. Dentro del bien no hay límites á la expansión del espíritu, y por el camino de la razón, es infinito el progreso de la justicia. Aprendamos á la Grecia el corage del ideal, pero también aprovechemos la lección de sus fracasos, para no repetir las acciones que los causaron.

La nación que adoptara al nacer el sol por emblema, impúsose con ello una existencia de heroísmo sin término. Que no otra cosa significa mantener al sol mismo de lámpara en el portal y de lumbre en el hogar generoso. En su excelencia suma, semejante acto plantea un dilema proverbial: el de lo sublime y lo ridículo. O adoptamos la realidad del sol, con voluntad heroica de ser como él para los hombres, ó caemos en la apotheosis de opereta que la exageración de una miserable parodia acarrearía. Sol cuyo fuego exigirá para ser mantenido, todo el aliento de nuestras almas, toda la esencia de nuestras vidas, todo el bien de nuestro trabajo; ó escandalosa estampilla de nuestra incapacidad, pegada sobre la bandera para mayor resalto, en sacrílega bufonada.

Debemos formular claramente al país lo que ha de ser en esta América de las esperanzas humanas. La unidad de tierra y de raza. La predestinación que comporta, al abrirle la expansiva facilidad de los vientos marinos, agentes de toda civilización feliz, su situación interoceánica. La riqueza colosal, la ausencia de prejuicios, la democracia y la hospitalidad, señalan á esta América como uno de los futuros imperios universales á cuya formación parece tender la especie. Nuestro país debe ser en ella el justo y el civilizador. Si hay un destino humano que realizar aquí, adelantémonos á cargar con su responsabilidad y su peso. Quien tenga el mérito del esfuerzo inicial, tendrá también la recompensa.

Mas no se crea que formulo con esto un propósito, siquiera quimérico, de imperialismo. La recompensa ha de estar en la mejora del alma que comporta todo noble esfuerzo. El pueblo, ennoblecido por una laboriosa virtud, goza con el sol que cobija las palomas del techo ajeno. ¿Acaso cuando el arrullo matinal mece nuestro sueño, todavía inconcluso, pensamos, al gozarlo, en la cornisa de la otra casa? Feliz el que oye arrullar á la paloma en el tejado del amigo (1).

La patria hostil de los riesgos permanentes, no es, por fortuna, la nuestra. En esa misma jactancia de producción ganadera y agrícola, de fortuna fácil,

(1) Sarmiento, en el famoso apóstrofe de la bandera que hoy sirve como juramento á los escolares, formuló, enumerando los destinos del pabellón, el voto argentino: "que la justicia sea su *empresa*".

de hartura para los hombres del mundo, está patente el deseo de ser útil. Espiritualicémoslo, y ya tenemos formulado el destino. Nuestros héroes, con la dilatación continental de la empresa libertadora; nuestros constituyentes, con el reconocimiento de todos los derechos al habitante del país, cualquiera que sea su nacionalidad, declararon positivamente el noble, el supremo ideal de una patria sin extranjeros. Borrando la clásica diferencia entre habitante y ciudadano, constituyeron aquella universal ciudadanía de la esperanza, expresada por el dicho antiguo: *ubi bene, ibi Patria*. No abrieron solamente la tierra al hombre laborioso que iba á venir, sino también el espíritu. Porque es la comunión del espíritu, no la tierra, lo que constituye ante todo la patria. No es tampoco la tierra, sino el derecho, lo que asegura la libertad. Aisláos, efectivamente, en un desierto. Aunque os pertenezca, no es libertad ni patria lo que encontraréis en él, sino soledad y ausencia.

Plutarco ha expresado con alta precisión la solidaridad espiritual de la patria. Esta, dice, “á modo de un ser viviente cuya individualidad no varía con los cambios de la edad, ni se transforma en una distinta con el tiempo, hállase dotada de una existencia continua. Su identidad y sus sentimientos, son permanentes; y mientras aquella subsiste en la unidad compleja que constituyen los actos de la comunidad en el presente y en el pasado, son comunes también todas las responsabilidades y todos los méritos concernientes á dichos actos”. Añade luego

que esa identidad constante, es el fundamento del baldón, la gloria ó el poderío que la patria hereda de sus antepasados; pues sería tan absurdo querer hacer muchas ciudades de una, basándose en los accidentes cronológicos, como pretender transformar á un hombre en varios hombres, sólo por haber sido aquél en distintas épocas, niño, joven y anciano.

Vive la actual civilización, de porvenir, no de pasado. Este es la iniquidad de la guerra, de la envidia y del odio á la patria ajena. Aquél es la justicia naciente en un común ideal de felicidad humana.

He aquí para qué debemos *llenar de agua el cántaro vacío*. La justicia es una sed y la civilización una siembra. Asegure el país al continente la justicia de su derecho y de su espada. Tiéndale el vínculo de sus rieles y de sus aguas transeuntes, en nudo fraternal, así como el buen labrador forma *para toda la familia* el haz de espigas. Viva de hacer el bien por su dicha inherente. Vaya ofertando en noble gratuidad, donde sea menester, *el cántaro lleno*. La luz de su astro heráldico le dá el concepto de la justicia. A ella aspiran por igual el árbol formidable y la brizna ya encorvada bajo su gota de rocío. Y es porque saben que ese vasto fuego, es tan prudente con el árbol como con la hierba. Esa florecilla que parece un suspiro, hállase tan gloriosa de sol como el rudo tronco que á impulsos del viento rema cielo con sus palmas.

“Tengo sed” han clamado todos los mártires en el suplicio. El del Calvario, el del Cáucaso, han dicho la misma palabra de abandono y de tristeza.

Cuide el país de no aumentar el tormento de su Prometeo. Montañas de trigo mercantil y de piedra bruta son hitos iguales en la senda de los gigantes. Pero si la piedra es de construir y el trigo de comer, las aves del cielo y los míseros de la tierra han de complacerse en la piedra y en el grano ; Quién cobra el alquiler del nido, quien el precio de la pitanza al ave, sin denostar con ello al cielo que la mandó como un mensaje de alegría?

Así sea el espíritu argentino sobre la América. Así le asegure para mañana el sufragio de los justos sedientos que no en vano acudieron á su cántaro ; así la cosecha de la civilización que cultivó con el agua de la vasija llena.

Hagamos valerosamente el país de mañana y con él la América futura, viviendo en solidaridad con el porvenir, prolongándonos ya gloriosos en la inmortalidad de la patria. Menguado y vil quien no piense con orgullo en la colosal Argentina de aquí á cien años. Bendito el que tiene la fé de las fructificaciones seculares. Santo y digno del sol que le alumbró el sereno viejo cuya ancianidad se complace en el ingerto del arbolillo, todavía menos frondoso que su barba. Por lo mismo que no ha de gustar sus frutos, que no ha de calentarse con su leña, que no ha de gozar su sombra, aquel acto es augusto como todo lo que niega la muerte en la sencillez del valor tranquilo. El bien sale de sus manos en esa obra que es una afirmación de inmortalidad. Ese viejo ha llenado bien su cántaro.

Estas satisfacciones desinteresadas y futuras, este amor de la vida solidaria que vá á venir, este pregu-
sto de la dicha que no veremos aunque la hayamos
causado — constituyen la inmortalidad de la patria.
De nuestro trabajo heroicamente rendido, puesto
que nuestra impersonalidad venidera excluye hasta la
compensación del recuerdo; de esa tarea cuya nobleza
consiste en ser desconocida, la patria se forma y vive
magnífica. Así la selva reverdeciente, ignora en el
humus actual donde arraiga, su propio verdor de
ayer. La substancia germinativa y obscura, fué ayer
hoja rumorosa, vástago en flor que embelleció algu-
nas mañanas. ¿Qué importa con tal que la selva viva
y siga floreciendo con nuevos vástagos, rumoreando
con hojas nuevas? Es la selva lo que interesa al
mundo, no la hoja. La hoja cumplió su misión cuan-
do ha fijado su milígramo de carbono para la selva.

Así también se mejora el alma. La libertad y la
dicha viénenle al hombre de adentro para afuera,
constituyendo esto el verdadero modo de vivir. El
arte de vivir, es una labor interna.

Por exceso de lo que hemos dado en llamar el
espíritu práctico, estamos á pique de crear un tipo
completamente externo, ó sea accesible tan sólo á la
realidad que le viene de afuera bajo la forma de es-
tímulos instintivos. Es éste el escéptico absoluto para
quien no existe moral; pues la moral es una norma
interna cuyas exigencias es necesario satisfacer *real-*
mente, como si se tratase de la respiración ó del
sueño. Esta norma consiste esencialmente en el espí-

ritu de justicia que encierra el superior encanto de la solidaridad. *Es el agua del cántaro.*

¡Ay de los que no han sabido llenar á tiempo el suyo! Colmaráseles de ponzoña exterior, ó sea del egoísmo bestial que comporta el imperio de los estímulos instintivos. Y ponzoña darán de beber á los sedientos que les pidan compartir del cántaro, por carecer del agua bienhechora. El egoismo es el gran enemigo de la patria, y debiera curárselo como una enfermedad maldita. Empieza por renunciar á la salud del espíritu con el pesimismo, y acaba por renegar de la patria con la traición. No que ésta consista solamente en venderla al enemigo de distinta bandera. Pero, así como introducir en ella la lepra ó la sequía fuera un acto de traición, lo es entregarla á los grandes enemigos que en todo tiempo han acabado con las patrias: la moral del interés, el culto del dinero y el imperio de la fuerza. País donde todo se compra y se vende, acaba por tener un precio. Nación donde sólo impera la fuerza, acaba por abandonarse al más fuerte. El oro no ha de ser otra cosa que un agente de la justicia para la expansión civilizadora que el país *debe* á las naciones hermanas. El sable ha de ser el perro de la justicia, noble y bravo como dicho animal, pero nunca sustituido á aquella. Unicamente los ciegos van precedidos por su perro. Ni es de hoy el error funesto que cuenta por mejores á los más fuertes, según la piratería científica que podríamos llamar política darwiniana. Ya Sócrates en el *Gorgias*, refuta, bajo el concepto de la justicia, esa conclusión del sofista Caliclés.

El egoismo es suicida por cobardía. Niega, al ensimismarse, el progreso que resulta de la expiación de las propias faltas, más visibles también en los que viven de adentro para afuera. El generoso, así como un caminante que marcha al sol, se prolonga en su misma sombra. El egoísta, como la cueva, tiene su sombra para dentro.

La preocupación de amontonar *el oro que viene de afuera*, no comporta honra ni mérito. Es, á lo sumo, una virtud doméstica de orden enteramente inferior, si se la compara con las grandes labores de civilizar y libertar. También aberración monstruosa, si ese atesoramiento no tiene algún fin más alto que el oro mismo. Lo que dá valor, y me aventuraría á decir dignidad al dinero, es el acto de gastarlo. Según como se los gaste, un maravedí puede caracterizar al gran señor y un escudo al plebeyo.

El escéptico absoluto cuya moral es un caso de oportunismo determinado por móviles externos, constituye al bandido y al idiota: la bestia en ambos casos, puesto que la bestia es un agente ciego del medio y carece de conducta, al estar determinados todos sus actos, incluso el mismo amor, por estímulos exteriores; mientras el hombre sabe oponerse al medio y modificarlo, mediante la acción de su norma moral que resiste esos estímulos *de adentro para afuera*.

Cuando nuestra prensa se enorgullece con los millones de oro acumulados en la *Caja de Conversión*, no advierte que cae en la complacencia idiota del avaro. Tener oro para tenerlo. Y esto se cree que es grandeza nacional.

Sin un centavo en sus arcas, inculto y casi despojado, el país conmovió la América hace un siglo con un acto exclusivamente moral: *el Grito de Mayo*. Su bandera flameó por todo el Continente entre la aclamación de los pueblos. Paseó por los mares del orbe su sol de gloria, al tope de un casi maravilloso bergantín. Tuvimos ejércitos y pasamos los Andes. Fundamos repúblicas. Hicimos el milagro de conmover un continente y transformar en diez años una historia de tres siglos. Planteamos una nueva civilización y creamos una nueva justicia.

Preguntémonos cuándo fué más el país para la América y para el mundo. Si entonces con su miseria generosa, ó ahora con sus cientos de millones de oro y su población sextuplicada. El hecho es absoluto: *entonces valíamos mucho más*.

Así es como se concilian el ideal y la realidad en un concepto superior. Así es como resulta fecunda y preciosa en su simplicidad, el agua del cántaro.

No, mil veces no. Jamás consistirá el honor del país en amontonar millones, como no está el honor de la familia en los ahorros de la esposa. Ello es un caso de conducta, y por lo tanto un fenómeno moral.

El porvenir de la patria grande, ó sea el imperio futuro de su civilización y de su justicia, es asunto de espíritu, no de fuerza bruta ni de oro bruto. No caigamos en idolatría adorando el elemento inerte cuyo valor consiste en la acción con que lo usemos.

La moral del interés: he aquí nuestro gran peligro. Es ella, lo repito, la que forma al idiota ó sea al

incapaz de vivir, sobre el cual se arrojan la fuerza y la fatalidad *el derecho de la muerte*.

Idiota quiere decir estrictamente el egoísta absoluto que ha caído al abismo de su personalidad exclusiva. Así también para los pueblos. Romper con la solidaridad humana, que es sacrificio mutuo, importa aislarse en la enemistad de los hombres.

Hoy mismo, al culminar su primer siglo, la patria ha sido oída otra vez por las naciones. Todas las naciones la han escuchado con simpatía y con respeto.

¿Era acaso que hablaba de esos millones acumulados, de esas carnes y trigos, fundamento del honor nacional según el concepto idiota de la avaricia?

No por cierto. Tratábase de declarar inícuo y contrario al honor, el cobro compulsivo de las deudas internacionales. La voz argentina, la que en todo el mundo se ha oído, era una protesta contra la especulación á mano armada. Significa proclamar la limpieza de los pabellones patrios. Disminuir el imperio del negocio que todo lo encanalla. *Llevar un poco de blanco y de azul á la conciencia de las naciones*.

He aquí lo que se ha oído, lo que no ha podido menos de hacerse oír. Lo que triunfará mañana como todo lo que es justicia, en la realidad optimista del bien. La doctrina Drago es nuestro certificado de civilización. Honor una vez más á su autor ya ilustre y al gobierno del grande hombre que la incorporó al derecho argentino.

Así es como debemos ir creándonos una responsabilidad histórica, que constituirá mañana cuando haya-

os demostrado la capacidad de sobrellevarla, nuestro derecho á figurar entre los más aptos y los mejores por el imperio efectivo de nuestra justicia y de nuestra civilización. Un siglo después del *Grito* libertador, la doctrina Drago ratifica ese concepto de la expansión argentina. Esto demuestra que existe para nosotros un ideal latente. Otro siglo lo desarrollará. Otro más puede ya alcanzarlo.

¿Y por qué nó?

¿Guarda esto relación, acaso, con aquel proyecto de libertar el Continente que los Hombres de Mayo concibieron y realizaron?

Aquello fué, sin duda, mucho más quimérico. Consistió en la adopción magnífica del sol: un acto prometeano cuya realidad nunca pusieron en duda aquellos hombres. Ellos creyeron que el símbolo formulaba un deber; y así como el astro alegórico no puede ver la sombra y para abolirla envuelve al mundo en sus rayos, no podían ellos soportar la opresión, doquier estuviere, y por el mundo se fueron á propagar la libertad con el fuego de sus almas generosas.

Seguramente no contaron su dinero al salir, puesto que empezaban poniendo á la obra el precio de su sangre. Y entonces, sin oro, sin cultura, escaso de hombres, perdido en la distancia oceánica y en la incomunicación de sus fronteras, el país tuvo mucho más influencia que hoy sobre el Continente, *porque fué amado.*

Su generosidad hizo el milagro, pues ya he dicho que la generosidad es una forma de amor.

Erigir en deber fundamental esa expansión argentina de civilización y de justicia: hé ahí *el agua para llenar el cántaro*.

Un siglo tenemos echado en formarnos. Sea este otro que comienza el de nuestra educación en ese ideal.

Con ello hemos de formar lo que ahora nos falta: una civilización, una moral y un culto.

Hagamos para lo primero *nuestro* hombre y *nuestra* mujer. Ello exige que demos al primero el orgullo futuro de la patria colosal entre las naciones, sustituyendo el limitado concepto militar de morir por ella, con la institución de un deber feliz: el de vivir para ella, contribuyendo en obra incesante á su grandeza, bajo la acción constante de la justicia y la honradez. Hacerse matar por la patria que uno mismo ha puesto en peligro por falta de honradez y de justicia jamás será tan noble y puro como asegurar la existencia dichosa de la patria con la práctica modesta de la virtud.

Mas no se entienda que esta formación del “hijo del país”, como dicen tan propiamente nuestros criollos, ha de excluir la solidaridad humana. Todo lo contrario, ello no consistirá sino en darle la idea clara de la tarea que *como hombre* le compete en esta sección del mundo. La formulación del deber que le incumbe llenar para ser el mejor posible sobre la tierra, ó sea el más justo y el más bueno con abstracción de toda patria. Cuanto más ciudadanos del mundo seamos, más habitable resultará nuestro país para todos los hombres.

Y á la mujer hay que crearle el honor patriótico, haciéndole saber que su misión es conservar la patria. Bajo el estrecho concepto militar de la muerte y de la pelea, la mujer cree inferior ó siente con vaguedad su misión patriótica. Es ella, sin embargo, quien dá á la patria las vidas que necesita para formarse y para crecer. Así en la honra de su maternidad, va el porvenir de la patria. Tanto hace por ésta, en el caso heroico, el hombre que le dá su vida como la mujer que le pare un hijo.

Organicemos también nuestro trabajo, que es la vida misma de la nación, bajo un concepto de dignidad humana. Apenas hay subversión más monstruosa que la de haber convertido esta virtud fundamental, en una condena horrible para los hombres. “La honra del trabajo” no puede ser un lema de hipócrita moralismo. Es necesario que se convierta en acto primordial de justicia. Nada tan lamentable sobre la tierra como la tristeza del trabajador. La alegría es la estética del trabajo. Y para esto, seamos valerosos. Vayamos hasta las últimas consecuencias de la justicia. Así como nadie se creerá nunca excesivamente rico, nadie debe considerarse excesivamente justo.

La miseria de cualquier argentino, es una vergüenza para todo el país que vive jactándose de su fácil riqueza. Y existen muchas de estas miserias, lo mismo en la ciudad lujosa que en la campaña desvalida. Sería, por ejemplo, una buena obra de justicia, tanto como una excelente base de nacionalidad, que el estado reconociera á todo argentino con familia.

el derecho á una suerte de tierra fiscal exenta del embargo y del impuesto, donde aquel lo quisiese, señalándose las reservas destinadas á este uso, con un criterio de progreso nacional, sin duda, y exigiendo la ocupación efectiva de cada lote por su dueño, á la vez que declarándolo inalienable hasta la tercera generación. La obra de la libertad, necesita este complemento. Propender á que todo argentino se sienta *dueño* en su tierra, es hacer realmente la patria.

Junto con esto, necesitamos oponer una sólida moral á los egoismos que el mundo entero nos manda en la persona de sus trabajadores. Avidos de una vida mejor, justamente deseosos de compensar su expatriación con la fortuna, tienden ellos á exagerar el mérito que hay en obtenerla por medio del trabajo, sacrificándolo todo para conseguirla. Por su propio bien y el nuestro, tenemos que oponerles una moral mejor. Sostener absolutamente que hay cosas superiores á la fortuna, para que no siendo ésta lo primero, tampoco la patria resulte inferior á ella. De lo contrario, la fortuna extranjera podría llegar á valer más que la patria. He aquí la importancia efectiva de una moral superior.

En tal concepto, nuestra ciudadanía será un bien, es decir, una cosa deseable que los hombres buscarán con simpatía; pues como he dicho, el origen de toda patria consiste en la necesidad de justicia. Los hombres querrán pertenecer á ella cuanto más justa sea. La justicia ha de engrandecernos la pa-

tria por la adopción espontánea de todos los hombres que deseen ese bien. No basta abrir la puerta de par en par. Menester es que adentro, *esté lleno el cántaro*.

Al culto, ó sea la encarnación en belleza de nuestro ideal, han de formar lo, sin duda, los dioses que emigran con los hombres, hallando aquí conciliaciones definitivas. Acaso es imposible predecir sus formas. Pero no, ir constituyéndolo bajo un concepto superior de verdad, belleza y bien, mientras la síntesis correspondiente á la nueva civilización se organiza y se formula. Un amable politeísmo será tal vez la consecuencia de esta inmigración de dioses, precursora de las nobles concordias que formarán nuestra moral y determinarán nuestra estética. Pues así como la virtud se aprende con la aplicación de un sistema de enseñanza, el culto se forma con el trabajo sin fin para realizar ideales sobrehumanos. A ellos pertenece todo sacrificio que exceda el término de la existencia.

Tal en la aurora de su nuevo siglo, la patria reemprende la marcha hacia el porvenir bajo una dulce gloria de sol naciente. Con su delantal blanco y su cinta azul de joven pastora que vuelve de la fiesta, pasa á la orilla de los verdes rastrojos donde impera como una sólida seguridad, la mansedumbre de los grandes bueyes. A lo lejos el mar celeste, fregado de plata matinal, propone una brisa intrépida á las barcas alegres. Del otro lado, la cordillera ofrece en prodigalidad de tesoro maravilloso, la cris-

talería colosal de sus manantiales y de sus hielos

La doncella es hermosa al ojo del vecino. Por sus colores de simbólica sencillez, llámanla *Blanca Azul* como en los cuentos. La doncella Blanca Azul que jamás niega su cántaro generoso. Perfuma sus pies el trébol ya dorado de madurez. El sol le ofrece plata y oro en el agua del arroyo paralelo y en el polvo de la senda reposada.

Y á través de los trigales, á la vera del bosque donde son fé, esperanza y caridad la madera sana, la hoja fresca y la sombra persuasiva, la joven pastora va hacia la vecindad, soñando su bello dios de mañana, á la cadera *el cántaro de agua gratuita* y en los labios esa canción de los pozos campestres, donde duerme en la quietud de la obscuridad húmeda, una promesa de consuelo para la tierra, de recreo para el cansancio y de plenitud para la sed.

FIN.

Indice

	<u>PÁGINA</u>
Prólogo.....	3
Hacia la luz antigua.....	9
Las tumbas de los Titanes.....	16
Ante el sublime abismo.....	80
Los Moradores del Gran Límite.....	103
De los Dioses y los Héroe.....	132
Un paso en la caverna.....	228
El rastro de oro.....	259
Un proscrito del sol.....	291
El consuelo de la belleza.....	227
El cántaro de la doncella.....	402

Erratas notables

		— DONDE DICE	— DEBE DECIR
Pág. 108.	Línea 5.ª	á martlizados	ó martlizados
› 152.	› 12.ª	son la	con la
› 160.	› 6.ª	orfebro	orfebre
› 162.	› 12.ª	liberaciones	libaciones
› 173.	› 1.ª	allí juegos	allí los juegos
› 189.	Nota 2.ª, línea 1.ª	de este	en este
› 193.	Línea 7.ª	argonantes	argonautas
› 194.	› 10.ª	Jesón	Jasón
› 202.	Ultima línea	lemnscata	lemniscata
206.	Penúltima línea	divolvente	disolvente
› 214.	Línea 8.ª	ó como	ó cono
› 231.	› 5.ª	con un	como un

Este libro, que es un homenaje à la patria en el Centenario de la revoluci3n emancipadora, acab3se de imprimir en los talleres de Otero y Co., en Buenos Aires, el dia 30 de Julio del a3o C de la Libertad.

